



**NO SE PRESTA**

Sólo puede consultarse  
dentro de la sala de lectura







# ESCENAS ANDALUZAS,

BIZARRIAS DE LA TIERRA,

ALARDES DE TOROS, RASGOS POPULARES, CUADROS DE COSTUMBRES Y ARTICULOS  
VARIOS, QUE DE TAL Y CUAL MATERIA, AHORA Y ENTONCES, AQUI Y ACULLÁ  
Y POR DIVERSO SON Y COMPÁS, AUNQUE SIEMPRE POR LO ESPAÑOL  
Y CASTIZO HA DADO A LA ESTAMPA

EL SOLITARIO

*D. Serafín Esteban Calderón.*

nuevamente ahora reducidos á un cuerpo y compilación, enriquecida con mucho de nuevo y de inédito por  
el cuidado y esmero de algun aficionado.

EDICION DE LUJO ADORNADA CON CIENTO VEINTE Y CINCO DIBUJOS

POR D. F. LAMEYER.



R. 18.195

HUJOS DE FE  
SEVILLA

MADRID,  
IMPRESA DE DON BALTASAR GONZALEZ,  
calle de Hortaleza núm. 89.

1847.



ESSENAS

# A BALLENAS

DE LOS REYES DE LA TRINIDAD

En esta obra se trata de la historia natural de las ballenas de la costa de la Trinidad y de sus usos y costumbres. Se describe la ballena franca y la ballena de la costa, y se detallan sus hábitos y su modo de vivir. Se trata también de la caza de las ballenas y de su comercio en la América del Sur.

*de don Juan de los Rios y de don Juan de los Rios.*

IMPRESA EN LA TRINIDAD

1854

LIBRERIA DE DON JUAN DE LOS RIOS  
CALLE DEL COMERCIO N.º 10  
LA TRINIDAD





ESCENAS  
ANDALUZAS.



Juan Guillén Joto  
1897

DEDICATORIA A QUIEN QUISIERE.



**S**e cuenta por contadores de cuenta (y en verdad que es historia muy de contar) un cuento asaz curioso que antes hemos de poner aquí por punta y comienzo, que no por fin y contera de este librejo. Cuéntase pues, que entre los muchos que siempre han bullido en Andalucía, hubo en Granada cierto poeta con la mas graciosa mania que puede imaginarse. Con mucha vena, componía bastante, con algo de vanidad (achaque del oficio), no buscaba Mecenás, ni lectores; con sobra de pereza, fruta de tales árboles, no quería escribir ni corregirse, y con muy mucho de pobreza, ni podía darse á la estampa ni saber á punto fijo si sus inspiraciones merecian nombre de versos ó la fresca calificación de *verzas*. Para salir de tantos y tan diversos pensamientos le sugirió su imaginativa cierta traza admirable, que al punto la redujo á puntual y cumplida práctica. Por la ventana del zaquizami que habitaba en los trasbarrios de la ciudad morisca, sacaba la cabeza al mundo, y ya en las primeras horas de la mañana y ya en las horas reposadas de la

siesta, inevitable y cotidianamente daba la voz al viento con acento ora ditirámico, ora grave, ora socarrón y picaresco, dando así salida á los caprichos é inspiraciones de su Musa, sin anuencia de nadie, sin prévia citacion al público y sin recado preventivo ni invitatorio á bicho alguno piante ni mamante. A la curiosidad acudieron desde luego algunos oyentes, quier lavanderas, quier soldados, cuales pelaires y de menestraleria, cuales estudiantes y otra mas gente de zambra y fiesta aunque toda de poca alfangia y menos pelo. Bien quisiera nuestro hombre, mitad orate, mitad poeta, ver mejorar la calidad de su auditorio ya que en cuanto á la cantidad no estuviese disgustado del todo al todo, pero considerando que el remedio no era en su mano y por la regla que no se consuela en el mundo sino el que es necio de capirote dijo, un dia si contento, si jactancioso: *al fin tengo auditorio y auditorio de Españoles.*

Yo tambien asomando mi cabeza de vez en cuando por esta mi ventana de trapo viejo, batanado y trocado en papel flamante, si me veo con auditorio de charpa y cuatro dedos de enjundia de españolismo en sus inclinaciones y gustos, como si dijéramos con oyentes y leyentes de la gente buena y bizarra de la tierra, matadores de toros, castigadores de caballos, atemorizantes de hombres, cantadores, bailadoras, hombres del camino y mas que yo me sé, así de calzon y botín como de mantellina y sayas, tambien esclamaré con su retintín de vanidad y orgullo: *Por fin y corona tengo auditorio y auditorio de Españoles.*

Si tú, el que me escuchas ó lees, ¡oh cándido oyente, ó pio lector! no eres de alguno de los gremios susonombados, atiende á lo que digo: antes de maldecirme ó dejarme al lado, que es mucho peor, pásate y dá un bureo por Triana de Sevilla, Mercadillo de Ronda, Percheles de Málaga, Campillo de Granada, Barrios bajos de Madrid, el de la viña de Cádiz, Santa Marina de Córdoba, murallas de Cartagena, Rochapea de Pamplona, San Pablo de Zaragoza y otras mas partes en donde vive y reina España, sin mezcla ni encruzamiento de heregía alguna estrangera; y si al volver y virar en redondo no me lees con algo del apetito y sabor, date por precito y relapso en materias españolas, que para ti *nulla est redemptio* y estás escomulgado á mata candelas. Si por el contrario en aquellos yermos y santas compañías has aprendido ahora ó recordado luego lo que nunca debiste olvidar, ó fuistes obligado á saber de coro desde tus primeros abriles, date por absuelto y entra y cuéntate ya en redil y aprisco de la gente buena y legitima, y solázate y recreáte conmigo, tú leyendo y yo relatando aquellas escenas sin par, aquellos rasgos españoles sin dudar en ello, y aquellas bizarrías que tanta gentileza manifiestan en la persona, cuanto esfuerzo revelan en el ánimo. Si de estos eres, recibe la pescozada de adopción y mi bendición patriarcal, y plegue al cielo que vivas mas años que la CONSTITUCION DE 1845.

# ESCENAS ANDALUZAS.

## PULPETE Y BALBEJA,

### HISTORIA CONTEMPORANEA DE LA PLAZUELA DE SANTA ANA.

II.

Caló el chapeo, requirió la espada,  
Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

de CERVANTES.



**N**o hay mas decir sino que Andalucía es la mapa de los hombres rigulares, y Sevilla el ojito negro de tierra de donde salen al mundo los buenos mozos, los bien plantados, los lindos cantadores los tañedores de vihuela, los decidores en chiste, los montadores de caballos, los llamados atrás, los alanceadores de toros, y sobre todo, aquellos del brazo de hierro y de la mano airada. Si sobre estas calidades no tuvieran infundida en el pecho mas

de una razonable prudencia, y el diestro y siniestro brazo no los hubieran como atados á un fino bramante que les tira, modera y detiene en el mejor punto de su cólera, no hay mas *tus tus* sino que el mundo seria á estas horas mas yermo que la Tebaida.....

Por fortuna, estos paladines de capa y baldeo se contienen, enfrenan y han respeto unos á los otros, librando así los bultos de los demas, copiando de aviesa manera lo que llaman el equilibrio de la Europa. Aquí tose el autor con cierta tosecilla seca, y prosigue así relatando.

Por el ámbito de la plazuela de Santa Ana, enderezándose á cierta ermita de lo caro, caminaban en paso mesurado dos hombres, que en su traza bien manifestaban el suelo que les dió el ser. El que media el andito de la calle, mas alto que el otro como medio gеме, calaba al desgaire ancho chambergo ecijano con jervilla de abalorios, prendida en liston tan negro como sus pecados; la capa la llevaba recogida bajo el siniestro brazo; el derecho campeando por cima de un embozo turquí mostraba la zamarra de merinos nonatos con charnelas de argentería. El zapato vaquerizo, las botas blancas de botonería turquesca, el calzon pardomonte, despuntando en rojo por bajo la capa y pasando la rodilla, y sobre todo la traza membruda y de jayan, el pelo encrespado y negro y el ojo de ascua ardiente, pregonaba á tiro de ballesta que todo aquel conjunto era de los que rematan un caballo con las rodillas, y rinden un toro con la pica. En dime y diretes iba con el compañero que era mas menguado que pródigo de persona, pero sueltó y desembarazado á maravilla. Este tal calzaba zapato escaquin, los cenojiles sujetaban la media á un calzon pana azul, el justillo era caña, el ceñidor escarolado, y en la chaqueta carmelita los hombrillos airosos, con sendos golpes de botones en las mangas. El capote abierto, el sombrero derribado á la oreja, pisando corto y pulidamente y manifestando en todos sus miembros y movimientos lijereza y elasticidad á toda prueba, daba á entender abiertamente que en campo raso y con un retal carmesí en la mano, bien se burlaria del mas rabioso jarameño ó del mejor encornado de Utrera. Yo que me fino y desparezco por gente de tal laya, aunque maldigan los

Pares y los Lores, íbame paso pasito, trás sus dos mercedes y sin mas poder en mí, entréme con ellos en la misma taberna ó ya figon, puesto que allí se dan ciertos llamativos mas que el vino, y yo, cual ven los lectores, gusto llamar las cosas por sus nombres castizos. Me entré y acomodéme en punto y manera, de no interrumpir á Oliveros y Roldan, ni que parasen la atencion en mí, cuando ví, que así que se creyeron solos se pasaron los brazos en ademan amigable por derredor del cuello, y así principiaron su plática.

«Pulpete (dijo el mas alto); ya que vamos á brincar frontero el uno del otro con el alfiler en la mano, de aquí te apunto y allí te doy, de guárdate y nó le des, de *triz traz*, tómalala, llévala y cuéntala como quieras: vamos antes á nos echar una gotera á son y compás de unos cantares.»

«Seor Balbeja, respondió Pulpete (sacando al soslayo la cara y escupiendo con el mayor aseo y pulcritud, en derecho de su zapato), no seré yo el que por la Gorja ni otra mundanidad semejante, ni porque me envainen una lengua de acero, ni me aportillen el garguero, ni pequeñeces tales, me amostace yo ni me enoje con amigo tal como Balbeja. Venga vino, y cantemos luego, y súpito sanguino aquí mismo démonos cuatro viajes.»

Trajeron recado, apuntaron los vasos y mirándose el uno al otro cantaron á par de voces aquello de *caminito de Sevilla* y por la tonada de los *panes calientes*.

Esto hecho, se desnudaron de las capas con donoso desenfado y desenvainaron para pinjarse cada cual, el uno un flamenco de terciá y media, con cabo de blanco, y el otro un guadiño de virola y golpetillo, ambos hierros relucientes que quitaban la vista, y agudos y afilados para batir cataratas cuanto y mas para catar panzoquis y bandullos. Ya habian hendido el aire dos ó mas veces con las tales lancetas, revueltas las capas al siniestro brazo, encojiéndose, hurtándose, recreciéndose y saltando, cuando Pulpete alzó bandera de parlamento y dijo:

«Balbeja, amigo, solo te pido la gracia de que no me abaniques la cara con *Juilon* tu cuchillo, pues de una dentellada me la parará tal que no me conociera la madre que me parió, y no

quisiera pasar por feo, ni tampoco es conciencia descomponer y desbaratar lo que Dios crió á su semejanza.»

«Concedido, respondió Balbeja, asestaré mas bajo.»

«Salva, salva los ventrículos tambien que siempre fui amigo del aseo y la limpieza, y no quisiera verme manchado de mala manera, si el cuchillo y tu brazo me trasegasen los hígados y el tripotaje.»



«Tiraré mas alto, pero andemos.»

«Cuidado con el pecho que padezco de cansancio.»

«Y dígame hermano, ¿por dónde quiere que haga la visita ó calicata?»

«Mi buen Balbeja, siempre hay demasiado tiempo y persona para desvencijar á un hombre: aquí sobre el muñon siniestro tengo un callo donde puede hacer cecina á todo su sabor.»

Allá voy, dijo Balbeja, y lanzóse como una saeta: reparóse el otro con la capa, y ambos á dos á fuer de gallardos pendolistas



comenzaron de nuevo á trazar SS y firmas en el aire con lazos y rúbricas, sin despuntar empero pizca de pellejo.

No sé en que hubiera venido á dar tal escarceo, puesto que mi persona revejada, seca y avellanada no es propia para hacer punto y coma entre dos combatientes; y que el montañés de la casa se cuidaba tan poco de lo que sucedia, que la algazara de los saltos combatientes y el alboroto de las sillas y trebejos que rebullian, los tapaba con el rasgado de un pasacalle que tañia en la vihuela con toda la potencia del brazo. Por lo demas estaba tan pacífico como si hospedase dos ángeles y no dos diablos incarnados. No sé, repito, donde llegára tal escena, cuando se entró por el umbral de la puerta una persona que vino á tomar parte en el desenlace del drama. Entró, digo, una muger de veinte á veinte y dos años, reducida de persona, pero sobrada en desenfado y viveza. El calzado limpio y pulido, la saya corta, negra y con caireles, la cintura anillada, y la toca ó mantellina de tafetan afranjado, recogida por bajo del cuello y un cabo de ella pasado por sobre el hombro. Pasó ante mis ojos titubeando las caderas, los brazos en asas en el cuadril, blandiendo la cabeza y mirando á todas partes. A su vista el montañés soltó el instrumento, yo me sobrecogí de tal bullir, cual no lo sentia de 30 años acá (pues al fin soy de carne y hueso) y ella sin hacer alto en tales estafermos, prosiguió hasta llegar al campo de batalla. Allí fué buena: D. Pulpete y D. Balbeja viendo aparecer á Doña Gorja, primer capítulo del disturbio, y premio futuro del triunfante, aumentaron los añascos, los brinquillos, los corcobos, los hurtadillos, las agachadillas y los jigantones, pero sin tocarse en un pelo. La Gorgoja Elena, presencié en silencio por larga pieza aquella historia con aquel placer feménil que las hijas de Eva gustan en trances semejantes. Tanto á tanto fué oscureciendo el gracioso sobrecejo hasta que sacándose de la linda oreja, no un zarzillo ni arracada, sino un trozo de cigarro de corachin negro, lo arrojó en mitad de los justadores. Ni el baston de Cárlos V, *en el postrer duelo de España*, produjo tan favorables efectos. Uno y otro, como quien dice Bernardo y Ferraguto, hicieron afuera con formal respeto y cada cual por la descomposicion en

que se hallaba en persona y vestido presumia presentar títulos con que recomendarse á la de los caireles. Esta como pensativa estuvo dándose cuenta en sus adentros de aquel pasaje, y luego con resolucion firme y segura dijo así:

¿Y este fregado es por mí?



¿Y por quién habia de ser? porque yo.... porque nadie.... porque ninguno.... (respondieron á un tiempo)

Escuchèdes caballeros (dijo ella). Por hembras tales cuales yo y mis pedazos, de mis prendas y descendencia, hija de *Gatusa*, sobrina de la *Mendez* y nieta de la *Astrosa*, sepan que ni estos son tratos, ni contratos, ni cosas que van y vienen, ni nada de

ello vale un pitoche. Cuando hombres se citan en riña, ande el andelgue y corra la colorada, y no haber tenido aquí á la hija de mi madre, sin darle el placer de hacer un floreo en la cara del otro. Si por mí mentian pelea, pues nada de ello fué verdad, hánse engañado de entero á entero que no de medio á mitad. A ninguno de vos quiero. Mingalarios el de Zafra me habla al ánima, y él y yo os miramos con desprecio y sobrejo: adios blandengues, y si quereis pedid cuenta á mi D. Cuyo. Dijo; escupió: mató la salvilla con el piso del zapato, encarándose á Pulpete y Balbeja, y salió con las mismas alharacas que entró. La Magdalena la guie.

Los dos ternes legítimos y sin mancha, siguieron con los ojos á aquella Doña Maria la Brava, la valerosa Gorja; despues en ademan baladí pasaron los hierros por el brazo como limpiándoles de la sangre que pudieran haber tenido; á compás los envainaron y se dijeron á un tiempo: por mugeres se perdió el mundo, por mugeres se perdió España; pero no se diga nunca, ni romances canten, ni ciegos pregonen, ni se escuche por plazas y mataderos que dos valientes se maten por tal y tal. Déme ese puño D. Pulpete: venga esa mano D. Balbeja, dijeron, y saltaron en la calle lo mas amigos del mundo, quedando yo espantado de tanta bizzaría.

EL SOLITARIO.

The first part of the book is devoted to a general history of the world, from the beginning of time to the present day. The author discusses the various stages of human civilization, from the earliest times to the modern era. He also touches upon the different religions and philosophies that have shaped the world.

In the second part, the author provides a detailed account of the political and social changes that have taken place in Europe since the French Revolution. He examines the rise of Napoleon and the subsequent wars, as well as the emergence of the modern nation-state.

The final part of the book is a critical analysis of the current state of the world. The author expresses his concerns about the future of humanity and offers his own perspective on the path forward. He concludes with a powerful message about the importance of peace and progress.

## LA RIFA ANDALUZA.

### II.

Oíd que os quiero contar  
Del niño Amor los enredos  
Y sirva mi voz de antorcha  
Que alumbrá cuidados ciegos.

ROMANCEO GENERAL.

En el baile del Egido  
(Nunca Menga fuera al baile),  
Perdió sus corales Menga,  
Un disanto por la tarde.

GONGORI.



**N**o juzguen mis amables lectoras que voy á entretenerlas el ocio, relatándoles el cómo y cuándo este palacio magnífico ó aquella quinta deliciosa viene á llenar de gozo, por un azar feliz de lotería, la esperanza de dos recién casados, que arriesgando á la fortuna unos pocos ducados, pueden concluir su luna de miel en una mansion encantada por los atractivos del placer primero y por las comodidades del lujo. Estas agradables peripecias son tan peregrinas, por no decir imposibles, que seria cargo de conciencia despertar sensaciones y deseos que no se pueden cumplir, y yo, dije de mi alma, no quisiera mas que moveros un antojo para satisfacerlo á renglon seguido, reservándome empero siempre una pizca, un tantico de placer para mi justo pago.

Tampoco mi *Rifa* es de las que vemos cada noche en toda tertulia; quiero decir, que no es de aquellas en que tal bujería, ó cual lindo bordado suele echarse á la mayor de espadas con mucha zambra y algazara de señora abuela y tia, que no sé por cuál sortilegio son siempre las afortunadas en tales ferias. Esto es trivial por todo extremo, y seria daros enfado emprendiendo cuento, señoras mias, que pasa por vuestros ojos cuotidianamente. Si lo imposible no me gusta, lo muy trivial me enfada en mucho mas, y así por la region media emprende hoy su vuelo el razonamiento mio, para contaros sabrosamente los puntos y señales de una *Rifa Andaluza*.

Representaos, lindas suscritoras, en vuestra viva imaginacion un paisaje tal, cual mi rústico pincel lo delinee, pues antes de pensar en la farsa bueno será prevenir escena donde ponerla en tablas. Al frente, digo, que os figureis una ermita limpia y enteramente pintoresca, cual se encuentran á cada paso en aquel pais de la poesía. Unos cuantos árboles den frescura al llano que sirve de ante-atrio, y por los troncos suban sendas y pomposas parras, que tejiéndose por el dosel de mimbre y caña que cubre todo aquel espacio, formen un sombrío bastante para amansar los rayos del sol y debilitar su luz activa y que deslumbra. Un cauce sonante de agua corra por la espalda, moviendo estruendosamente uno ó dos molinos, cuyo rumor grave y no interrumpido sirva de bajo musical al contrapunto agudo de las golondrinas que entren y salgan rápidamente por las claravoyas de la ermita, casi tocando con sus álas negras y pecho bermejo las cabezas de los que afuera preparan la fiesta. Para ella fórmese un cerco con los escabeles y escaños de la cofradía, intercalados por distintos sitials de respeto que han de ocupar el Mayordomo, los mejores y mas diestros tañedores de la vihuela y la Reina, que se aclamó la rifa pasada. A un lado, separadas de todo tacto masculino y ataviadas cuanto mas posible, esten las muchachas solteras del barrio ó aldea (pues el lugar de la accion lo dejo á voluntad agena), llenas de belleza y de donaire, con moños de colores simbólicos en el pelo y con la laya de adornos que á bien tengan, pues en tal eleccion dejo libre alvedrío; pero no omitidme el calzado muy

limpio y el talle breve y como de sortija, pues nosotros los de puertos allende, niñas de mis ojos, somos inexorables en tales menudencias. Cuatro ó seis dueñas de rostros avinagrados y de manto largo de bayeta negra antequerana, cuiden, rellanadas en el ángulo del cerco, de avizarar toda descompostura y de calmar con gestos tan endiablados cuanto espresivos, la fermentacion de aquel género volátil que custodian. Los mancebos en pié, derechos como husos, formen corro en derredor de los escaños, y dichoso el que pueda atalayar á su Melisendra frente á frente, ó que logre flanquear la dificultad y colocarse al respaldo del asiento de la requiebrada; así y con poner á la otra parte dos ó tres hombres propectos y barrigudos, eternos cabildantes de la hermandad y que autorizan el acto, teneis ya, pintoras hechiceras, el cuadro casi concluido. Digo casi concluido, pues nada os he dicho ni del *Rifador* ni de la *Reina del festejo*, personajes de primera figura, cual débese sospechar. La *Reina*, como dije, es la bailadora que mas gala adquirió en la pasada fiesta, ya por su gentileza y gallardía, y ya por el número mayor de danzadores que consiguió cansar, objeto poco edificante que las mugeres logran con mas prontitud que quisieran. A los pies de tan linda zagala haya un azafate lleno de flores deshojadas, donde se brinden las ofrendas de los devotos para la santa imágen, que ya son en primavera rosas y claveles y ramilletes, y en otoño este ó aquel fruto tan vistoso cuanto sazonado. El *Rifador* se deja ver subido en algun banquillo de nogueron viejo, descollando y blandiéndose como cimera del concurso, parlando mucho y accionando mas y mas. Es fuerza que tal papel se desempeñe por hombre de chiste y chispa, y de destreza suficiente para picar la vanidad de los unos y mover la condicion menos pródiga de los otros, feriendo razonablemente los regalos que se muestran.

Yo, queridas amigas, que tengo ciega pasion por todo cuanto huele á España, principiando por las españolas, no soy voto calificado y de imparcialidad en la materia; pero en conciencia puedo afirmar, que he olvidado veces muchas agradablemente el tiempo, escuchando las razones agudas del *Rifador*, y las sales que donosamente saltaban en sus lábios, forjando ya el encomio del

clavelon amarillo, emblema de la necesidad entre aquellas gentes, ó ya pintando el rico sabor del higo *nopal* ó *tuno*, fruto casi peculiar de la Andalucía. Entre tanto la danza sigue, las coplas se suceden, dejándose escuchar por entre el son del crótalo de granadillo, el trino de la prima y la entonacion sonora y clamorosa de los bordones en la guitarra y bandolin, que manos diestras los fuerzan á sonar al unísono y con la mas agradable melodía. En este punto armónico y de algazara se hallaba el festejo cierta tar-



de de la bendita Cruz de Mayo, cuando ocurrió la aventura mas cómica que puede inventar la mas picaresca imaginacion.



Un mancebillo vivaracho y pimienta, de capote de alamar, chupetin bordado y faja rosada al cinto, no quitaba ojo de la Reina del baile, echándose á la cara el sombrerillo de alta copa. De tiempo en tiempo miraba atravesadamente á cierto caballere de calzon ajustado, corbatin muy premioso y levita bien cortada, que sin saber por dónde se deslizó blandamente, y sin ser sentido ni percibido, hasta llegarse al respaldo de la Reina, con quien cruzaba algunas razones, mas bien disparadas y mejor respondidas que hubiera deseado nuestro majo atisvador. Ella que en aquel punto, queridas mias, gozaba de la fruicion soberana que todo pecho femenino tiene cuando vé morder cebolla y agria naranja al pobrete que bien ama, advirtiéndole así que no es bueno querer tanto, la zagala coronada digo, sin acordarse ni por cien leguas de su D. Cuyo, se enredaba mas y mas en la plática del D. Lindo, riyendo ora, y ora dándole algunas de las flores del azafate bendito.

Tocándole su vez al paciente para encomendar al viento alguna copla, y queriendo dar un silbo preventivo que recogiese al aprisco aquella oveja descarriada, al suave compás de la rondeña le cantó la siguiente endecha:

Me estoy muriendo de sed  
 Teniendo aljibe en mi casa,  
 Pero alivio no lo encuentro  
 Porque la sogá no alcanza.

Bien no entendiera la maligna parladora la alusion del sediento y del poco alcance que para su alivio encontraba, ó por mejor decir no queriendo escuchar tales pedigüeñerías, se desentendió con destreza suma del tal lamento, y mas anudó su coloquio con el pisaverde encorbatinado, que con melindres mil, y relamiéndose como si dijéramos un lechuguino del café de Sólito, alzaba la cresta como gallo triunfante. El doliente y celoso amante, queriendo hacer el postrimer esfuerzo para recordar sus obligaciones á la voluble bailadora, y ganar por la ternura lo que perdía por las artes del advenedizo rival, tomó el canto otra vez á su turno, y con voz si bien vacilante si bien suspirada, entonó la copla siguiente:

Yo soy la vela de cera  
 Que está ardiendo en tu servicio,  
 Y en pago del beneficio  
 Le dás un sopló á que muera.

Pero por mas reclamos que dió el arrullador, la paloma se daba por sorda, y tanto tanto se mantuvo en sus trece, que el galan picado se dejó de su postura contemplativa y triste, se arregló el sombrero tirándolo atrás, sacudió el capotillo y se puso en planta de obrar alguna accion de marca y de mayúsculo estrépito. Al propio tiempo la orquesta resonaba con mayor brio, reforzada por una pandereta y dos platillos, las cantinelas se repetian y en ellas se decian sus misteriosos secretos y sus sentidas quejas los novios y las requebradas, pues no deben olvidar mis discretas lectoras, que por todo aquel pais, el tañedor, el cantante, el galan y el poeta son cuatro cosas que casi siempre se encuentran en una propia persona. El *Rifador* en tanto rebosaba de gozo en su cátedra por ver cuán cumplidamente feriba todos los regalos que ponía en rifa. Su elocuencia iba en aumento, sus gracias hervian en su boca, haciendo llenar con moneda menuda el azafate florido.

—¡La rosa vírgen! ¡la rosa vírgen! decia; ¡real de plata, real de plata dan por ella! y esto gritando, mostraba la flor mas hermosa, de mas aromas y de mas púrpura que verjel frondoso dió en los asomos del mes de mayo. ¡La rosa vírgen! ¡la rosa vírgen! proseguia, ¿quién la puja, quién la puja? real de plata dan por ella. Mancebillos tacaños, acudid y mejorad, ¿quién no querrá poner la flor en el pecho de su novia? Hacedle este regalo á vuestras rapazas, y dareisles una leccion con él; ¡la rosa vírgen! ¡la rosa vírgen!... que ya dan 4 rs.; que se la llevan, que se la llevan; ¡ya sé yo á cuyo seno vá! ¡que se la llevan! Dichosa quien tiene galan desprendido; ¡que se la llevan!... que dan medio duro, 10 rs. ú 85 cuartos! ¡viva mi barrio! ¡Nadie en él guarda el dinero; de allí solo salen los garbosos y gastadores, los desprendidos y generosos!...

Por aquí iba de su alocucion, cuando levantándose el galan del sombrero alto y capotillo corto, alzó el grito y dijo:

—Señor Capaypa, 20 rs. vale la rosa, y mas lo que vuesa





merced me mande; pero si está ya ferlada en los 20, entréguela con su mano, que con la mia no, á la Reina Bailadora, y comencemos el sainete....

—¡Viva Juanchó! ¡viva Juanchó! hijo de la Nena, nieto de Sinforoso, respondió el honrado Capaypa. ¡Viva mi barrio, tesoro de los hombres buenos y generosos! ¡La buena cepa buenos renuevos cria! Y así diciendo á voz desplegada, dió la rosa á la picaruela rapaza, que llevándola primorosamente á la nariz, la asentó con el mayor aseo en el hoyo de su pecho, volviendo los ojos al desgaire y por primera vez al amartelado amante. El *Rifador* al alargar la rosa, y tropezando sus ojos con la efigie del alfiñique caballereite, añadió: ¡viva mi barrio! ¡viva Juanchó! que si sabe gastar parolas con las mugeres, tampoco ignora el alzar el gallo entre los hombres, y su voz en las rifas sobresale siempre, y con ella sus reales de á ocho! El del corbatin bajó la vista, como quien conoce el tiro no oblicuo de la saeta, y trató de volver á su plática con la zagala, la que sin duda advirtiendo en aquel punto que hubiera sido galanteria de molde el que la rosa se la presentára conquistada en la rifa, el mismo que por tanto tiempo gozó de sus palabras, no emprendió el segundo coloquio sino con la tibieza que vosotras mismas, candidísimas y no malignas lectoras, usaríais en aquel trance....

—¡Al sainete, al sainete! dijeron todos; y sonando la fiesta con mas algazara, los cantores y cantoras comenzaron á salpicar sus coplas con mas pique y salsa que las entonadas de trasmano, y pasándose de uno en otro los bollos y los roscos, los dulces y las avellanas, apareció en su cátedra el compadre Capaypa embozado en su capa, con el aire mas socarron y de redomado que hallarse puede.

¡El beso del niño, el beso del niño! gritó el Capaypa; ¡qué frescura en la tez, qué sabor en la pulpa, qué finura al tacto! ¿Quién paga el beso, quién paga el beso?

—Diez reales envido, gritó el del capotillo, y bese al niño rollon el caballero del levitin, el que parla con la Reina Bailadora y la olvida de sus obligaciones.... de presidencia.

—¡Bravo! ¡víctor! Que lo bese sino puja, replicó Capaypa.

¡Ah señor caballero! acordaos de quien sois (y le dirigió la palabra), acordaos de quien sois, si es que sois alguna cosa, y volved al caño las demasías de Juancho, y que él sea quien bese á mi niño rollon. ¡Viva mi barrio, viva mi barrio!

El apostrofado conoció que toda la batería iba á disparar en su pobre bulto, y así, con su mejor gracia, trató de tener buen talante y hacer frente á los peligros, y rayar de rumbo para no desmerecer el alto concepto de la zagala.

—Dos reales y medio ofrezco y me libro de la penitencia, dijo el acometido, y se le replicó con un flux de risa general en todo el auditorio.

—¡Viva mi barrio, viva mi barrio! prosiguió Capaypa. El pico de los dos y medio, señor mio, vayan sobre los diez envidados ya, y se admitirá la postura; y de no, allá vá mi niño. ¡Viva mi barrio, viva mi barrio!

—Pues bien, contestó altivamente el señorito, allá van los doce reales y medio y quedo en salvo, que á mí nadie me enceniza la frente, y menos por....

—Dos duros, y que bese al niño, replicó el antagonista, y luego arreglaremos cuentas, seor futraque; y lo miró de reojo.

—¡Viva mi barrio, viva mi barrio! clamaba Capaypa. ¡Cuarenta reales! Eso es humo, señor Juancho. En el señorito Don.... (Don Quico se llamará, que todo nombre es bueno cuando recae en tan linda persona); en el señorito, digo, hay presencia, potencia y resistencia; quiero decir, que no ceja; ya pujará por cuatro y veremos quien á quien.... pero mientras Juancho se mantenga al frente, ¡viva mi barrio, viva mi barrio!

El apurado caballero figurilla, que no esperaba la cuña de los cuarenta se requirió el garguero como para pasar tamaña píldora, llevó la mano al pelo sin tener comezoncilla, y luego inadvertidamente solfeó los dedos por sobre el bolsillo, dando con tanta pantomima mayor asidero á la burla. La Reina Bailadora, como si lo viese acometido de pronto por algun tifus pestilencial, retiró de su lado el sillón que ocupaba, y una nube de descontento pasó por su lindo entrecejo. El corrido amante midió la mengua y afrenta con que iba á mancharse, y con resolucion heróica dijo:

—Cuarenta y dos reales doy y salgo libre; y así diciendo miró á la prenda como para pedirle albricias de su espléndido valor; pero el entrecejo se oscureció mas y mas, y otros borbollones de risa resonaron en derredor; pero la intensidad de tanta carcajada la venció con su voz el del capote, diciendo:

—Cinco duros; cien reales doy y bese al niño rollon, y descapótele la coronilla.

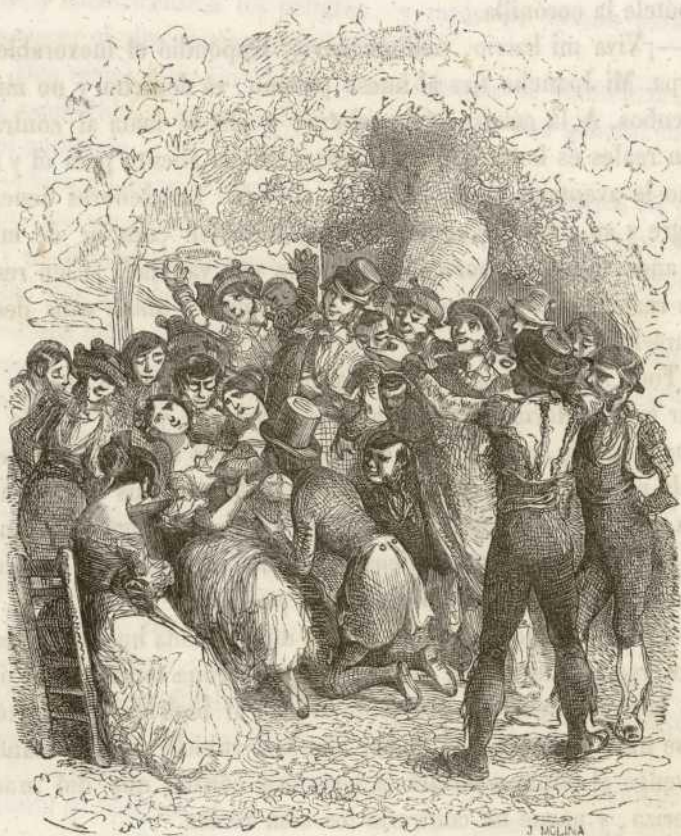
—¡Viva mi barrio, viva mi barrio! respondió el inexorable Capaypa. Mi Juancho tira al hueso palomo, vá derecho y no me dá corcobos. A la cabeza, á la cabeza, y allí se mata al contrario. Cien reales es bote de á folio: pocos tienen aliento para él y ninguno lo aventaja. Pero, ¡silencio, silencio! Los señores tienen su sangre y su alma, y aunque con hipos suelen cumplir de mil á mil años. Nosotros por calidad y ellos por vanidad. ¡Cien reales, cien reales! y el señorito besará á mi niño, y *ainda mais* descapotará la coronilla.

Todo fué en vano. Por mas que hizo el orador Capaypa por picar la vanagloria del figurilla nada consiguió, y este, viendo que el juego crecía, que el rival no llevaba trazas de ceder y que la zagala por su mal gesto no pensaba agradecerle sus pujas y mejoras de los pobres maravedís, juzgó por conveniente el mudar plan de campaña y de la defensiva, resueltamente tomó la ofensiva por el lado mas cómico que darse puede.

—Señores, dijo, mi condicion es dulce y nada huraña; el concurso creería que yo era alguna esfinge, alguna tarasca si me opusiese por mas tiempo y con tanto ahinco al beso de esa criatura, de ese niño que juzgo ha de ser blanco y rubio como las candelas; venga al punto y llevará el beso mas cordial que dió madre primeriza, y pague mi contrario los cien reales.

—¡Viva mi barrio, viva mi barrio! pregonó el consabido. ¡Victoria por Juancho y cúmplase la penitencia! Esto diciendo salta del pulpito gallardamente, desembózase para sacar el niño, y muestra; oh longanísimo y robustísimo San Cristóbal! muestra, repito, la fruta, el vegetal mas descompasado que nunca produjeron los hortelanos. El sentenciado caballero echó ojos á lo que él esperó besar como pastorcito muy pulido, y mirándolo le pareció

ver, con las candelillas que le saltaban entonces en la vista, que era el gigante de los rábanos que se le acercaba como cañon en batería; luego se figuró ver alguna zanahoria patagónica; despues



creyó mirar un calabacin de á treinta y seis; pero al fin restregándose los ojos, y ya con la serenidad de la desesperacion, reparó que el niño donde habia de poner sus labios era un cohombro colosal, amarillo y chifon, que se guardaba para aquel doloroso



trance. El penitenciado se disponia á imprimir su ósculo con la humildad debida, cuando la Reina Bailadora notó que por preeminencia de su dignidad á ella le tocaba (que á otro no) el administrar la justicia. Todos convinieron en ello, y pusieron en su falda al vegetal tremendo, y el antes triunfante y ahora rendido paladin, puesta la rodilla en tierra, dió su beso, y se disponia á irse y tomar vuelo, cuando la despiadada ejecutora le mandó que descapotára el niño. La gresca y la risa irónica ensordecia, y todos agrupaban las cabezas para contemplar mas de cerca tan risible caso, cuando el burlado preguntó humildemente qué cosa era descapotar. «Nada, hermano, replicó la Reina, abra la boca y muerda del tal modo que escojere, la coronilla de esta sabrosa fruta: bueno es que abra la boca quien tanto cierra la bolsa.» A esto asestaba el amarillento cohombro contra la tronera del triste arrodillado, quien al fin sumiso entreabrió los lábios con el primer posible, y como dama golosa, para cumplir su encargo sin descomponer la figura. Pero la maligna Bailadora, que ya esperaba este melindre, no bien apuntó y vió en jurisdiccion estraña el comienzo, cabo ó rabo de la fruta, cuando haciendo hincapié lo embazó todo entero por la boca de aquel desventurado, quien se quedó con huésped tal en ella, ni mas ni menos que como uno de los figurones de berroqueña, que por ancho canuto vomitan agua en las grotescas fuentes de Aranjuez ó la Granja. Vengada la vanidad de la zagala, y satisfecho su engañado orgullo, se levantó el de la triste figura acompañado de la chilla general y de los silbidos mas armoniosos y compasados que nunca oyó un teatro musical, silbidos y chiflas que aumentaron, cuando al volver la espalda le miraron lleno de harapos, alárgalos y ahimelollevas con que le habian adornado durante su última y dolorosa estacion las otras mozuelas del baile.

Cerrada la fiesta, amigas mias, se averiguó que el señor tan mal parado era un *estranjis*, y ya veis que en esto de gentileza con damas, bueno es que el nombre español quede bien sentado. Entre tanto, perdonadme de que en mi plática os llame mis *queridas*, mis *dijes*, y otros motes de este jaez, pues tan dulce confianza ni daña al respeto ni á la fina galanteria. Por otra parte mis

copiosos años pueden permitirme libertad tan inocente; y si en esta ó en aquella ocasion os pudiera hablar á solas y al oido, ¡cuántas lindezas no escuchárais, mas entretenidas que no la *Rifa Andaluza!*

### EL SOLITARIO.



## EL BOLERO.

### III.

Arrimó a un lado la guitarra y ordenando á sus discípulos diesen principio á ejercitar sus habilidades, empezó la batucola. Unos se agarraron á las suerdas y sostenidos por ellas se ejercitaban en hacer cabriolas; otros paseaban con gravedad el salón y de rato en rato hacían mil mudanzas diferentes. Estas levantando sus guardapiés hasta las rodillas apoyadas en algun mozalvete, subían y bajaban los pies....

LA BOLEROGIA.



**F**ILA sexta, número oncenno, y en cierto corral de comedias de esta corte, tiene cada prójimo por sí solo, y todo el público *in solidum* y de mancomun, un sitial holgado y cómodo, de donde poder atalayar con los ojos y escuchar con las orejas (¡atención!), desde el farsado mas humilde y villanesco hasta lo mas encumbrado y estupendo en lo gañido, tañente y mayado que vulgarmente llamamos canto nosotros *los dilettantis*. Todo ello lo puede haber cualquiera por un ducado y algunos cornados mas, suma despreciable para estos tiempos ópimos en que corre tanto de la tal moneda, no contando en verdad aquel *aliquid amplius* que por aguinaldos y albricias dan en algunos dias de crédito, violentamente gustosos

tal cual caballerete calzafraque y corbata, de los de algalia en pañuelo y nonada en la faltriquera. Den ellos lo que gusten y bien les plazca, puesto que quieren disfrutar, y gozan, con efecto, de las primeras apariciones escénicas y de las estrenas teatrales, que yo tan discreta cuanto *literariamente*, soy contento con entrar en dia no feriado ni notable al hora circuncirca en que se media ó biparte la funcion, y pagando con un saludo al alojador, me aprovecha mas asentarme sosegadamente y ver el rabo y cabo del espectáculo, puesto que el fin de una comedia del dia no es el peor plato que se puede servir al gusto. No há muchas noches, que con estas tales circunstancias ocupé el referido sitio once, teniendo por cenit la araña rutilante, y por nadir un ruedo de atocha valenciana, que algun aficionado hubo de colocar allí para pedaño y alfombra: bien hace de poner en cobro sus pies, pues no faltará femenil persona que cuide de su cabeza. Un can que busca abrigo en las frialdades del invierno, suele, formando rosca, aumentar el calor de la estancia, y como que un golpe lo puede irritar, sirve de saludable despertador con sus gruñidos y sus dientes caninos para las adormideras que las musas sirven hoy en los teatros. No fué el can solo mi única compañía, pues como quien dice, tabique por medio, se encontraba un vejete limpio y atildado, de ojos saltadores y lengua bien prendida que no ansiaba cosa mejor que por conversacion y plática. Apenas, catalejo en mano, concluí mis observaciones astronómicas por aquella esfera no celeste del teatro, cuyas estrellas por mayor seña todas estaban eclipsadas, cuando mi vecino con voz suficiente y sonante me dijo: «amigo, comedia mala ó mala comedia, que todo es lo mismo, ó lo que es igual detestable y pésima representacion.» Yo que no gusto contradecir á nadie le respondí con un gesto afirmativo, y mi hombre prosiguió diciendo: «Las piezas malas por sí solas y las buenas por los atajos é intercalares que las dan los farsantes poetas, pronto dejarán el corral vacío, aparte que los Zabalas y Comellas no parece sino que se han vuelto semilla volante que pulula y germina á mas no poder por las cimas y faldas del Parnaso español; por mí le aseguro, y me miraba de hito en hito, que á no ser por el baile no salvaría el umbral de

esta casa.»—¿Y qué tenemos esta noche de bueno? le pregunté. —«¡Oh amigo! respondió. Vuesa merced verá cierta andaluza recién llegada que baila á las mil maravillas, y feria un bolero tan galano, que los adornos, gracias y aditamentos que lleva no se ven há mucho tiempo. Es linda y bien cortada, y en cuanto Vuesa merced la vea sospechará como yo que en la fábrica y estructura de su persona tienen mas parte el aire y el fuego que no el agua y la tierra.» Decir esto, sonar el silbato del señor Consueta (siempre hablé con respeto), subir el telón y aparecer la perla bailadora, fué todo un punto.

En verdad, en verdad, pocas mugeres ví nunca tan cumplidas, y por el prendido dificultosamente se hallaría cosa tan rica ni tan airosa. Los instrumentos comenzaron á marcar la medida con la gracia y viveza que tienen las tonadas del mediodia, cuando mi parlador vecino, inclinándose al lado me dijo: «Todo es completo por felicidad nuestra; el acompañamiento está tomado de la tiranilla *Solitaria* y del bolero antiguo de las *campanas*; pero el revuelto está hecho con maestría, y ni *Gorito* (1) lo fraguá-  
ra mejor. Yo lo ví bailar años pasados al Rondeño y á la Celinda, pero sobre todo la Almanzora....» No sé dónde hubiera ido á dar con su biografía boleresca, cuando finalizado el retonelo se lanzó la zagala al baile, y el vejete cayó en éxtasis en su asiento, dejándome en paz.

No podré mas decir por parte mia, sino que desde el primer lazo y rueda que tejió y deshizo con sus brazos airosos la danzadora gentil, me sentí llevado en bilo á otro país encantado. El donaire de los movimientos contrastaba con cierto pudor que autorizaba y daba señorío al rostro, y este pudor era mas picante resaltando con el fuego que derramaban dos ojos rasgados, y envueltos en un rocío lánguido y voluptuoso. Mi vista corria desde el engarce del pié pequeñuelo hasta el enlace de la rodilla, muriéndose de placer pasando y repasando por aquellos mórbidos llenos y perfiles ágiles, que á fuer de nube caprichosa de abril ocultaban y tornaban á feriar la seda de la saya y los fluecos y caireles. En fin, aquella vision hermosa se mostró mas admirable,

(1) Famoso tañedor y maestro de bolero en Andalucía.

mas celestial, cuando tocando ya al fin, la viveza y rapidez de la música apuntaron el último esfuerzo de los trenzados, sacudidos y mudanzas: las luces, descomponiéndose en las riquezas del ves-



tido, y este agitado y mas y mas estremecido por la vida de la aérea bailadora, no parecia sino que escarchaba en copos de fuego el oro y la plata de las vestiduras, ó que llovía gloria de su cara y de su talle. Cayendo el telon quedé como si hubieran apagado á un tiempo todas las luces. Del casi parasismo en que me hallaba, sacóme el erudito del bolero diciendo:—«No me dirá que el encarecimiento fué superior á lo encarecido: sin embargo en

las campanelas le pidiera yo mas redondez, y en los cuatropeados mas vibracion: ya le dije que la Almanzora y la Celinda...» Yo que nada aborrezco tanto como estas exigencias de lo mejor, que aguan el sabor y gusto de lo bueno, le atajé en su tarabilla diciéndole:—«Es indudable que el bolero es una danza árabe, y que tal como se vé tendrá sus reglas y tratado en letra de molde.»— El hombre, mirándome de hito en hito, me respondió con voz doctoral y tono de suficiencia. «Ha dicho, caballero mio, un disparate, y ha hecho una mala suposicion; el bolero no es morisco ni tiene tratado escrito, pues lo que se ha impreso en la materia mas bien es invectiva apasionada que no tratado curioso ó doctrinal.» Picado yo de su sesgo decisivo le quise arrollar con el peso de una autoridad, arma para un erudito mas poderosa que la razon y el sentido comun, y le dije: «amigo, lea las aventuras que corren impresas del último Abencerraje, y verá allí pintado el bolero, y filiado por de legítima raza mora.» Apenas hube hablado (y nunca lo hubiera hecho), cuando mi vejete, enfurecido como vibora herida, me replicó: «Aunque el caso es de poca monta, siempre prueba lo que me tengo asentado en la mollera luengo tiempo hace; conviene á saber, que no entendemos de nuestro pais sino lo que quieren decirnos los estranjeros: hay disculpa para ignorar muchas cosas; mas cuando se quiere saber es preciso aprender donde mejores documentos hay, y aunque diéramos de barato que todo el ingenio y talento se halláre allende de los Pirineos, fuerza será para hablar de España que apelemos á los españoles.» Tomando aliento el orador prosiguió mas sosegado: «el ilustre escritor del Abencerraje no tiene obligacion de saber el origen de un baile español: mas para que nosotros hablemos de nuestras costumbres y de nuestra literatura, es preciso revolver mas libros que el *L'Harpe* y los viajes por España.» Yo, curioso de ver algun retazo de tan estraña erudicion, y dando lugar el intersticio del sainete para continuar la plática, le rogué al vejete que puesto que yo era un ignorante en danzarinas honduras, todavía era bastante curioso para querer saber de dónde pudo venir el *bolero*. El hombre, halagado con mi lisonjera deferencia, puso punto y coma á su razonamiento de reprimenda y dijo: «El

bolero no es baile que se remonta en antigüedad mas arriba que á los mediados del pasado siglo, y bien considerado no es mas que una glosa mas pausada de las seguidillas, baile que, segun testimonio de Cervantes, comenzó á tañerse y danzarse en su tiempo, como se vé por la arenga de la dueña Dolorida. Esta no es sola opinion mia, puesto que ya mi buen amigo D. Preciso lo tiene asegurado y puesto de patente al público, sacando á luz el nombre del que primero compuso en la Mancha danza tan donosa (1), que por ser toda en saltos y como en vuelo fué llamada *bolero*, título que dió gran consuelo á los etimologistas y académicos, por ser significativo, sonoro y llevar en sí mismo la ejecutoria del padre de donde viene. D. Preciso no ha hecho mas que decirnos sobre su palabra el nacimiento del D. Bolero, mas yo que gusto (no embargante mi edad mayúscula) de las cosas escondidas, he probado de alzar el telon de boca de este misterio, aunque en otros me quede con dientes largos. No solo he leído los discursos sobre el arte del danzado de Juan Esquivel Navarro (2), no solo he leído al P. Astete (3), de donde por contradictoria se saca de claro en claro muchos arrequives del baile, el danzado á la española de Pablo Minguet é Irol (4), y la *Bolerogia* de Rodriguez Calderon (5), sino que tambien he observado las costumbres populares, comparándolas con las notas de Pellicer al Quijote y á la vida de Saavedra, en donde toca de intento y con picante curiosidad algunos de estos puntos sustanciales para el público sabidillo del dia. El Esquivel que cita cuantos bailes se danzaban en su tiempo, apuntando hasta los maestros que mas se aventajaban y discípulos mas sueltos y diestros que sobresalian, nada habla del Bolero, siendo así que hace mencion de la Chacona, Rastro, Tárrega, Jácara y Zarabanda, bailes muy alegres

(1) Segun D. Preciso el inventor del bolero fué un hidalgo manchego llamado D. Sebastian Cerezo; pero otros aseguran que lo fué un calesero sevillano conocido por *Anton Boliche*.

(2) Impreso en Sevilla en 1642 por Juan Gomez de Blas.

(3) Institucion y guia de la juventud cristiana.

(4) Madrid, 1737.

(5) *Bolerogia* escrita por D. Juan Jacinto Rodriguez Calderon, impresa en Filadelfia por Zacarías Poulson, 1807.

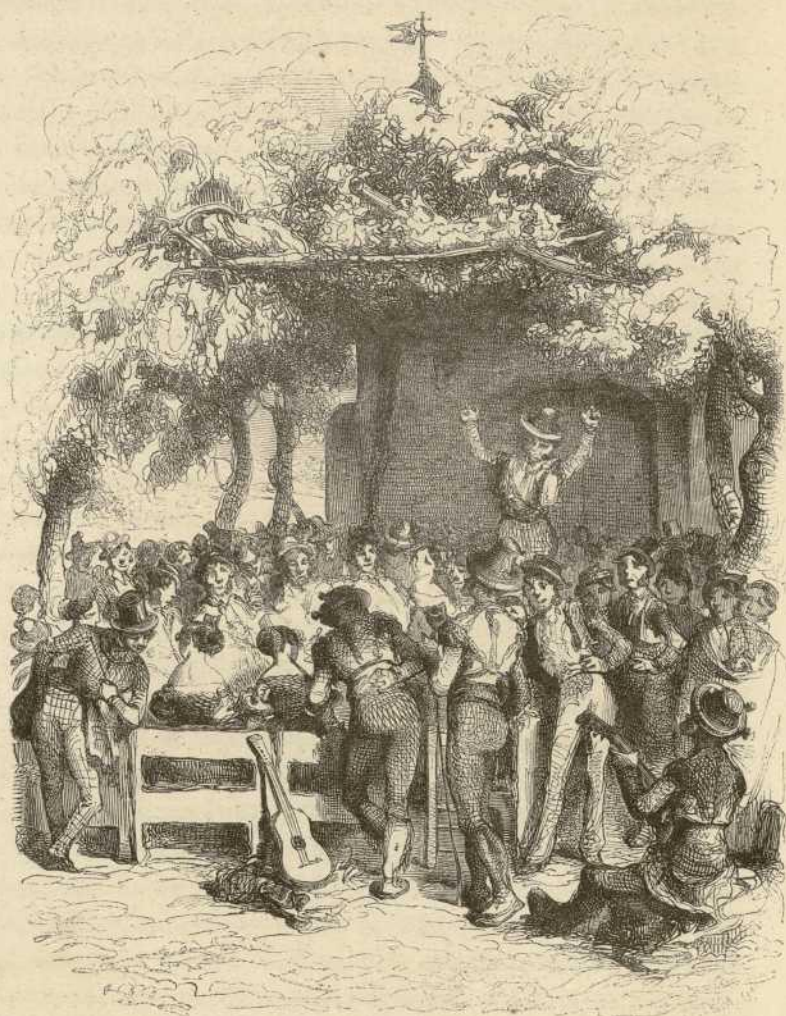


con que se solazaban aquellas generaciones hispanas. Pellicer se engaña lastimosamente cuando afirma en una de sus notas, que no queda memoria de tales danzas, pues cuales han tomado otros nombres, y tales, como los grandes territorios que se disuelven, han entrado descompuestos en los pasos y mudanzas de otros bailes. Por ejemplo, en el bolero se encuentra el paso de la *Chacona* y el paso del *Bureo*, que siendo distintos bailes, el autor del bolero tomó de entrambos para el suyo lo que mejor encontró. La *Jacarandina* y la *Zarabanda* (verdadera danza morisca), famosas ambas por su desenfado, son hoy el *Ole* y la *Tirana*, y aun la tonada de la *Zarabanda* se tañe y canta pura y primitivamente en muchas partes de España, que de tiempo en cuando la resucitan agradablemente los trovadores de esquina, que por no ver el tanto que quieren, se suelen llamar ciegos. Entre mis trevejos y papelorios viejos conservo la música y solfa de todos ó la mayor parte de estos bailes, cosa bien curiosa por cierto, y á fé á fé que oyendo aquellos compases y comparándolos con los bailes del dia, y ajustándoles los pasos y mudanzas que pudieran convenirles, con algo del primor y mucho de sagacidad, fácilmente se podrian restaurar muchas de aquellas danzas y bailes á su pristino estado, graciosa desenvoltura y picante desasosiego.»

Muy bien, le dije á mi catedrático danzarin, pero siempre resultará que esas danzas que cita, serian de baja alcurnia y no de las que tendrian entrada en los estrados y saraos de la gente principal y noble.—«Otro disparate, me repuso mi inflexible orador; otro disparate, y hable con mas pulso en materia que no entiende. Es cierto que no todas estas danzas gozaban de la propia autoridad, pues en parte donde tuviese lugar la airosa Gallarda, el grave Rey D. Alonso, y el Bran de Inglaterra, no pudieran danzarse las mudanzas de la *Chacona* y *Zarabanda* que á veces las sacaba de quicio, dándoles demasiado picante y significacion la malicia femenil; pero aun con esto eran tenidos por bailes de escuela y cuenta, y no por de botarga y cascabel. Ningun maestro de fama como los *Almendas* y los *Quintanas*, que lo fueron de los tres *Filipos*, ni otros sus discípulos ensayaron ni enseñaron estas danzas de por la calle que llamaban de *tarariva*:

hubieran creído rebajar y vilipendiar un arte, que con autoridades y ejemplos lo hacían casi celestial.»

Pero volvamos al bolero, pues no soy sabueso que por gaza-po fortuito que me salte en la carrera, deje ir la liebre que de primero levanté, y con ardor perseguí. Es el caso que ya fuese el inventor del tal baile *Cerezo* ó *Anton*, aquel en la Mancha ó este en Sevilla, ello es cierto que la danza se propagó con gran rapidez, empenándose en enriquecerla con sus invenciones y mudanzas los mejores ingenios danzarines que por aquel tiempo poblaban los tablados de los teatros y las casas de regocijo de Triana, Valencia, Murcia, Cádiz y Madrid. Anton Boliche en verdad no fué gran inventor en pasos y mudanzas, contentándose con acomodar al compás y medida del *bolero* lo que encontró de gracioso y notable en el antiguo fandango, en los polos, tirana y demás bailes de su tiempo, pero á poco los discípulos corrigieron el descuido del maestro. En Cádiz el ayudante de ingenieros Don Lázaro Chinchilla inventó é introdujo la mudanza de las *Glisas*, ofreciendo á la vista un tejido de pies de efecto desalumbrador y pasmoso. Un practicante ó mano de medicina de Burgos sacó el *mata-la-araña*, suerte muy picante singularmente en el pié y entre los pies de alguna pecadora á quien no obligue el ayuno. *Juanillo el ventero*, el de Chiclana, puso en feria el *Laberinto*, trenzado de piernas de prodigioso efecto: tambien á esta suerte la llamaron la *Macarena*. El *Pasuré* ya cruzado y ya sin cruzar tuvo patente de invencion en *Perete* el de Ceuta que ganó gran fama por su habilidad. El *Taconeo*, el *Avance y Retirada*, el *paso Marcial*, las *puntas*, la *vuelta de pecho*, la *vuelta perdida*, los *trenzados* y otras cien diferencias que fuera prolijo relatar, son muestras de otros cien varones ilustres que consagraron sus estudios al mayor encumbramiento de esta ciencia, ¡tan modestos que ninguno quiso dar su nombre á la estampa, tan llenos de entusiasmo y tan sedientos de gloria que casi todos espiraron ó patirotos en los teatros ó en las camas de algun hospital, adonde los llevó su amor al estudio y sus esfuerzos en los saltos, cabriolas, volatas y vueltas de pecho!!! Esteban Morales inventor de esta última suerte fué el primer mártir de la invencion, habiendo autores que afirman que es-





ta sola mudanza tiene llevada mas gente á los cementerios que las pulmonías en Madrid y en Andalucía los tabardillos pintados. A remediar tanto mal, salió el buen ingenio y rara habilidad del murciano Requejo, que despues de haber asombrado á su patria y á los reinos de Valencia y Aragon con su agilidad y destreza, con sus giros, saltos y vueltas apareció en Madrid á ser nuevo legislador del bolero. Efectivamente compadecido este buen legislador de la madre que lloraba á un hijo desgraciado por saltarin en la flor de los años, del padre que veia eclipsarse los ojos y la existencia de una hija por trenzar demasiado ó girar con mucha violencia, quiso poner coto á tanto mal y para ello se propuso despojar al bolero de todo lo pernicioso y antisalubre. Así pues comenzó por descartar del baile lo demasiadamente violento y estrepitoso; ajustó los movimientos á compases mas lentos y pausados y chapodó las figuras, pasos y suertes de todo lo exuberante y rústicamente dificultoso, rematando con dejar al *bolero* armado caballero en toda regla, obteniendo lugar y plaza de baile de cuenta y escuela por el universo mundo, así en los estrados particulares, como en los salones de la corte. Y el bolero no contento ya de estenderse por dentro de los límites españoles, saltó las fronteras, conquistó territorios y fué á causar la maravilla y la felicidad de las capitales mas remotas de la Europa. Pero el buen Requejo, como todos los innovadores, tropezó con grandes obstáculos y hubo de vencer gravísimas dificultades. Los partidarios del bolero disparado y rabioso se declararon aun mas rabiosamente por enemigos y contrarios suyos, y no contentos todavía y como para asegurarse la victoria llamaron en ayuda de la propia causa otros bailes y danzas de toda la redondez de la Andalucía alta y baja para conseguir por el número lo que consideraban dudoso por la calidad. Entonces fué cuando aparecieron en Madrid el *Zorongo*, el *fandangillo de Cádiz*, el *Charandé*, el *Cachirulo* y otras cien combinaciones del movimiento perpétuo, con el fuego elemental y lo mas llamativo y picante del amor. La Mariana Marquez apareciendo en el coliseo del Príncipe y haciendo delirar de placer con los juguetes y remolinos de su *Zorongo*, á los hombres de aquel tiempo, puso en verdad, en gran conflicto y

en peligroso trance al *bolero*, pero este triunfó de todo y como torrente que detenido en su carrera adquiere mayor violencia para proseguir en sus conquistas é invasiones, así él se derramó por todas partes, aseguró su imperio, y sino dió al traste del todo al todo con los demas bailes sus rivales, fué el que quedó como Rey é imperante sobre los teatros hasta nuestros dias.

Mucho ayudaron á este triunfo con sus gracias, giros y vueltas y con su belleza y donaire las incomparables Antonia Prado y la Caramba, envidias del mismo aire, émulas de Terpsícore, extremos de la hermosura y sonrojos hasta de las mismas sílfides y mariposas. Estas dos hermosas bailadoras las admiré yo y las celebré con delirio allá cuando los verdores de mis años, aumentando el inmenso séquito de sus cautivos adoradores. ¡Ah querido amigo mio! (añadió el viejo fijándome los ojos con los suyos) era imposible mirar á la *Caramba* sin aficion, mas difícil todavía no seguirla y requerirla blandamente de amores, y ya en este punto era lo escusado el pensar el pobre enamorado en separarse, desenredarse, huir y desasirse, pues de tal capricho á cual caricia, de este favor á otro desden, de ciertos desengaños á inciertas esperanzas, de aquel sobrecejo á estotra sonrisa, y de una burla ó desenfado á cien hieles y amarguras, iba el pobre ánima del cautivo caballero de precipicio en precipicio, de abismo en abismo, hasta dar en la cárcel y prisiones que nunca podria ni dejar ni romper. Su continente era señoril y de majestad, su talle voluptuoso por lo malignamente flexible, y sus ojos lucían sabrosamente traviosos bajos unos arcos de ceja apicarados y flechadores, y una nariz caprichosamente tornátil y la boca siempre placentera, si entre búcaros si entre claveles y azahares, formaba del todo el gesto mas gustoso y tentador que ojos humanos pudieron ver, admirar y desear. Pero estos que le parecerán, amigo mio (prosiguió mi hombre mirándome atentamente), encarecimientos prolijos, no serán sino desmayados reflejos á su buen juicio, si los compara con los encantos y perfecciones que os revelará este retrato. Diciendo esto y enjugándose con el mismo guante al pasar la mano por la jurisdiccion de la cara cierta lágrima involuntaria que á su despecho se le desprendió, sacó del bolsillo interior

de su leviton una caja que encerraba el retrato de mas diestro pincel y de mas linda muger que idearse puede. Si aquel era el



retrato de la Caramba, y á tales rasgos era razon añadir la vida y la intencion que presta siempre á la fisonomía la inteligencia femenil y el regocijo de la vida del teatro, es indudable que la Caramba fué una muger celestial. Bien lo demostraba así la profunda impresion que de su hermosura conservaba la memoria de mi buen interlocutor.

Llegando á este punto volvió á plegarse el telon y comenzó el sainete graciosísimo, como de D. Ramon de la Cruz, pero que no por eso pudo quitarme de la frente las ideas que me sugerian las singularidades del *quidan* que pudiera tomar borla, si

hubiese doctores en la danza, bien que entonces sabria muchos menos, y traslado al plan de estudios. Finalizada la representacion, volvió á enlazar la conversacion suya con no poco contento mio y me dijo: «Entre todas las bailadoras que ha producido España, ninguna como Brianda, que por su gentileza y danzado tuvo amores en la corte, siendo objeto de los versos y galante-rías de los principales caballeros y poetas de su tiempo: oiga, me dijo, el romancete que sigue, que es documento para los inteli-gentes.

#### A BRIANDA.

Mientras entrega á España  
 Una mano aleve,  
 A la vil codicia  
 De malos franceses,  
 Y otro Roncesvalles  
 Y un Bernardo viene,  
 Bailame, Brianda,  
 Trisca y tus pies mueve.»  
 . . . . .

Aquí llegaba mi caro vejete, bebiendo yo, que no escuchando sus palabras, cuando llegando á la puerta del teatro un aluvion de gente que se atropellaba por salir, lo envolvió y me lo separó arrastrándolo por no sé donde, y sin poderlo yo seguir por mas conato que puse en ello. Desesperado de encontrarle y no conociéndole sino por aquel acaso, no pensé sino en retirarme á mi guarida, donde por no perder la memoria de este coloquio, lo apunté para diversion mia y cartilla de los que gusten aprender el Bolero.

#### EL SOLITARIO.



## LOS FILOSOFOS EN EL FIGON.

### IV.

.....  
Probemos lo del pichel  
Alto licor celestial!  
No es el aloquillo tal  
Ni tiene que ver con él.  
¡Qué suavidad! que claridad!  
¡Qué rancio gusto y olor!  
¡Qué paladar! que color  
Todo con tanta fineza.

BALTASAR DE ACCERAR.

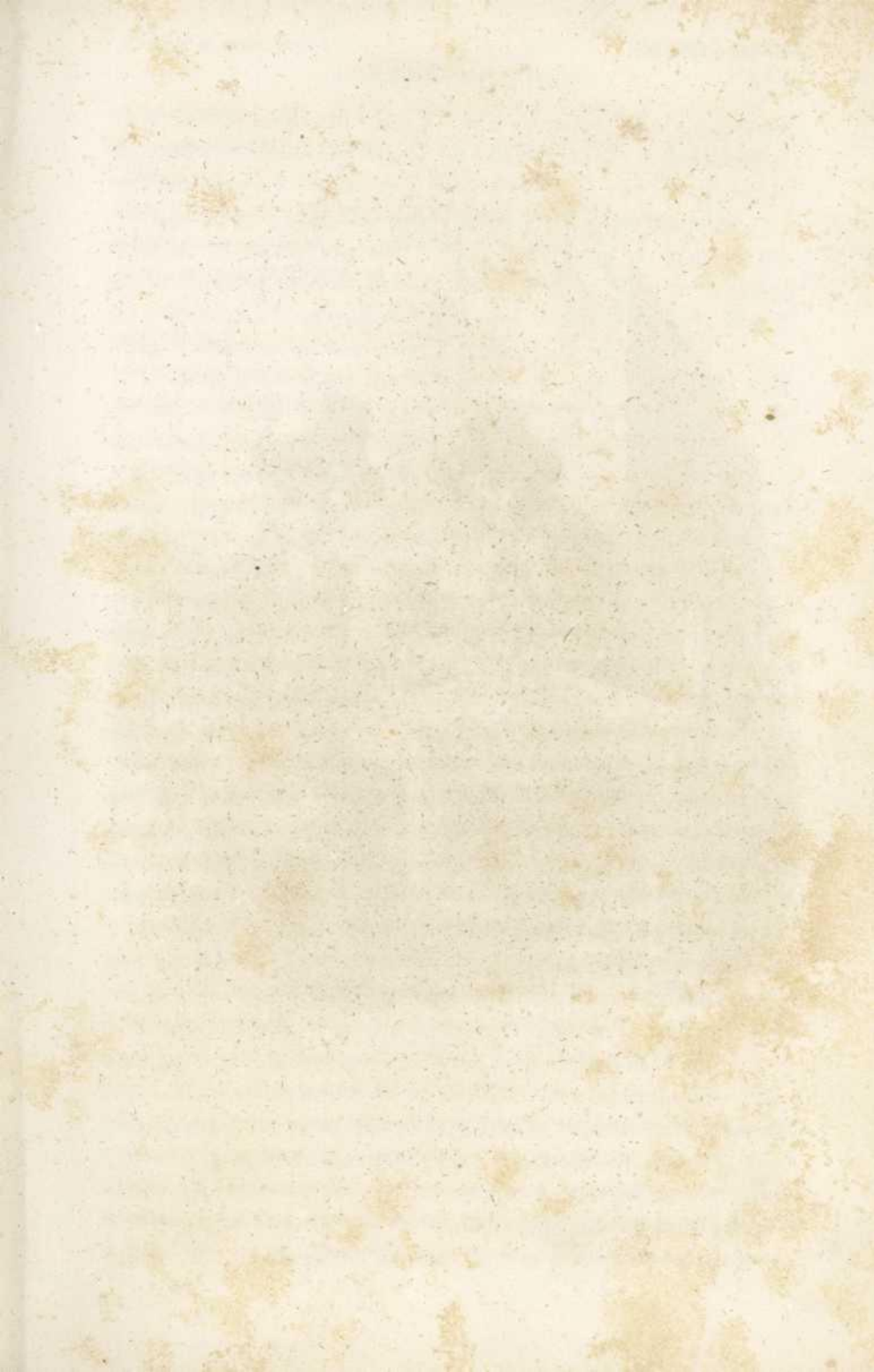


**N**ADA enfada tanto el ánimo como oír incesantemente unos lábios ni fáciles ni elocuentes y una taravilla necia de algún filosofastro pedanton, que se extasia hablando de materias tan triviales que cualquiera alcanza, ó tan áridas que secan y hastian la imaginacion y fantasia del pobre que cogen en banda. Iba yo á duras penas sosteniéndome en mis piernas antiguas y descarnadas y pensando de tal manera, cuando al tender la vista, tropezaron mis ojos con la mayúscula persona del Br. Górgoles, aquel parlador eterno, cuyo prurito es hacer entender que tiene en su mano la piedra filosofal de la felicidad humana, cuando su título por tamaña empresa está solo en relatar de coro dos ó

cuatro libros que ya nadie lee, por el hastío que derraman. Venia pues á embestir conmigo y mi paciencia, remolcándose calle arriba de la Paja, cuando por librarme cogí los pies en volandas para escapar. Temiendo no conseguir mi intento y hallando á poco trecho un figon ó taberna de traza limpia y bien acondicionada, acordé zambullirme en ella, por dejar pasar aquel, para mí, mas que tremendo chubasco.

No bien puse el pié en ella, cuando consideré lo pronto que sería descubierto por mi perseguidor, si en casa tan concurrida me ponía á los ojos de tanto curioso, y sin mas ni mas seguí mi paso por un entarimado que desde el zaguan arrancaba y al final me condujo á una escalerilla escusada que daba á un aposento bajo de techo y á teja vana, que despues ví era sobrado de un zaquizami húmedo por todo extremo: sentéme en un banquillo cojo colocado al frente de una mesilla si bien saltadora, si bien danzante, regada por medio siglo con el mosto de mil libaciones no muy limpias, y dando un golpe fuerte sobre ella, se me presentó el montañés, quien de su mejor modo me preguntó que con que me serviría, relatándome la larga letanía de vinos que guardaba en su bien abastecida bodega. No echará de menos en ella, señor caballero, desde el claro Montilla hasta el tinto de Valdepeñas, con toda la gran parentela de ellos, hasta el quinto grado que se crian en nuestra España, limpios y sin mezcla de agua, brebaje ni otra mala raza con que mis cofrades suelen inficionar y adulterar tragos tan celestiales. «Al Montilla me atengo, repliqué, y que venga con acompañamiento de algun sabroso llamativo.» «Sí habrá:» (contestó mi hombre) y á poco me trajo un vaso y la botella con unas aceitunillas enjutas, gordas y sin mácula que á legua se pregonaban como de Sevilla, realizándose todo mas y mas teniendo al lado el pan blanquísimo de bollo ó de tabona. Dije al montañés que siendo aquel retrete tan reducido me escusase de toda compañía, le dí las señas de la persona de quien me guardaba, y él retirándose, yo me quedé saboreándome á la par con el suceso agradable de mí escapada y con los bocados que delante tenia.

No bien habrian andado dos instantes de tan deliciosa tarea cuando oí hablar dos personas tan cerca de mí que parecian estar





en el mismo aposento. Volví los ojos por todos lados y por entre las tablas que formaban uno de los tabiques de él, ví dos hombres sentados frente á frente, ante de otra mesa ni mas ni menos como la mia, derribadas las capas por las espaldas en las sillas, calzados los sombreros con aire picaril, una baraja en la mano como de haber echado un jarro al truco, y el del fruto de la victoria puesto ante los ojos de los dos combatientes que se lo iban á partir y trasegar lo mas amigablemente del mundo.

—Con truco y flor me has ganado el envite, Pistacho, dijo el uno; y quiero verme ahogado en agua pura, si te juego de hoy mas á otra cosa que al rentoy aunque me dés punto y medio.

—Ni al rentoy, filey, brisca, truco, secanza, ni otro de los carteados, respondió el otro, ni al sacanete, baceta ni otro de los de golpe y azar puedes medirme conmigo, y en esto ríndeme el mismo respeto que yo á ti en lo del cuchillo y cuarteo.

—Afuera las alabanzas y vaya Pistacho este tercer trago á los buenos ratos que pasamos juntos todos los jueves, que en ellos no me cambiaria por el Preste-Juan, tal es el gusto que disfruto en ellos. ¿Y no sabes Rechina que en este bajo mundo está toda la gloria en un buen amigo y dos botellas?

—¿Y las mugeres no entran en tu reino? porque en verdad te digo, que donde faltan ellas, todo para mí es por demas, y sino se hallan en tercio con nosotros en tales sesiones, te aseguro que mi alma está con ellas como mis sentidos en este vino y sus adherentes.

—Ellas te darán el pago, pobrete, dijo Rechina; que el vino es placer mas barato y duradero, ni deja en pos de sí los torcimientos y amarguras que ellas, y á fé á fé que media columnaria no contentára á la mas humilde de ellas y es moneda bastante para pasarse un hombre de forma toda la tarde hombreándose con todos los principes de la tierra, pues te hago saber Pistacho (aquí el orador se acomodó en la silla, enderezó el sombrero y pasó la mano por la garganta para desembarazar el habla) que mientras estoy si son flores ó no son flores, todo lo veo de color de rosa, y del turco se me dá un ardite y del Tamerlan una blanca. No haya miedo que el cristiano que se encuentre en tal bea-

tificacion piense poner lengua en Papa, ni mano en Rey, ni se entrometa en murmuracion ni suciedad semejante: pues si hay un tantico de cantares, no digo nada, porque de abí á los cielos.

—¡Y qué *verdura* es el apio ya que verdad no diga! replicó el otro; contigo me entierren que esa razon me ha vuelto ceniza; venga otro viaje, apuremos el jarro y el montañés haga crugir la piquera por mi cuenta.

—Rematado me vea, dijo Rechina, si me gusta el vino bebido como de contrabando, cada uno en su casa haciéndose alcantarilla de mosto que no bebedor racional, sin pleitear sobre la calidad del vino, pecados que tenga y remedios que se le pueden aplicar, que este es ramo muy de enseñanza y divertido y si esto se acompaña con la música de vasos que suenan, mosto que cae, candiotas que crugen, jarros que gorjean y mozos que gritan, no hay mas que pedir.

—Siempre, contestó Pistacho, te vás al hueso y dejas la pulpa; quiero decir que mas te saben esas salsas que refieres que no los sorbos copiosos y seguidos. Bien alcanzo la razon que haya para preferir el de antaño al de ogaño, pero andarse con esos *piquismiquis* tuyos, lo condeno altamente como cosa que huele á gula y sensualidad. Dénme á mí el pielgo de un odre bien relleno, callen todos los relojes y no pare el chorro y saldré mas ganancioso que no tú, amen de la conciencia mas limpia: que si yo te acompaño en tales estaciones, separo *impectore* todas las superfluidades de que tú sacas tanta delectacion, y tu alma tu palma.

—Sigue tu camino, dijo aquel, que yo bien me encuentro por el mio: remojarse en vino como esponja, cual tú dices, es cosa amigo, de hombre y paladar poco delicado, y para ti mal vinagre ó buen Xerez todo será igual, y quiero morirme si puede hallarse mayor pecado en buen bebedor, pues contigo será en valde aquello del *pan con ojos, el queso sin ojos y el vino que salte á los ojos*.

—¿Con sutilezas te vienes y refrancicos propones? (habló Pistacho) Pues hágame la gracia el sabiondo de decirme cuales son los tres enemigos del hombre, que si tal aciertas, te tendré por hombre consumado en el gremio.

Aquí los dos filósofos se quedaron mirando, aquel á este, como quien piensa, y el otro al uno sonriéndose vanaglorioso del enigma con que habia enredado á su compadre.



—Confíesome vencido, dijo Rechina, pues como no sean los arcabuces, las mugeres y los tabardetes pintados, no sé que otros mayores enemigos pueda tener el hombre.

—¡Oh menguado, replicó Pistacho, qué pobrete te criaste en esto de entendederas! Los enemigos que digo son los que arrancan las cepas, los que venden las uvas y los que las dan y con-

vierten en pasa. Todas pisadas, que nadando en mostillo nadie siente penas: y es contrario al hombre quien le mengua consuelo tal, mermando un solo sorbo del jugo de los lagares. ¿Digo bien, seor Rechina? ¿Hablo al aire ó no discorro como el Br. Górgoles que cada palabra la afirmaba con tres silogismos y cuatro autoridades?

Al decir esto el elocuente orador, escuché ruido por la escalera, vuelvo el rostro y miro; ¡perdon de mis pecados! Miro al mismo tremendo Górgoles bailándole sus ojos de alegría por haber atrapado á su víctima. A pesar del montañés entró y escudriñó la casa, pues no encontrándome en las calles cercanas concluyó y con razon que me habia agazapado en alguna madriguera. Entró digo, se me lanzó como un sacre y me hizo presa por el brazo como alano, pues las orejas me las reservó para taladrármelas á preguntas, argumentos y reconvenciones por mi asistencia y quereencia en casas de aquel jaez. Me sacó á lo del Rey con mas inculpaciones y reprimendas: llevóme hablándome, gritando, argumentando en forma, por induccion, *à priori*, por exabrupto, por peroracion.... ¡qué tormento!!! En fin, apartóme mi implacable enemigo de aquel mi centro de recreacion y gusto, pero al menos aprendí y supe en donde cada jueves podria sacar mi ánimo de sus melancólicas meditaciones, oyendo los diálogos de dos filósofos, que si enseñan poco como todos, divierten como ningunos.





NOVELA.

LA NIÑA EN FERIA.

.v

.....  
Era pues la niña  
De tal gentileza  
Que en parangón suyo  
Callára Lucrecia,  
Ojos robadores,  
En arco las cejas,  
Morena y graciosa  
Graciosa y morena.  
.....

ROMANCERO GENERAL.



**L** Linda serrana,  
El sol de la aldea,  
Por ver y lucirse  
Vá y viene en la feria.

Vistióse advertida  
Con galas de fiesta,  
Que aliño y realce

El gusto despiertan.  
Feriándose viene,  
Venderse no piensa,  
Que hay prendas que en trueque  
Se dan, y no en venta.  
Gentil desenfado  
Con mil gracias muestra,  
Casando al donaire  
La noble modestia.  
El sayal palmilla  
Pomposo en la rueda,  
Jaquelada en rojo  
La fina arandela.  
Turquí zapatilla,  
Colorada media,  
Con primor engarzan  
La planta pequeña.  
Asoma con puntas  
Bordada cenefa,  
Del cendal que inquiera  
La vista indiscreta.  
La toca labrada  
Prendida en la oreja,  
Alfiler de oro  
Recoje la trenza.  
Relicario al pecho  
Con doradas cuentas,  
Por Pascua de flores  
Bendito en la iglesia.  
El pié con aseo  
Primoroso asienta,  
¡Cuán lince los ojos  
Que alcancen sus huellas!  
Finísimas randas  
El cuello le cercan;  
¡Aranjuez de olores!

¡Verjel de azucenas!  
 Curiosa vé y mira  
 La niña morena,  
 Y el leve ventalle  
 Lo abate ó despliega.  
 Feriantes la siguen,  
 Mil flores la echan,  
 El mas delantero  
 Hablándola llega.



« Dónde vá, la dice,  
 La hermosa extranjera,  
 Que un ángel del cielo  
 No nació en la tierra.  
 Si valor la alcanza  
 Por oro que quiera,  
 Delante no pase  
 Y entre por mis puertas.  
 Recámara tengo,  
 Ducados sin cuenta,

Mercader tan rico  
 No lo vió Bruselas.  
 Servirán salvilla  
 Mis esclavas negras,  
 Y pajes muy lindos  
 Cristal de Venecia.  
 Si conmigo casa,  
 Arrastrando sedas,  
 Sentará en estrados  
 Con grave eminencia:  
 Y oliendo en la noche  
 Pebetes y esencias,  
 Partirá mi lecho  
 De alfombras de Persia. »

Responde riendo

La niña morena:  
 « Encierre en sus cofres  
 Burgues sus riquezas;  
 Que si bien cual joya  
 Trocarme quisiera,  
 No á trueque tan alto  
 Que á compra me sueña. »

Apenas dá un paso  
 Cuando se le acerca,  
 Famoso soldado  
 Que venció en la guerra.  
 Sombrero con plumas,  
 Valona y cadena,  
 Y al brazo bizarro  
 La capa revuelta.  
 Las calzas y veste  
 Grana de Florencia,  
 Y del talabarte  
 Durindaina cuelga.  
 Saluda y esclama:





« ¡Cuál puede tal fuerza,  
Estar sin presidio  
Que evite sorpresas!  
Por su castellano  
Yo ruego me tenga,  
Y vengan y traizen  
Contrarios trincheras;  
Que en mí, vuestros ojos  
Hicieron mas brecha,  
Que en Dorlan ú Ostende  
Jugando, diez piezas.»

Responde riendo

La niña morena:

«Señor, tengo en mucho  
Tan brava fineza.  
Mas pica que el Rey  
A Flandes la lleva,  
No puede continuo  
Servirme, aunque quiera.  
Y yo (pues trocóme  
Voacé en ciudadela),  
No puedo ni un hora  
Estar sin conserva.  
Empero prometo  
Por pagar tal deuda,  
Que si mi velado  
Me dá su licencia,  
Al primer nacido  
Que embrace rodela,  
Le asentará plaza  
En vuestras banderas.»

Le sale al encuentro

Vestido en bayetas,  
El dómine roto  
Opas de Sigüenza.

«Permitidme, dice,  
Que toda mi ciencia  
Se derrame en gozo



A las plantas vuestras.  
De Bártulo y Baldo  
Sé graves sentencias,  
Que os diré en requiebros  
Las noches enteras.  
Lazarillo sábio  
Permitidme os sea,  
Que hermosa sin guia  
En llano tropieza.  
Relato de córo  
Todas las Pandectas,  
Borlas y garnachas  
Me envidan á puesta:  
Que asaz necio soy  
Para que no pueda,  
Tregar como tantos



A mas alta esfera.»

Burlando responde

La niña morena:

«Hermano, escusadme

Vision tan horrenda,

Que ropilla y faldas

De presto me acuerdan,

El monjil frazado

Con que al muerto entierran.

Vigilias de amantes

No bien os asientan,

Que no es para ayunos

Tan fieras tareas.»

Pensativa sigue

La niña su senda,

Por no hallar empleo

Que en bien le convenga.

Ya incierta no fia

De aquella promesa,

Que al luto, entre sueños

La Virgen le diera.

Sin padre ya y sola

Por siempre se cuenta;

Pero al abrir calle

Cumplióse su estrella.

De dos y de veinte

Un mancebo era,

Florero que vende

Flores de su huerta.

Gaban por el hombre

Galana presencia,

Bien tallado el talle,

Razones discretas.

La niña al mirarle

Se conturba y tiembla,

Y mueve los ojos  
 Creyendo que ensueña.  
 Este es ¡ay! se dice  
 El que en sueños viera,  
 Cuando en romería  
 Visité la Peña.  
 Pedile á la Virgen  
 Guarda de mi herencia,  
 Y allá lo que en sombras  
 Verdad hoy me muestra.  
 Se vá al de las flores  
 La niña morena,  
 Malicioso el gesto,  
 Hablándole artera.

«Dígame, mancebo,  
 (Así Dios mantenga,  
 Con sombra sus flores,  
 Sin sol su floresta.)



¿En búcaro airoso  
 Qué flor me vendiera,  
 Que eterna adornára

Mi pecho y mi reja,  
 Que su aroma diese  
 Consuelo á mi pena,  
 Y á mis ojos niños  
 Que hermosa entretenga???»  
 —No alcanzo, responde,  
 Señora, tal ciencia;  
 Mas tomad de tantas  
 La flor que os convenga.»  
 Y así relatando,  
 Rodilla por tierra,  
 Le dá en ramillete  
 Las flores mas bellas.  
 —«No quiero por ramos  
 Tanta gentileza,  
 Que al gusto, lo mucho  
 Lo entibia y enferma.  
 Mi afición es una,  
 No elijo supérflua;»  
 Y así hermosa hablando  
 Vivaz como honesta,  
 El lirio tomóle  
 De pasión emblema,  
 Que al pecho, el mancebo  
 Con banda sujeta.

Al Paular en tanto  
 Con grave cadencia,  
 Campanas tañian  
 La misa de media.  
 Y dice riendo  
 La niña morena:  
 «¿Es misa, ó rebato  
 Allá lo que suena?  
 Que desde que os hablo  
 Se vá mi cabeza,

Y á fuego en mi pecho  
 Baten con violencia.  
 Por tanto, ¿quereis  
 (Aquí habló bermeja)  
 Por corto camino  
 Llevarme á la iglesia? »  
 —« No tal por mi vida,  
 Aquel respondiera,  
 Que rústicas flores  
 No valen princesas.  
 Son dos recentales  
 Toda mi riqueza,  
 Y un huerto tan breve  
 Que guardo sin cerca.  
 Tal beldad, señora,  
 Mayor logro espera:  
 Al amor humilde  
 Mugerres desprecian. »  
 —« No así, garzon bello,  
 En llanto me deja:  
 (Prorrumpe llorando  
 La niña morena.)  
 Si tú bien me quieres  
 Aparta sospechas,  
 Que á hija del Maestre  
 El Rey nada niega;  
 Y soy (no contando  
 La noble encomienda),  
 Si alta por linaje,  
 Rica por hacienda. »

Gozoso el mancebo  
 Bendice su lengua,  
 Y con lábio humilde  
 Besóle la diestra.  
 Cambiaron sortijas

Por mayor terneza,  
Saludan la pila  
Y en la ermita entran.  
Se postran al Preste  
Que el salmo les reza,  
Y en latin los casa



Con gran reverencia.  
Del altar salieron  
Con suertes diversas,  
Él ufano, alegre,  
Mas tímida ella.  
Hubo tornaboda,  
Festin, larga mesa,  
Y danzas en donde  
Mas bodas se empeñan.  
Bailaron los novios  
Canario y Francesa,  
Y al tálamo fueron  
Sonando la queda:  
Y es fama que al año  
El sol de la aldea,

Sacaba un infante  
A lucir en feria.  
Infante á quien hizo  
Menino la Reina,  
Y en años creciendo  
Tambien calzó espuela.

## EL SOLITARIO.



EL ASOMBRO DE LOS ANDALUCES,

6

MANOLITO GAZQUEZ

EL SEVILLANO.

VI.

...Con tus mentiras á nadie agravia  
Y á todos entretienes: estas no son  
mentiras, sino ingeniosidades: no son  
mentiras vulgares, digo, sino fábulas  
poéticas.

ESTAFETA DEL DIOS MOMO POR SALAS  
BARBADILLO.



**A** si españoles como extranjeros, saben el remoquete con que son señalados los andaluces. Todos al oírles relatar tal historia ó cual noticia llaman en auxilio de sus respectivas creederas la suma total de las reglas de la crítica para fijar en algo ó acercarse á la verdad: todos escuchándoles citar guarismos y vomitar cantidades, cercenan, rebajan, sustraen, amputan y restan, y no contentos aun, sacan la raíz cúbica del residuo, y todavía admitiendo tal cantidad por buena, creen hacer mucho favor al bizarro y boyante conta-



dor y dènumerador andaluz. Fuera agraviar á cuatro grandes provincias que valen otros tantos imperios, suponerles en su calidad y condicion algo tan rahez y de baja ley que pueda trocarse con el embuste y confundirse con la gratuita mentira. Esto siempre revelára algun defecto en el carácter, cierta falta en el corazon, siendo así que en contraste con todas las demas de España, no hay ninguna que sobre la Andalucía presente mayor número de héroes, de hombres valientes, y todos saben que la cualidad mas contraria al valor es la mentira. Por consecuencia es necesario buscar en otra parte el origen de esta aficion, de esta propension irresistible á contar, á relatar siempre con encarecimiento y ponderacion, á demostrar los hechos montados en zancos, y á presentar las cantidades por océanos insondables de guarismos. Tal cualidad tiene su asiento y trono en lo mas principal y pintiparado del alma, en la fantasia, en la imaginacion. Lo que se vé en aumentativo no puede esplicarse por microscópio, lo que se multiplica en el pensamiento no puede *unicarse* por los lábios, si se permite la espresion, ni lo que se pinta en el ánimo con todos los colores del iris, puede ni debe retratarse por la palabra, y en la narracion con las tintas mortecinas de la aguada. Ahora bien, un andaluz siente, concibe, vé, imagina y piensa de cierta manera, ¿cómo no ha de hablar, no ha de esplicarse por el propio estilo? Si tal no fuese, fuerza seria desconocer el admirable acuerdo que existe entre las facultades de nuestra alma, el reciproco enlace con que se atan unos á otros los sentidos y todos se ligan á la mente, contradecir los estudios de todos los filósofos desde Aristóteles acá, y destruir en fin la verdad de la Psicologia, de la ciencia del pensamiento.

Ya esta cualidad de la imaginacion andaluza y de su ostentosa manifestacion por la palabra, la conoció el famoso orador romano hablando de los poetas de Córdoba, y la indicó en una de sus mas brillantes oraciones (1). La mezcla con los árabes de fantasia arrebatada, pintoresca é imaginativa, dió mas vuelo á tal facultad, y su permanencia de siete siglos en aquellas provincias las acli-

(1) « Ut enim Cordubæ natis pœtis pinguis quidam sonantibus, atque peregrinum aures suas dederit. »



mató para siempre el ver por telescopio y el espresarse por pleonasma. Si fué en Córdoba cabeza de la Bética y patria de grandes oradores y poetas, en donde Ciceron notó esta cualidad andaluza, si hubiera vivido diez y ocho siglos despues ó en nuestros dias, la notára, fijára y ampliára por todas aquellas grandes provincias, poniéndole empero su trono y asiento principal en la capital artística de España, en la reina del Guadalquivir, en el imperio un tiempo de dos mundos, en la patria del señor Manopodio, en la mágica y sin igual Sevilla. Los sevillanos, pues, son los reyes de la inventiva, del múltiplo, del aumentativo y del pleonasma, y de entre los sevillanos el héroe y el emperador era Manolito Gazquez.

Manolito Gazquez á vivir hoy debiera ser considerado como un artista. Él daba al estaño y al laton tal forma y apariencia que con la ayuda del zumo de la oliva y de un mechon de lienzo viejo, difundia la claridad y las luces por do quiera; en una palabra, era belonero, pero al propio tiempo era cazador; en los rosarios tocaba el fagote ó *pimpoddo*, como él decia; en los toros era un oráculo. Por lo demas no habia habilidad en que no descollase aventura extraordinaria por la que no hubiera pasado, ni ocasion estupenda en que no se hubiese encontrado. Y no se crea que esta inclinacion á hacerse el héroe de sus historias era por vanidad, ni que encarecia por gala y afectacion, ni menos que se alejaba de la verdad por aficion á la mentira. Nada de eso: su imaginacion le ofrecia por verdadero cuanto decia; los ojos de su alma veian los objetos cual los referia, y su fantasia lo ponía en el mismo lugar y grado del héroe cuya historia relataba. Júntese á todo esto la facultad preciosa de darle á sus aventuras final picante, caida adecuada, todo sin estudio, sin afectacion; y por añadidura, traza singular de persona y cierta pronunciacion peregrina y estraña aun para los mismos sevillanos, y se concebirá justa y cabal idea de los fundamentos que tiene la gloria duradera de Manolito Gazquez, cuyos cronistas quisiéramos ser si el espacio no nos faltára y nos ayudára el talento. Manolito Gazquez ademas del « socunamiento » ó eliminacion de las finales de todas las palabras y de la transformacion continua de las *eses* en

zetas y al contrario, pronunciaba de tal manera las silabas en que se encuentra la *de* ó la *erre*, que sustituia estas letras por cierto



sonido semejante á la «d.» Esta indicacion es la única que conservaremos en sus palabras, al referir algunos de sus dichos y sentencias. La vida la dividia dulce y tranquilamente entre su taller, sus amigos y su esposa Doña Teresa, y de noche entre el descanso y su asistencia al rosario tocando el fagote.

Dos tardes entre semana las empleaba concurriendo á cierto paraje enfrente de Triana, á oír leer la Gaceta, sentado sobre su capa en los maderos que en aquella ominosa época en que teníamos marina bajaban desde Segura por el Guadalquivir, y que servían en la orilla para cómodo asiento de la gente desocupada. Por aquel tiempo solo llegaban á Sevilla cinco ejemplares de la Gaceta, único papel que se publicaba en España; cosa que prueba la infelicísima infelicidad de aquella época, en que recibíamos de América cien millones de duros al año. El que presidía el auditorio en donde concurría Manolito, cobraba cada ochavo de los que acudían á oírse leer la Gaceta. Allí nuestro héroe oyó por primera vez el nombre de *Austerlitz*, cuya palabra jamás le pudo caber en la boca. El concurso para formar idea minuciosamente de la topografía del terreno, hizo estender el mapa de Europa que solía acompañar en aquel tiempo á la Guía de Forasteros. (Todo el mundo sabe que el tal mapa tendría sus tres pulgadas de bojeo.) Manolito, enardecido ya con la relacion de tan sangrienta jornada, seguía cuidadosamente con los ojos la punta del alfiler que á tientas iba señalando en aquel mapa gorgojo el punto donde pudo haber sido la batalla. D. Manolito, al ver que el alfiler se fijaba, esclama ya entusiasmado: « señoddes, aquí es, aquí es; vean ustedes al señod genedal que toca á ataque, y aquí estan las vivandeddas que venden tajadillas á los soldados; » y al decir esto ponía su dedo rehecho y gordifloncillo sobre el reducido papel que casi lo tapaba, y de este modo calculadas las distancias, ponía esta parte de la escena á 500 leguas del campo de batalla. En tal gabinete de lectura y en tal tertulia oyó nuestro héroe en su capítulo correspondiente de la Gaceta hablar varias veces de la Sublime Puerta. La idea que concibiera Manolito Gazquez de lo que era el poder Otomano, lo probará la anécdota siguiente. Cierta dia trabajaba en su taller sendos clavos de ancha cabeza y de traza singular que herreros y carpinteros llaman de bolayque. Eran lucientes y grandísimos. Uno de sus visitantes al verlos exclamó: ¡qué clavos tan hermosos, grandes y bizarros!!! « Catodce cajones llenos de ellos hay ya en el rio, replicó D. Manolito y no han de ser hedmosos si van á sedvid para la Puedta Otoma-

na? » Este hecho lo hemos oido relatar al mismo interrogante que lo fué el señor Lopez Cepero, hoy senador del reino, y que alcanzó y frecuentó mucho el trato de nuestro héroe.

Manolito tenia gran vanidad en su habilidad de fagotista. Nadie á juicio suyo le prestaba á tal instrumento el empuje y sonoridad que él. « En ciedta ocasion, dijo, quise pasmad á Roma y al Padre Santo. Para ello entré en la iglesia de S. Pedro un dia del Santo Patron el primed Apóstol. Allí estaba el Papa y los caddenales, y ciento cincuenta y cinco obispos, y toda la cristiandad. Tocaban veinte órganos y muchos instrumentos, y mas de mid pitos y flautas y entonaban el *Pange lingua* dos mil y cincuenta voces. Llega D. Manolito con su casaca (iba yo de codto) y me pongo detrás de una coludna que hay á la entrada por Oriente, así confodme se entra á mano derecha, y cuando mas bullicio habia, meto un pimpoddazo y toda aquella adgazara calló y la iglesia hizo *bum, bum* á este lado y al otro como para caedse. A poco siguió la función creyendo ed consistorio que ed terremoto habia pasado, y entonces meto otro pimpoddazo de mis mayúsculos y la gente se asusta, y el Papa dijo al punto; ó el templo se viene abajo, ó Manolito Gazquez está en Roma tocando el pimpoddo. Salieron á buscadme, pero yo tenia que haced y me vine á Sevilla pada id al rosario. »

Si algun paseante al pasar en aquellos dias calorosos de estío por la puerta de Manolito se sentia aquejado por la sed y le pedía una poca de agua, gritaba al punto: « Doña Tedesa (su esposa), bajad la jarra de oro con agua fresca, y si no está á mano venga la de plata ó la de cristal, y si ninguna se encuentra traed la talla de barro, que este caballero disimulará por esta vez, si se le sidve con buena voluntad. »

En cierto dia que para una noticia que era preciso hacer saber en Cádiz, se hablaba del modo de trasmitirla con mayor celeridad desde Sevilla, dijo D. Manolito: ¿ y por qué no vá por agua la noticia? Pero siempre, le replicaron, serian necesarios tres ó cuatro dias: dos horas, repuso Gazquez, yendo nadando como yo fui cuando la guerra con el inglés á llevad ciedta ódden del genedal. Yo me eché al agua al anochecer en la Torre del

Oro; meto ed brazo, saco ed brazo, estoy en Tablada; meto ed brazo, saco ed brazo, héme en S. Lúcar de Baddameda; meto ed brazo, saco ed brazo ad frente de Rota, y de allí como una lanzadera á Cádiz: al entrad por la puedta del mar tiraban el cañonazo y tocaban la retreta.... ¡digo, señodes, si me descuido!!! aludiendo á que á tal hora se cierran en Cádiz las puertas como plaza de guerra, y hubiérase quedado fuera.

En el danzar cuando sus verdes años y creyendo sus propios informes, habia sido D. Manolito una Terpsícore del género masculino, un portento de ligereza y agilidad. « Una noche, decia, estaba yo en la tectulia de la condesa de.... (siempre entre gente



de calidad) y allí habian bailado ciedtos italianos bastante bien. D. Manolito no quiso bailad aquella noche, pero las señodas me

rogaron tanto que al fin salí haciendo mi deverencia y mi paseo. Comienzan á tocad y yo á figurad y á tenzad; ellos tocando y yo tenzando y dando con la cabeza en el techo, todos mirando y yo tenza que tenza; las señodas, Manolito bájese V., y Manolito tenza que tenza.... cuando concluí por gusto saqué el reloj.... quince minutos estuve en el aire. »

En los toros valía doble el andamio donde tomaba asiento Manolito Gazquez. Siempre tenia la palabra. No habia suerte que él no comentase, ni lance que no sujetase á su crítica, aunque todo lo presidiese el famoso Pepe Hillo que era muy su amigo. « Quitese de allá el señod Pepe, no sabe V. el mozquito que tiene delante. Oiga V. los consejos del maestro de los toros.... » Una tarde salió nuestro héroe muy disgustado de la corrida. « Ya no hay hombres en Sevilla, decia. Hasta el señod Pepe se ha convedtido en monja: á no sed por D. Manolito ¿qué hubiera sido de la cuadrilla? El toro, añadía, habia barrido ya la plaza, los de á caballo rodando, los peones en las vayas y el señod Pepe enfrontado por el toddo y lo iba á ensartad cuando D. Manolito se echó á la plaza y la fierra se disparó á mí y deja al señod Pepe y addemete.... ¿Y qué sucedió? le preguntaban los del asustado auditorio, « y addemete y yo le meto la mano por la boca y de pronto le vuelvo como una cadceta poniéndole la cabeza donde tenia el rabo, y el toddo salió mas disparado que antes y fué á dad ciego en el bucladero de enfrente y se estrelló y las mulitas vinieron por él. »

D. Manolito, como de generacion algo trasañeja y muy lejos de los adelantos del siglo actual, era español castizo y antifranqués por todo extremo, y eso que no alcanzó en vida los desahogos de Murat en el Dos de Mayo, ni el saqueo de Córdoba, ni las lindezas de gabachos y afrancesados de 1808. Por lo mismo y tal antipatía, nada era de estrañar que á tiempo ó á deshora se estremeciese, despeluznára y conturbase al oír por las esquinas y cantones del barrio el pito del castrador ó silbar por los zaguanes y antipatios la piedra aguzadera que á fuerza de rueda y agua mordía el acero de los cuchillos y tijeras, todo por obra y manufactura de los lábios, patas y manos de algun aubernés ó picar-

do. Al pasar tales estantiguas por jurisdicción de la casa de Don Manolito, según y conforme más ó menos avinagrado se hallaba de condición, así era el recibimiento que les hacía. Si el cielo de su frente, á dicha, se mostraba despejado y sereno, en cuanto escuchaba el chiflo ó entendía el pregon del amolador, partía la telera de pan y escanciaba en el vaso media azumbre de vino, y saliendo al umbral de la puerta, calle de Gallegos (1), comenzaba á decir: « Venga acá capullo y no me adborote la vecindad. Tome este trago y este taco y váyase luego á otra parte con sus heddamientas, dejándonos con nuestra entedeza y menestedes. En esta tiedda los hieddos se dan filo unos hieddos con otros hieddos y no con piedda aspeddon', y nos vamos á la sepultura como vinimos al mundo. » Cuando el clamoreo de mala y aviesa catadura cogía al buen andaluz de mal temple no había inectiva en su magin, ni especie ó palabra picante en el diccionario que desde su puerta ó ventana no se las disparase á grito hendido sobre el deshonesto francés si era capador, ó sobre el francés pordiosero si era de los de la piedra de asperon. Tal vez acertó á estar en su tienda cierta persona grave, que al ver el alboroto de Manolito que en pocas ocasiones se descomponía, le manifestó grande estrañeza por sus voces y exclamaciones. Nuestro héroe al oirlo replicó: « Chodizo (esta era la interjecion mas formidable que solía permitirse), chodizo, volvió á repetir, ¿no vé V. que si los gabachos dan en venir con las pieddas y los chiflos concluirán por amolar á los españoles y por dejarnos útiles sodo para eunucos del gran tudco ó del empedador de Madduecos? » Por lo que después ha sucedido y en la actualidad estamos alcanzando, verán nuestros lectores que D. Manolito, además de otros muchos, poseía también el don de la profecía.

Fuera prolija tarea referir los destellos poéticos de maravillosa magia, de encarecimiento inmenso con que Manolito Gazquez immortalizó su nombre en la poética, en la mágica y ponderativa Sevilla. Pondremos fin con el siguiente rasgo. Cierta dia nuestro héroe asistió con gran parte de la nobleza y juventud sevi-

(1) La pequeña casa en que vivió con otras varias se han convertido en un gran almacén ó despacho de la loza que se fabrica en Cartuja.

llana, que siempre lo admitia en su círculo, á un palenque de armas, en donde así se hacia alarde de la destreza del sutil florete, como del irresistible poder de la espada negra. Despues que dos contendientes admiraron al concurso por sus primores, su gallardía, sus tretas, sus estocadas, sus quites, y que retirándose del asalto dejaban á todos los aficionados con impresion profunda de agradable sorpresa, uno de los mas notables por su habilidad en las armas, le preguntó á nuestro héroe: ¿Y V. Manolito, no juega la espada? « Ese ha sido mi fuerde, replicó: yo soy discípulo de los discípulos de Carranza y Pacheco. ¿Se acuerdan ustedes de las famosas lluvias del año de 76? Sí nos acordamos.



Pues en una de aquellas noches de diluvio, prosiguió, estaba yo en la tectulia de la señoda madquesa de.... Todas las señodas se



habian ya retirado en sus coches, y solo quedaba la condesita de.... y su hedmana, que no podian idse porque su caddoza no habia podido llegad con el agua. Aquellas señodas se afligian y quedian idse, ¿y qué hace Manolito? saca la espada y dice: señodas, agaddense ustedes, y Manolito con la espada á la lluvia: taz, taz, taz, tedcia, cuadta, prima, siempre con ed quite y ed reparo, llegamos á palacio, ni una gota de agua habia podido tocad á las señodas, y dejábamos detrás ahogándose á la Giralda. »

Manolito Gazquez, cuya juventud, por su lozanía, conservó hasta lo último de su vida, murió cerca ya de los 80 años al entrar el famoso de 1808.

¿Qué hubiera dicho este rey de los andaluces si viviendo algunos meses mas, alcanzára el trágico Dos de Mayo, la inmortal jornada de Bailen? ¿qué no hubiera visto aquella poderosa imaginacion en las poderosas maravillas que entonces improvisó, el verdadero entusiasmo, el no mentido patriotismo español!!! Manolito Gazquez presenciando la lucha de la independenciam, y los principios de nuestras disensiones civiles, hubiera sido para los hechos de la primera un cristal de crecidísimo aumento, como para los segundos un prisma que los descompusiera y presentára en términos de arrancar algunas agradables risas, en cambio de las muchas lágrimas y sangre que nos han costado. Si nuestro héroe hubiera llegado como milagro de longevidad hasta la guerra, cuya primera jornada acaba de concluir (estamos en 1841), entonces es indudable que le viéramos ó escribiendo algun boletín de noticias en un periódico, ó bien al lado de algunos generales redactando partes de encuentros, asaltos y batallas. ¡Tanta feria hubiera tomado su peregrina facultad de aumentar lo poco, y de ver lo que no habia!!!

EL SOLITARIO.

## NOTA.

Entre las pocas personas hoy vivientes y que alcanzaron el trato y comunicacion de Manuel Gazquez, se cuenta al señor senador del reino D. Manuel Lopez Cepero, dean de la santa iglesia de Sevilla. El redactor de las Memorias del asombro de Andalucía, habiendo consultado al señor Cepero sobre algunos puntos de las aventuras de D. Manolito, tuvo el gusto de recibir contestacion detallada de todo, añadiendo ciertas y picantes curio-

sidades, que para mayor recreacion del público y no defraudarles de su original y nativo carácter, hemos querido trasladar aquí copiando la carta misma del señor Cepero. Dice así:

Manuel Gazquez debió de nacer alrededor del año 30 del siglo XVIII, porque en el segundo del XIX, cuando le conocí personalmente y empecé á tratarlo, frisaba en los 70 años, si bien él por suponer mas larga su esperiencia afirmaba pasar de los 400 y tener ya cerca de 80 unos zapatos muy poco usados con que se engalanaba las fiestas, diciendo que los conservaba aprecio por ser los que llevaba cuando la Iglesia le estrechó en vínculo matrimonial con su Teresa.

Era la estatura de Gazquez menos que mediana, grueso de cintura arriba, casi redondo y muy corto de cuello, pero con facciones harto regulares y una tez limpia y despejada que se dejaba ver en toda su esférica cabeza, recogiendo con un liston negro muy flotante los pocos cabellos enteramente blancos que en tal época conservaba todavia. Ancho de hombros y dilatado pecho, cruzaba sus robustos brazos cuando se sentaba poniéndolos sobre el vientre elevado sin exceso, y sus manos y dedos mas gruesos que suelen verse á tantos años manifestaban que Gazquez no habia pasado los suyos en la ociosidad; y no me acuerdo de haberle visto sin hacer algo en su taller de beloneria, donde por su localidad le visitaba diariamente; al contrario, siempre lo hallé trabajando con un oficial de mas años que el maestro, el cual le sobrevivió pocos dias por cierto; pero Gazquez le daba órdenes dirigiendo sus faenas, como si mandase una compañía de granaderos, reconviéndole frecuentemente por ello su anciano dependiente, y formando ambos diálogos muy graciosos aunque sin faltarse ninguno á la decencia ni aun al respeto.

Gazquez conservó siempre cabal su dentadura, vivos los ojos y mas agraciado el semblante de lo que sus años permitian, porque era tal su robustez y grosura, que las arrugas no habian podido desfigurarle, y así es que mientras no hablaba, lejos de escitar el ridiculo tenia un aspecto á todas luces venerable. Era graciosamente balbuciente, aunque sin tartamudear, pero no hallando su fantasía, por falta de instruccion, medios de expresar lo que concebía, ni manera de referir las cosas maravillosas que se figuraba, adquirió fama de embustero, siendo así que nada era mas ageno á su carácter que la mentira.

Los que iban á oírle sin antecedentes para juzgarle y con la prevencion de que sus ficciones exageradas y á veces inoportunas, siempre incorrectas por falta de educacion, y no pocas veces mal entendidas, viéndole entusiasmado y oyendo los defectos fisicos de su pronunciacion, salian llamando disparatadas mentiras, á lo que era efecto de una imaginacion que no halló materia ni pábulo en que ejercitarse con utilidad. Si Manuel Gazquez hubiera recibido educacion literaria y cultivado los dotes que le dió la naturaleza, en vez de la fama ridicula que le ha quedado de embustero, habria tal vez dejado nombre de un ingenio sobresaliente.

Manifestaba haber tenido siempre las costumbres mas puras, y todos cuantos le trataron aseguraban que jamás le oyeron palabra que envolvese la mas leve idea de torpeza ni obscenidad. Casi llorando decia con frecuencia que si le hubieran enseñado á leer y á escribir hubiera sabido mas que Séneca, y es lo cierto que concurría á todos los actos literarios con el objeto de quedarse con alguna idea que él pudiese revestir despues con colores maravillosos.

Pagaba dinero porque le leyese la Gaceta, algunos de los que en aquel tiempo buscaban la vida de ese modo, por ser raras las Gacetas y no muy comunes los que pudiesen leerlas. Hablaba despues de las batallas de Napoleon como si las hubiese visto, y yo le oí una descripcion de la de Austerlitz, señalando hasta el lugar que ocupaban las vivanderas.

Habiendo oido decir que las monedas de Othon eran de las mas raras entre las imperiales romanas, y sabiendo que yo tenia afición á la numismática, me ofreció unos cuantos

ochavos borrosos, diciéndome que los guardase, porque según él calculaba debían ser del rey *Atun primero*.

Procuraba tratar á los moros que pasaban por Sevilla, y aseguraba entenderlos porque él había estado en Tanjer y Marruecos y visto toda la morería, diciendo al mismo tiempo que todos sus viajes habían siempre sido por tierra.

Había en Sevilla por aquel tiempo ciertas callejuelas muy angostas y retuertas, cuyas casas eran generalmente habitadas por mugeres de mal vivir, y á todo este distrito, último alojamiento acaso de los moriscos, se le daba el nombre de Morería. Aludiendo yo á él repliqué á Gazquez que aquella sería la Morería en que él había estado, porque para haber visto la verdadera habría tenido que rodear medio mundo ó que atravesar el mar, cosa que según acababa de decirme jamás había hecho.

Apretado por el argumento y no queriendo consentir que se le creyese capaz de frecuentar la Morería de Sevilla, poblada de malas mugeres, se obstinó en afirmar que hablaba de la de Africa y que se podía ir á ella por tierra, ó lo que es lo mismo sin embarcarse. « Muestre V., me dijo, esa bola en que está el mundo pintado y le diré por donde me llevó un arraz, que era grande amigo mio. »

Presenté á Gazquez el globo terráqueo designándole el Mediterráneo que separa el Africa de España, y él calándose sus anteojos y cubriendo con cada dedo una provincia, me preguntó de repente como quien salía de un gran embarazo, « ¿dónde está pod aquí el cabo de Gata? Y habiéndoselo mostrado, contestó: pues desde él sale para la acera de enfrente un *caminito oculto* que no lo *saben mas de cuatro* » y quitándose las gafas tomó su asiento creyendo haber dejado, como de hecho la dejó, concluida la cuestion.

Tal es, amigo mio, el bosquejo del hombre por quien V. me pregunta, y desearía tener tiempo para enviárselo á V. mas acabado según las ideas que aun recuerdo haber formado observando á tan extraordinario original.

Una enfermedad aguda, como calentura pútrida, acabó con él por abril del año de 8, no habiéndole alcanzado la vida á presenciar ni aun las primeras escenas de nuestra revolucion que empezaron en Sevilla al mes siguiente, y en que su imaginación hubiera hallado ancho campo por donde extenderse. Queda de V. siempre afectísimo y cordial amigo y capellan Q. S. M. B.—Manuel Lopez Cepero.



## LA FERIA DE MAYRENA.

### VII.

Sus visos y alcobres llena  
Por los floridos abrils  
Con sus feriantes Mayrena,  
Cubriendo la rubia arena  
Yeguas y potros por miles,  
Va en manada el bravo toro;  
Mas nada cual la serrana  
Que linda, pomposa, ufana  
Lloviendo carrel de oro  
Va á la feria en la mañana.  
¡ ¡ Breve el pié como andaluz.  
Los ojos de matadora,  
Mucho negro y mucha luz:  
Cada mirada fraidora  
Deja un muerto y una cruz.  
CANTIGA POPULAR.



¡Ay Mayrena, ay Mayrena  
del Alcor! Si tu nombre en  
la lengua de los moros (1)  
recuerda *agua de la fuente*,  
si con tus olivos eres la ma-  
ta de albahaca de los oliva-  
res que crecen entre Car-  
mona y Sevilla, si el Alcor  
sobre que estás situada te

encima y sobrepone á cuantas villas, lugares y alcairias ostenta el Guadalquivir y presenta el Aljárafe; ¿quién no te celebrará ademas por aquella tu famosa feria de los finales de abril, precursora

(1) *Ma*, agua: *anad*, fuente. También pueden ser los nombres de *Marchena*, *Mayrena* y otros de tales terminaciones corrupcion de la nomenclatura geográfica de la baja latinidad.

de la de Ronda, primera en todo el año para aquellos países, y rica cual ninguna de las dos Andalucías alta y baja? Allí á tu feria acude toda la gente buena, así de mantellina como de marsellés, allí las quebradas de cintura y ojito negro, allí viene la mar de caballos y otra mar de toros y ganados, allí las galas y preseas, allí los jaecès y las armas, allí el dinerito del mundo, y trás él sus golosos y enamorados de toda laya y condicion, la buscona, la garduña, el tahir, el truhan, el caballero de industria, el trapacero bribon, y el perdonavidas que come por el espanto. ¡Qué movimiento, qué Babilonia! Desde el Jenil hasta la frontera de Portugal, desde Sierra Morena hasta las playas de Tarifa y Málaga, el universo mundo se conmueve para asistir á la famosa feria. Los caminos se cubren de feriantes que llevan su póca ó mucha hacienda al alegre mercado de la Andalucía, de tratantes de toda especie que van allá á buscar su provecho y ganancia, de curiosos regocijados que van á vivir en éxtasis y por vapor, tres dias, en aquel centro de vida y de nuevas y variadas sensaciones: todo es gloria, todo esperanzas como la víspera de una boda.

¡Ay Mayrena, ay Mayrena del Alcor! ¡cómo recuerdo el delicioso y sereno dia en que llegué desde Sevilla á tu rica y visitada feria. Un sol claro y benigno daba vida al lindo paisaje de Alcalá de Guadaira, que jamás tendrá pincel que lo retrate en toda su belleza, ni trovador que revele todos los dulces y risueños pensamientos que sugiere. A un lado y otro se estendian las simétricas selvas de olivos que se pierden á la vista, como el horizonte en el mar, y al frente, como cerrando el cuadro, se miraban coronadas de rosadas neblinas los altos collados sobre que se vé fundada la antigua Carmona. Carmona, la ciudad mas fiel á la causa del justiciero D. Pedro, y última depositaria de sus hijos y sus tesoros. En derredor y al lejos descollaban los oteros, las colinas, ó se abrian los valles y cañadas, teatro de las hazañas de los descendientes y rivales de los antiguos Francisco Esteban, de Nebron, y de Cadenas, los siete niños de Ecija, José María, Caballero y otros ciento, reyes de los bosques y caminos de Andalucía, y al fin entre los árboles, é iluminadas vagamente por una luz de púrpura y oro, se dejaban ver las moriscas almenas de

tu castillo, juro hereditario primero de los heroicos Ponces de Leon, timbre despues de la casa de Arcos.

Ya ¡oh Mayrena! encontré tus anchos ruedos, tus espaciosos ejidos henchidos de toros y caballos, de ganados y aperos, de grupos de mercantes y chalanes, tus calles cubiertas de curiosos y feriantes, tus rústicas tapias sirviendo de arrimo á cien y cien tiendas de variados y peregrinos objetos; los del mas esquisito y subido lujo estan en feria mano á mano con los objetos que mas convienen á la condicion y gusto de un pueblo pastoril y labrador.

El refinamiento de la civilizacion no ejerce allí su odiosa y esclusiva tiranía; todos disfrutan: los goces, la holgura son allí el patrimonio de la muchedumbre porque estan al alcance de todos. Esto derrama una bienandanza por todo aquel inmenso concurso, que añade nuevos quilates al placer del curioso observador. Al lado de los dulces laboriosamente confeccionados y sobrecargados de esencias y perfumes, regalo soño del rico, se encuentra el acitron, el alajú, los turrone y otros mil azúcares todavia de raza mora, que por su módico precio procuran igual sabrosa satisfaccion á la aldeana, al rústico y demas gente menuda. Si allí el fondista muestra al gastrónomo su luciente aparador y bateria, allá las gitanas, cubiertas de flores, en un aduar de chozas de singular talle y traza, ofrecen rubia como el oro, saltando entre el aceite la masa candeal convertida en buñuelos, si apetitosa al paladar, fácil de costear para todo bolsillo. Los vinos extranjeros ceden allí al famoso y barato manzanilla; la aceituna, de mil modos y siempre sabrosamente disfrazada, toma prioridad, como ama de casa, sobre la francesa y apatatada trufa, y la lima, el limon dulce y la naranja, manjar aristocrático en otros paises, bailan de mano en mano entre las turbas de muchachos, y entre los corros y ruedas de los mayores, ganaderos y otra gente así de mas alta como de mas baja estofa. Acaso con sus blancas tocas y su pintado albornoz algun moro en una ancha cesta ofrece el dátíl de Tafilete destilando miel, á los aperadores y guardas de campo que no tienen los ojos menos negros, ni las mejillas menos atezadas que él; y todos, todos disfrutan, huelgan, se sola-

zan y recrean. Allá asisten á los titeres y volatines, aquí á la chinchina y pulchinelas; acullá tratan y contratan; por este lado



dicen la buenaventura, por aquel se ajusta un caballo ó una punta de ganado; aquí se canta, allí se baila. Este requiebra, aquel enamora: todos se agitan, todos bullen. ¡Cuánto yente, cuanto viniente! ¡qué discurrir de hombres á caballo, de calesines que llegan, de coches que pasan, de barroches que vuelan, de pretales que sueñan, de campanillas que alborotan, de zagales que gritan! Los ojos se deslumbraban y la cabeza se desvanecía.

Pero en tu feria ¡oh Mayrena! es donde se compendia, cifra y encierra toda la Andalucía; su ser, su vida, su espíritu, su quinta esencia. No haya miedo que tu suelo se mire profanado en aquellos dias por costumbre, uso ó traje que no sea andaluz de todo, en todo y por sus cuatro costados y abolorios. Allí un levitín ó el fraque mas elegante de Borrel ó Útrilla fueran un escándalo, una anomalia. Allí en los hombres (las mugeres reinas absolutas) es obligatorio vestir aquel traje airoso, propio y al uso



de la tierra. Los ingleses y otros extranjeros que vienen á visitar la feria desde Gibraltar y Cádiz son los primeros en someterse á tal costumbre; si alguno al llegar á Mayrena no viene preparado en su recámara con el vestido andaluz, compra inmediatamente un calañés, y con su bota y fraque de Lóndres, se lo cala (¡qué cosa tan cuca!) y vá gravemente paseando, como si fuese de todo punto atildado á lo andaluz y la majeza. Esta sumision los hace agradables á la gente cruda, quien los adopta desde luego para la taberna y para la fiesta. Es como la circuncision que habilita entre los moros para toda cosa, al nuevo retajado. En ti, Mayrena, es donde se fija cada año el uso que ha de regir, los adornos que mas han de privar, el corte que han de tener las diversas partes y aditamentos del traje andaluz. Unas veces el sombrero se despliega en su falda y se achata en su copa, como sombrero pando de fraile francisco; otras se recoge de ála y sube de cucurucho, como alcartaz de nigromante, ya se adorna con hevilla y franja de velludo, ya con pasador y cintas de colores; ora el chupetin vá galoneado, ora cargado con sendas andanadas de botones turquescos; ora la chupa y calzon se agovian con muchos postizos y alamares, ora van sencillos y solo con algunos lindos golpes de seda. Si los colores estan al uso un año, en otro el negro se lleva la palma; y si la faja en el presente es encarnada ó púrpura, el venidero será caña ó escarolada. La bota es la que siempre es blanca, pero en las labores y respuntes ¡qué variedad, cuántos caprichos, qué primores tan diversos!

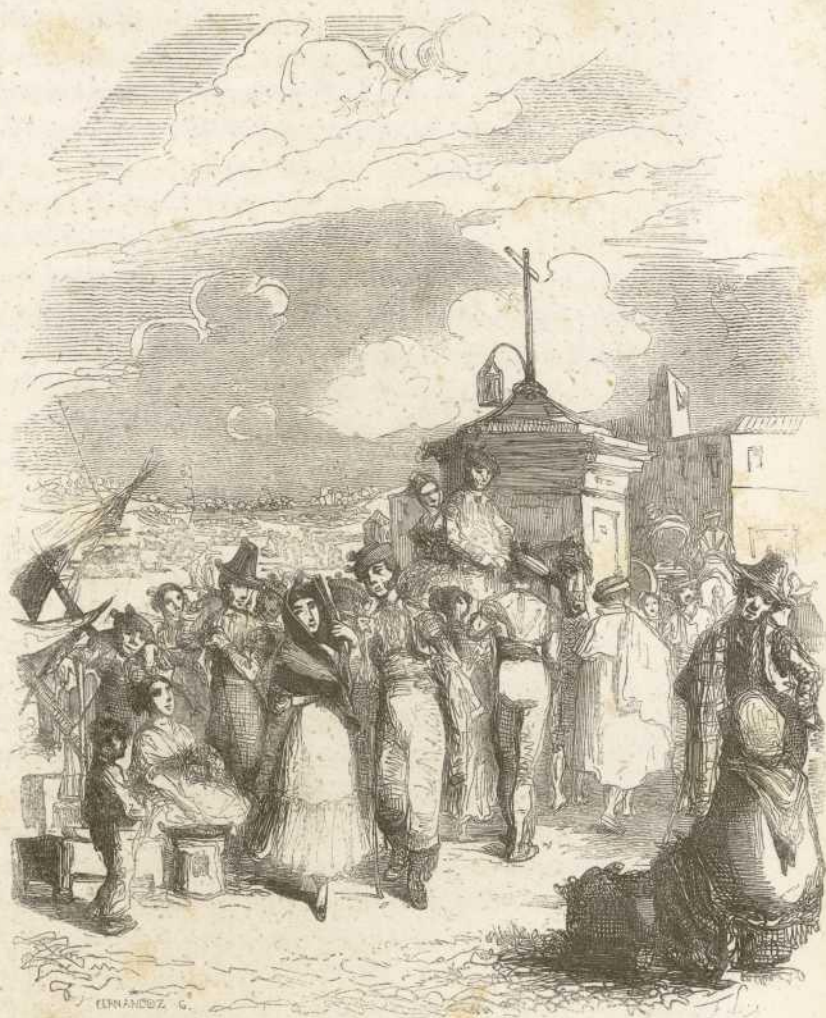
El caballo así como el hombre se somete en la feria de Mayrena á llevar sus adornos y paramentos al uso esclusivo del pais: los arneses de la brida ceden allí á los jaeces pintorescos de la gineta, recordando la traza y gala de las cuadrillas de Aliatares y Gazules. Se olvida la silla cortesana por el alto albardon jerezano; los arneses de elegancia se posponen á los fluecos y sedas del aparejo de campo; y aquel caballo famoso en el mundo, que conserva en sus venas la pureza de su raza oriental, hijo del fuego y del aire, se envanece y pompea, cruzando los ámbitos del mercado, en tal traza con su frontil airoso de burato de colores, su atacola encarnado, obedeciendo la rienda del airoso ginete que

lo monta, y ostentando acaso en grupa la linda serrana que viene con su hermosura á dar mayor realce á la feria.

Así entraste en Mayrena aquel dia, donosa Basilisa, sobre el soberbio marteleño de tu amante, pasando blandamente tu airoso brazo en derredor del talle del mancebo. El caballo era bárceno,

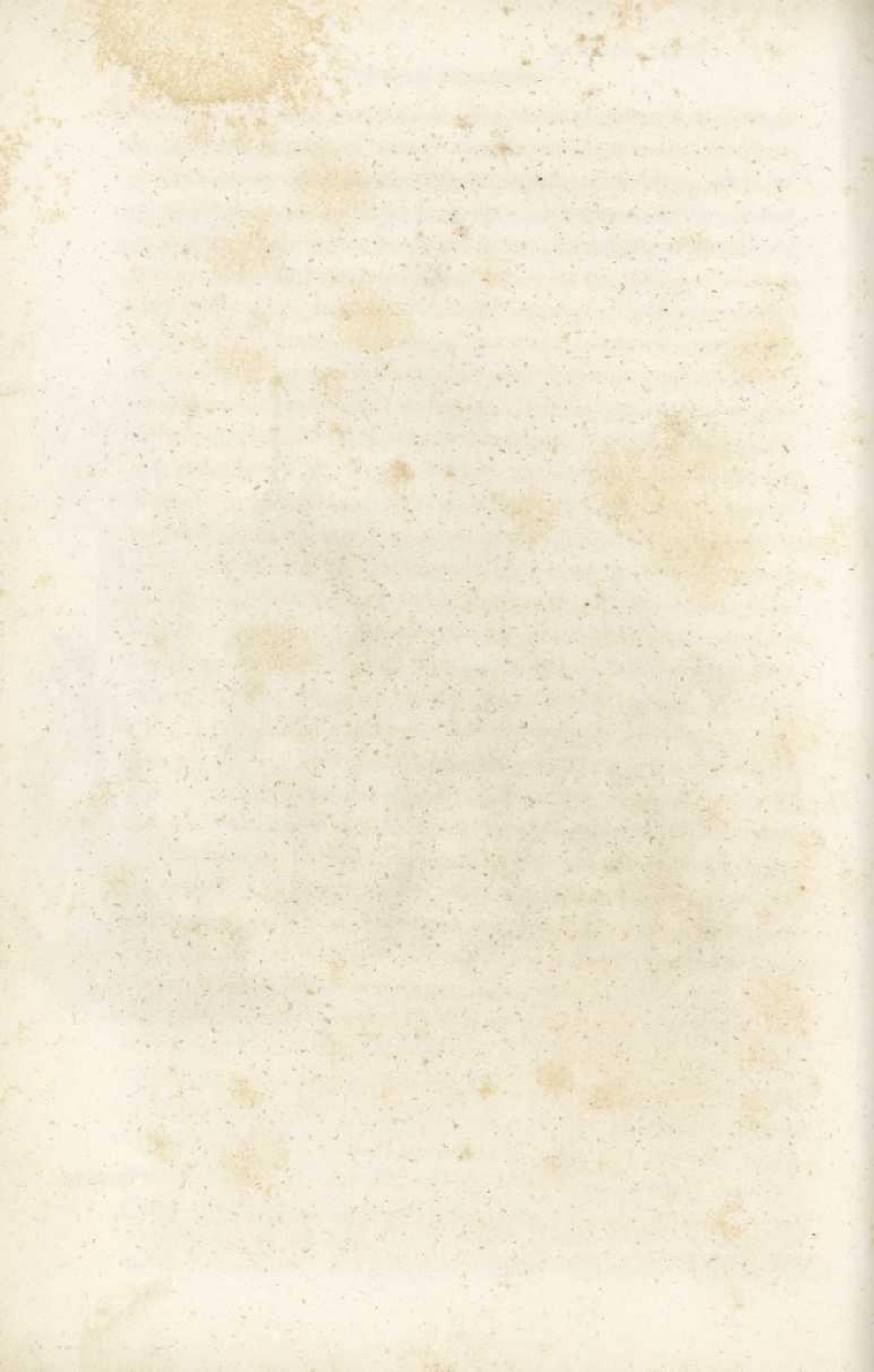


buen mozo, andando mucho, corriendo mas, suelto, saltador. Las calles era necesario ensancharlas para su braceo; las piernas se quebráran con una uva, tan ágiles y sutiles eran; la cola barriera el camino si no viniese recogida, y sobre el lomo se pudieran contar cien doblones ochavo á ochavo. En grupas viniste, hermosa Basilisa, flor de la gracia, remate de lo bueno, ramo de azahares, y espumita de la sal; llegaste y te derribaste del caballo con la limpieza del mundo, con el donaire de una bailadora. Las gentes te admiraban y se agolpaban á verte: el curioso, el paseante,



Lameyer d.

Fernandez g.



te veía, te alababa, y sobre todo te codiciaba con el ahinco que yo me sé. « Aquel pié, decía uno, es mas breve que el instante de mi dicha; ¡quién fuera zapatito de seda para ser cárcel de tanto bien! » — Otro replicaba: « ¡pues qué del lindo engarce de aquel pié mentira con aquella pantorrilla tan de verdad! ¡Mal fuego para las puntas y cendales que tan prestamente me la embozan y roban á la vista! » — Aquel añadía: « sus ojos son grandes como mis penas, y negros como mis pesares. » — Este: « su boca de anillo bebe por rubies y respira por azahares. » — Y estotro: « ¡que talle de junco tan bailador y de tantos accidentes! vayan dos reales y vengan de esos movimientos.... » Y tú, Basilisa, destocada, sin mantilla por mejor lucir tu cintura y traza, sin desden como sin arrogancia, rayando en el desenfado sin tocar en la desenvoltura, y teniendo en fiel balanza lo picante con la compostura, ibas al lado de la rica majeza de tu amante, recogiendo plácemes y bendiciones del concurso entero. Las zagalas, flores te ofrecían, las gitanillas te brindaban con sus hojuelas y buñuelos, y tu galan conduciéndote del brazo, hablándote dulce, rendido y amoroso, y llevando en su izquierda la larga vara que se lleva en feria, triunfaba del mundo entero, y el mundo entero le envidiaba. No se cambiara él por un rey de la tierra: tu hermosura y brio eran su señorío, las dotes varoniles de tu corazón su riqueza; y con su imaginación andaluza todo el porvenir lo veía de color de rosa.

Aquella noche bailaste en la fiesta, flor de las serranas, y tu galan contigo, cien coplas y mil y mil mudanzas. Los hombres al verte enloquecían, y las demás mugeres á su despecho se deshacían en tus alabanzas, pues tal es el poder de la hermosura. Ellos en él, y en ti ellas, estudiaban en el vestir la ley y uso que por aquel año había de imperar en la gala y traje andaluz, y en vuestro aire y quiebro la sal de Dios y lo sabroso y bueno de la gracia andaluza. Vosotros dos fuisteis los maestros del gusto de la tierra, los dechados de la majeza en toda la feria aquella vez, así como Mayrena será siempre la universidad de los trajes y costumbres de Andalucía en toda su pureza, sin mezcla ni arrendajos de vestimentas ni de usos advenedizos de allende el mar, ni allende los Pirineos.

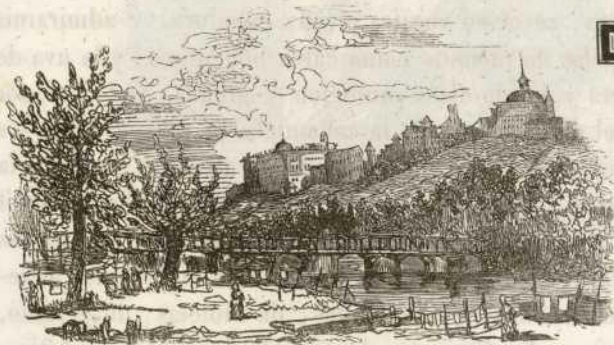
EL SOLITARIO.



## ESCELENCIAS DE MADRID.

### VIII.

Madrid castillo famoso  
Al mismo diablo das miedo;  
Que en julio un horno es tu cose  
Y en Pascua ¡cielo dichoso!  
Los páramos de Toledo.  
GIORILLA GÓLESA.



**D**E burlas solo y no por veras, y solo por reir y no por importancia ni formalidad alguna, se puede dejar

estampada la coplilla que arriba cuelga, y en gracia únicamente de engañar el tiempo se dejan escuchar las invectivas y sufrir los muerdos que provincianos descontentadizos disparan y esgrimen á toda hora contra este suelo feraz y agradecido, y contra este cielo azul y sereno, templado y benigno que forma el raro conjunto á quien llamamos Madrid. Yo no sé qué quieren estas gentes por

pago de la hospitalidad desinteresada y casi de valde que les damos (díganlo los caseros), nada encuentran bien en la corte, y no hay instante en que no se les halle con una maldicion en los lábios, sino contra el pueblo, por la autoridad que manda y miedo que les infundimos, al menos contra el ripio, cal y arena que lo fundaron. Alto allá, señores, subordinacion y respeto, y no den ocasion á que se les dé ventanazo galan como á novio en esquina, cerrándoles las puertas heróicas de la corte. Si vuestas mercedes no pueden pasar sin ella, ella muy al contrario, no necesita de cosa alguna, pues nada le falta; y si gastan acá su fortuna, ella desgasta sus pedernales y empedrados permitiéndoles el huello de sus plantas y pezuñas. Madrid es la isla de los placeres; es la Xauja de que hablan escritores antiguos, y ha de ser el pais que habiten los milenarios cuando venga el Mesias, en gloria y majestad, segun Ben-Ezra. Asomad, sino lo creéis, vuestros pecadores ojos por esas vegas fecundas y de promision; mirad las eras y los ejidos; catad los valles y las colinas; mirad, mirad, que si nada veis culpa es vuestra, que no afincais la vista con fé cordial y verdadera. Ved allí los panes altos como de un geme, y verdes como pámpano de octubre, señal fija de la vida y savia que roban en la tierra; revolved vuestra picaña catadura, y admirareis las vides cuajadas de racimos como calva ochentona, y la uva de pezon, escueta y gorda como municion y gragea. Ved, ved por todas partes el dátíl, el nopal, la cañamiel, la piña y todos los frutos de la region tropical: parad, parad la atencion y vereis la nonada y la cosa ninguna. Dejad, dejad que asome el florido abril y os presumireis elevados en vuelo á los pensiles asirios, ó á los verjeles de Chipre: todo el cerco de la tierra en diez leguas al retortero le vereis cubierto de florecillas, de violetas, de geranio, de alelías, rosas, clavellinitas y de toda la farmacopea poética, que solo por poética la fallo y condeno por de embuste y de mentira. El aliento de tanto peregil y mejorana embalsaman el viento con mil algalias, bálsamos y aromas: abrid narices, majaderos, gozad de tal delectacion, suavidad y consuelo: oled, gustad y palpad, que estos azahares casi son tangibles, y como quien dice, de carne y hueso: mas frenad, tened y no os deis prisa en vues-



tra avidez odorífera y olendusca, que tanta gloria la disfrutareis cotidiana y longanísicamente, siempre y cuando os esté bien, á pié ó á caballo; en invierno y en verano, y aunque no queráis, y aunque os esquiveis huyendo, y aunque os ajustéis corchos en nariz como tapon de dama-juana, y aunque camineis enjaulados en máquina pneumática, y aunque os macereis las carnes, y os lleven los diablos en nube de azufre y antimonio, digo que oleréis y rebentareis in sæcula sæculorum, desde el primer cuarto de la noche hasta el despuntar el alba. ¡Oh glorioso Sabatini, cómo immortalizarán tu nombre los botes y pipotes de pomada nocturna, que como legado perpétuo has dotado á los estantes y vivien-



tes en esta coronada villa !!! Mas tomad el gusto al regalado verano que se descuelga desde el cielo en estas florestas deslizándose por cadenas de nardos y campánulas ni mas ni menos que como Alar en el teatro del Príncipe por los ramos de palmas y bejuocos del figurado Brasil del Jocó ú Orangutan. Observad qué lleno de gloria llega cercado de los favonios y auras mas deliciosas: si

acaso el mediodia os coge por filo y el calor aprieta, no os apureis, gentecilla cautiva y gurrumina. ¿Para qué sirven los estanques, baños, frescuras y arboledas? Ahí teneis esas alamedas y sombríos, gozad de ellos á brazo partido. Todos esos árboles es verdad que han venido medio hechos de las almácigas y planteles como obra prima cordobesa, pero la tierra carpetana los prohibió, y ved con que lozania y verdura se llenan sino de hojas y pimpollos, de oruga sí, y de palomilla. ¿Quereis *aguas puras, corrientes, cristalinas*? recogedlas á vuestro sabor: sin ir mas lejos ahí teneis el Canal en todo lo largo y ancho con sus apéndices y aldaños: mirado de lejos parece un liston de glacé de plata que serpea trasparente entre la yerba, y mas cerca semeja como hermano de los canales aquellos que orlaban el imperio de Calipso: pero autores timoratos tomándolo al revés, dicen que si de cerca parece cauchil endemoniado y hediondo, en *lontananza* semeja verdinegra culebra dormida entre légamo y cieno: pero de todos modos no olvidéis el pasearlo un par de veces, que á la tercera ya tendreis el infalible placer de haber por necesaria la quimica por almudes ó por libras. Pero si el delicioso Canal te descontenta porque sus aguas no corren presurosas y sonorosamente meciendo en sus ondas los cisnes y las góndolas, ¿por qué no te vienes algun tanto mas acá para disfrutar de las amenidades, cascadas y sitios deleitosos del purísimo Manzanares? Mas tú, atu-sando las cejas, boquiabriendo los ojos, y como haciéndote el cegato, me dirás: ¿y por dónde viene y llega ese caballero? ¿Pues qué, te responden, ya que perdiste la vista, olvidaste tambien el olfato? ¿No sabes que en Madrid son las narices el mas cierto y verdadero guia para saber quién viene, quién vá y por qué clase de piscinas ó de oasis encantadas vá peregrinando el pobrete que sus malas culpas lo trajeron á este muladar coronado? Y si tus narices ya encurtidas en tales algalias te estravian y nada te dicen, ¿no te indica esa fábrica inmensa de piedra berroqueña que debe haber rio, puesto que hay puente? Mas puesto que preguntas por el Manzanares

Hélo, hélo por do viene  
 Ensortijando jardines,

Y cual hierro y metal viejo  
 Muy mal tomado de orines,  
 Su carrera como en triunfo  
 Vé cubierta de ormesíes,  
 Blanca holanda que matizar  
 Los mil colores del Iris.  
 Que al verlos Isern y Drúment  
 Malignamente sonrien  
 Preparando ya en secreto  
 Sus tajantes bisturíes.

. . . . .  
 . . . . .

Mas puesto que hablamos del Manzanares voy á regalarte con un romance sentimental que D. Crispin de Centellas, poeta vergonzante y amigo mio, le compuso y dedicó en sus pasados dias cuando el rio sacando fuerzas de flaqueza y una vez en mil años se calzó las espuelas, arremetió á las nubes de un mes de abril, estrujándolas y esprimiéndolas en tuerca y trujal, sacó tanta agua que dejó de ser caño súcio Manzanares y pasó á ser rio de toda verdad y de gran valía. Dice así el romance:

Allá vás D. Manzanares  
 Tan fuera de ti en tus aguas  
 Que te vienes tropezando,  
 Beodo de banda á banda.  
 El mes de abril te ha embriagado  
 Que hay meses malas campañas,  
 Vaciándote en el modrego  
 Las bodegas de su casa.  
 Vás hecho mar de los rios,  
 Y de estatura tan alta  
 Que un sargento de milicias  
 Te hará llegar á la marca.  
 ¡O qué cosa tan no vista  
 Jiganton por la mañana  
 Y á la tarde tamañico

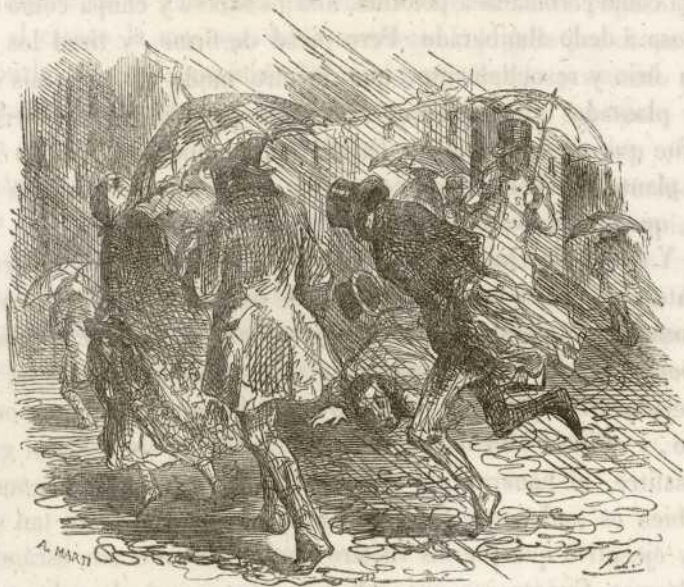
Que cabes en una taza!  
Con tus creces y avenidas  
Ya la puente toledana  
Deja de ser puente en valle  
Y á ser puente en verdad pasa.  
Y al fin nos has enseñado  
Como dómine en el aula  
Que no hay mueble por inútil  
Que en algun tiempo no valga,  
Los pretendientes en corte,  
Las hembras momias y rancias:  
Los peregrinos, viandantes  
Tudescos, de Albion ó Francia  
Salen á ver tu corriente  
Como á maravilla rara,  
Y con nota de hora y dia  
En sus tabletas la estampan.  
Los taberneros al verte  
Se gozan en la esperanza  
De haber llenos sus toneles  
De Jerez siempre y Peralta.  
Los autorcetes hambrientos,  
Los despechados sin blanca,  
Que por posta ó diligencia  
De este mundo al otro saltan,  
Darán fin á su sainete,  
Sorbiendo tus linfas claras  
Y no en el légamo y cieno  
Del cauchil que Canal llaman.  
En tu raudal ya se fia  
La pulcritud castellana,  
De lavarse ¡sumo aseo!  
Una vez de Pascua á Pascua.  
Y ya cuento ver mas limpios  
(Aunque aquello no hace falta)  
Los zaguanes y escaleras

De la villa coronada.  
Los agentes usureros  
Que es tribu de hollin en alma,  
Fullerillos, petardistas,  
Busconas de rica saya,  
Los caninos copleristas  
Que se compran como habas.  
Todos en fin los que tienen  
Tal lepra, arestin y sarna,  
Cuentan tener en tus ondas  
Un Jordan para sus manchas  
Como si á tanta inmundicia  
El mismo Jordan bastára.  
Mas ven acá cabecilla,  
Riachuelo de media braga,  
Que por tus malos enjuagues,  
En *agua vá* te propasas,  
¿Por qué á labriegos honrados  
Tan mal de su grado arrastras,  
Haciéndolos tiriteros  
Sobre tus locas espaldas?  
¿Por qué no siendo empresario,  
De *cantantes* ó de maulas,  
Los haces dar gorgoritos  
En tantas ahogadas arias?  
Mas lo que no te perdono  
(Lo demas al diablo vaya)  
Es que sin papel sellado  
Te vengas por esas parvas  
Dando mordisco á esta orilla,  
Pellizcando aquellas hazas,  
Y sin mas las adjudiques  
A Periquillo el de marras;  
No señor; solemnidades,  
Y por ser cosa barata  
Siquiera escribe mil resmas

De á cinco duros la plana.  
 Lo mismo que haber trocado  
 Con tus malditas andanzas,  
 Las casucas de tu álveo  
 En ínsulas baratarias.  
 Del arsenal del Retiro  
 Hiciste bajar ¡ caramba!  
 A jorro de los simones  
 De á cuarenta, dos fragatas.  
 Me agradaba tu diluvio,  
 (Yo tengo el alma muy mala)  
 Ya que no del buen Noé,  
 Por ver de Madrid las arcas.  
 Los Cookes y Magallanes  
 Del Retiro en la mar brava,  
 Iban con tales navíos  
 Desafiando borrascas.  
 Y nunca en la gran Mosquea  
 Carenó mejor armada  
 El burlon Villaviciosa  
 En cáscaras de avellanas.  
 Así en un pilar del puente,  
 Enfaldándose las mangas  
 D. Crispín con voz ronquilla  
 Al Manzanares hablaba:  
 Iba á seguir relatando  
 Sus aniegos, sus hazañas,  
 Sus estragos y sus iras,  
 Cuando miró... no vió nada,  
 Sino que el soberbio rio  
 Que antes al mundo espantaba,  
 Menguó tanto, que por verle  
 Hubo de ponerse gafas.

Pero deja allá el Manzanares por invisible, y desde allá vente por acullá al hermosísimo prado hollando siempre el césped y herbosa alfombra de las Delicias: una nube, un celaje como

aquellos que rodeaban á Minerva en las visiones de Telémaco, te cercará con sus álas, empapándote en un polvo tan sutil y entremetido, que te lo tentarás en lo mas recóndito de la mollera, en el parenquima del pulmon, entre la laringe y la faringe, en el cristalino del ojo, en la concha de la oreja, en los trevejos y trompetilla del oido, y en la nariz te morderá tan vivamente la membrana pituitosa, que te contarás por estante en la real fábrica de Sevilla, y que andas entre el vapor del tabaco cucarachero, mas acre, ventoso y avinagrado que tenemos en los estanecos. Esto es en cuanto á tu individuo mirado por dentro, que en lo tocante á las afueras parecerás con tus vestiduras y sombrero, á trozo informe de atun emborrizado, rebosado y espolvoreado con aquella harina bastarda, afrecho ó cabezuela que levanta la cítola del



molino. Pero si lo seco os daña, lo húmedo os hará mejor provecho, y para ello en pié juntillas saltemos en medio en medio

del estrado del invierno: digo á pié juntillas, de arranque y como quien dice de golpe y voleo, porque en este pais las estaciones no se truecan y declinan mansa é insensiblemente como para acostumbrar la frágil naturaleza humana á no dar al traste con tales violencias: no señor, entereza y vigor, cruja el parche y rompa el hilo por lo mas enteco: no hay placer mas subido como pasar de 25 grados sobre cero á 10 por bajo, y todo en el espacio de doce horas. Pero ya teneis ahí las lluvias, miradlas cual se columpian y descenden en madejas de plata, trayendo en pos de sí el aseo, la limpieza y la ablucion general de tejados y plazas. Observad las calles y las vereis cubiertas de un líquido turbion y anegadizo que revela la topografía de la laguna Estigia, pero para que no os maculeis, asaltad el andito enlosado de la calle. Ya esto es otra cosa: hollad con pié seguro y cierto que caminais sobre una nata ó sémola, que si aquí os escurre y dispara como cerbatana á pelotilla, allá os suerve y chupa como boca golosa á dedo almibarado. Pero picad de firme, y tirad los pies con brio y resueltamente, que de otro modo os pudiérais quedar plantados y sembrados, repitiendo aquella vera historia de Dafne que se convirtió en laurel; pero como este pais no lleva tal planta, os habriais de contentar con poder crecer hasta bojes, quejigos y alcornoces.

Y si la vida, tal cual yo os la pinto (quiero hablar colectivamente), y en este jardin se goza, no os parece bien, y llenos y rebosantes de alguna *sensibilidad* amatoria, ó de tal cual *misanthropopipia* de la dulce humanidad, ó lo que es mas cierto os veis aquejados del *esplin* que dá el no tener banquero ni quien os dé fiado, y quereis salir del mundo á la cozcujita, sin ruido ni gasto de salitre, ni poner os por fruta de algun madero ó nogueron, tambien os podré recetar, y este pais serviros con plato tan suave y ejecutivo que logreis vuestro heróico intento sin escándalo ni alarmas. Cuenta con que esta treta que voy á descubrirte, y este remedio que quiero suministrarle, lo tengo en mucho, y que no embargante, nada te pido, ni te lo encarezco, ni te quedarás sin él, aunque por dejarte en blanco le echasen otros aficionados á tu postura la mejora del cuarto; pues el tesoro de mi



gracia es insondable, inestinguible, de agua viva, y tan caudaloso y profluyente, que nadie quedará con sed ni dejará de ir satisfecho. Es, pues, amigos míos (vuelvo á lo plural), que si perseverais alguna vez siquiera dos instantes en el laudable intento de dar el salto mortal de este mundo al otro, os agarreis en bilo y os dejéis caer en dos pies (si mas no teneis) en la O mayúscula de la plaza de Oriente, ó ya al hora en que la aura de la mañana comienza á ejercitar sus rosados fuelles, ó ya al anochecer, cuando el ambiente de la tarde trae las puntitas sutiles de nieve del alto Guadarrama. Entonces aprovecha (me abrazo al fin con el número uno) aquellos soplos dos ó tres instantes, soplos que no movieran la almendra de luz de una lamparilla, pero que basta y sobra para el santo y apetecido intento, y así que te percibas bien empapado del vientecillo leve y de su penetrabilidad punzante, acre y corroedora, puedes ir ya en paz á recoger tus huesos en tu guardilla, que cuidarás de no haber pagado para dar al casero la mas agradable sorpresa, ó jugarle por despedida la burla mas chistosísima. Te considero sobrado prevenido para que dejares de avisar al paso, no al señor notario (que poco tendría que escribir), no al médico (pues nada conseguiria), sino pasándote por la parroquia al único consuelo y velador verdadero que se encuentra en semejantes trances. En cuanto al entierro, no te lo podré pagar, pues mi bolsa no alcanza para tanto, pero descuida en lo tocante á tu memoria, puesto que yo me hago responsable de tres disertaciones, y un amigo que tiene puesto el abasto de ellas, te consagrará seis elegias. *Vade in pace.*

## EL SOLITARIO.



# D. OPANDO

6

## UNAS ELECCIONES.

INEDITO.

IX.

En las elecciones, el Gobierno que promete seduce; el que dá corrompe; si amenaza es tirano; si atropella esclaviza: quien tal hace no merece el poder; el pueblo que lo sufre no merece ser libre.

CIERTO PUBLICISTA.



**D**ON Opando era hombre viudo de un ojo, menguadísimo de pelo, profluyente de narices, fertilísimo de orejas, muy arrojado de juanetes, hendidísimo de jeta y desgarradísimo por extremo del agujero oral que se mostraba todavía mas dilatado de confines por la sonrisa inefable con que siempre lo bañaba y embellecía. Las mejillas por lo mismo que eran flácidas y sumamente fruncidas y rizadas daban á la fisonomía mil cambiantes y fases diferentes que echaban noramala al hombre de las tres caras, aun-

que en competencia quisiese jugar con punto y medio de ventaja, además de revelar elocuentemente que en aquella cavidad bien pudieran acomodarse y vivir sin conocerse ni tratarse dos buenos quesos manchegos, ó dos buenas intendencias, según y conforme fuese el maná ó pitanza que fuera conveniente engullir. En sus piernas, si se salva la protuberancia descarnada de las rótulas ó choquezuelas nada se miraba de imperfecto á no ser por cierta deformidad hija de cierto caso fatal y fortuito que era de achacar á su señora madre. Fué el caso que cuando infante, era D. Opando el mas lindo é inequívoco cachorro que hubiesen abortado los infiernos, y mamá que queria poner coto á los desahogos pueriles de su niño de quebrar cacharros, esquilmar las ollas y absorver las vinajeras del hogar, me lo aseguraba con un hiscal de diez hilos atándolo por el tobillo ó engarce del pié para sujetarlo y travarlo ni mas ni menos que como á un cimbel gracioso y revoltante. Cierta dia pues, tuvo por antojo el cachorro agraciado el asaltar con alfileres los ojos del chico de la vecina que allí travesaba, y conociendo la buena madre que aun todavía no era tiempo de tales hazañas, tiró del hijo que se esforzaba por lograr su intento, él revolviéndose y ella por detenerlo; ella por refrenarlo y él por desasirse, resultó al fin cierto desengarce del pié izquierdo que retorciéndolo para adentro y no acudiendo ni con tiempo, ni con habilidad, quedó con la donosa figura, que con perdon sea dicho, llamamos zopo. Estos desmanes de la fortuna por lo tuerto, horrible y zopo, lo desquitó al punto la naturaleza despertando en aquel curiosísimo redrojo los destellos mas peregrinos de ingenio y sagacidad. No es nuestro propósito tejer la crónica ni formar verídica relacion de los albores inocentes de aquel talento, ni seguirlo por las muchachadas endiabladas de su adolescencia, ni detenernos en relatar las andanzas y entuertos de su juventud y virilidad, pues para ello fuera preciso un infolio que atrás dejara cuanto se ha escrito de avieso y picaril desde Lazariillo de Tormes y Roberto del Diablo hasta el Baron de Illescas ó Periquillo el de la Mojigata. Baste pues el decir que nuestro amigo D. Opando era hombre diestrísimo en papeles y mamotretos, que sabia en los testamentos y últimas voluntades corregir cuanto

podiera oponerse á las reglas de justicia ó conveniencia que él mismo forjaba y componia; que en los enredos de lugar manifestaba tal fertilidad de medios, tal sagacidad en las combinaciones y tal rapidez en la ejecucion, que era como el emperador de estos altos hechos y hazañas, y que en fin, muy curtido y abatanado en los quehaceres escribaniles y en la trapisonda de los asuntos de ayuntamiento y concejo, y en el laberinto de los propios, pósitos, contribuciones y gabelas, era encontradamente para el bando, partido ó familia que lo tuviesen por contrario, ó por patrono, ó la misma Providencia ó el mismísimo Lucifer incarnado. Por lo demas D. Opando era hombre muy agradable en su conversacion y trato, y aun dejándose llevar por cierto sentimiento benévolo y expansivo rayaba á veces hasta ser lisonjero é insinuante. Para ello se valia del aliciente goloso de sendas pastillas y caramelos que atesoraba en sus multiplicadas faltriqueras que lo guardaban, de donde á pares los sonsacaba, principiando siempre por dejar uno en el recipiente de la negra caldera de su boca, y donando el otro afectuosamente al interlocutor, con quien tropezaba ya fuese él interpelado ó interpelante. Como no hay accion por santifica y loable que sea que no sufra alguna calificacion desventajosa de parte de los murmuradores y mal intencionados, esta costumbre de garbo y de obsequio practicada por nuestro D. Opando la mordian inflexible y desapiadadamente, pues se propasaban á decir sus malquerientes que cada caramelo que regalaba habia ya pasado por su boca sufriendo una succion lenta y amorosa perdiendo asi la mitad de su espesor y calibre, de donde estraído púlcramente despues y envuelto en su propia y pristina túnica de papel volvia al arsenal de los bolsillos para servir de agasajo á los conocidos, amigos, comadres y parroquianos de toda laya y de todo género. Esto se vé á tiro de ballesta que era pura envidia y ojeriza, pues chuchería que hubiese peregrinado por las cavernosidades mandibulares de Maese Opando habriase impregnado de tal husmo á salitre, antimonio y azufre, que hubiera revelado su sospechosa procedencia aunque la degustacion la hiciese el paladar mas obtuso y de mejores comederas. Mas despues de todo, fuerza será convenir que aun siendo

probable y fundada la opinion sentada, siempre seria muy de celebrar y enunciar la traza feliz de nuestro D. Opando que sabia unir y aunar á la prudente economía y propio recreo, el obsequio y agasajo á los prójimos y estraños. ¡Oh qué placer el ver trasladarse un caramelo ó pastilla desde los bolsillos de D. Opando á los lábios de algun amigo, familiar ó pretendiente! ¡Quién tuviera aquí en Madrid algun cucurucho de ellos para repartirlos á las manos siempre abiertas que se ven en el palacio de Oriente, plaza de Isabel II y en las antesalas de los ministerios!!!

Mas dejando estas observaciones y moralidades inútiles por lo mismo de ser tan patéticas y sentimentales, volvamos á la venerable persona de nuestro digno D. Opando. Hallábase pues, en su cuarto estudio, sentado en su ancho y cómodo sitial de baqueta asegurada con clavos de cabeza gorda, acompañado en torno de altos rimeros de Gacetas y otros periódicos, trashojando las amarillas fojas de un proceso criminal ó espediente gubernativo, (no podemos fijar su esencia) y de cuando en cuando paseaba el medio de su vista (recordemos que era graciosamente tuerto) con cierto aire de ufania y satisfaccion por los escaparares de su estancia todos estivados de papelotes, periódicos, legajos y paquetes de cartas, como diciendo en su conciencia: *hé aquí mi reino, hé aquí mi ejército y mis arsenales*. Ya iba nuestro respetable amigo despues de alguna ligera pausa á la sabrosa tarea, dando paso al propio tiempo con cierto gentil movimiento de cabeza al humo del cigarro que acababa de beberse con un mayúsculo sorbo, cuando se le entraron de antubion por su zaguan y se le presentaron ante sus ojos cuatro de sus mas continuos y familiares. Estos juntaron la puerta trás sí y se fueron sentando por los otros sillones que guarnecian el cuarto, sin hablar palabra y D. Opando sin alterarse ni en una mínima con aquella visita misteriosa y aparicion repentina, se contentó con registrar curialmente la hoja que repasaba, y comenzó á mirar y remirar los cuatro aparecidos, adornando siempre el gesto con aquella sonrisa inefable que hemos apuntado. La señal de grande atencion para D. Opando era ponerse en su ojo vivo y sano, no antojos, ni lente ó cosa por el estilo, sino un microscopio útil y

cómodo y de su propia invencion y concepto. Era pues el invento, que con el dedo anular de la mano derecha cogia y apretaba la yema ó cabeza del index, de manera que doblándose este flexiblemente abria cierto intesticio ó formaba cierta aspillera entre dedo y dedo, adonde aplicaba y fijaba atentamente la pupila insólita y huérfana, contemplando así á su sabor toda fisonomía que queria estudiar y todo objeto que queria filiar competentemente. D. Opando paseó su mermada vista y al través de tal aparato, por las personas de sus cuatro visitantes, y pronunciando mas su sonrisa y dando á su efigie una fruicion casi celestial, exclamó lleno de bondad y de contento: ¡buenas noches, D. Raimundo; para servirle!, D. Tadeo; tomen asiento Sr. D. Paco y Sr. D. Bruno!!!



Despues añadió: señores, los hombres de negocios no andamos á caza de gángas, ni solemos perder el tiempo; ya conozco que

hay algo de importante, y antes hoy que mañana, y mas bien ahora que luego, y andar qte andemos, paso largo y al avio. Algo de tiempo duró el silencio que esta lluvia de palabras y retahila de sentencias impuso á aquellos buenos hidalgos de aldea; pero al fin D. Raimundo, que por su traza y corte manifestaba ser el prolocutor de aquella noble comision, tomó la palabra y dijo: Sr. D. Opando, el asunto que aquí nos guia aunque magno é importante cual ninguno, es al tiempo mismo el mas sencillo. El correo que acaba de cruzar por aquí á la capital ha dejado á la mano un papel volante, por el cual consta que las Córtes se han disuelto y que estan convocadas para el 20 de febrero, debiendo procederse á las elecciones el 8 del actual. Este partido ha tenido desgracia en todos sus delegados hasta el dia. Nuestro primer diputado en las de 1814, que no respiraba bajo estos techos y case-ríos sino libertad é independencian, se transfiguró persa á las primeras de cambio: el de 1820, que no respiraba aquí mas que prudencia, nos trajo á los 100,000 hijos de S. Luis rey de Francia: el de 1834, que no queria sino la finalizacion de la guerra civil, fué revolucionario en las calles en 1835 y juntero en 1836: y el que enviamos para la obra de 1837, nos falsea ahora de manera que casi nos hace temer que quiera deshacer lo hecho y volver á las ollas de Egipto con otros aditamentos y rastras que nos pongan como nuevos, volviendo á los tiempos de Godoy, á las garras y zarpas de ese otro rey que dicen hay en Francia y que dicen que es, y yo digo que no es, Napoleon. Nosotros nos decimos escarmentados por lo mismo que nos confesamos burlados. Buscamos *in illo tempore* la santidad del estado, y fuimos engañados: quisimos hallar la ciencia, y encontramos la vanidad y fuimos vendidos: creimos dar con el juicio y la razon, y dimos con el sofisma y la estravagancia: presumimos encontrar la firmeza en los principios, y casi tocamos la traicion con las manos; y en una palabra, esforzándonos por hallar la providad y el desinterés, no vemos mas que el cinismo de la corrupcion. Ahora bien, amigo D. Opando, para el descubrimiento y triunfo del diputado que queremos y debemos elegir ya que fuimos tan desgraciados en nuestros ensayos anteriores, queremos traerle á Vmd. con nosotros. Es cierto



que en las pasadas combinaciones electorales siempre nos hemos desentendido de su persona, pues aquel pecadillo del sabor á afrancesado, sus relaciones con Lozano Torres, sus escenticidades en 1823, que parecieran estudiadas atendiendo al apoyo que despues mereció de los calomardistas, el apego que tiene á todo poder que persigue, despoja, destierra é invade todo lo que es sagrado y justo, y en fin otras vulgaridades que por ahí han corrido á cargo de su reputacion y fama, nos retrajeron de contar con Vmd. en nuestros pensamientos y planes. Mas ya que tuvimos tan mala mano para echadura de diputados y procuradores, queremos oirle y contar con Vmd., pues peor no ha de salir, y tentando este medio y saliendo huero el huevo, nos tumbamos en el surco, nos damos por muertos, y que nos pongan este epitafio:

Electores vergonzantes

Yacen en este atahud:

Buscaron ora cual antes

Honor y gloria y virtud

Y de THU fueron á NANTES.

Calló D. Raimundo, y D. Opando que con el lente artificial de sus dedos habia avizado y fijado muchas veces al orador y su comparsa, desbaratándolo de pronto y pasando la mano á sostener su mejilla, y asentándose mejor en su sillón como para buscar la vertical mas á su sabor y placer, comenzó así á hablar con voz agradable, pues en este órgano era muy afortunado nuestro amigo.

Si yo fuera dijo, abad mitrado, os llamára mis ovejas, si general, os dijera mis *conmiltones*, si morueco semental del Ministerio de la Gobernacion, mis administrados; pero como mi humildad solo aproveche para advertiros de las malas artes de los poderosos y hombres de mundo, que son unos verdaderos milanos; para que os recateis de ellos y os desconfieis quiero llamaros palomos mios, que es cosa que no os sonará mal y á mi me dá gran consuelo, pues ya sabeis que ni tengo hiel y toda mi contes-

tura es de blandurilla de camuesas. Esto supuesto quedo enterado de que tenemos elecciones y de que en ellas quereis contarme con vosotros, faltando ahora el que nos entendamos y acordemos de tan buena manera que acogotemos á los partidarios del gobierno, sacando en triunfo por diputado á un varon cumplido, cual conviene á nuestros intereses y á nuestras ideas.»

Mientras esto decia D. Opando avizoraba de nuevo al través de la aspillera, la fisonomía de sus visitantes, pues aunque siempre los tuvo por gente hidalga y leal é incapaz de trapaceria y doblez, [con todo siempre caminaba en tales negocios con la sonda en la mano y no hacia mal. Pero viendo aquellas caras angelicales con el sello de la sinceridad y la inocencia se tranquilizó del todo, y dijo allá para sus adentros, « nada de extraño seria que hubieran puesto sus ojos en mí para este ba-teo » y para convencerse de la probabilidad de su pensamiento les dijo: ¿y sabemos ya, palomos mios, á quien hemos de proponer y por quien hemos de trabajar? Sí tal, respondió D. Paco: sí á D. Opando le parece, todos queremos que nuestros sufragios recaigan en D. Veremundo. Estamos cansados de decidrnos en tales cuestiones por el mas sábio, el mas ilustrado, el mas ardiente, el mas buscavidas y hombre de corte, pues lo que hemos hecho ha sido ensalzar á un necio ó vocinglero ó pedante mas, apoyar al egoismo y la vanidad ó proporcionar que algun industrial se haya llenado de cintas el pecho ó de dinero sus bolsillos. Estamos pues hastiados de semejantes sabandijas y por la presente elegiremos á hombre tal como D. Veremundo, que siendo acomodado no quiere ser poderoso, que sino tiene gran brillantez en sus talentos, le asiste gran discrecion en sus juicios, que en cuantas cuestiones interviene pone el dedo en la dificultad y que se distingue en todo así en lo chico como en lo grande, en lo alto y en lo bajo por ese amor á la justicia que nos admira individual y colectivamente. En un órden regular la sola propuesta de hombre como D. Veremundo seria una aclamacion unánime; pero como esto se hila ahora de distinta manera y vienen de la corte esas presentaciones para obispados no, sino para diputados, es necesario madrugar y atarse bien el dedo, y por eso queremos

contar con la alianza del Sr. D. Opando: y diciendo esto Don Paco hizo una reverencia con la cabeza desde su silla y guardó silencio. D. Opando conoció que aunque burlado en sus esperanzas parlamentarias todavía podría sacar grandes creces en su valimiento y no poco provecho en su persona; tragó la píldora con grande serenidad y respondió. A fé á fé mis palomos, que me habeis robado el pensamiento. Aquí mismo me ocupaba de su persona, admirando su noble desprendimiento, pues en estos títulos que á la sazón examino, y palmeaba su mamotreto, se vé bien claro que si D. Veremundo quisiese usar de sus derechos de patrono podría disponer de los emolumentos casi totales del hospital y él los deja descuidadamente para los pobres, afectando tal indiferencia acaso por no provocar demostracion alguna de agradecimiento. Aclamemos pues todos nosotros á D. Veremundo y hagamos de manera que lo aclame todo el distrito». Al llegar aquí D. Opando desbarató su lente prestidigitador y comenzando á buscar papeles en aquel mar de ellos que le anegaba; sacó algunas apuntes que ordenadamente guardaba bajo cierta carpeta cruzada con barduque y prosiguió: «aquí teneis palomos míos el negociado electoral con todas sus entradas y salidas, usos y servidumbres, buenos accidentes y mataduras. Este distrito compondrá 1578 votos. D. Antonio Cañizares el mayorazgo, tío de D. Paco, dispone de 300 electores pantes (los llamo así porque este es gremio muy pedigüeño en el pueblo de Cubáscula); el cuñado de Don Raimundo, D. Cosme, juega al boliche con sus doscientos tiburones de Zambrostenes, y los apellido así porque es necesario matarle á cada uno un carnero y molerle un medio cahiz para que vote en razon: en el partido de los Molinos que habrá sus 90 votos toda la dificultad en asegurar estos electores aguachirles, está en que D. Alfonso el suegro de D. Bruno, deje correr en los meses mayores las aguas que no necesite para sus riegos, aguas que como todos sabemos tienen con los bienes de propios sus dares y tomares. D. Bernabé de Zúñiga, memorable abuelo de D. Tadeo, en su nueva poblacion de Hispuda nos puede agregar ciento y cincuenta votos muy redondos de aquellos labriegos de las nuevas roturaciones, y los llamo redondos por lo sin malicia que son y la

candidez casi de Idilio con que cumplen lo que ofrecen. Ahora bien, si estos 740 votantes que en limpio sacamos, se añaden con los 30 ó 40 de los colonos, y parientes continos del mismo Don Veremundo, y los 15 ó 20 que cada cual de mis cuatro oyentes pueden procurar, tenemos en Aritmética mas clara que la de Vallejo no solo empatada sino vencida la eleccion. La batalla en este punto, llego yo con mi pequeño refuerzo de 60 electores que aunque de vida algo airada, votan como unos pontífices aprovechando sus sufragios como misas de Pascua al favorecido, sin que por eso se vea en la obligacion de darles otras mercedes en pago que algunas recomendaciones á los jueces de primera instancia, á las audiencias ú otras autoridades de S. M. Estas muchas veces los toman entre ojos porque ellos quieren tomar barato el tabaco ó la sal ó niñerías del propio jaez, que yo á veces las deshago y desvanezco con mucho agradecimiento de estos infelices perseguidos que me sirven en tales ocasiones.

Los cuatro visitantes se miraron con cierto contento y como dándose el parabien de haberse acordado unánimemente de tal hombre que tan claro les sacaba el negocio á plaza y que con semejante exactitud presentaba los datos y dejaba ver las vicisitudes de la eleccion. D. Opando no reparando ó fingiendo no reparar en la admiracion de su auditorio prosiguió: «Si tal es nuestro ejército y auxiliares, veamos cuales sean nuestros contrarios y los medios con que han de combatirnos. Es necesario suponer que el gobierno ha de oponerse á la eleccion de D. Veremundo por dos razones. La primera porque ello es gusto y voluntad del pueblo y al pueblo lo que se le pide es que haga como que tiene gusto y voluntad y que no la tenga. La segunda razon es que si nosotros queremos sacar por diputado á D. Veremundo ¿por qué al ministro no ha de antojársele preconizar por tal diputado á su hijo, á su pariente, á su postillon ó á alguno de sus cuñados en los diversos ramos y direcciones que abraza este sagrado y profano parentesco? Sentado que el gobierno se nos ha de oponer porque su mision es de llevar siempre la contraria, hagamos alarde de sus medios y pasemos revista á sus votos.

En primer lugar nos han de ser contrarios en sus votos los

alcaldes, sotas, llaveros, vijilantes y requisadores de las cárceles del distrito, que por este relente que corre obligando á tomar el abrigo de cuatro paredes por tiempo indefinido á muchos huéspedes propensos á romadizos y constipaciones les cobran por favor un razonable hostelage, y esto decuplando gajes y propinas les multiplica tambien por diez el afecto y cariño á la situacion. Estos pueden calcularse en 25 votos; cosa corta por ahora, aunque pronto aumentarán su número puesto que se piensa, pues es preciso abrir al público otras doce cárceles mas en cuanto llegue la próxima temporada de baños. En derredor de ellos es necesario agrupar los 15 ó 20 pegugajeros de centeno, escandia y mijo del partido, que no hallando donde trillar su mala simiente porque torcerian nuestro atrajes y graneros si le permitiésemos cosechar con nosotros, esperan en éxtasis soberano esas eras que se prometen de dia en dia y que efectivamente parece que se estan viendo con cada grano de trigo como una almendra ó coco de Indias, y despues todo se desvanece por las malas picardías de los descontentadizos. Como los treinta ó cuarenta boticarios y albeitaires que cuidan de nuestros torozones y arestines han dado en la flor de adornarse con otras cintas, que el cial y los parches que antes acostumbraban, y nosotros no podemos darles tales bujerias, paréceme discreto el contarlos á casi todos por del bando contrario. Por lo demas la fuerza de los adversarios en nuestra villa y distrito de *Cubáscula* la hemos de hallar en los roturadores y aparceros. Ello es que quieren que se les reparta en suertes las dos dehesas, y esto es cosa fácil para los mandarines, y lo mejor del caso es que á nosotros nos convendria semejante medida, pues á poco del repartimiento los tenedores venderian como cosa de triste utilidad, y por consiguiente por poca plata, sus respectivas pertenencias, y nosotros (es decir la gente acomodada) por tal camino éramos los legítimos herederos de las dehesas y de los propios. Pero á pesar de tal aliciente hagámosles la guerra, den al traste con sus intentos, saquemos triunfante á D. Veremundo que lo que no sea por testamento será por manda ó codicilo, pues de todos modos ya haremos de manera que esas tierras bien sea por un espediente muy manido y curtido si mandan los unos, ó

bien por medidas estrepitosas y de mano airada si mandan los otros, nos hayan de tocar y pertenecer, aunque se muera de frio el universo mundo no hallando en el invierno siquiera un ceporro ó astilla de leña para la chimenea. Ya veis, palomos, prosiguió diciendo D. Opando, que contadas y bien desmenuzadas las fuerzas enemigas son en mucho inferiores á las vuestras, cosa que os debe servir de confortativo en vuestro propósito. Sí tal, dijo Don Raimundo levantándose de su asiento. Vamos pues, volviéndose al basigote de sus compañeros, vamos pues á la tarea: véte tú, D. Paco, á tomarle prendas de empeño al tío D. Antonio Cañizares para contar con sus 300 votos. D. Bruno se hará cargo de inclinar el ánimo de su suegro para arreglo tal que nos dé los votos de los aceñeros y molineros. D. Tadeo nos asegura del apoyo de la clientela de su abuelo, y desde luego que se me carguen en cuenta los 200 votos de los tiburones de Zambrortenes, como dice con algo de chiste D. Opando, pues yo daré buen recaudo de ellos, aunque para el caso haya de reducir en afrecho para darles bodigo, y mamancia hasta los tapiales de mis caseríos de Morayma. ¿Estamos en camino, añadió D. Raimundo tornándose á D. Opando? En camino estamos, respondió este, y dándose todos sendas y apremiadas enclavijadas de manos, aquel se quedó en su aposento y los otros abriendo su puerta pronto dejaron atrás tambien la de la calle yendo cada cual á sus menesteres. D. Opando volvió á su sillón, sentóse y para desentumirse de la postura que hasta allí tuvo y guardó, pasó ágilmente la diestra pierna sobre la izquierda, recostándola en ella amorosamente y para consolar sin duda al triste ojo que le quedaba de su viudez haciéndole ver otros amargos males, lo afincaba y paseaba perseverantemente sobre el pié imperfecto y zopo á quien movia y estremecia ayudado por sus manos de una parte á otra, como por darle esperanzas de que en algun tiempo entraria en funciones y en juego en todo arreglo y pulcritud. Quien presuma de alto fisiólogo ó que pretenda ser zahorí de los agenos pensamientos por estas muestras fugaces y esterioridades de la persona, podrá decir lo que guste de las ideas que pasaban entonces por el magín de D. Opando, que en cuanto á nosotros diremos solo que tales

pensamientos se reducian á este razonamiento. « El juego es el interés; en él tercio; muchas y buenas cartas he de ver; gran zopenco seria sino supiera apropiarme la polla ó traviesa. » Así imaginando, llaman con callados golpes de mano sumisa á la puerta del aposento y suena una voz, si tímida, si medrosa, que pregunta: ¿se puede entrar, D. Opando? « Adentro, Paraninfo de los cielos, dijo este, que se preciaba de muy galan en la frase y de mucho de *filis* en sus flores. Adentro, adentro, digo. » Y efectivamente, si la entrante no era Paraninfo de los cielos, era á no dudarlo, el mas lindo Paraninfo del amor. Era pues un clavel de chica de 17 años, de cintura de sortija, del talle mas airosamente femenino que pudiera pintar pincel, de rostro hechicero, con ojos de endrina y predicando muchas cosas malas con las miradas mas pícaras del mundo, y con un tesoro de pelo negro como la noche, y tan copioso que no acertaba á cobijarlo la mantilla de tafetan y randa catalana, que cubria la cabeza cayendo sueltamente y con gracia por el un lado y otro de dos ponciles palpitantes que revelaban el anhelante pecho. Al verla D. Opando, figurando antes el consabido lente, exclamó: « Beatriz hermosa, piñon delicioso de la gloria, ¿quién te trae por esta celda triste á tales horas? Si tu padre, mi amigo Cañizares, me queria tener á su servicio, cualquier mensaje, cualquier criado suyo hubiera bastado para llevarme allá, aunque fuese la noche diez veces mas tenebrosa que la presente. ¿Pero qué se ofrece? » La Beatriz sin cuidarse de tales palabras volvió á la puerta, la aseguró y tornó á acercarse á D. Opando, quien tomando la actitud mas interesante que pudo estudiar, la dijo: « entra, sí, por entre las sillas y la mesa y sentémonos así muy cerca para hablar en mayor puridad y secreto. » « No tal, dijo la muchacha; bueno es que entre dos interlocutores corra siempre el aire, y por lo mismo haciendo de esta mesa torno de monjas hablaré desde este sitio á distancia respetuosa, » y diciendo y haciendo arrastró una silla y se sentó con tal desenfado, que diera envidia á la Villana de Vallecas. « Amigo Don Opando, prosiguió ella, es el caso como dijo el otro, que se trata de un casorio, y un casorio con su poquito de pimienta. Casimiro, á quien Vmd. conoce, me quiere por la posta y yo le repago

por el vapor. En fuerza de que yo he de ser rica y él aunque pobre es de sangre azul y enlazado aunque lejanamente con mi familia, ayer fueron los suyos á casa para pedirme á mi padre, pero este que piensa que las mugeres han de ser como las hortalizas que para dar sucesion han de ser subidas y talluditas, me negó con un NO de régia estirpe, y yo quiero apelar de este fallo, y si por dinero ha de ser llegaré hasta las mil y quinientas. Por lo mismo conociendo esas manos que asisten en Vmd. para gobernar estas descomposturas que suelen provocar otras descalabraduras y fracasos doncelliles, vengo á implorar su habilidad y gobierno, para que me saquen por la iglesia ó por la milicia, en fin lo mas pronto posible, y que la semana entrante me miren, me tengan,



me consideren y yo me sienta como la esposa legítima con todas las ceremonias del ritual romano de D. Casimiro de Alvarado y Foch de Cardona.» Indudablemente algo debería haber de hechicero y de notable en el gesto y acciones de aquel diablillo de



forma apetitosa, cuando D. Opando volvió á inaugurar su observatorio de dedos y anteojos, recreándose en confundir en su imaginacion la voz, la gesticulacion, la figura y el talante todo de aquel deliciosísimo arrapiezo. Al fin hubo de arrancarse de tal éxtasis, y tomando un pliego de papel del sello cuarto mayor se puso in continenti á rasguear curialmente, y en tanto de la operacion hablaba así á la Beatricilla. « Y no digo yo que esto vaya á vapor, como tú dices, pero lo que es efectivamente y con apremio y costas de la cobranza es cosa que corre por mi cuenta, y te aseguro que antes que oigas misa dos veces has de tener al D. Casimiro por tuyo, con libre, franca y general administracion sobre su persona y alodial dominio, y para ello firma este memorial que llamamos de disenso. » Y esto relatando le volvió el papel con mucho aquel del miramiento, aunque al traspasarle la pluma para la rúbrica aleó y prolongó algun tanto el anular y el meñique para llegar y tocar como efectivamente llegaron y tocaron á los dedos flexibles y á la mano mimosa de algodon de Beatriz, quien sonriéndose algun tanto al ver el estremecimiento de estraña catadura que habia probado D. Opando con tal sensacion, y tomando la pluma firmó y rubricó el papel con mas gallardía y soltura que la que pudiera prometer una educanda de pueblo como aquel de tercera ó cuarta gerarquía. Devolviendo pues la pluma con cierto recato picaril, esto es, alargándola por el penacho para evitar repeticiones del tal rozamiento y sonriéndose siempre respondió al levantarse del asiento: quedad con Dios D. Opando; cumplidme esa maldicioneilla de antes de las dos misas, que ya sabe no soy miserable, pues no quiero morir mas rica que el tanto con que nací, y ademas por adehala contad cada año por Pascua con unos cuellos y vuelos bordados por estas manitas (y se las mostraba como un dije revolviéndolas como ramillete de flores) y tambien con una rica guirindola de encajes. Cuando acordó D. Opando á responderla, ya la linda parladora habia desaparecido, pues antes se deslizaba como el viento que no media el pavimento con sus pasos. Buen rato te me llevas contigo, picaruela, dijo nuestro hombre, pero á bien que me dejas en posesion de un papel tal que bien vale uno de los tres estuches. Espere-

mos, esperemos pues, que ya predijé que buenos naipes habrían de pasar por mis manos. Aun no había pasado este pensamiento por su frente, cuando abriéndose la puerta con discreción y tiento, se dejó aparecer cierta cabeza tachonada con dos ojos como carbunclos y patiabierta la cara con cierta boca de brocal la mas espaciosa del mundo, por donde se dejaban ver unos dientes blancos como el gipso, ni mas ni menos en su traza y corte que como navajas de javalí. ¿Estamos solos? berreó aquella estupenda boca. « Solos estamos » dijo D. Opando, entrad D. Tenebrarios y ase-



gurad con fallebas la puerta que no son nuestras incubaciones ni para vistas ni para escuchadas. D. Tenebrarios aseguró la falleba y al atravesar en cuerpo gentil el aposento, pues no traía capa, dejó ver debajo de su enorme brazo, un mamotreto de autos, aun todavía mas enorme de letra antigua procesal. « Ya pareció lo perdido, amigo D. Opando, dijo sentándose aquel taumaturgo; ya

pareció lo perdido, y á pagarme albricias por mi buena nueva ya habria de multarse Vmd. con buena cantidad de reales. Aquí tiene de cuerpo presente esperando misa de *requiem* ó *Te Deum laudamus*, segun méritos decidan, nada menos que los títulos de propiedad de las aguas de la ribera que estan hoy en posesion del cuñado de D. Tadeo. La villa es indudable que tiene derecho sobre ellas, como aquí reza (y sacudia Tenebrarios sendas palmadas sobre los autos), y esta es cosa que pone en nuestro poder y buen alvedrío á nuestro buen hombre, con todos sus garrotillos de sangre azul y de orgullo. » Ni el sacre se abalanza sobre la garza con mas intencion y rapidez que D. Opando sobre aquel monte de papelorios. Lo repasó, leyó mucho al vuelo, impuso registros, señaló varios fóllos y luego exclamó: «¡ copo colmado, amigo Tenebrarios, pesca grande de atunes, y hagámonos cargo que hemos cogido cautivo á nuestro hombre y que el rescate no lo han de fijar piadosos Mercenarios ni Trinitarios, sino los Arraeces Opando y Tenebrarios!!! De esto hablaremos luego, pues me pica la curiosidad de saber en que placeres se ha matado tan buena pesca: pero ahora contentémonos con saber que dentro de muy poco entramos en elecciones para Diputados. Los bastidores, escotillones y bambalinas de nuestra tramoya electoral supongo que no habrán sufrido alteracion ni detrimento despues de nuestro último ensayo, que bien cercano está todavia. » « Todo está intacto, replicó Tenebrarios, y en el mejor uso posible y aun con aumento y creces, puesto que ha entrado en la secretaría del pueblo de Unguste nuestro favorecido Caquillas en lugar de aquel D. Hermencio, medroso y atado como ninguno. » « Bien sabeis lo que digo, hermano Tenebrarios, repuso D. Opando: digo pues, que con los medios que se me vienen á la mano como zorzales encandilados y ayudado del buen celo, voluntad y destreza de los secretarios Pijotas, Cuchiche, Caquillas y el Reborondo, casi se pudiera lisonjear cualquier hombre razonablemente ágil de sacarme Diputado por este distrito. ¿Pues en qué está la detencion, replicó Tenebrarios? ¡adelante con calzones de ante que para el caso será un tigre! A proseguir en sus exclamaciones de afecto iba nuestro amigo de los dos carbunclos, cuando sonaron otros gol-



pes en la puerta. «Tenebrarios, hijo, le interrumpió D. Opando, deslízate por esa puertecilla escusada al aposento inmediato y ahí espera, que el corazón me dá que esta noche es de buen lance y alguna buena pieza se me entra en jurisdicción, y ya pluma ó ya pelo ha de quedar en mi poder.» El Tenebrarios se envainó por la puerta del rincón, y D. Opando llegándose á la de enfrente descorrió la falleba, y se encontró no á topa penoles, sino á topa narices, con el cuñado de D. Raimundo. ¡Sr. D. Cosme, le dijo, cuánto tiempo que no se dignaba honrar este albergue!! D. Cosme se sentó y D. Opando ocupó su acostumbrado sillón, desde donde comenzó á atalayar á su huesped por su método peregrino que ya nos es conocido. Luego añadió: y como estamos solos, Sr. D. Cosme, ábrame su pecho de par en par, pues creo haberle merecido su confianza en ocasiones de empeño. Estamos completamente solos, y en esto á todo rigor no menta, no, D. Opando, pues Tenebrarios formaba una sola y misma persona con él, ó por mejor decir, érase que se era su espíritu familiar, ó la propia emanación suya. «El asunto que aquí me trae, dijo D. Cosme, no por serme de alto empeño deja de ser sencillísimo. Es el caso que para ensanchar la mia quiero adquirir ese caseron viejo de la calle Real que es del vínculo de los Coallas: al poseedor, que es ese tal D. Claudio, redondo como pata de buey y testarudo como vizcaino, le he propuesto las capitulaciones y ofertas más ventajosas para que enagene en mi favor la casa, pero él dice nones y me hace la higa, y yo más me aferro en mi propósito. Todo su fundamento está en decirme que en ese solar nació y se crió cierto hastial de su familia que dividía un moro de un mandoble, y que en la de Pavía asistió á la presa del rey de Francia, y héteme aquí que por tales extravagancias me he de quedar en blanco y viendo en pié esos torreones sombríos del tal edificio, que habiendo presenciado la entrada del moro Muza acaso, presumen asistir al fin del mundo; y para castigar la arrogancia así de la tal montaña de piedras como del Sr. D. Claudio su amo y poseedor, es para lo que me mira en este sitio con entrañas de Galalón y con intenciones de macho mohino, pues á mí pocas que no sufro ancas, y por mi gusto envido el resto que tengo hígados

de pleonasma y las agallas de un ballenato.» Lo sé, lo sé, repuso D. Opando, y estoy de acuerdo con cuanto me ha relatado, salvo empero en lo de la eternidad del edificio, que para mí tengo que las cuantas grietas que verse dejan en el lienzo del medio día pueden dar motivo á creer que en algun tiempo ha de falsear y dar de cabeza con la tal máquina. Y tal idea y este temor por lo que pueden serle de provecho á Vmd., queridísimo D. Cosme, me dan tal guerra que ya me parece presenciar hundimiento tal, que mate á doscientas criaturas y deje en ruinas á medio pueblo.

Este hombre tiene imaginacion tan viva, dijo para su coletó D. Cosme, oyendo á D. Opando que vé visiones y casi delira diciendo tal, cuando la catedral de Sevilla es un castillo de naipes si se compara con la casa almenada de los Coallas. D. Opando habiéndole apuntado el lente al monologante, leyó los pensamientos que entre sí revolvía, y queriendo tomar altura en ellos por lo tocante á elecciones, ya que el resultado era tan fijo y cierto por el otro derrotero, viró de bordo y le dijo: ¿ha oido algo de elecciones? ¿Y cómo si he oido? respondió el otro. Estan encima y han de ir por la posta. Ahora mismo me lo acaba de decir mi cuñado Raimundo y por cierto que ya me tiene embargado esos centenares de votos con que cuento, y no estoy pesaroso por ello, porque han de recaer en nuestro D. Veremundo que buena falta hace en la corte para dejar bien puesto el buen nombre de este distrito. El y sus amigos van de muñidores ya desde esta noche para el caso. ¿Concibe Vmd. eso, amigo D. Opando, que tres cristianos como tres elefantes tomen á pecho y tan á veras esas niñerías, y haciéndose procuradores agenos se despepiten por sacar al buen caballero D. Veremundo para diputado en vez de entretenerse si son loteros en sacar un buen terno, y si son propietarios en sacarles las enjudias á sus colonos? Cada cual tiene sus gustos, cada uno tiene su son, y lo que á tal le horripila, á cual le parece bien. Ellos allá, y yo conmigo y todos con su locura. Yo entre tanto les ofrecí mis votos y dellos, si pueden, saquen sustancia, que en cuanto á mí no sé en que guiso ó salsa poder acomodarlos. D. Opando que ya veía toda la luz que necesitaba, replicó con tono tan didáctico cuanto afectuoso. « En verdad, en

verdad que no podrán aplicarse los votos con más acierto que en D. Veremundo, mas no por eso deja de ser cierto que el desprenderse así de doscientos votos sin entero conocimiento de causa, es cosa que huele al dilapidador que bota doscientos doblones por la ventana porque no sabe lo que valen. Pero en fin, cada cual tiene sus gustos, y lo que á tal horripila á cual le parece bien. Ellos allá, y yo conmigo y todos con su locura.» Para el de los votos cada palabra de D. Opando le hacia abrir los ojos como quien vé objetos nuevos y antes no conocidos. Al fin rompió el silencio y replicó á D. Opando: aunque es cierto que ha habido ofrecimiento de parte mia, no creo que cuatro palabras dichas al viento en una noche oscura, en el esquinaldo de la iglesia y delante solo de cuatro ó cinco personas que acaso no escuchaban lo que yo decia, sea alguna escritura guarentigia que traiga aparejada ejecucion. ¿Si dá Vmd. barro y luego sale oro no hay derecho á la nulidad? ¿Cuántas veces no se recoje de mano del mendigo la tarja de dos cuartos que se le dió equivocándola con el cobre viejo del cepo de ánimas! Pero que Patillas me lleve si puedo adivinar qué empleo podrán tener aquellos votos, aunque de todos modos desde ahora hasta que haya lugar, y despues de riguroso exámen, revoco mi donacion y la doy por nula, apoderándome desde luego y reinstalándome de nuevo en la posesion y señorío de los doscientos votos. Y no hará mal, dijo con cierto tono de indiferencia D. Opando; nada estraño fuera que esos votos tuvieran parentesco muy estrecho con la casa almenada de los Coallas que Vmd. considera firme como la catedral de Sevilla y que yo miro ruinosa y deleznable como choza de pastores. Alto allá, repuso D. Cosme con viveza levantándose de la silla, alto y allá D. Opando y oiga mis razones que serán cortas pero gordas como cerezas garrafales. Hágame con ese monte de piedras, póngale yo la salivilla en la oreja al testarudo poseedor, y cuente Vmd. con los doscientos votos y con otros tantos escudos si necesario fuesen, y vaya D. Raimundo á cazar nidos de golondrinas. He dicho lo bastante pues ya se me conoce, y como yo conozeo á D. Opando me voy sin mas hablar. Se dirigió pues hácia la puerta, pero de pronto giró sobre el calcañal izquierdo como hombre que





*F. Lameyer.*

FERVANCIA



alcanzó la táctica prusiana, y dijo muy al oído á D. Opando cual si hubiese auditorio de quien quisiera recatarse. No es necesario prevenirle á Vmd. que los votos vendrán blancos como la paloma, para aplicarlos, apegarlos y emparcharlos á última hora al cristiano mas emérito en quien paremos mientes. D. Opando le agarró la mano y se la estrechó afectuosamente como hombre á quien se le habia escusado la esplicacion de un negocio embarazoso, y luego añadió: id con la Virgen D. Cosme, que este solo rasgo manifestándome sus altos dotes me lo hace presentar como el ínclito diputado de este distrito, si aquí hubiera sindéresis y se profesara admiracion para las altas cualidades. Desapareció por la puerta el de los doscientos (y no de azotes) cuando al revolverse D. Opando columbró á D. Tenebrarios por el tragaluz del zaquizami donde en conserva se habia mantenido, asomando su cabeza tachonada con sus dos carbunclos rutilantes de gozo y feriendo dilatadamente sus dientes blanquísimos y apiñados como si su boca fuese una granada reventona y rasgada de granos de marfil. Comprendo el juego, maestro D. Opando (que así era el prenombre de respeto con que siempre le interpelaba), comprendo el juego y antes de acostarme ya habré puesto en urdimbre algunos hilos convenientes para la tela que necesitamos. Me llamo á la parte, entre tanto, por aquello, no de los doscientos votos, sino de los doscientos escudos. Mi Benjamin, respondió D. Opando, (pues tal era el remoquete de cariño con que en sus pláticas confidenciales mimaba á Tenebrarios), mi Benjamin, ya sabes que soy bien desprendido con mis discípulos y aficionados, y singularmente contigo que eres mi verdadero Electo. Iba á proseguir nuestro orador en el uso de la palabra, cuando desapoderadamente entró por la calle machacando el empedrado un golpe de hasta seis ú ocho caballos que hicieron alto en la misma puerta de Don Opando. Este no pudo dominar cierto movimiento de curiosidad y marchó con la rémora de su zopez á la ventana, pero reprimiéndose como si á su voluntad la tuviese enfrenada con cerrillo, bocado, barbado y doble rienda, se detuvo y dijo á Tenebrarios. Mira, mi Benjamin, si es alguien en mi busca y mayormente si vienen á entretenerse conmigo sobre elecciones, escusa el irte y

mantente á la distancia que quieras, pues así me evitarás dobles esplicaciones de dogmas y triples planes de ejecucion. Al decir esto D. Opando se abrió la puerta, y sorbiéndose Tenebrarios por su puertecilla como caracol ó galápago que se esconde, se presentó en la sala todo manchado de lodo con su bombacho de



vivos encarnados, sus botas vaquerizas, su calañés, su manta y su carabina, un guarda de campo ó escopetero. Nuestro guarda con esa compostura hasta graciosa que tiene esta y otra laya de gente en España, llevándose la mano al sombrerete con ademan respetuoso, dijo así: si tengo el gusto de hablarle al Sr. D. Opando, debo decirle que en el zaguan espera el Sr. D. Policarpo nuestro venerado gefe que quiere hablarle y con cierta reserva. Don

Opando diciendo sorda y guturalmente *que entre, que entre*, abrió las puertas de par en par, y empuñó su velon de Lucena para alumbrar al misterioso peregrino, pero como por su cualidad de zopo enjendraba muy tarde todos sus movimientos, cuando acordó ya tenia delante de sí al señor gefe, el invictísimo D. Policarpo. D. Policarpo era hombre formado por ochavas, pues tal era su rotundez. Aquellas carnazas sujetas y estancadas despues por la tiránica tirantez del paño de su *paletó* abotonado, daba tales curvas y facetas á su talle y persona, que desdichado del estatuario que hubiera querido cojer aquel dorso para figurar no un Apolo, sino un Baco ó Sileno. Por lo demas mostraba su cara escueta y lampiña, los ojos pequeños y hueros y el abdomen que adornaba su coram vobis subiendo en roscas salomónicas para arriba, se modificaba al llegar al cuello con el nombre y la figura de barba, barbilla, papo, papada y papadilla. Nuestro D. Policarpo era una alhaja gubernativa y muy merecedor de obtener lugar de privilegio en cualquier Museo de Administracion siempre que se buscase lo raro y peregrino de las cualidades. Habiendo aprendido á leer y escribir á la edad de veinte y cinco años, habia llevado tal madurez y atencion al estudio, que cuando concluyó la tarea, su carácter de letra era gallardo y limpio y su ortografia correcta y segura. Esto le valió una plaza en la secretaría en donde logró grande encomio por la rara cualidad que poseia de escribir y no leer, de leer y no enterarse, de enterarse y olvidarlo todo á la media hora, como si una esponja hubiese pasado húmeda por el encerado de su memoria ó imaginativa. Su encumbramiento al pontificado de provincia la debió á cierta aventura, que aunque relatada parece fria, á haberla presenciado era cosa de voluptuoso y exquisitísimo regocijo. Fué pues el caso que el ministro queriendo mirarse como en un espejo en las calidades negativas de nuestro reciente conocimiento, lo tenia cerca de sí y en su propio gabinete para llevarle la correspondencia reservada y la confidencial de sus pecadillos y fragilidades. Cierta dia en aquel gabinete reservado se introdujo una tercera persona de pícaro condicion y suelto de manos, y por quitame allá esas pajas asentó al ministro tres bofetones en aquel carrillo, tres bofetadas

en esotra mejilla, le besó la frente con un taburete y le tocó la marcha real en las espaldas con el son y compás de uno de esos bastones que tienen el puño con un jayan ó sátiro de cabeza metálica y muy gorda. Bien reflexionó el ministro despues de serenado el chubasco, que tal escena pasada por la vista de D. Policarpo era cosa tan olvidada á las dos horas, quanto olvidados estan los colores de la vestimenta de Doña Urraca, mas no embargante esto, atendiendo á la mortificacion que él mismo sufría viendo un testigo perenne de su desman, pensó darle carta de pago, que así le hubiera sido dable el dar pasaporte para el extranjero á sus propias espaldas. Fué despachado pues D. Policarpo y vino á fabricar la felicidad de la provincia cuya historia electoral vamos redactando. Ya habia sus catorce meses que trabajaba en tan santa obra, y por consiguiente que debió en tanto tiempo conocer, tratar, contratar, cruzarse y frisarse con nuestro amigo D. Opando, elemento é ingrediente indispensable en todos los escauceos de la provincia. Pero segun la cualidad de D. Policarpo, apenas se acordaba de la persona y talle de su interlocutor, y por lo mismo aferrándolo por la mano le llevó hácia los cuatro mecheros de su velon para reconocerle, pero en cuanto le notó el renqueo y subeybaja de la zopez (lo tuerto era cosa equivo cable) sin mas filiacion y ya seguro con tal signo y marchamo que identificaba la mercancia, le soltó la mano y lo enlazó con sus brazos y comenzó á fundirlo y desquebrajarlo con tantas caricias. «Aquí me tiene, mi querido D. Opando, en persona: de arriba me piden socorro en las próximas elecciones, y yo se lo pido á mi amigo, seguro que no me abandonará en esta borrasca salvándome del naufragio como *Alejo ó la Casita en los bosques* salvó á *Miseno*.» (Su memoria infiel le hacia dar al recomendable gefe estos agraciados traspieses en la erudicion que poseía.) Pues amigo D. Opando, prosiguió D. Policarpo, el gobierno necesita diputados dóciles y bonachones que ayuden á comer en el banquete nacional de la política, si señor, pero que no se entrometan al ajuste de cuentas al cocinero, y que no vayan á sisar bofetones por aquí á los ciudadanos, á cercenar palos por allá, á oponerse á los viajes recreativos que se les manda emprender, á hablar mal

de objetos caros á los naturales como lo son la Francia y Luis Felipe, y otras impertinencias semejantes. Por lo mismo aquí es preciso oponerse á la candidatura de un tal *D. Bermudo* que me ha de volver calvo á fuerza de nombrármelo y celebrármelo.... Será *D. Veremundo*, dijo corrigiendo *D. Opando* al dialogante, será *D. Veremundo*, y por cierto que el magnánimo ministro recuerda todavía los zosquines y capuces que de su mano y dialéctica gustó y probó en la universidad. Pero lo que es cierto es que *D. Veremundo* no está hecho de la masa que ahora se necesita, Señor *D. Opando*, replicó el gefe; es incorregible en esto de la terquedad, y desde luego me atrevo á pronosticar que enviaremos mal regalo con su diputacion al respetable señor ministro. ¿Pero entre tanto quién será nuestro elegido, nuestro neófito, nuestro cliente y candidato? dijo aquel. Ahí vengo yo á parar, repuso *D. Policarpo*. Yo tengo un sobrino de pocos años así como el *Savinianito* ó el joven *Salvaje*, despavilado y de un talento que se remonta. No le digo mas sino que es abogado é ideólogo: humanitario ó humanista (yo no reparo en los nombres, pero ello es cosa por el estilo); sabe algo de estadística, pues á mi lado forjaba mensualmente los estados y nóminas, y esto sin haber asistido á la universidad ni á las aulas, y todo por su *lumine naturali* y con el favor de cuatro catedráticos sábios furiosamente, como que lo son por gracia del último plan de Estudios. Este fenómeno, esta precocidad y esta tempranura la quiero yo llevar á las Córtes para estupefacer y asombrar al mundo entero, pues á parte que esto lo pone en el camino del ministerio, le hará con su pico de oro enamorar á una chica con medio millon de pesos, mirándose en poco tiempo á la cabeza del país, *argento et sapientia*. « Cosa no fácil, dijo *D. Opando*. » Pero no imposible, repuso *D. Policarpo*. Pues mano á la obra, repitieron los dos en coro y comenzaron á hablar en voz sumisa y baja. A los pocos instantes levantó el tono *D. Policarpo* y siguiendo el hilo de lo principiado dijo así. « Para todo estamos facultados. Es una cucaña el fregado de las elecciones, pues ademas de que con ellas se tapan y retapan mas de cuatro pecadillos atrasados, se despacha un hombre á su gusto y se desahoga de la bilis acumu-

lada de antiguo contra los pueblos, partidos y personas. Y cada latigazo que se aplica vale cien ducados. El gobierno es demasiado sábio para no entenderlo así, y la bula que al efecto nos ha circulado no deja la menor duda sobre el caso. Oiga entre tanto su contenido y tome ánimo, Sr. D. Opano, para empresas mayores.» Dice así:



« Sr. Gefe: las Córtes se han disuelto y las Córtes van á reunirse: *la flor de la maravilla, cácala muerta, cácala viva*. Al varon que como V. S. se llama D. Policarpo, escusado es por su penetrabilidad y penetracion el que se le prevenga que van á celebrarse elecciones: *intelligenti pauca*. Aunque el gobierno benévolo y paternal, como es, escusa por ahora en las elecciones acudir á los venenos y fusilamientos, no puede sin embargo dejar de recordarle que la cuestion pendiente es de vida ó muerte, singularmente para los que, como V. S., gozan de chupandina cuarenta mil reales vellon. Por lo mismo *virguea ferrea y apretabis tibus cobis*. Para el mejor resultado se atendrá á las prevenciones siguientes, aumentando V. S. de su propio peculio y chirúmen cuanto le parezca adecuado al caso.

En primer lugar hará que figuren no tanto en las listas, cuan-

to en las votaciones favorables, los nombres de todos los que por escuchar las prédicas y seducciones de los progresistas y de la oposicion se han marchado del mundo sin tener la satisfaccion de prolongar y alargar la vida bajo nuestro pontificado, que es cuanto dicha puede derramar la divina Providencia. Esta inocente operacion ademas de atraernos los votos de mucha gente discreta y callada, afirma y ratifica la piadosa creencia que queremos arraigar por ahora, de que los difuntos vuelven al mundo á frecuentar y visitar los sitios en que solian asistir habitualmente cuando eran vivíparos.

Item: tambien y en la propia forma figurarán en las votaciones los nombres de cuantos se hallen ausentes y peregrinando. Los escoceses y otros pueblos del Norte disfrutan del don de la doble vista y no hay razon por lo mismo para que quitar á los españoles la facultad que vamos introduciendo ya en la máquina gubernativa, de *bilocarse* ó de estar á un tiempo en dos lugares diversos.

Item: las nobles matronas viudas que por su talento y gallardía puedan vestir el sayo varonil pueden y deben llegar á la urna en representaciones de sus estimables esposos, cuidando empero que las calzas no ajusten mucho y que sean sobradas de tiro para guardar misterio circuncirca, no mortificar blancas carnes y en mira siempre de la decencia femenil. Estos actos las acostumbra- rán á considerarse como amazonas y apresurarán la completa emancipacion del sexo, en lo cual por ahora estamos de acuerdo.

Item: si algunos chicos y mancebillos quieren acudir á votar que vengan y sean bien recibidos, y para escusar escándalo que se les pongan zancos ó cosa por el estilo.

Item: se resucitarán y se pondrán al dia todos los espedientes que duermen en intendencias, secretarías y diversos ramos y juzgados por atrasos, por contribuciones, censos de poblacion, millones, cuatropesca, patihendido, pósitos, propios, montes y plantíos, reemplazo de Ultramar, remontándose hasta los galeones de Felipe II, pues con semejante buscapié cualquier funcionario administrativo ademas de hacerse muy estimable á ejemplo de esta superioridad, andará en romances y pondrá blando como guan-

te de gamuza á cualquier discolo que quiera tener libre alvedrio en el enjuague de las elecciones. Libertad para servir á Dios mas en cuanto á votar á gusto del gobierno, que es un padre de menores de todos sus súbditos.



Item: si para las operaciones electorales fueran convenientes las luces y manufacturas de algun encausado ó encarcelado, sobreséase ó désele larga al punto. El divino S. Antonio siempre está orando por los que sufren persecuciones de justicia, y bueno es darle oídos de cuando en cuando. Por otra parte estos desgraciados si se les emplea en trabajos tan útiles, adquirirán el hábito de la laboriosidad y noble emulacion lo que los llevará á la carrera administrativa con admiracion general.

Item: tiene V. S. breve en forma segun toda nuestra gracia y poder temporal que poseemos y de la que queremos usar *ipso facto*, para que desde luego haga caminos, recete puentes, derribe



montañas, alce catedrales, rehaga doncellas, sane tullidos y resucite difuntos, para que á la vista de tales prodigios los pecadores se arrepientan, los pertinaces se amansen y los protervos se rindan trayéndonos sus votos. Si son incrédulos y nos hacen la higa, vuélvales á ofrecer mas caminos y mas canales, y dígales por ahora que es caso de conciencia creer en imposibles, y luego á su debido tiempo les responderá á sus reconvenções *ad impossibilia nemo tenetur*, y se convencerán al cabo pues les hablaremos en latin.

Item: para confirmar estas lindezas desde luego puede V. S. comenzar á derramar cintas y moños de todo color y de todas dimensiones, para lo cual si es preciso por haber carestía podrá echar mano de los retazos de listones que emplearon los muchachos en sus corderos en la pasada Pascua de Flores y de las divisas que hayan sobrado en las corridas de toros, y si no alcanzan que haya paciencia interinamente. Ha habido tal despacho y venta de esta mercancia en los últimos meses en esta córte, que por ahora es imposible auxiliar á V. S. con remesa alguna.

Ultimamente, si el caso apura y las distancias se estrechan, será preciso, como en la medicina, acudir á los remedios heróicos. Ya conocerá que hablamos de los pasaportes. Esta quinina para la terciana revolucionaria es específico maravilloso y por desgracia solo conocido poco há, mas puesto afortunadamente al uso cotidiano por la actual administracion que ha dejado á la Europa con la boca abierta por semejante ensayo. El que el gobierno dé el itinerario y que los pacientes paguen el viaje es cosa que V. S. no ejercitará nunca bastantemente, aunque siempre podrá advertirles al entregarles el pasaporte que caminen modestamente sin boato ni dispendio, por si el viaje fuese largo, ó se repitiese á menudo. Estas peregrinaciones endulzan mucho las costumbres y los hombres mas tenaces concluyen por hacerse flexibles y amables. El que suscribe que ha visitado desde el Africa á Lóndres en diferentes épocas y por diversos motivos, se encuentra mandando ahora en esta córte por diferente razon y mañana por otra causa se hallará dispuesto á seguir mandando en esta misma córte. En fin, inculque en sus administrados aquel

luminoso principio á que todos nos consagramos: *convenientia personæ supreme lex esto* y habrá hecho un gran beneficio á cada individuo, ganará las elecciones y habrá seguido el espíritu de nuestra gobernacion beatifica. Tal, tal y enero de mil ochocientos y tantos.

Al concluir su lectura D. Policarpo, miró á D. Opano y le halló embriagado en el éxtasis mas delicioso del mundo. Al fin se recuperó de alguna manera y exclamó: « bravo, D. Policarpo, eso es un cuerpo de doctrina, un código cabal de circunstancias, y un registro general de teclado de buena gobernacion. No envidio la idea ni la redaccion, pues donde hay yeguas potros nacen, pero sí envidio y envidiaré siempre el lugar de alto paraíso desde donde tales cosas pueden mandarse y llevarse á ejecucion á mansalva. Ah, Sr. D. Policarpo, muchos vacíos noto en ese documento, que sin embargo admiro por otra parte prosternándome ante él, pero ya llenaremos tales omisiones y hallaremos alta ocasion de aplicar nuestras inspiraciones propias. Pero viniendo ahora á la realizacion de nuestro negocio, le diré que profesando yo desde que le oí á Vmd. sus elogios, el mas tierno cariño acompañado del mas profundo respeto y admiracion á ese nuevo Sabinianito ó jóven salvaje su sobrino, y contádome ya como su representante y apoderado, todavia es necesario tener algunas facultades y algo del desembarazo para sustituir otra persona en su lugar si estos cafres y patagones de nuestros labriegos se empeñan en no reconocer inmediatamente la necesidad de valerse de sus raros conocimientos. » Pues bien, contestó D. Policarpo, en el caso extremo faculto para que se vote á otra persona contraria al D. Veremundo. « Pierda cuidado, señor gefe, dijo D. Opano, que la persona que en duro trance ha de sustituir al nuevo Sabinianito es un D. Veremundo vuelto al revés, tan contrario y tan antípoda suyo ha de ser. Mas entre tanto bueno será que vayamos dando un filo á las herramientas necesarias para esta primorosa obra de embutidos y orfebrería gubernamental. En primer lugar (y le presentó el memorial de la Beatriz) firme ese decreto mandando sacar á esa muchacha que está violentada por sus padres, y ahí mas abajo (señalándole con el dedo la parte in-

ferior del márgen) eche otra firma con esta agua cristalina, que si al caso conviene se convertirá simpáticamente en tinta mas negra que mis pecados (y era grande este encarecimiento) desapareciendo entonces el otro decreto, pues en tales casos es necesario combatir con espada y broquel, hiriendo y reparando segun el caso lo requiera. Ademas de que los hombres de gobierno como nosotros jamás debemos quedar encerrados en caponera ciega y siempre hemos de procurar salida y escapatoria. El título de escamoteador es el grado *treinta y tres* de la noble cofradía de los gobernantes de ogaño y con ellos me entierren. Ahora, prosiguió D. Opando, firmará el Sr. D. Policarpo ese otro autillo para desmantelar y echar por tierra cierto caseron viejo y sombrío, mas bien manida de duendes y trasgos que habitacion cómoda de esta edad altamente civilizada. Tambien se tomará la molestia el señor gefe de autorizar este espediente (y efectivamente se lo presentó bajo la mano) para que los propios entren en posesion de ciertas aguas de su pertenencia que estan mal habidas y peor tenidas por cierto ricote del pueblo muy nuestro contrario al propósito santo y gubernamental que tenemos. Con estas firmas, Sr. D. Policarpo (este ya habia rubricado los papelotes), tenemos ya enfrenada y con barbuquejo esta bestia feroz de las elecciones; y con esto y con remitirme cuando adrede venga y la eleccion vaya á tener



lugar al Peludo, á Pelambres, al Espantoso y á Olofernes, individuos de la partida de capa de que el señor gefe dispone, para

que adredemente y en el caso dado me encarcelen á los indóciles, despolvoreen las espaldas á la gente recalcitrante y de retrónica y hagan cuatro burletas del propio jaez y del mismo cuño al que no sea de nuestro gremio, saldrá este juego como una seda cual si tuviéramos cinco estuches. Porque Vmd., Sr. D. Policarpo, participará conmigo la opinion de que en época electoral cada votante debe convertirse en un árbol con raíces muy profundas que no le dejen moverse ni agitarse de allá para acá, llevando y trayendo, pasando y repasando como lanzadera, haciendo la contra al sábio gobierno que no quiere mas que su bien y que si les rapa y rae y rebaña su dinero, es para que no tengan ni malos vicios ni malos entretenimientos.

D. Policarpo que al rasgugar su última firma habia sepultado sus dos manos en los bolsillos del paletó, y que fincó y puso todos sus cinco sentidos con estremada fruicion para beber que no para oír, las estupendas frases de su interlocutor, tomó la palabra y le dijo: amigo D. Opando ahí le dejo el arsenal provisto de todo cuanto necesita para la tarea; si mas hace falta vengan indicaciones y vendrá todo colmado. Yo sigo mi ruta al distrito inmediato para seguir allí la santa empresa por el propio son y compás, y silencio y manos á la obra. A poco tiempo se volvió á escuchar el escarceo de los caballos que se fué desvaneciendo al largo de las calles solitarias de la villa, entre el ladrido de algun perro sobresaltado y el abrir y cerrar de las ventanas movidas por algun curioso que queria inquirir la causa y motivo de aquel estruendo y batir de las herraduras.

D. Opando libre ya de su huésped volvió á bañar el rostro con su risa inefable y para regocijarse con su propia imágen no pudo resistir al deseo de asomarse á su espejo y de contemplarse á sí mismo, formando donosamente para ello su lente prestidigitador, llamando al propio tiempo al amigo agazapado en el zaquizami. Este acudió con sus anafes de ojos hechos ascuas de alegría y manifestado su alba dentadura, que como ya se ha apuntado era prenda maravillosa. Tenebrarios, le dijo D. Opando; ya has oido (pues sin duda habrás escuchado) el coloquio que conmigo ha tenido el señor D. Policarpo: si al buen entendedor media palabra

basta, tú con media debes tener sobrante: ya conoces el juego y puesto que las buenas cartas y los mates son nuestros, procederás en consecuencia para ayudarme al codillo, advirtiéndome que este ha de ser doble, puesto que es necesario encapuzar de frente á los de D. Veremundo y de rechazo á este manjar blanco de D. Policarpo y su sobrino D. Sabinianito. Vete pues á tu madri-guera, déjame tomar descanso y mañana seguiremos planteando este problema entretenido y para nosotros de indudable utilidad.

Ya nuestros lectores con cabal conocimiento de los intereses que se departían, deseos encontrados que á estas y otras personas animaban, y teniendo también ante los ojos los elementos que se cruzaban y el móvil ó pensamiento que cada figura de esta comedia abrigaba ó tenía, podrán formar idea cierta de las idas y venidas, salidas y entradas, conciliábulos, entrevistas y capitulaciones que habría, sin contar los recados, postas, veredas, epístolas y billetes que intervendrían con todas las promesas, dádivas, amenazas, buenas y malas razones, que pueden sugerir desde el despecho y la cólera hasta la habilidad y astucia más refinada. Entre tanto bastará decir que D. Opando llevaba con tal sagacidad el secreto de sus negociaciones, que la víspera del día electoral todavía reunidos en uno los cuatro hidalgos padrinos y favorecedores de la elección de D. Veremundo, hablaban así con confianza apostólica congregados en el sitio acostumbrado de su tertulia: «señores dijo D. Pao; todo está á punto y mañana á estas horas nuestro candidato se verá triunfante: por mi parte, dijo D. Cosme, como he trabajado con tal celo y diligencia me caben las mismas esperanzas; en cuanto á mí, replicó D. Tadeo, como mi encargo era más fácil no tuve que esforzarme mucho para asegurar nuestro intento: lo mismo dijera yo, añadió D. Raimundo, si cierto incidente que me asaltó poco antes de entrar aquí no me hubiera infundido alguna sospecha, anublado un tanto mis fundadas esperanzas. Ello es que al salir poco há de casa de mi cuñado Cañizares la sobrina Beatriz me salió al encuentro y llevándome aparte, me relató menudamente como D. Opando que en estos días había visitado muy en secreto á su padre Don Antonio, acababa últimamente de salir del gabinete finalizando

otra entrevista, en la cual segun su leal saber y entender (de la Beatriz), su padre habia empeñado su palabra en retirar todos sus votos del favor de nuestro candidato D. Veremundo trasladándolos á otra tercera é incógnita persona.» Mucho efecto hicieron en verdad estas pocas razones en el ánimo de aquel cónclave, pero como siempre sucede en las noticias inesperadas y adversas, se comenzó no por salir á averiguar la verdad del caso, si no por entretenerse en discutir las probabilidades y grados de certeza que pudiera tener aquella nueva. En tales incertidumbres, dudas y recelos dejaremos á nuestros buenos hidalgos, pasando á encontrarnos con D. Opando que disciplinaba y adiestraba á sus caudillos y capitanes. «Tú, le decia á Tenebrarios, dirigirás, pues serás de la mesa, el método de la insaculacion. Tales papeletas irán dobladas dos veces, para que en todo evento adverso (pues siempre el buen capitán debe pensar en remediar la derrota) pueda alegarse por nosotros que iban embebidas y plegadas dos en una, y poder pedir la nulidad de la eleccion. Cuales irán abiertas y sin doblar para que pueda decirse que la votacion no ha sido secreta, y así tengamos asidero para reclamar de nulidad. En fin ello es preciso que pueda haber cuestion, pues si ganamos, todo será pecado venial y si perdemos ya apelaremos para tribunal y jueces que nos sepan dar la razon. En cuanto á los ausentes y difuntos que han de volver al mundo y regresar al pueblo para este acto sagrado de la votacion, es decir la votacion nuestra; ya está todo previsto y todo se ajustará á lo que sea conveniente y razonable. Por lo demas la Beatricilla no se casará y tenemos los votos de su padre; las dehesas se repartirán y los roturadores votarán con nosotros. D. Cosme poseerá el caseron de los Coallas cediéndonos sus influencias, y D. Alonso se quedará con las aguas que disfruta mientras nosotros disfrutaremos de sus electores, y de tal modo ya tenemos averiguada la verdadera voluntad de este distrito, que aunque pese á mi modestia el decirte-lo, es que sea su diputado tu amigo y favorecedor D. Opando.» Y esto diciendo formaba su lente ya conocido y avizoraba á Don Tenebrarios, que casi se miraba trémulo de contento y alegría. «Ya conoces tú, prosiguió D. Opando, que la exigencia de Don

Policarpo por su Sabinianito era impertinente y por demas burlesca. Por lo mismo debes al instante ponerle unas cuantas líneas anunciándole que aun cuando todavía trabajo por sostener al portento de su sobrino, es de temer mucho que se *ahogue*, pero que siempre puede tener por segura la derrota de D. Veremundo y que el triunfo será de un ministerial de á fólio, seguro como un poste y redondo como el brocal de un pozo. Para que la sensibilidad de D. Policarpo no se alarme con el ahogamiento de su sobrino, le dirás que en esta tierra entendemos *ahogarse* electoralmente, al que le fallan los votos prometidos chapuzándole la cabeza debajo de las olas del olvido. Entre tanto á Dios y hasta mañana que nos veremos triunfantes y gananciosos, sin cuidarte mucho de aquel refran histórico de *artero artero mas non buen caballero*, pues oros son triunfos y el ganar es manjar de príncipes ».

Eran las ocho de la mañana de otro dia y todo el pueblo y sus adelaños bullian de yentes y vinientes para el caso de la eleccion. En el nombramiento de la mesa no hubo lance que contable fuese si no es que este lo merezca. D. Opando que tenia hipos de presidente y su mucho de esperanzas, concibió sospechas que habian de serle adversos quince ó veinte electores á quien hasta allí no pudo embebecer y atraillar. Era gente curiosa que andaba mirando y remirando el edificio, que era cierto antiguo convento de Monacales de mucha curiosidad y mayor magnificencia. D. Opando fertilísimo en trazas y casi chistoso en la ejecucion de ellas, les envió al punto un liviano ó guia que los fué llevando de estancia en estancia y de aposento en aposento hasta el antiguo refectorio. Mientras que los visitantes contemplaban la riqueza de los artesones y el primor de los relieves, este ó aquel cofrade menos artístico y mas gloton ó sensual, echó de ver sobre una mesa un cajón de buenos habanos y dos ó tres frascos ó redomas de no mal vino. La salucion y genuflexiones de estos á aquellos golosos objetos llamó la atencion de los demas, y todos de rebato cayeron sobre tan rico hallazgo. En medio en medio estaban del regalado festejo, cuando se oyó un estampido sonoro y limpio como el que dá la puerta firme, nue-

va y robusta cuando se cierra sobre una pared maestra con honores de muralla. Aunque la algazara casi ahogó aquel resonante estruendo, todavía alguno mas receloso ó menos gloton acudió á reconocer las avenidas por donde habian entrado. Reconocer la insaculacion en que estaban como bolos de lotería, dar la alarma y concitar la propia vocería de una legion de condenados fué todo uno. Era por demas que gritasen pues estaban muy lejos de la nave concurrida del edificio; pero D. Opando, varon que gustaba ver siempre la obra de sus manos, no tardó en dejarse ver por una de las fuertes verjas que daban luz y ventilacion á la estancia. ¿Qué aflije á estos mis palomos (era frase muy á su uso) dijo con voz si melosa si burlona, para así gritar y lamentarse? Es, respondió la caterva, que nos han encerrado traidoramente para maltratarnos y ultrajarnos y no dejarnos votar. ¿Pero no teneis ahí, repuso D. Opando en el propio tono lastimero, algo de tabaco que convertir en humo y mucho de vino que os trasforme en hombres beatíficamente dichosos? Nosotros, replicaron los grillos encerrados no queremos tabaco ni vino aunque sea aquel de Lataki y este de Chipre, lo que queremos es la *libertad, la libertad*. Pues de eso es de lo que se trata cariños mios, y para ello no hay mas que esperar á que vayan y busquen al sacristan descuidado que se ha llevado la llave, y sacristan que no puede tardar mucho pues solo ha ido á cuatro leguas del pueblo. Entre tanto entreteneos, á divertirse, fumad y bebed. » D. Opando les echó su lente, se sonrió con la mansedumbre del raposo y yéndose á buscar la mesa, le dirigieron los encarcelados las maldiciones mas cordiales del mundo.

Mientras que D. Opando tomaba posesion de la presidencia, en las cercanías del pueblo y encrucijadas de los caminos, Pelambres, el Espantoso, Puñantona, Higadillas y Agallejas hacian de las suyas con un ardor y celo dignos de imitacion, y acreedores al mas tierno agradecimiento del gobierno. No valia menos de cien ducados cada palo de los que repartian á los electores de la oposicion que de los caseríos y aldeas inmediatas venian al pueblo á tomar parte en la eleccion. A este lo daban por preso puesto que no llevaba pasaporte por vivir á doscientos pasos de la pobla-



cion; á aquel lo multaban porque su pasaporte lo llevaba sucio y roto, y á todos les espolvoreaban las espaldas ademas de rociarlos



con graciosas invectivas y desvergüenzas muy chistosas. Acaso lograron salvar el cuerpo dos ó tres electores que dejando atrás la tormenta y mirando como huían por aquí y por allá los compañeros salteados como si fuesen banda de atolondrados estorninos, se reunieron en el camino poco antes de llegar al pueblo. Compadre Chano, dijo el uno al otro caminando de conserva: en verdad sea dicho que diversion como esta de las elecciones, si uno logra esquivar el bulto, no la ha imaginado nadie. Ni con las tarascas y diablillos del Corpus, ni con los pasos de Semana Santa, me procuró tanto recreo como en estas funciones públicas que el gobier-

no nos procura. Es mucho menear de manos el que han aprendido para esto de los palos Agallejas y el Espantoso. Son palos que pueden llamarse con ecos: le dispara á tal el latigazo y al tiempo de retirar y enarbolar de nuevo el ástil ha sacudido otros dos palos á los circunstantes sin perder así actitud ni movimiento. Pues á mí, contestó el otro, mas me admiran los palos disparados por Higadillas y Puñantona. ¡Qué acierto en el golpe! ¡qué cobijar la espalda por todo el rosario del espinazo! ¡y qué modo de amanojar tres ó cuatro golpes en un solo *taran tan tan*! Esos si que pueden llamarse palos de estribillo ó de estrambote, que cuando parece que han concluido queda todavía el rabo por desollar. En cuanto á mí aseguro que me son de gran diversion estas alegrías de los palos. Pues hé ahí, replicó el compadre Chano, lo que me prueba á mí la mudanza de los tiempos. Mi padre, á quien tú conociste bien, allá en tiempo de los franceses porque le dieron un palo ó un bofetón se metió en el monte y ya sabes lo que allí ejecutó de desgarros, hasta que dejando enterrados por estas cañadas muchos de ellos aventó á los demas del pais; y ahora nosotros nos vamos aquí entreteniendo y solazando con el recuento de palos que hemos visto dar, como nuestros compañeros se irán riendo de los que nosotros hemos probado y alcanzado. ¡Cosa como ella!!! En fin, yo creo que los palos ó la *bastonada* como llaman allá en Tanger ó Tetuan, debe ser cosa de esto que anda y para lo que se congregan las Córtes, pues dan palos los capitanes generales, los gobernadores y los intendentes, y los de policía y toda la gente así; ello no debe ser cosa mala y antes debe tomarse por de perfeccion y adelanto, pues en tiempo que todavía nosotros alcanzamos nada de eso habia: pero tiempos se mudan y usos vienen y para mí tengo que esto debe ser lo mejor. Lo mismo diria yo, replicó el compañero, si no fuera porque esta comezoncilla que siento algo desagradable en las espaldas, no me hiciera reflexionar muy atentamente sobre la fuerza muscular del brazo del Espantoso y la consistencia especifica del medio olivo con que me brumó el bulto. Así iban entreteniéndose estos dos pacientes españoles sobre materias asaz recreativas, cuando llegaron á la mesa electoral. D. Opando estaba allí como el pez en el

agua; disponia, mandaba, urdia trazas, indicaba los escamoteos, sugería las supercherías chistosas y causara envidia su diestro manejo en los chirimbolos electorales si no arrebatasen de admiración al propio tiempo el buen servicio de D. Tenebrarios, Ber-ruga, el Reborondo y otros oficiales de tan lindos enredos. Se presentó pues un elector, y D. Raimundo y D. Paco que estaban avizorando la mesa, convencidos ya de la cruel decepcion y burla de D. Opando, preguntaron al votante que cómo se llamaba y dónde vivia. Yo me llamo, respondió el interrogado, José Men-dez y vivo en la calle baja: no puede ser eso, respondió D. Rai-mundo, pues ese sugeto hace un año que murió. Ha oido Vmd. mal, dijo D. Opando con tono de autoridad tomando la palabra; pues este hombre honrado ha dicho llamarse José Melendez y aquí hay personas que lo abonen: por la Virgen de Flores, señor D. Opando, que mire lo que dice, pues ese José Melendez ha ido á hacer compras á Portugal y no vendrá todavía en seis meses: he dicho, volvió á decir D. Opando, que este buen hombre es José Menendez, y no hay dudar en ello, pues aquí estan los hon-rados Caquillas, Cuchichi, Pijotas y otros varones ilustres y de conocimiento en el distrito que pondrán la verdad en su punto. No hay dudar en ello, Sr. D. Opando, replicaron á un tiempo los nobles interpelados. ¿Y cómo si es verdad? añadió el votante, cuando mi padre era Sebastian Menendez el rosáriero é iré su-biendo de grado en grado hasta mi vijésimo abolorio: que vote, que vote, dijeron los mas; que no vote, que es una filfa dijeron los menos. Se armó en consecuencia gran tropel y bullicio, pero D. Opando hizo conocer que para aquel caso debia regir el siste-ma de las mayorías y el votante votó en efecto. Algunos murmu-radores decian que aquel hombre honrado habia ya emitido cua-tro votos diversos con nombres y disfraces tambien distintos. Don Opando hizo observar que aquello no podia ser segun todas las leyes de la crítica, y que cuando mas aquel buen hombre po-dia solo ser tachado de muy aficionado al sistema representativo y que tenia el prurito disculpable de hacer uso de su derecho electoral. Fué necesario dejar esta euestion pues en el átrio de la estancia se dejaba notar una algazara estupenda. Era el caso que

dos buenos labriegos á oscuras en esto de leer ni escribir se habian presentado á votar, y la chusma y granuja apostada para el caso por el previsor D. Opando los asediaban y estrechaban ya para escribirles las papeletas, ya para sonsacarles de los bolsillos las que traian escritas envainando otras en su lugar. No nos hostiguen ni incomoden, señores, decian aquellos dos santos varones: bien sabemos donde nos aprieta el zapato y mejor por donde nos hemos de atar el dedo. No necesitamos los buenos oficios de persona viviente: vamos á votar á D. Veremundo y traemos sus papeletas de *descantadura* á hornio que por todas las coyunturas del cuerpo las venimos manando y brotando. Sin mas decir se presentaron ante la mesa presidencial en donde los recibió D. Opando con su inefable sonrisa, atisvándolos con su mágico lente. Eran dos jayanes de á seis pies muy cumplidos, de tez curtida, de cada pelo como un erizo y de manos y brazos para ahogar á un oso. Venian vestidos como de disanto, pero como las camisas eran de estopa almidonada y los jubones y medios sayos de paño burdo, y nuevo de Grazalema, los brazos casi no los podian juntar al cuerpo presentándose casi como Sancho entre las dos tablas. Cada cual de los dos rústicos declinó su nombre y metió mano á la faltriquera y sacó su papeleta dándolas á leer. El lector leyó á *D. Opando, caballero particular*. No es eso, dijeron los votantes; y metiendo mano á otro bolsillo sacaron diversa papeleta y la dieron á pregonar, saliendo siempre el tema de *D. Opando, caballero particular*. Es cosa rara esta, dijeron los votantes mirándose uno á otro, y registrando otros dos ó tres bolsillos, sacaron otras tantas papeletas que leidas dieron la misma relacion. Pues no es eso, voto á los pelos del diablo, dijeron en coro aquellos dos firmes defensores de D. Veremundo, pero á bien que en esta no habrá equivocacion, y diciendo y haciendo metieron la mano en el seno hácia el costado izquierdo, y buscando allí y sacando, como sacaron efectivamente una papeleta, la dieron á leer, diciendo: esta á no dudarlo dirá D. Veremundo; pero el impasible leyente dijo como antes *D. Opando, caballero particular*. Ambos votantes se quedaron estáticos mirándose uno á otro, y al fin el que de ellos parecia tener mas arranque y des-

pejo dijo al compañero: compadre, esto está de Dios: que nos perdone por ahora D. Veremundo, y quede votado D. Opando y bueno está lo bueno; y dando media vuelta se salieron conversando sobre la transformacion prodigiosa de sus papeletas. Ellos saliendo, véos que entra cierta muger con grande algazara que venia diciendo: señores, hánme dicho que se ha presentado aquí á votar mi difunto marido José Mendez que indudablemente se dejó enterrar por no acudir á sus obligaciones, y en cuanto se ha sonado esta barahunda de elecciones ha venido aquí á dar su voto: pues lo que yo vengo buscando, gritó con voz enfermiza cierto hombre haraposo y viejo que allí se mostraba con traza de Simon



Levi, es á José Melendez que ha venido á votar hoy mismo, cuando en su casa me decian que estaba en ferias de Portugal, y lo

primero que debe hacer un deudor cuidadoso en cuanto regresa á su pueblo es venir á tomar la órden y consigna de su acreedor: ¡picaronazo! clamaba la muger, ¡dejarse morir para descansar, y dejar el descanso para venir á votar! Puede figurarse el pio lector el rebullicio y algazara que tales lances y encuentros provocarian en la asamblea. Si aquel gritaba, este berreaba, y si muchos aplaudian ó murmuraban, todos concitaban un estruendo infernal. Honrado prestamista, buena matrona, dijo D. Opando con voz solemne y reposada: este es un acto de elevada esfera y en él no pueden introducirse reclamaciones del mezquino interés que manifiestan vuestras razones; id vos, señora, y preguntad al sepulturero si vuestro marido sale ó no de la tumba; y vos, señor acreedor, ved en la oficina de pasaportes si ha regresado vuestro deudor, pudiéndoos decir solo que el elector interesado ha dado su voto legítimamente con beneficio de la causa pública.

Tales trances y embelecos habian movido en el concurso tal marea sorda y mar de fondo, que no era necesario ser muy gran piloto para anunciar una gran borrasca. Tenebrarios levantóse pues de su asiento é hizole notar á D. Opando el siniestro cariz que presentaba aquel horizonte y cuan de temer era el que desencadenase sus huracanes y olas la ira popular mal comprimida. D. Opando que estaba en todo, sin dar grande importancia á las indicaciones de su Benjamin, se contentó en continente reposado con dirigirse con la voz hácia un escabel que allí se parecia, en donde se mostraban cuatro ó cinco personajes de cara alegre como unas pascuas todos ataviados con chaqueta y chupetin, de traza al parecer muy mansuefacta y doméstica, pero todos de brazos muy robustos y de manos atroces y descomunales. D. Opando pues les dijo así dirigiéndoles la palabra: «Porrudo, Manotas, Torniquete, Estrujantes, levantaos y dar una vuelta por la estancia llamando al órden con buen modo á los inquietos y revoltosos que no tienen gran respeto á esta santa ceremonia.» Ni sabuesos á quienes dan señal de partida, ellos sintiendo la husma de pelo ó pluma se derraman mas codiciosamente por aquí ó por allá, que aquellos inclitos varones por los ángulos y rincones de aquel local. No se oia por todas partes, en voz melíflua aunque en tono algo lamentable, sino

estas cortas é inocentes razones. « *Orden, señores, órden; señores, la ley, la ley, señores.* En verdad que no era para estrañarse tales palabras en aquel recinto y nadie se hubiera cuidado de ellas á no ser porque á cada voz de *órden* se dejaba escuchar un hipido doloroso y detrás de la palabra *ley* algun quejido ronco y ahogado. Era pues el caso que Cuquiles y Estrujantes cada cual de sus cortesés razones las acompañaban con tal carambola de moquetes dándolos á oler en los morros de los circunstantes, que además de hacerles ver las estrellas en medio del día, les desahogaban la cabeza con la evacuacion sanguínea que les proporcionaban. Torniquetes y el Porrudo por otro lado propinaban con igual método, semejante medicina en los ventrículos de los que encontraban al paso dejándolos estáticos y sin saber si estaban en el cielo ó en la tierra. En aquel trance se miraba el asandereado D. Veremundo, protagonista de los buenos y por consiguiente holocausto y parte paciente de esta historia en medio de sus derrotadas huestes amonestándolas que tuviesen resignacion, que para dentro de tres ó cuatro años se pondria remedio á todo con otras elecciones, que es consuelo muy estomacal en los gobiernos representativos. En tal punto de su peroracion se encontraba D. Veremundo, cuando llegó Manotas y con gesto agraciado pero con puño ensoberbecido é inflexible le dijo y le dió, por palabra, *al órden, Sr. D. Veremundo*, y por obra, un metido tan iracundo de puño por un vacío que lo dejó libre y sano para siempre de una obstruccion tenaz y añeja que le afligia los hipocondrios. D. Opando no pudo menos de sonreirse desde su alto asiento así de la gallardía de Manotas como de la entonacion de cara que puso D. Veremundo cuando sintió entrársela por los hijares los enroscados y velludos dedos de Manotas. La sala electoral quedó pues como una balsa de aceite. Entre tanto un muchacho muy limpio y atildado, verdadera efijie del amor, si el amor se pintase sin alas, atravesó la turba y poniéndose á la oreja de D. Opando en voz sumisa le comenzó á hablar así: Serpention del infierno, padre de la mentira, engendrador de las fullerias y padre natural de todo lo malo, mira aquí á Beatricilla disfrazada ahora en muchacho para clavarte un alfiler de á blanca y que tomará todas las formas de la metamór-

fosis de Ovidio y de las mil y una noche para afligirte, perseguirte y mortificarte: héme aquí averiguadas ya todas tus fullerias y enredos. Mi padre te ha dado sus votos en cambio de la traicion que me has hecho; pero si tú sabes burlarte de los hombres, una muger linda no solo te burlará si no que te hará probar mas hieles que el Redentor en la cruz: en tanto vaya este ósculo de cariño y de paz; y al decir esto le escondió boniticamente por el anca un alfilerazo de pulgada y media. D. Opano que hasta allí habia escuchado á la muchacha con la misma fruicion que el cazador oye los quejidos de la garza que diestramente hirió, al sentir insacularse por sus carnes el punzante alambre, prorrumpió en un berrido jigante, acudiendo con la mano ya casi formado el lente prestidigitador, á remediar y buscar consuelo en el lugar herido. La Beatriz se desvaneci6 como el humo, estos se reian del accidente, aquellos lo celebraban y entre todos volvieron á concitar la zambra mas estrepitosa del mundo. D. Opano que con la mano fija en el lugar vulnerado, con los carrillos inflados y haciendo la contorsion de un culebron herido, habia quedado en admirable silencio, prorrumpió al fin diciendo: *pero al fin saqué la mayoria y seré diputado.*

Andados quince dias de esto, D. Opano navegaba tardamente por la calle mas principal de la corte cuando al trascanton de una esquina se encontró tiernamente asida del brazo de D. Casimiro nada menos que á la silfide Beatriz. Al punto esta le salió al encuentro y con el despejo que ya le conocemos le dijo: «Sr. D. Opano, caballero particular, véame ya enlazada con mis amores *in facie ecclesie* y segun las ceremonias del ritual romano sin necesidad de guias y rodrigones. Nuestro primer cuidado ha sido siempre seguirle á Vmd. la pista para relatar á quien tenga oidos y entendederas su rara habilidad para trapacerias y enredos y la tribuna y los periódicos.... calla, calla, pico de oro, replicó D. Opano, hagamos las amistades y sé antes mi coligada que mi contraria. Esas lindezas que tú me echas en cara son justamente las esperanzas de mi futuro renombre y engrandecimiento. Seré tu amigo y el protector de este muchacho tu cara mitad.... Guerra, guerra, exclamó alejándose la Beatriz arrastrando del bra-



zo á su marido y D. Opando se alejó tambien riyéndose, volviéndose sin embargo á mirar con su lente el talle delicioso de la muchacha.



No descuidó esta un punto en contar á todo el mundo, en relatar por los periódicos y en particular á la comision de actas la curiosa y peregrina historia de aquellas elecciones. Efectivamente la Beatriz logró que por algunos dias no se hablase de otra cosa en la corte que de las graciosas y edificantes aventuras que hemos bosquejado á la ligera, y tirtios y troyanos y moros y paladines esperaban con ansia el instante de la discusion de aquellas actas. Como no hay plazo que no se cumpla, cumpliósese este al fin, pero D. Opando aunque zopo no era manco, habia maniobrado tan hábilmente que la comision vencida de sus razonamientos y fun-

damentos nada de extraño encontró en aquellas actas. Cuando en el día señalado llegó el turno de discusión en este negocio una voz atiplada repetía:

¿Se aprueban las actas del distrito de Cubáscula?... quedan aprobadas.

¿Se admite por diputado al señor D. Opando caballero particular, contra cuya aptitud legal nada resulta?... queda admitido.

Apenas el prolocutor pronunciaba la última sílaba cuando una voz que nos es muy conocida desde la tribuna femenil exclamó:

¿D. Opando Diputado ??? ¡Dios los cria y ellos se juntan!!!

Unas cuantas risas acogieron estruendosamente tan extraña exclamación y á renglón seguido tomó la palabra D. Opando para combatir la admisión de un diputado de la oposición, á algunos de cuyos votantes según justificación hecha se les imputaba el grave cargo de usar tabaco de contrabando: también en esta cuestión salió triunfante D. Opando, comenzando á ganar gran prezo en la liza parlamentaria.

### EL SOLITARIO.



# LA CELESTINA.

X.

**ELICIA.** Ay hermana mia, que mi madre Celestina parece: ay válese la virgen Maria, ay no sea alguna fantasma que nos quiere matar.

**CELESTINA.** Ay bobas y no hayais miedo que yo soy: las mis hijas y los mis amores, venidme a abraçar y dad gracias á Dios que así tornar me dejó.

**AREUSA.** Ay tia, señora, espantadas nos tienes en ver quanto dices sino que vienes mas vieja y mas cansa.

**CELESTINA.** Sabed, hijos míos, que no vengo á descubrir los secretos de allá: sino á enmendar la vida de por acá para con las obras dar el ejemplo, con aviso de lo que allá pasa, pues la misericordia fué de volverme al siglo á hacer penitencia.

SEGUNDA COMEDIA DE CELESTINA. ESCENA IX.

Allá cerca de los muros,  
Casi en cabo de la villa,  
Cosas haz de maravilla  
Una vieja con conjuros  
Porque tengamos seguros  
Los placeres cada el día,  
Llamase Mari-García,  
Hace encantamentos duros.

Una casa pobre tiene;  
Vende huevos en cestilla;  
No hay quien tenga amor en villa  
Que luego á ella no viene;  
Hagamos que nos ordene  
Pues que sabe tantas tramas,  
Para que de nuestras famas  
Que nunca nada se suene.

Está en misa y procesiones  
Nunca las pierde continuo;  
Misas d' alba; yo imagino  
Jamás pierda los sermones:  
Son las mas sus devociones  
Visperas, Nonas, Completas;  
Sabe cosas muy secretas  
Para miñar corazones.

Trae estambre de unas casas  
Dalo á otras á hilar  
Y con achaque de entrar  
Le preparando las masas:  
Finje que anda á vender pastas  
A las dueñas y doncellas  
Por tener parte con ellas  
Con su rostro como brasas.

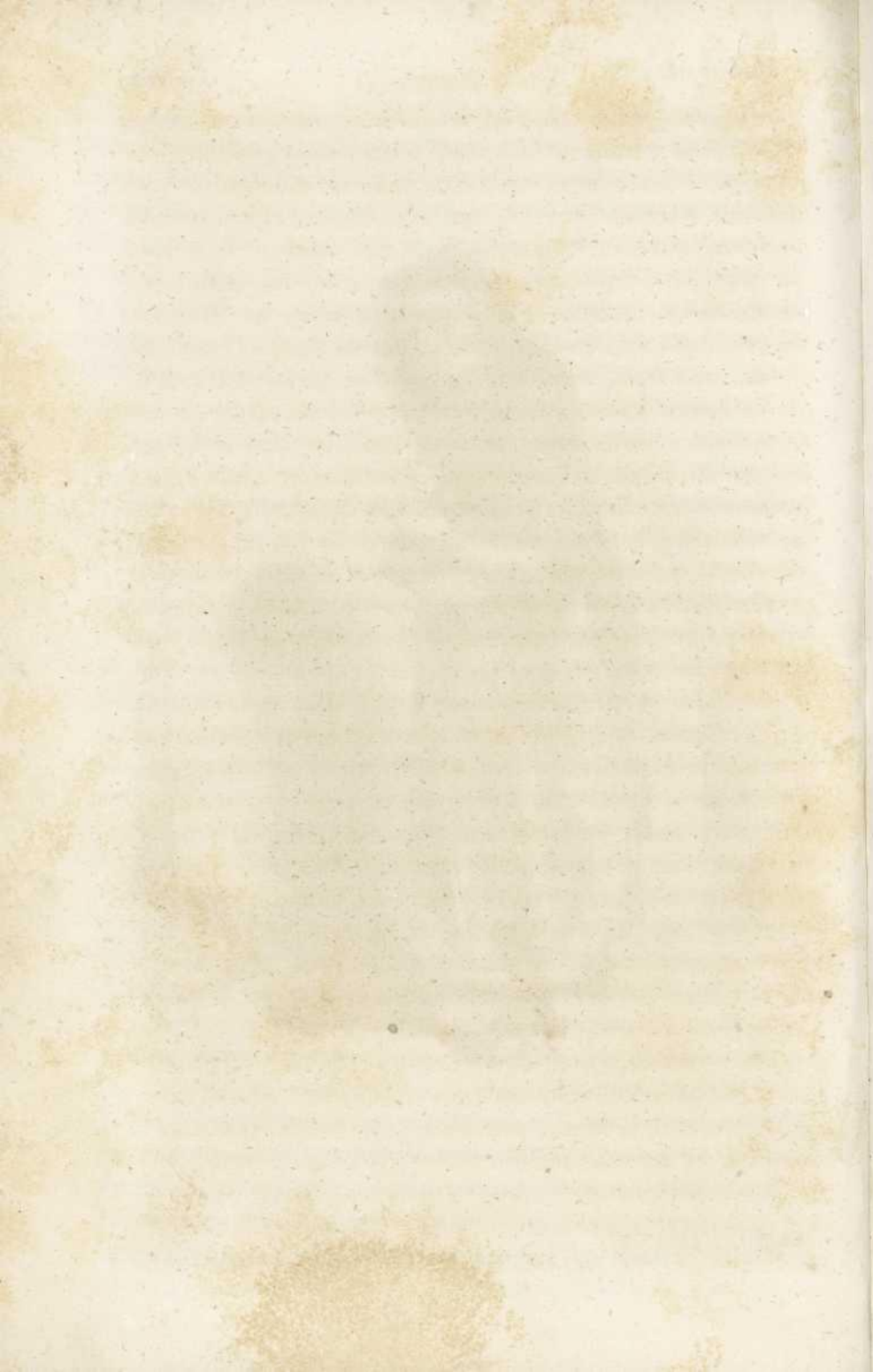
COPLAS DE LAS COMADRES POR RODRIGO DE REINOSA.



Si Feliciano de Silva, para llevar á buen cabo los amores del caballero Filides y de la hermosa Poliandra, supo resucitar y tornar al mundo, con mas caudal de astucias, con mayor raudal de razones dulces, y con número mas crecido de trazas y de ardidés, á la famosa Celestina; para asediar mas estrechamente la honestidad y el recogimiento, embeber y enlabiar la crédula hermosura, y para enredar entre los

lazos del amor liviano y desenvuelto, la inocencia y la virginidad, antemuradas y defendidas con el rigor de los padres y hermanos y la vigilancia de las dueñas y madres, no sembrará por cierto extraño que al cabo los años mil vuelva á dar muestras de sus tocas y de su siniestra persona, la primera y mas famosa comienzo, fin y epilogo de las andantes y tratantes en tercerías y tratos y enredos de amor. Y no diremos, pues, que Celestina ha resucitado, sino que Celestina nunca murió, y que de siglo en siglo, de edad en edad, de generacion en generacion, la vemos prolongar su endiablada vida, renovando sus trazas y dándoles otros y mejores aliños, al son y compás que las costumbres y usos se renuevan. Con efecto, si recordamos todas aquellas aventuras, y el continente y talante de aquellos personajes, que con su apacible estilo nos pone ante los ojos despues de tanto tiempo, la inmortal tragi-comedia de Calisto y Melibea, no podremos menos de conferir las unas y cotejar las otras con los sucesos por donde uno ha pasado, y con muchas de las personas que en ellos intervinieron, sacando en claro una semejanza admirable, ya que no sea una identidad justa y como de molde. Y no es mas, sino que tal semejanza está inherente al propio ser y naturaleza de las cosas; porque si los juegos nocivos del amor siempre han de mortificar y consumir el pecho de los mancebos, y mas de los que divierten la vida en recreaciones y entretenimientos de la vanidad ociosa; y esta enfermedad, como de gérmen intenso y semilla poderosa, ha de querer contaminar é inficionar á la causa y principio de ella; no hay mas que para llegar á tan malvado y punible fin ha de valerse de los mismos medios por donde siempre se comunicó y llegó á inocular su fatal ponzoña, es decir, á emplear y hacer ministros de sus furores y liviana intencion á las viejas interesadas, á los aviesos sirvientes y á las criadas mas continuas y familiares de las principales damas y doncellas. Y de tan feas cataduras como llevan y parecen estos instrumentos de la liviandad y del desordenado amor, ninguna presenta bulto mas siniestro ni rasgos mas elocuentemente malvados como la vejez femenil, que apoyando su máquina cascada y su magra y repugnante persona en un bordon encorvado para no caer en la fosa de la sepultura





á cada pasó, toma placer incalificable y recóndita y maldita voluptuosidad en dar al traste con la entereza de las vírgenes, y en descalabrar las honras y la fama de las doncellas. Solo en la especie humana es donde se encuentra ese tipo de maldad y de reprobacion. Ni en las aves que pueblan los aires, ni en las alimañas que corren por el suelo, ni aun entre los reptiles que se arrastran entre el lodo y el cieno de las infestas lagunas y esteros, se hallará hembra alguna entre tantas y tan diversas especies, que tome á su cargo el amaestramiento y enseñanza que en la familia humana desempeña tan gustosa cuanto espontáneamente la *Celestina*. Y es la causa, que como la inteligencia de los animales tiene un límite y un vallado estrecho, impuesto y levantado por la misma naturaleza, tambien han de ser de reducido alcance y de términos conocidos los instintos de su perversidad; pero como la razon humana, al contrario, abarca esos ámbitos inmensos por donde vuela y campea segun sus propias inspiraciones, si estas, por móviles que no son del caso explicar, llegan á contaminarse con los hálitos del mal, son tambien inconmensurables y no sujetos á dimension ni cálculo, los grados de reprobacion y maldad que llena y puede alcanzar. La muger desenvuelta que en sus primeros años cumplió el oficio vil que solo puede ser vencido en vileza por el empleo diabólico que ha de ejercer despues; que borrando en su ánimo todas las nociones de lo bello y de lo noble no obedece ya otras leyes que las impresiones mas groseras y feroces; que familiarizada en fin con todos los vicios y con todo el cinismo de la gente mas perdida y baladí, de los galeotes, de los rufianes y demas fruta de cuelga que se cria y amanta en las galeras y cárceles, es de derecho y por juro de heredad, la llamada á desempeñar en su vejez el papel de *Celestina*, si antes la muerte no ha venido á sorprenderla, ó con los horrores de enfermedades espantosas, ó con la catástrofe del puñal ó del cordel que son las arras y dotes que de sus desastrosos y desventurados amantes suelen alcanzar y poseer. Mas para que la *Celestina* produzca la fascinacion que en sus operaciones y oficios ha menester, para que ejerza ese imperio en la imaginacion de los dolientes y rendidos de amor que á ella acudan, pidiendo antidoto y consue-

lo, y para que su autoridad por una parte, y sus suaves razones por otra, logren abrirse las puertas de las clausuras, disipar las sospechas de los guardianes, porteros, madres y tias, y ablandar la condicion dura y zahareña de las solitarias viudas, de las apartadas esposas y de las recogidas doncellas, se necesita que en el pueblo ó ciudad en donde haya teatro de sus artes y hazañas, nadie sepa de donde vino; nadie pueda fijar fecha á su bautismo; todos duden si es santa ó si es hechicera; cuenten muchas historias fabulosas de ella; diga aquel que una noche la vió cabalgando en una escoba escuadrónada entre diez zánganos y cien brujas



refiera por el contrario otro, que en la ermita del monte la encontró orando en arrobamiento divino á cuatro palmos del suelo y sirviéndole de peldaño y escabel un celage de gloria y ambrosia, y todos, al encontrarla, salúdenla cortesmente si es de dia, y prueben un sentimiento indefinible de curiosidad y de horror si



de noche la encuentran, vagando temerosamente por las calles solitarias, por los atrios de las iglesias y en las afueras del pueblo, al rayo de la luna por entre alamedas ó cementerios.

Establecida de tal manera la opinion y fama de nuestra heroína insigne, es estar ya la miel en su punto, y presto el telar para la labor y menester. El tener en el magin los nombres y condiciones de las damas y caballeros principales de la villa, el conocer cuales son sus hábitos y flaquezas, el saberles sus aficiones presentes y las inclinaciones de antaño; el no ignorar las historias y aventuras de sus peregrinaciones y mocedades, son aditamentos, noticias y armas auxiliares que no deben faltar nunca de la memoria de Celestina para sacar fruto cumplido de sus trazas y poder llevar á buen cabo sus empresas. La compostura en el rostro y en los ademanes, la humildad en las tocas y sayas, y sobre todo un hablar dulce y compasado, ora amoroso y roncero, ora sentencioso y plagado de refranes y adagios pusieran el sello de perfeccion al tipo universal que retratamos, si no se nos quedára en el tintero la parte mecánica y manual de que debe ser diestra operaria y consumada maestra. Hablamos de los afeites, de los untos, de las lejías y de las yerbas que ha de saber confeccionar, de las poderosas artes, suertes y conjuros que ha de echar, y de la habilidad estupenda en que ha de ser sola, para retrotraer á vírgen la que fué mártir diez veces. Con la baraja en la mano ha de averiguar la vida pasada de cualquiera, los azares y sucesos que le han de sobrevenir y los toques y encuentros en que al presente se halla, trabajando tales suertes la astuta vieja, bien por la manera del culebron ó bien por el poder de la Cruz de Malta. Por el cedazo ha de encontrar y hacer hallazgo de toda prenda que se haya hecho perdidiza entre sus vecinas y comadres, y sendas nóminas y oraciones debe tener en la memoria para los aojamientos, madrejon, mal caduco y otros accidentes y dolencias. En su compañía no ha de ser ni hospedar mas que esta ó aquella sobrina que por mas estrechar el parentesco, no han de comunicarse sino con el tierno cuanto mentido remoquete de la *mi madre la mi hija*. En fin, la casa ha de ubicar en parage apartado, colindante con los campos y ejidos y no lejos de las torres y campanarios en donde se

dejan sentir á deshoras de la noche el reñir de las espadas y los acentos tristes y siniestros del Buho y del Cárabo.

Supongamos, pues, que á tal nido y con huésped tan endiablado dentro, cuanto nos imaginemos á Celestina, dirige sus pasos allá algun mancebo enamorado, de ánimo levantado, de riquezas muchas, de airosa persona y agraciado gesto, y para quien cada capricho y fantasía es una ley irrevocable; y deuda que trae aparejada, pronta é inmediata ejecución, sin haber alegatos, ni fórmulas que la puedan evitar, enterpecer, ni aplacar, aunque quieran hacerlos valer todos los abogados de la chancillería y los mas fervorosos predicadores de todas las órdenes mendicantes. Finjamos, pues, que llega á la boca del infierno, queremos decir á la puerta de la caverna en donde reside y tiene asiento el hórrido serpenton de que hacemos estudio y anatomía. Suenan los golpes repetidos en la puerta y dice el mancebo: — Maldicion á la vieja. Mucho le dura la audiencia con su amo y señor el que se viste de encarnado y negro, y muy embebecida debe estar con la infernal vision, pues de otro modo la sacaran de su éxtasis los redoblados truenos, que no golpes con que le bataneo la puerta. Mas apelemos á otro medio. Dejémonos el guijarro y los golpes, y hagámosle oír y escuchar el sonido de los reales de á ocho y escudos que en esta bolsa se encuban y disfrazan, que si á su mágico estruendo no despierta y abre la trampa de esta cueva la malvada vieja, cierto es y de no dudar, que ya bajó á servir de áscua y tizon á la caldera de Pero-Botero, en donde con boca de sierpe morderá los dientes de las ruedas que atormenten, martiricen y dilaceren los miembros malditos de su cuerpo. Sonó el dinero y ya creo escuchar algo de fragor por dedentro.

**CELESTINA.** Al punto voy, quien quiera que sea, allá voy, bajo al punto, ¡qué sueño el mio! Vieja, pobre y sola, sueño de modorra. Entrad, entrad, señor gentil-hombre, que la noche es húmeda y las siete cabrillas ya parecieron y corre un relente que asaz embaraza y entorpece los miembros. Y creí haber escuchado algo del argen que caia. Dejádmelo buscar, señor, ante el lindar de la puerta. Buenas almas sin duda que habrán querido socorrer á la pobre viuda.

**MANCEBO.** Cierra la puerta, maldita, que apacible está la noche para recibir el vaho de Noviembre con sus nieves, y ventisqueros, y mas, hombre que como á mí me has tenido hincado en el lodo de la rua como ástil de almotacen, y ya sabes tú brujidiabla que el dinero no cae ni bulle por los tejados y ventanas como el granizo que nos azota, sino que se encuentra solo en las ahuchas y escondrijos tuyos y de tus iguales, ó en los bolsillos de los caballeros. Hélas, hélas aquí esas gallardas piezas de plata y oro que son para tí, si tus servicios me son en ayuda y tan presto como mi voluntad requiere.

**CELESTINA.** Libreme Dios de alboroto de pueblo y de ira de señor, y Dios me guarde de lanza de moro izquierdo y de mano de hidalgo de buen talle, y cornudo y apaleado y hacerlo bailar, y como dijo el otro si os acuden con la vaquilla llegad heis con la soguilla, y blancas manos no ofenden, y de vos no se diga que sois como la zarza que dá su fruto espinando, y antes cuéntese de vos, que si abrió la boca, la bolsa no la cerró; y hablad señor que aunque humilde y pecadora, todavía tengo para mis bienhechores muchas romerías que dedicarles y grandes devociones orales y mentales para aplicacion suya y de sus pecados, pues....

**MANCEBO.** Calla traidora, y no me mientas ni finjas. Si tengo paciencia para sufrir ante mis ojos tu maldita catadura, ¿no he de tener valor para sufrir en todo su desnudo la fealdad de tu alma? Aparte que no quiero ni pretendo por ahora cosa de mayor marca, pues ni pienso en robar esposa, ni otorgada á hidalgo alguno de las cercanías, ni menos el escalar convento ni monasterio en busca de amores misticos. Quiero solo hablar inocentemente con Teodora, la hermosa hija de Jacinto el labrador, que pronto vá á casar con Anton el estudiante.

**CELESTINA.** ¿Y qué quereis decir á esa paloma sin hiel? Arrullos sin duda que ella aprenderá para repetirselos á su prometido despues, celando empero el nombre del primer maestro. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Es muy picante en verdad el pensamiento de donarle á un estudiante ladino, y con sus bártulos y baldos en la mollera, una esposa ya bien enseñada y amaestrada; esto me indujera á servir á otro cualquier garzon de ingenio vivo y de

donaires, cuanto mas á caballero que tan de antiguo obligada me tiene con sus graciosas palabras y dádivas ricas. Y no tardaré en



visitar á Teodora y en volvérosia flexible como un guante de ambar y azucarada como manjar de alcorza. ¡ La otorgada de Anton! El sabiondo estudiante, el que con sus cálculos y astrolábios pretende defraudar la veracidad á mis pronósticos y buenaventura, y que sus almanaques y horóscopos tengan mas autoridad que mis profecías y conjuros. Allá veremos si su astrología le advierte la flor que le preparo, y si el horóscopo que ha de levantar sin du-

da la noche de sus bodas le avisa del anzuelo que vá á tragarse y de la obra que vá á desbaratar, toda forjada y edificada por las artes, cuidado y traza de su amiga Celestina. ¡Hí! ¡hí! ¡hí! Qué burla tan estremada, y mas cuando nos juntemos en corro á recordarla y reirla los tres personajes de la escena, la Teodora, este su enamorado, y yo la desventurada vieja, que de tales regocijos solo puedo haber noticias apartadas, y de que ningun útil ni provecho para este cuerpo ya desierto y deshabitado para las glorias del amor.... Y la infernal meguera, dejando desvanecido entre sus imaginaciones licenciosas al desacordado mancebo, se lanza como saeta envenenada á dar en el blanco de su perverso intento.

Y si estos ó muy semejantes son los intróitos de tales aventuras, y en la que ofrecemos por ejemplar hemos visto los pensamientos que animan á Celestina, los móviles que la deciden y los resortes que la disparan, conviene verla cual milano que cierne el vuelo sobre su inofensiva presa, cual ronda ella tambien á su presunta víctima, cual la fascina, cual la convence y conviene, y cual, primero con aliento suave, vá prendiendo en el pecho de la doncella las primeras llamas del amor, hasta que viéndolas alzarse con ahinco y cresta encendidas, las atiza y aviva con sople desesperado y rabioso, hasta convertir en pavesas todos los obstáculos que el recogimiento y la honestidad pudieran oponer á tanto furor, y la conduce paciente y embebecida á la última perdicion.

¿Y quién no ha de sentirse aguijado de curiosidad viva por oír á la embajadora de la maldad, cuando puesta en escena, se sabe abrir las puertas de los altos palacios, adormecer la vigilancia de los Argos que custodian la honestidad, y acercándose á la hermosura depositaria de tanta virtud y escelencia, primero la hinche con vanagloria y soberbia encareciendo sus perfecciones, despues le despierta la compasion por los fingidos tormentos del galan enamorado, luego la escandee y concita maligna y diestramente su rivalidad y femenino orgullo, hablándole de la aficcion que otras doncellas sus amigas ó parientas abrigan por el embaidor temerario, cuya causa desordenada y licenciosa amadrina

y procura; y al fin, cuando observa todas aquellas maquinaciones y trazas á punto, en dia cierto y á plazo dado, hace hundir en el oprobio y vilipendio todo aquel sagrado, hasta allí inviolable, de altivez, de nobleza, de belleza y de virginidad? Héla aquí á la infernal harpía en su obra de iniquidad, y empleando embelecos de mayor y mas subida traza, como que van encaminados á empresa en donde con el riesgo que se corre se pide habilidad grande, secreto mucho y ánimo muy sereno. Camina á hacer su presa en la honestidad de unas grandes señoras, y dice:

**CELESTINA.** Allí se parescen y encuentran los palacios encumbrados en donde he de conquistar ese vellocino que tanto valor tiene para este necio del garzon enamorado, pero gallardo y dardivoso á fé. Mas las puertas me las tienen tomadas aquellos dos sayones de criados, que acaso querrán oponerse á mi pacífica entrada.

**UN PORTERO.** ¿Es aquella la mala muger de quien tantas hechicerías se cuentan?

**OTRO PORTERO.** ¡Cómo mala muger! Esa es la honra de la villa. Despues de visperas la encuentro todas las tardes encendiendo candelas en los cementerios.

**OTRO PORTERO.** Es que vá á ejecutar sus horribles misterios rebuscando dientes por la boca de los últimamente ajusticiados y.... mas ya llega.

**CELESTINA.** Sé de lo que tratabais entre vosotros. Mas la cadauca vejez cierto nunca alcanzó loores; y de mozos y de rufianes jamás le vino sino males: y en verdad que por eso os huyo tanto á vosotros y á vuestros iguales. Y si hoy toco por vuestros umbrales, fuérame la voluntad, el mandato de vuestra señora, que al darme algo de limosna el dia de la Epifanía, por mano de su bellissima hija en la capilla, me encargó con mucho encarécimiento ciertos recaudos, de que la traigo buena cuenta. Y tú, Sigeril (á un portero), no te andes á deshoras de la noche dando músicas por la calle de San Roman á la sobrina de Silveria, que los que mal te quieren arman celada contra tu vida. Y tú, Pobeda (dirigiéndose al otro), ten mas recaudo en las sisas que haces en la dispensa y en las sangrías que cometes en la bodega, que ya

el mayordomo tiene ojos fijos en tí, y sus ventores y sabuesos, gente de tu propia ralea y catadura, estan ya á tu alcance, y mia fé si muy pronto no te desenzarcen y salteen, con gran placer de Doróteo, que avizora tu plaza y racion, y ansía por ser tu sucesor y heredero....

**LOS DOS PORTEROS.** Entrad, madre, entrad... Al diablo con la vieja, y qué punto por punto nos sabe la vida, y qué noticias tan cabales tiene para escribir nuestras crónicas. Y la Celestina, que ya dentro de aquel alcázar de la virtud y de la inocencia se considera, prueba el mismo gozo que la garduña, cuando á duras penas y trazas se vé y mira poseyendo y dominando un vivár de cándidas palomas: y encontrando en la próxima estancia á la matrona noble, que como águila poderosa resguarda y custodia con sus álas el fruto de sus amores de las asechanzas de la sierpe, se arroja á sus pies y la dice: ah, señora, báculo de la vejez, apoyo de la horfandad, amparo de los desvalidos y antemural y defensa de las doncellas, ¿cómo atreverme á ofrecer ante tus ojos persona de achaques tantos como la mia, y vestiduras tan humildes como las que traigo, si tu benignidad de un lado y el traerte ocasion de emplear santamente los raudales de tu liberalidad cristiana no me dieran valor para salvar los umbrales de tu casa, y para llegar hasta donde puedan mis lábios besar la tierra que tus pies tocan? Hé aquí, señora (sacando un curioso canastillo de bajo sus faldas), hé aquí en matizadas madejas de rico estambre, el arco iris de todos los colores mas vivos, y el delgado viento hilado y puesto á punto de ser tejido en telas finisimas y transparentes. Obra es toda ella de dos recogidas y hermosas doncellas, que combaten la liviandad y la seducccion con el fruto de su rara habilidad y la tarea de sus manos. Y conociendo yo el peligro en que su estrechez ahora las arriesga, y contemplando tambien la astucia y deshonesto codicia de sus enamorados, que como lobos hambrientos las rodean y acechan para traerlas al trance vil de la deshonra, he querido anteponer y atravesar mis buenos oficios para desviar tamaño mal, y recogiendo de entre su labor y tarea estas ricas muestras de su curiosa habilidad, os las traigo, para que adquiriéndolas, ampareis aquellas pobres

hermosuras, y se logre con el fruto riquísimo de tanto esmero la sin par beldad de vuestra hermosísima hija.



Y en verdad que estas palabras y sentidas razones halláran acogida y buen recibimiento del corazon mas desabrido, cuanto mas de una principal señora tan amorosa y compasiva. Y divertidos sus ojos y embebecida su atencion con el dibujo y variedad de los colores, ó con el artificio y estrañeza de cualquiera presente que le ofreciera aquella mensajera de la deshonestidad,



ó mas bien queriendo hacer partícipe de su maravilla y gusto á la hija de sus entrañas, que por otras estancias mas recónditas vagára distraida, ó recreándose entre las flores de los verjeles y gardines, ¿quién duda que diligentemente la hiciera llamar, poniendo así inadvertidamente la simple avecilla á tiro del veneno de la maligna sierpe? Y ya las cosas en tal estado, cuán fácil no debe serle á ella el comenzar su obra de perversidad, y producir el efecto que se propuso, fin, blanco y objeto adonde han ido enderezadas todas sus trazas y arterias. ¡Oh ángel en la hermosura (diria), oh cielo estrellado en todas horas, oh sol siempre suave y sereno, oh beldad sobrehumana, oh muger celestial ante quien son lodo y barro todas las bellezas del mundo, oh flor, en fin, á cuyo lado se mustian y marchitan cuantas otras flores y rosas se mecen y ufanan con su necia hermosura en los demas alcázares de la villa y por los otros ámbitos de esta espaciosa provincia! Y ni el ébano es mas negro que estas crenchas que bajan de tan gentil cabeza, y ni los ramos del lloroso sauce bajan con mas copia y riqueza que estos rizos, que casi quieren besar el suelo, sin reparar los necios que antes han pasado por tal garganta y por tal luciente espalda, de donde nunca debieran desenredarse amorosamente. Y dejadme, bellísima doncella, ya que la importunidad de estas criadas distraidas es ahora menos asidua, que me llegué mas de cerca á contemplar tanta belleza, que la hermosura sin ser vista y admirada, loada y apetecida, fuera lo propio que dejar siempre en noche oscura las perfecciones que Dios derramó por la naturaleza. Mas ¡oh qué talle delgadísimo, tomado con tal aire y gentileza, y que descendiendo con perfiles de agradable y voluptuoso incremento hasta llegar á su asiento gracioso y lleno de donaire, conmueve al arrobamiento y á la adoracion! ¡Y qué pies tan imposibles por breves y tan breves por su donosa figura y planta para sostener templo tan arrogante de hermosura; y sin embargo, lo sostienen con señorío tal, que no parece sino que cuando huellan el suelo son emperadores de la tierra. Y no quiero relatar con mi lengua lo que esos nêxos de mórbida encarnacion me revelan de inefable belleza y de angelical estructura, hasta enlazar miembros tan perfectos con el sagra-

rio divino, y con el sér todo de tanta belleza; porque si su vision matára de placer á la mitad del mundo, la relacion de tantos misterios matára de envidia á la otra mitad.

Si tales ó semejantes razones no hayan de despertar ideas inusitadas en el pecho de muger que se encuentra en la aurora de su vida y que percibe vagamente el placer de amar y ser amada, y la satisfaccion dulce de oirse celebrada y encarecida, son cosas que pueden dejarse á la consideracion de la menos entendida. Y de aquí á deslindar y tocar los primeros propósitos de amor y á presentar, como vision entre celajes, la imágen de algun noble caballero, cuyo nombre sea bien familiar y conocido por su gentileza y gallardía, ya no hay mas que un paso, porque tales cosas se tocan como eslabones de cadena eléctrica, y como esta rápidamente comunican sus ideas é impresiones. Por lo mismo no haya miedo que defraude con su pereza la Celestina la buena ocasion que su diligencia supo procurarse.

Y no fué ciego, no, sino lince y muy lince (proseguiria la vieja), el garzon gentil que os alcanzó á mirar no ha mucho una de estas mañanas cogiendo lirios y rosas en el jardin, pues hasta las mínimas y ápices mas remotos de tanta hermosura me las supo referir punto por punto el otro dia que vino á encargarme algunas de las limosnas que él compasivamente distribuye todos los viernes, siendo yo el indigno instrumento que escoje para hacerlas llegar á los necesitados y cercados de pobreza. Y no sé como no le conozcais, pues es el caballero justeante que tanta gloria y prez ganó en el último torneo y que despues con tanta gala y bizarría rindió dos toros con sus rejoncillos y espada, llevándose el aplauso de la fiesta, concitando la envidia de los caballeros y cautivando la voluntad de las damas. Pero de estas no hay ninguna que fijar pueda caballero tan cortesano y que á prendas tan cumplidas añada tanta riqueza y tales mayorazgos, sino es que la celebrada Ramira vuestra prima y que locamente presume contender con vos la palma de la hermosura, logra alguna correspondencia y hace venturoso señuelo de su amor, del liston verde bordado con su mano que le dejó caer al caballero cuando desalojaba la plaza... Desde este punto avanzado, y ya en el interior re-

cinto de la fortaleza, el éxito y final de la aventura ya se deja adivinar, y cualquier cronista podrá poner fin á la historia, sin que nosotros tomemos á nuestro cargo relacion tan lastimosa.

Pero allí en donde la Celestina demuestra su condicion verdadera y donde le bulle y salta el gozo infernal que le procura ver la triste condicion á que ha reducido sus víctimas, es cuando alguna de estas recobrada de su sorpresa, burlada acaso en las esperanzas que habia concebido de mirarse colmada de preces y de dádivas y despechada al contemplarse humillada sin poder salvar del naufragio en que ella misma ha puesto su honra, se presenta rabiosa, en cabellos, mesado el rostro, cárdeno con los golpes con que ella misma lo ha castigado, los ojos encendidos, el llanto convertido en globos de fuego, la vista traspuesta, y torciéndose las manos, se presenta digo, á grito herido y con sollozos lastimeros delante de la infernal y regocijada vieja, que la recibe con extremos de amor y con palabras de miel que encubren, como ponzoña en flores, la ironía mas amarga asi como el placer mas diabólico.

Por amor de mi vida, la dice, que no me llores de tan amarga manera. Mal sientan las lágrimas en las bodas y bodas tan dulces y regocijadas cual las tuyas lo han sido, que aun todavia recuerdo ayer noche (pues tú me dejaste ver por el horado que para tales casos dejo en la puerta del teatro de tales bodas), todavia recuerdo, loquilla, que andabas colgada de la mano de tu enamorado para que volviese á halagar los aladares de tus cabellos, que por ser tan rizos y copiosos tienes gran vanidad y soberbia en ellos. Bien lo provocabas á nuevas obras, sin darte por vencida en tan agradable lucha, y tus ayes y lastimerías de muy diverso son eran, y por distinto tono se dejaban sentir que las presentes. Sin duda él, desvanecido con su triunfo, no te habrá cumplido la promesa de te volver á ver hoy; pero déjalo llegar, bobilla, que antes ha de tornar á tí, que no tú al estado que ayer tenias; que yo por mis artes sé y bien alcanzo, que pájara quincena es mejor reclamo que canto de sirena, y los gustos del agraz gustos son para apurar, y lo que bien supo cuando empezó, nunca, luego ni presto se dejó: con que así, ovejuela mia, paloma sin

huel, toma huelgo y solaz aquí al par mio y al orete del fuego, y oyendo mis buenos preceptos y enseñanza, atiende á tu enamorado, que no tardará en parecer; que gato caminero presto halla al



mur en el agujero; y en tanto asienta bien las crenchas de ese pelo, que por ser tan luengo casi te lo atropellas, mete orden en esas tocas, refresca el rostro con agua de la fuente, y toma un continente señorial y reposado para sobresaltar la atención y saltar la voluntad de aquel á quien aguardas, que cierto al verte con tal sosiego y tan lejos de las locuras y graciosidades picantes de la noche, muy luego se le ha de regocijar la sangre en las venas, y muy mucho se le han de despertar mil gustosas imaginaciones;

pues á pernil y mas pernil, múdale la salsa y te sabrá á perdiz; y en tal estrañeza y en hacer la acometida por donde no hay gola ni coracina, es como se vence y sojuzga ese capricho voluble de los hombres. Aprende, aprende, la mi hija, que doctrina y ejemplos te lloveré sobre tu cabeza como si fuesen arena; y si de poco acá comenzaste á saber y deprender, bueno es que pronto tomes borlas, sino de Salamanca ó de Alcalá, al menos de las que en Sevilla, Valencia, Granada y Madrid ponen las Garduñas, las Floras, las Elisas y otras doctoras, mis hermanas y mis iguales.

La desconsolada moza, que entre tal oleaje de palabras y malas razones, y por en medio de tanta burla y crueldad no acierta ni á dar significado á las frases, ni á descubrir en donde está el sarcasmo ó la verdad, la flecha envenenada de la burla ó el bálsamo consolador de la esperanza, incierta en lo que ha de decir, conociendo su humillacion, pero dudando de hallar tanta infamia en muger, se deja caer sobre el asiento mas inmediato y prorrumpe en frenético llanto, esclama: ¡he perdido mi honra, me han engañado vilmente!...

Y no haya miedo que la heroína de la falda y tocas se alborote ni ponga en pena al contemplar arranques tan dolorosos, ni lamentos tan hondos y de tanta verdad. Anudando el interrumpido hilo de su tarabilla de Luzbel, así prosigue: ¡tu honra, tu honra! pues contigo la tienes, boba; ¿para qué mal guiso la pudo querer y arrebartártela aquel gentil caballero? Él no hizo mas que encerrártela mas aína y ponerla mas en custodia, llevándola mas adentro como tesoro sin precio, en donde la poseerás para siempre, y cada y cuando tu quieras valerte de ella, como de finca libre y horra que te corresponde en franco y alodial dominio. Y yo así se lo encarecí y encargué á aquel tu enamorado, y no es él hombre para faltar un tilde ni en el negro de la uña á lo que yo con tantas veras le encomendé; que si como tal le advertí contigo, hija mia, le encargara un colegio de doncellas ó huérfanas tempranas, la misma exactitud, pulso y circunspeccion tuviera para devolvérmelas sanas y salvas, como si depositadas estuvieran en el camarín de una matrona romana. Pero si por arte de la vengativa Venus, que con sangre quiere y pretende amatar siem-

pre los fuegos en que arden los pechos de los finos amadores, otra cosa ha sido, no hayas duelo que tu honra peligre. Acaso aquel descreído de tu amante, olvidadizo de mis buenos documentos y amonestaciones, feroz en hechos y poderoso en obras, haya pasado por tu cuerpo garrido con menos miramiento que lo que á tu tierna edad y miembros delicados convenia: y por cierto que tal demasia mucho es de castigar; y en cuanto tenga y celebre asamblea el tribunal de mis iguales, daréle cuenta y haréle relato de todo lo ocurrido, para que el delincuente pague la pena del desprez y omecillo; y en esto, hija mia, puedes fiarte como en caucion firmada y signada por escribano real de estos reinos y señoríos. Y á pesar de tal tragedia (si ha sucedido) alza tu espíritu como el vuelo del gerifalte: y riete y solázate, que yo, madre y protectora de todas las doncellas estropeadas y vírgenes *secundum quid*, no he de querer dejarte sin remedio en tu desolacion, ni he de mirarte abandonada, como en el Robledad de Cortes las hijas del Cid castellano. Pues ¿para qué tengo y poseo el mejor recetario que desde Quinto Sorano, médico en los amores de Cleopatra, hasta el día ha podido reunirse, sino para corregir, enmendar, restaurar y reedificar todo lo que derribar y destruir pueden desaciertos como los vuestros? Además que, aparte de este libro en mi memoria guardo y conservo otros miles de secretos y maravillosos artificios, que te parecerán y pararán tan entera como el día que naciste. Y ensancha el ánimo, y alégrensete las pajarillas, que si tu mal ángel y las asechanzas de Venus te trajesen á estropezar de nuevo, pues has principiado un camino que aina mete codicia para trillararlo mucho, no faltarán otros remedios para traer al cabo y fin las cosas á su pristino y original estado. Ténme tú algo de paciencia y sufrimiento, y dénme del sirgo delgado de Valencia y agujas de San German, que yo haré nulas y de ninguna recordacion ni vestigio, no ya las obras de ese catariberas y pisaverde tu enamorado, sino los mismos hechos del moro membrudo, que segun graves historiadores, galanteó á Doña María de Azagra (1). Ahora si es que ese tu enamorado te ha he-

(1) Enamoróse de un moro principal hombre dado á liviandades y membrudo. (*Mariana, h. de España.*)

cho agravio de mayor cuantía, propasándose á vituperios de otra especie y no guardándote los fueros que á muger principal se deben, y muy mas en dias regocijados de bodas, déjalo por cuenta mia y al brazo secular de otro caballero, á quien lo defiero y encomiendo, muy tu aficionado, que no arde sino en deseos de hacérsete acepto y agradable, y que sabrá tomar venganza del tu agraviador, aunque fuera á ocultarse en una cueva oscura de Sierra Morena por siete años. Y para que lo veas cuan galan y garrido es ese tu vengador que mi mucho amor te ha buscado, « hélo aquí, que te lo tenia guardado en ese camarín inmediato. » Y levantándose de su sitial la ganzúa infernal de las honras, sin cuidarse de la admiracion y espanto de su víctima, que ignora lo que le pasa y no alcanza el nuevo trance adonde ha venido, abriendo la falleva de otro aposento y dando entrada á otro galan, en cuyos brazos arroja y entrelaza, la que se deshace en llanto, se salva por otra puerta, riéndose y mofándose infernalmente de las escenas que ha provocado y la catástrofe que sus trazas han llevado á efecto.

Innumerables fueran los cuadros que de sucesos tan trágicos y lastimosos pudieran sacarse á luz, para escarmiento de los unos y aviso saludable de los otros. Y no nos hemos detenido mas en ellos, casi por creerlos, sino de entera superfluidad, al menos de un lujo innecesario é inoportuno; porque felizmente, en los tiempos que alcanzamos, las costumbres han adelantado lo bastante para que la Celestina se considere como un peon que sobra y como pieza que no tiene aplicacion. Las negociaciones de amor suelen hacerse ahora directamente y sin necesidad de mandato ó procuraduría. Dénos Dios larga vida para ver hasta donde en este ramo podemos llegar progresando.

EL SOLITARIO.





## EL FARIZ. (\*)

### XI.

Si no existiera la muger hermosa,  
Fuera un brido el idolo del moro;  
Mas si los dos al orbe prestan lumbre  
Los dos á un tiempo formen mi tesoro.

POESIA ARABE.



**C**UÁN dichoso es el árabe cuando montado en su corcel, se lanza desde las rocas en el desierto, cuando los pies de su brido sumergiéndose en la arena, levantan el mismo murmullo que el hierro ardiendo mojado en el agua! Vedlo allá cual nada en el Océano de arena, y cual hiende las áridas

ondas con su pecho de delfin.

Aprisa, aprisa: apenas toca con sus pies la faz de las arenas: aguija, aguija: ya se lanza envuelto en un turbillon de polvo.

Es negro el corcel mio como nube de otoño: blanca estrella, como la aurora brilla sobre su frente: dá al viento su crin hermo-

(\*) Fariz es un título de honor que entre los árabes vale tanto como *caballero*. Los arabistas pretenden que de *fariz* viene en castellano la palabra *alferez*.



sa como garzotas ondeantes, y sus pies cuatralbos vibran centellas de fuego.

Vuela, vuela, bridon mio, el de la estrella blanca: selvas, montañas, abrid paso, dadme lugar.

En vano la verde palma se me brinda con sus dátiles y sombra; yo desprecio su hospedaje. La palmera avergonzada huye de mí, se oculta en el Oásis, y en el susurro de sus hojas parece que se burla de la temeridad mia.

Las altas rocas, custodios de la frontera del desierto, vuelven sobre mí su faz negra y torba, repiten la carrera de mi caballo, y parece que me amenazan así.

« El insensato ¿dónde vá? Su cabeza no encontrará ya amparo contra los dardos del sol, ni bajo la verde cabellera de la palma, ni bajo el blanco pabellon de la tienda. Allí no hay mas que una tienda, la bóveda del cielo. Allí las rocas solas pasan la noche: solo las estrellas viajan por allí. »

Yo corro mas y mas: vuelvo la cabeza y miro las rocas huir avergonzadas de mí, y que se ocultan y bajan sus crestas las unas trás las otras.

Pero el águila escuchó sus amenazas, y juzga con loca presuncion que me hará su prisionero en el desierto; se lanza por los aires, y sigue mis huellas con carnívoro afan, y tres veces cerniéndose en el cenit me rodea la cabeza con una negra corona.

« Yo siento, yo percibo, grita de lo alto, el olor de un cadáver: ¡oh caballero insensato, oh desgraciado bridon! ¿El ginete inquiera aquí la senda? ¿El caballo busca aquí la yerba? ¡Insensatos! El viento solo halla aquí el camino, las sierpes solas encuentran aquí su pasto. Los cadáveres solos descansan en el desierto, y los buitres tan solo viajan por él. »

Así gritando roncamente me amenazaba esgrimiendo sus garras. Tres veces se encontraron nuestros ojos y tres veces nos medimos con gesto amenazador: y de los dos ¿quién se arredró? El águila fué que huyó aterrada.

Corro mas y mas, y cuando volví los ojos, el águila estaba lejos, muy lejos, suspendida del aire como una mancha negra, grande como un jilguero, luego como una mariposa, despues

como el mas pequeño insecto, y en fin se desvaneci6 entre lo azul de los cielos.

¡Corre, vuela, corcel mio, el de la blanca estrella! ¡Rocas, águilas, hacedme lugar!



Pero una nube oyó las amenazas del ave carnívora, y desplegando en el éter sus cenicientas álas comienza á perseguirme, presumiendo ser en el cielo tan veloz como yo sobre la tierra, se fija sobre mi cabeza, y así me amenaza entre los silbos del viento.

« ¡El insensato donde vá! El calor le fundirá el pecho cual si fuese cera: ningun celaje con su lluvia le templará su cabeza cubierta del polvo mas sofocador, ninguna fuente lo llamará con voz sonante y argentina, ni la mas leve gota del rocío llegará á él para consolarle, porque apenas cuajada ya la habrá devorado con su aliento el viento de fuego. »

En vano me amenaza. Yo corro mas y mas, y la nube venci-

da del cansancio comienza á vacilar en los cielos, dobla su altiva cresta y busca apoyo sobre una roca. Cuando volví la cabeza un horizonte entero nos separaba; pero sin embargo divisé la nube y sobre su faz leí lo que pasaba en su corazón. Primero se tiñó en rojo de encendida rabia, luego vistió la amarillez de la envidia, y por último poniéndose negra como un cadáver se ocultó detrás de las montañas.

¡ Vuela, vuela, bridon mio, el de la blanca estrella: nubes y aves hacedme lugar !

En aquel punto, como si fuera el sol, di una mirada en derredor por todo el horizonte y no ví á nadie: yo solo estaba en el desierto.

Aquí la naturaleza aletargada no se despertó nunca por los cuidados del hombre. Aquí los elementos no se mueven en torno de mí, así como los animales de una isla descubierta por la vez primera no se asustan con las miradas del hombre.

Pero ¡oh Alah! yo no soy aquí el primero ni el solo venido. Allí en campo cercado de arena miro brillar numerosa comitiva. ¿Serán estos pacíficos viajeros, ó salteadores que acechan los pasos del peregrino? Corro á ellos y no se mueven, les grito y nada me responden.

¡Oh Dios! estos son cadáveres, es la antigua caravana exhumada por el viento del hondo de las arenas. Sobre los esqueletos del camello cabalgan los huesos de los árabes: por los cóncavos donde en otro tiempo se animaban los ojos, y por las mandíbulas descarnadas se desliza corriendo la arena sutil, y estos murmullos parecen amenazas.

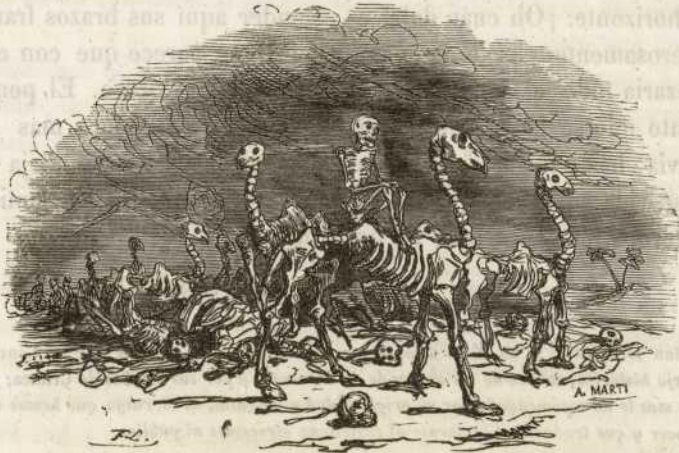
« ¡ El insensato dónde vá! mas allá el huracan lo espera, y tendrá nuestra propia suerte. »

Yo los desprecio y corro y vuelo mas y mas: ¡cadáveres y huracanes hacedme lugar !

Un huracan, el mas terrible de los que recorren el Africa, discurría solitario por el Oceano del desierto. Me divisa al lejos, se maravilla al verme, detiene el paso, y enroscándose en sí mismo, se dijo:

« Quién es aquel viento el mas débil de todos mis hermanos,

que con su vuelo lánguido y perezoso se arriesgó á entrar hasta en mis estados hereditarios. »



Encendido en rabia, marcha en contra mía como pirámide ambulante, y reconociéndome por un mortal, furioso y despechado hiere el suelo con su planta, y trastorna la mitad de la Arabia. Me asalta y prende como el sacre á la paloma: con sus alas fulminantes me azota y me maltrata, me abrasa con su aliento de áscua, me lanza en el aire, y me rechaza al suelo. Yo me defiendo y combato, y rompo vigorosamente los nudos gigantescos de sus turbillones; lo desgarró y lo muerdo, y tasco entre mis dientes las arenas de sus miembros. El huracán quiere evadirse y deslizarse en forma de columna, del ahogo de mis brazos; no puede lograrlo, y se estrella y rompe. Su cabeza se desvaneció en lluvia de polvo, y su enorme cadáver cayó á mis pies como las murallas de un alcázar.

Entonces respiré. levanté los ojos y los fijé fieramente en las estrellas, y todas las estrellas fijaban sobre mí sus ojos de oro, pues en el desierto nadie había sino yo.

¡Oh cuán dulce es respirar aquí con toda la holgura de su pecho! Yo respiro libre, ancha y desembarazadamente, y todo el aire del Arabistan bastará apenas para el pecho mio. ¡Oh cuán dulce es mirar de aquí con todo el alcance de su vista! Mis ojos se engrandecen, se fortifican y alcanzan mas allá de los límites del horizonte. ¡Oh cuán dulce es estender aquí sus brazos franca, poderosamente y en toda su estension! me parece que con ellos abrazaría todo el universo desde el oriente al ocaso. El pensamiento mio se lanza como una flecha alto, muy alto, mas alto todavía, hasta llegar al abismo de los cielos. Y como la abeja envía su vida en el aguijón que dispara, así yo con mi pensamiento elevo á los cielos todo mi espíritu.

### EL SOLITARIO.

*Adan Mickiewicz se ha dado á conocer ventajosamente en Europa por su Conrado, bosquejo histórico, sacado de los anales de la Lituania, y por sus sonetos de Crimea; pero lo que mas le ha recomendado por su originalidad y valentía, es el rasgo que hemos dado á conocer y que traducido libremente al castellano ofrecemos al público.*



FERNANDEZ G.

## EL ROQUE Y EL BRONQUIS.

### XII.

Y apagando las luces comenzaron con los asientos y con las muletas y bordones á zamarrearle á él y á sus corchetes, á oscuras, tocándole los ciegos la gaita zamorana y los demás instrumentos, á cuyo son no se oían los unos á los otros, acabando la culebra con el día y con desaparecer los apaleados.

EL DIABLO COJUELO.—FRANCO Y.



UESASMERCEDES no saben lo que es un *Roque*, porque ignoran que cosa es un *Bronquis*; y no se pescan lo que es un *Bronquis* y un *Roque*, porque no han viajado por Andalucía, y si por allá han andado, no han visitado ciertos pueblos, y si los han visitado, no han asistido á ciertas y ciertas festividades, escenas, bureos, bailes, triscas y saraos de candil. Hoy me propongo llevaros, benévolo lectores, aunque sea solo en fantasía, á uno de estos entretenimientos recreativos; que así pudiera yo con igual facilidad á tales escenas positivamente, realmente, corporalmente llevar y transportar, ofrecer y presentar los lomos y espaldas de algunos amigos (seis fueron y seis quedaron) que yo me sé; y cuidado que no habló en política. Mas porque nuestra fantasía no tenga que viajar, hender los aires y el espacio y fatigarse por cosa

de nonada y frusleria, me parece mejor, aquí mismo y galanamente relatando, ponerlos delante de los ojos cuadro tal, que bien os represente lo que saber quereis y yo mostraros quiero; cuadro en cuyos grupos ocupo yo lugar de privilegio, formando pareja con cierto inglés, mi camarada en la aventura, osado como pocos y curioso como ninguno.

En un galan verano de los de mucho trigo y de copiosísimas esperanzas para otoño, *yo me estaba, en Giromena* (1) no, sino en Carratraca, baños famosos de la Andalucía y en la provincia de Málaga. Tal pueblo, dejándose ver sobre un peñasco árido, verdadero calvario de aquellas cercanías, rodeado de precipicios por todas partes, es sin embargo, merced á sus aguas salutíferas y maravillosas, el centro animado de la gente holgadamente rica y elegante de los cuatro reinos, si lo tomamos en la temporada de junio á setiembre de cada alegre año. Allí los serranos y rondeños, los mayorazgos y el señorío de los pueblos de la campiña; allí de Sevilla, de su tierra baja, de Cádiz, Tarifa, y los Puertos, de Málaga, Granada, Córdoba y demas partes de la Andalucía alta, vienen en certámen de boato y ostentacion, menos á tomar ellos remedio para sus pasados deslices y ellas á buscar confortativo á sus parasismos y debilidades en los nervios, que á hacer gala de riqueza todos, en busca de placer y recreacion muchos, y no pocos y pocas á feriar su hermosura, juventud y gentileza. Fuera este punto muy de molde para estudio de nuestro pincel, y el aspecto y la animacion y los rasgos característicos que en aquellos baños se observan, bien merecieran con privilegio un bosquejo caprichoso de pluma aun mas elegante, lozana y diestra que la mia, si la obligacion que me impone el título y rúbrica con que se encabeza este artículo, no me recordara á voz en grito que estamos hablando, no de Carratraca y sus baños; si no de lo que sea un *Roque* y lo que es un *Bronquis*. Y no es solo de los pueblos, ciudades y comarcas arriba apuntadas, de donde se ven visitantes viajeros y curiosos en aquel famoso lugar, sino que de las partes mas lejanas de España cuidan los médicos de en-

(1) Romance famoso del cancionero de romances.



viar allí anualmente remesas de menesterosos de salud, que nunca dejan de obedecer humildemente el mandato de tal peregrinaje, mayormente si hay envuelta en la receta alguna cita misteriosa, tanto mas gustosa cuanto que el apelar á tal medio siempre indica y señala grandes dificultades vencidas; sin contar para nada el sainete y sabroso picante de gozarse allí, á despecho del sobrecejo y enfado de los maridos mas rústicos é intolerantes y de los tutores mas desconfiados y recelosos, de la libertad mas agradable y segura, sin mirarse sujeta como otros fueros y garantías al buen capricho de un ministro ó mandarin.

Ello es, que ademas de tanto viajante y peregrino español castizo, se dejan ver por allí no pocos gringos y estrangeros que encontrándose por ventura en Cádiz, Málaga ó Gibraltar, y oyendo hablar de los nombrados baños, quieren visitándolos aprovechar la buena ocasion de conocer mejor el pais, amen de adornar su album con algun pintarrajo tomado al través, y pintado con brocha, y de enriquecer sus apuntes y recuerdos de viaje con algun mentiron estupendo, que despues se revela en lindo periódico ó *keepsek* de impresion de París y Lóndres, haciendo arquear los ojos de aquellos buenos leyentes, y provocándonos á nosotros á risa estrepitosa de regocijo, si no ya de mofa y desprecio. Uno de estos viajeros, nacido en Kent, educado en Eyton, estudiante en Oxford, y muy curtido y versado en los salones elegantes de Lóndres, vino en cierto mes de agosto á aposentarse en la fonda del Sr. Reyes, que en aquellos salutíferos baños representa, y aun creemos que todavia sostiene, el propio carácter y papel que el antiguo *Gényes* y el moderno *Lardi* en Madrid; pero con tal amplitud de persona, con traza tan mayúsculamente patriarcal, que él solo por su propia efigie y estampa exigiera y nos debiera otro bamboche de pincel, sino fuéramos ya tan metidos en corriente del artículo que nos hemos propuesto escribir (y va de dos), y tan en pos del título que arriba hemos señalado. Ello es en fin, que nuestro inglés tomó tierra en un cuarto, tabique por medio del mio; y á poco de su aparicion, ya en la mesa, ya en las muchas ocasiones que ofrece para encuentros de afabilidad y estimacion lo reducido de un lugar y la estrechez de fonda como la del

Sr. Reyes, tuvimos motivo para demostrarnos ciertas deferencias y atenciones, que á poco se trocaron en la mas afectuosa aficion. No por ello nuestra comunicacion y trato se regalaba de lleno y á satisfaccion, con los placeres de una plática seguida y de sendas conversaciones, sabrosas y de fáciles entendederas. Era el



caso, que nuestro extranjero como recién llegado á Gibraltar, y en fresco trasegado á Carratraca, apenas podia deletrear dos ó tres palabras de enrevesado castellano; y su francés, aunque pudiera serle y servirle de gran útil para sus lecturas y estudios, lo habia usado y cursado tan poco, y lo miraba con tal enfado, que en sus lábios antes que idioma articulado, mas semejaba los chiflos y refollamientos de algun órgano de registro averiado y descompuesto, ó los singultos de algun gato con romadizo. Alguna vez, considerando yo que nuestra educacion é investidura académica eran parte para darnos ayuda en semejante trance, llamábamnos en socorro nuestro el poco ó mucho latin que en nuestras escuelas respectivas imaginábamos haber aprendido. Pero la pro-

nunciacion que los extranjeros dan á los genitivos y acusativos, y la particular inflexion que suelen dar á los otros casos cuando hablan latin, nos desesperaba á perfecta *vicenda* siempre que nos proponiamos entendernos en tal idioma, ademas de despertar tal fracaso en mi revoltosa imaginacion la idea endiablada de que en esto de humanidades tan alto rayaban los profesores y discípulos de Eyton, cuanto los maestros y escolares de las universidades de Oviedo y Valencia, y no vale señalar. A pesar de tales contratiempos, nuestra aficion crecia, sin haber aventura en que no estuviéramos de por mitad, ni gira, ni partida en que no viajáramos recíprocamente de conserva. Por aquellos dias se me anunció que en cierto pueblo inmediato habia gran festejo y alboroque, mucho de bullicio y algazara, y no poco de festividad y de divertidos juegos. Y al oír decir *juegos*, ya creerán (y creerán bien) algunos de los que guardan y conservan el son y dejo de aquellas comarcas que se me habiaba de la cercana y pintoresca, y rica y poderosa villa de Alora, famosa y famosísima entre pueblos creyentes y paganos, por la fama de sus *juegos llanos*.

Los *juegos llanos* de Alora son en verdad los mas inocentes é inofensivos que se han ideado desde los Olímpicos hasta el dia, teniendo por añadidura el mágico poder de escitar y mover esquisitamente la sensibilidad del pobrete que suele en ellos representar el papel de protagonista y héroe. Pero por una contrariedad que así nos cobijó entonces al inglés y á mí, como cual ahora á mis oyentes, que no pueden instruirse de qué sean tales *juegos llanos*, no fué Alora el pueblo donde tal boato se preparaba; y si se me obliga á que declare el nombre en cuestion, diré que no quiero, en prueba de la dulce amabilidad de mi carácter, y vamos adelante. Ello fué que Arturo (tal era el nombre del inglés) fué de la partida, y juntos y en caravana con algunos otros curiosos y aficionados, nos trasladamos asnalmente, quier á mugeriegas, quier á horcajadas y no caballeramente, pues tanta era la fragosidad y aspereza del camino, al teatro de nuestra curiosidad é investigadora vagancia. Así como nos apeamos, Alifonso Felpas, mozo de cuenta, arriscado y rey parrandero del pueblo, vino y se me acercó noticiándome el programa de las funciones y festividades.

—Despues de la romería de la Virgen, dijo, y á eso de si son luces ó no son luces, entraremos de vuelta en casa de la Mágina



y allí apuraremos entre cuatro amigos leales una pirula del de Yunquera con unos mostachones de canela y otros dulces de Ardales que saben á gloria. Despues caeremos en casa de la Vicaria á ver los juegos del Narro, y por postre entraremos en el patio de la Remedios, adonde hay fiesta y cantan unos muchachos de la costa que diz son cosa particular...

—Cuidado que se suena ha de haber *Roque* y se ha de armar *Bronquis* con muchísimo del hollin, dijo en baja voz un mozalvete que sentado al par del umbral de la puerta, dirigió la palabra á Felpas. — ¿Y de dónde lo sabes tú, Palomo? dijo este. — Lo sé y estoy muy penetrado del caso, dijo aquel, porque la *Pol-*

*vorilla* ha dado celos de mala muerte con uno de esos costeños, al *Pato* y este ha venido á contar para el *Roque* con mi hermana *Canhorro*.... y véalo V.

—Pues la noche será muy muñida, dijo Felpas dirigiéndome la palabra. Pero á bien que no será la primera, añadió con cierto retintín y sonsonete.

—Yo no iré si tal se teme, amigo Felpas, le repliqué; tanto porque estoy fuera de andadura, cuanto porque vengo con este inglés, á quien quiero escusar de meterse en tales culebras....

Iba á manifestarme Felpas que yo procedía como prudente y atinado, no asistiendo al abreviado infierno que se preparaba, cuando mi inglés que atento estaba, y que si ciento no atrapaba alguna recogía, me preguntó, pero en desusada y trilingüe manera, que cuál era el asunto de que se trataba y nos ocupábamos.

Puede pintarse allá en la cámara oscura de su magin cualquier pio lector, la dificultad casi invencible en que me vería para explicarle á mi curioso extranjero el resultado del coloquio arriba apuntado, y mas que todo el hacerle entender la agradable significacion de las palabras *Roque* y *bronquis*.

Después de mil laboriosos esfuerzos de mi talento; después de darles forma explicativa para tales ideas á mis conocimientos políglotos; y después en fin de llamar en mi ayuda la mímica y el lenguaje de acción, salpimentado todo satisfactoriamente, á mi ver, con palabras francesas, lusitanas, inglesas y latinas, ¿cuál no sería mi despecho y mis calabazadas de rabia, cuando en lugar de dócil silencio, me encuentro con que mi inglés me interroga diciéndome:

—¿*Sed quid est Roque, bronquisve?*

Al escuchar semejante pregunta, dí mi trabajo y afán por perdidos, y como chico á quien se le hundió su castillo de cartas y vuelve pacientemente á encaramarlas y levantarlas, torné á mi pasada y pesada tarea, valiéndome de nuestro latin casero como medio supletorio á mi pantomímica explicacion. Ya pude conseguir al fin que entendiera la flor de que se trataba; de que en medio de la fiesta alguna voz siniestra y ronca diría *Roque*; que acaso se repetiría aun segunda amonestacion, y al ver que aquel

congreso no se disolvía, se apelaría al medio teatral de apagar las luces, comenzando la salva de badajazos, cintarazos *et aliquid amplius* de que hablan los autores, lo cual legítimamente es armar un *Bronquis*. El curioso de Arturo me escuchaba con estática atención, conociendo yo en su atrevida mirada que antes que arredrarle, mas le enamoraba la imágen de aquel futuro campo de Agramante. Por respuesta toda á mi argumentacion y esplicativa, me repetía con gesto denodado y resuelto:—*non timeo*, blandiendo de una manera totalmente á la inglesa los puños cerrados y apretados, por aquel estilo que la gente inteligente llama *moquilis* ó *trompilis*; y el bravo inglés, confiado en su fuerza, vigor é innegable destreza, me preguntaba con latina interrogacion, siguiendo en el blandir de sus puños:—¿*Sufficit*? Y entonces poniéndome al unísono de aquel latin que nada dejara que desear al que se ha de hablar y usar en nuestras universidades, planteado y asentado que sea el modernísimo plan de estudios, respondí grave y reposadamente:

—*Trompilis aut moquis non sufficit.*

—*Rem implebimus*, me replicó el indomable inglés.

—*Jacta est alea*, le contesté en tono resuelto y afirmativo, dándole á entender que emprenderíamos la jornada y que echaba el pecho al agua: y comencé desde luego á preparar mis lomos á la tarea, sintiendo no tener á mano medios fáciles de esplicacion para hacerle entender á mi compañero cuán bien haría en seguir con atricion y contricion mi buen ejemplo y mi cristiana resignacion.

Efectivamente, despues de comer al mediodia, empavesado yo al uso del camino, con calzon, jergueta carmelita, chupin canario y sombrerín calañés, y atildado mi inglés con camisolin de colores y albeando la persona con pantalones y jubon de patente y chaqueta de piqué graciosamente rayada y mosqueada de azul y violeta, llevando en los bolsillos dos pañuelos de Holanda, y con sombreron de paja de Italia, nos metimos en danza para la romería, desde donde despues de agradablemente paseados y divertidos, vinimos á dar con nuestros cuerpos en casa de la tia Margarita. Aquí hicimos honores en forma al aguardiente de Yunquera

de que Felpas nos habló antes, á pesar de los 35 grados de calor de que habíamos disfrutado aquel día; y despues de aplaudir los juegos y rusticidades chistosas del Narro, recalamos al fin, oyendo la última campanada del rosario, en casa de la Remedios, en donde el baile se preparaba. Nosotros logramos desde luego asientos de primera, y como piloto que debia conocer los bajíos y malas corrientes de aquella costa peligrosa, dejando á sotavento el sitio de los cantadores y tañedores, fui buscando con mi Pilades la parte superior del zaguan ó cuerpo de casa en donde la funcion se parecia y tenia plaza, y allí en un rincon ó ángulo me acomodé y rellené en silla fuerte y robusta, fortalecidos sus peldaños



PERTINAX. 92.

con traveses de estupendo espesor. Mi inglés no quiso admitir otra igual silla con que yo le brindaba advertidamente, y como novicio é inesperto escogió para asiento un escalon que allí se parecia, sin duda para confinar fácil é inmediatamente con las

sayas de una zagala de 18 á 20 años, que llenaba la otra mitad de aquel escabel de cal y canto. La fiesta iba ya por la epístola, es decir, iba ya bien comenzada; las guitarras sonaban y las coplas iban y venían, y las vueltas de rondeña y malagueña se sucedían con rapidez increíble. El cerco de la gente era dilatado y muy espeso en hileras. Un enorme velon de Lucena, de cuatro mecheros curvilíneos, ardiendo como bocas de dragon y colgado de un horcajo de madera pegado al techo de la estancia, alumbraba aquella escena grotesca, si estraña, si pintoresca. Las muchachas lucían con tal luminaria su aseo y su gentileza, y si sus ojos brillaban como abalorios ó azabaches, el pelo negro y copioso que todas ostentaban recogido en castañas, tomadas con cintas encarnadas en la cabeza, les daban un aspecto tan graciosamente pastoril, que la imaginacion olvidaba con desden á tal vista el tocado femenino voluptuoso, romano y griego.

La luz de los mecheros que reflejaba vistosamente por tales ojos, hermosuras y arreos, se eclipsaba tristemente y apagaba en el grupo oscuro de hombres, que embozados en sus capas y apoyados en algun gran tajo de madera ó mesa de nogueron, se bosquejaban confusamente y se dejaban mal ver á un lado y otro de las dos puertas, que esta iba á la calle y la otra á los patios y corrales de la casa.

Caldera de gran buque con asa de dilatado cerco, recién bruñida por gentil mano y pendiente de sendas llares, condecoraba campestremente el frontis y lugar de aquel recibimiento general ó salon de compañía de las casas rústicas de los pueblos de Andalucía. La chimenea que cobijaba todo aquel espacio, siendo de gran vuelo y amplitud, y blanca como la paloma, resaltaba ricamente con el tesoro de cobre y azófar que la coronaba, señal de ostentacion y riqueza en aquellas comarcas. Allí otras calderas de menor calibre, limpias y rojas como las candelas, deslumbraban los ojos con su brillo; las espumaderas, los cazos, los peroles, las ollas de cobre, los escalfadores, las palmatorias, las lámparas y otros cien trevejos y cachivaches, como chufetas, braserillos, copas, badiles, almireces y mas baratijas, todo de metal relumbrante y limpio, eran muestra del ajuar copioso y rico de la casa,



al paso que cinco ó seis otros velones de no menor estatura que el que ardia entre el cielo y la tierra de aquel hemisferio, con sus *grifos apagados* y sus pantallas en alto, esbeltas é izadas arriba, parecian entre las demas prendas de la chimenea, centinelas que vigilaban por tanto tesoro, ó capitanes atrevidos y en orden de parada, que con gala y desenfado tenian el mando de aquellas escuadras relumbrantes y refulgentes.

Los dos costeños, que eran los sostenedores de la fiesta, mantenian el buen nombre de su habilidad con soltura y gracia, haciendo subidas y variantes muy estremadas, y poco oidas hasta entonces, y entonando la voz por lo nuevo y bueno, ya con sentido ya con desenfado. El mas mancebo de los dos Gerineldos (y por cierto que tenia muy buen corte) no quitaba ojo de la *Polvorilla*, quien por su parte le pagaba, unas veces á hurto y otras bien á las claras, con miradas muy espresivas, aquella preferencia y aficion.

La *Polvorilla* era un *pino de oro*. Jaca de dos cuerpos, era muy bien ensillada, mejor empernada, y tomando tierra con dos dijes, que no con dos pies, pues tan lucidos y bien cortados eran. La cabeza en gentil, la mirada rigurosa, bebiendo con corales y marfiles que hacian eclipsar los ojos de purísimo gustito de quien la miraba, y traian el agua á la boca como deseando beber en aquella concha. Esta muchacha, grano de pimienta y pomo de quinta esencia de claveles, desde muy temprano habia alcanzado fama y nombradía entre las chicas de breves y verdes años, y todo por cierta frase y palabra que soltó en ocasion solemne y estrepitosa. Se contaba que estando en capullo todavia, y si son flores ó no son flores, cierto dia que no estaba presente su madre, algun caballero ó majo, encontrándola sentada al oreo del viento y debajo de ciertos jazmines y arrayanes, le habia hablado en estas ó muy parecidas palabras.

—Dígame, niña, ¿se puede saber los años con que esa personita cuenta? Y diz que ella, mirando al interrogante con sus dos azabaches de Africa, le respondió: — « Señor caballero, madre » asegura que no tengo mas que trece años; pero en cuanto á mí » ciertamente yo me siento de mas edad. » La elocuencia fisioló-

gica, gráfica y fulminante de tal frase, logró gran palma entre aquellos concedores de las elegancias del idioma, y desde entonces, sin duda aludiendo á lo inflamable y estallante de tal cabeza, le pusieron á la persona el nombre y remoquete de *Polvorilla*; y esto porque siendo el caso sucedido años habia, cuando el conocimiento de los fósforos andaba poco derramado por aquellas partes, no se hablaba del piston ó cosa semejante, pues á serlo la hubieran llamado la *pólvara fulminante*, ó apodo por el estilo. La *Polvorilla*, pues, era el pimiento chirle del lugar, la



cuestion sin término de los mozos y el regaño de toda fiesta, rifa, junta ó baile en donde se encontraba. En el caso presente ya habia bailado diez veces, cantado treinta coplas y matado á pesadumbres á dos docenas de hombres: bien que afortunadamente hasta el trance en que ahora vamos y logramos ir refiriendo, nin-

gun siniestro ni tempestad de mayor marca habia provocado. Con efecto, la cosa duró así larga pieza de tiempo, y ya casi llegué á persuadirme de que sonaria la queda sin fracaso alguno, felicitándome al propio tiempo de haber salvado aquel peligro, no de agua sino de purísimo lanternazo, cuando mi compañero de aventuras, que sin duda repasaba en su imaginacion otros iguales pensamientos que los míos, alargando el gallarin hácia mí, me dijo primero, parodiando ciertos versos famosos:

«Plaz mi ibero cavalier  
 «Et dona malacitana  
 »Et la danza sevigliana  
 »E l' uomo bravo in destrier.»

Y luego mudando de son y de pensamiento, añadió:

—*Sed non invenio nec adparet Roque bronquisve.*

Apenas habia pronunciado estas nigrománticas palabras, sonó un silbido de mal agüero, sin acertar yo ahora á definir si vino de la parte interior ó sonó por las afueras de la casa; pero ello es que conforme se dejó sentir aquel reclamo, antes que nadie pudiera repararse, una voz cavernosa y muy reposada, sin saber de donde salia, dijo con acento amenazador: *Roooque.*

Las guitarras, cual cogidas de sobresalto, suspendieron su vo-cinglería un instante; pero como para desquitar tal interrupcion y hacer olvidar esta muestra de debilidad, los músicos cogieron inmediatamente el hilo de su cortado pasacalle, y redoblaron con mayor ahinco y fuerzas sus repiques y redobles.

El ama de la casa, en voz de contrapunto, dijo: « Que se llame al alcalde: » y alzando mas el grito: « ó al escribano mi primo, ó á *Rebenque* el alguacil. » Las madres, dueñas y tias comenzaron á llamar por sus nombres y apellidos á las hijas, sobrinas y pupilas; de manera, que podria creer quien tal oyera que asistia á la lista de una, dos ó mas compañías, que antes confundidas, van de pronto á rehacerse y ordenarse.

—*No hay cuidiao*, dijeron á un tiempo tres ó cuatro voces de contrabajo profundo: *no hay cuidiao; ande la fiesta y vengan hombres.*

Yo eché una mirada de inteligencia á mi inglés, como advirtiéndole que el aguacero se acercaba, y dándole á entender de camino que habia hecho muy mal en no estar pertrechado de alguna silla como la mia, que le sirviese *in apuris* de celada ó rodela, segun fuese el ataque y urgiese la necesidad. La cosa anduvo, sin embargo, por la buena todavia como diez ó quince minutos; cuando al cabo de ellos, y como si la voz prodigiosa de *Carvino* en la familia de *Wieland*, se hubiera dejado oír allí, se escuchó con mas enojo y con cierto retintín el grito tremendo de *Roooque*.

—Ya esto es insufrible y pasa de bellaqueria, exclamó chillando la honrada ama de la casa. *Fulana*, *Zutana*, *Mengana*, *Mari-cota*, *Nieves*.... se oía por aquí: *Fuensanta*, *Patrocinio*, *Juancha*, *Currilla*.... se escuchaba por allá: y otros cien nombres por todas partes.... Si digo que *no hay cuidiao*, repitió con socarronería la voz de antaño: « pues siga la fiesta, decían otros.... » Yo miré á mi inglés á ver que tal continente tenia, y este que ya iba tomando tiento al lance se me dió por entendido, y me dijo en nuestra consabida monserga:

—*Fruor, amice, sed jam adparet Roque bronquisve.*

Y no se equivocaba por cierto; pues en el propio instante algun brazo invisible, por lo presto y poderoso, dió tal revés al lumínar que alumbraba la estancia, que así callaran sus bocas las cien mugeres, que al punto comenzaron á gritar por todos los tonos, como él quedó apagado y muerto cual si hubiese sido ciego de nacimiento. Cien cigarras chirriando á un tiempo, doscientas norias estridando premiosamente, mil gallinas y ánsares salteados por vulpeja ó garduño, y mil chiquillos vapulados á telón alzado por mano grave y sentada, no remedan ni á cien leguas el escarceo y endiablada algazara que allí se armó y encendió. Las guitarras, sin embargo, proseguían en su clamoreo y en sus trinos, pues callarlas en semejante conflicto fuera cobardía y dar victoria á los contrarios. En seguida comenzaron los cintarazos y el bataneo de costumbre y las carreras y encuentros de los que querían, acertaban y podían deslizarse y escabullirse, ó al menos zabullirse y agazaparse. La vocería cesó y los palos alzaban mas

el grito: habia palo que valia cien reales, y silletazo que merecia un condado. Las guitarras en tanto tuvieron por conveniente entornar al fin el pico, no sin oponer una vigorosa resistencia la guardia argiráspe que las custodiaba. Un son lastimero y uno como eco de lejana y moribunda armonía fueron los últimos suspiros de aquellos dos instrumentos. Yo como veterano en tales andanzas, desde luego tuve estudiado y adopté la posicion que debí tomar y la postura en guardia que me convenia. Por mi vera percibia pasar silenciosas cabezas llenas de rizos, ó deslizarse en agachadillas los callados pies de las Sabinas hermosas que huian de aquel recinto endiablado, así bien como tórtolas que huyen las enramadas invadidas por la brutez pastoril, ó como tímidas cautivas que se alejan de los horribles lechos de los piratas y corsarios. De todo esto bien conocia yo cual era su naturaleza de significacion, así como desde luego entendí que aquellos ecos lastimeros de las dos vihuelas no era otra cosa que el ósculo de paz que habian dado al estrellarse como huevos frescos en la mollera de los dos tañedores costeños. Mas lo que me intrigaba sobremanera, por no poder atinar en alguna esplicacion razonable de ello, era oír unos como badajazos de campana, ya pausados, ya repetidos, ya desiguales, ó ya de carrerilla, que traian atronado todo aquel recinto.

No parece, decia yo para mi sayo, sino que el reloj del lugar se ha trasladado aquí esta noche para tocar las doce, luego las cuatro, despues las diez sin órden ni concierto, confundiendo las horas con los cuartos y vice-versa, y luego al contrario. Además, todo reloj en regla no se propasa á marcar mas que las doce; pero este dá las trece, las quince, las veinte y cuatro. ¡Qué diablos podrá ser este son, que en ninguna otra culebra he oído ni sentido!... Afortunadamente pronto salí de mi motivada curiosidad. En efecto, el alcalde acudió como era justo, justamente cuando ya todo habia finado y concluido. Le seguian gran copia de luces, amen de los individuos de la justicia, que todos iban entrando y diciendo: « esto es cosa de juego y de nonada: que se encienda el velon y siga la fiesta. » El velon fué levantado de su mal trecho, recibió nueva vida y lumbre, y ocupó su lugar de

antes. Con su ayuda y al brillo de las demas luces se descubrió todo el campo salteado, se dibujaron fielmente todos los objetos y tomaron color y vida. El alcalde tuvo el poder del *Despertador de los Cementerios*. A su llegada comenzó á levantarse y tomar posicion vertical todo el ganado femenino que por aquí y por allí, á la hila de las paredes y por debajo de mesas y bancos, se habia guarecido rebujadamente ú horizontalmente del chubasco que habia sobrevenido. En cuanto la estancia quedó iluminada, el primer objeto con que tropezaron mis ojos fué conmigo mismo, pues los perfiles de mi penumbra se dejaban ver en la pared á mi frontera. En efecto, tuve el placer de contemplarme hurtado suave y encogidamente contra la pared, teniendo mi silla embrazada por el espaldar, colocado mi asiento sobre mi cabeza y sirviéndome como de casco romano, aunque adornado con las cuatro puntas de los cuatro peldaños. En una palabra, á tener aptitud mas noble, hubiéraseme antojado mi imágen la estátua de un Neptuno; pero considerándome como busto de medio cuerpo, solo pudiera pasar muy bien por la efigie de algun rey de los longobardos, que él mismo se cobijaba la corona. Una de las guitarras la miré puesta por corbata de uno de los tocadores.

Cuando la refriega, y estando ya en manos de algun invasor, la enderezaron tan felizmente y con tal acierto á la cabeza del tocador, que entrándola por el ánima del instrumento se la sacaron limpiamente por su espaldar y fundamento. Fué golpe en verdad de gran limpieza, y entonces hubo de oirse sin duda aquel eco de melancólica armonía, de que hemos hecho puntual mencion. Al mirar á tal individuo con semejante collar, parecia que se engalanaba con dos cabestrillos de encontrada prosapia y ascendencia, aquel era el pañolin de seda, y este el mástil de la guitarra. La otra vihuela se parecia en derredor hecha menudos añicos, que cada cual revelaba mil y una carambola hechas limpiamente por mano airada y brazo fuerte. ¿Pero qué serian aquellos badajazos campaniles que tan ruidosamente sonaban, y de que fiel relacion tengo hecha á mis curiosos lectores? Voy á decirlo in continenti. El inglés que por lo negro del nublado sacó el hilo de la tempestad que comenzaba, se previno prudentemente para

el caso. Adivinando el buen uso que yo pensaba hacer de la silla, y no teniendo otra igual á mano para aplicarla á tal menester por la preferencia que diera al asiento de cal y canto que con la muchacha ocupaba de por mitad, se apoderó desde luego de la oronda caldera que adornada el hogar de la casa. Dueño de ella, se la puso como quitasol, y allí recibió el aguacero y granizada que tan rabiosamente disparó el cielo en aquel aposento. Es indudable que algun devoto de la chica, viendo al inglés tan cercano á ella, se propuso con tal motivo machacarle la caspa y tocarle á aleluya en la moilera. A esto debe atribuirse aquel repetir, dar, sonar y deshacer, y resonar las diez, las once y las doce horas, y que el diablo sea sordo. Fortuna que tal capacete pudo lograr nuestro curioso Arturo.

Como este juego y escarceo inocente no provocó mayor pesadumbre y desman, cual se lo hizo conocer acto continuo al alcalde la Polvorilla, que lista como un Argos fué la primera en descampar, como fué tambien la primera en parecer, dijo á voz en grito.... ¿Y porque hay chubascos no se ha de ver el cielo saliendo al verdoso? ¿y porque haga aire se han de clavar las ventanas?

Nada ha sucedido si no salva y estruendo: guitarras hay y cuajo tenemos; siga, pues, la fiesta.... ¡Qué siga! ¡qué siga! clamaron todos, y muy particularmente cinco ó seis jóvenes de 22 á 25 abriles que haciéndose de nuevas entraron por las puertas. Hubo quien dijo que aquellos justamente habian dado el *Roque* y armado el *bronquis*. Pero esto no puede creerse, atendido el respeto que se merecía el señor alcalde. Si ellos fueron, hicieron muy bien en volver á encender la zambra, pues despues de apalear á sus contrarios nada mas alegre como armarles fiesta y cantar la victoria.

Han pasado años y años de esta andanza y aventura, cuando nohace quince dias que estándome leyendo en los porches de la Plaza mayor el manifiesto del 19 del mes que espiró, me encuentro abrazado por mi amigo Arturo. Fácil es concebir nuestra reciproca alegría y satisfaccion. Desde luego, ademas de la de los años, le hallé gran diferencia en su lenguaje. Sin duda debe ha-

ber estudiado mucho el castellano, y mas que todo haber viajado continua y dilatadamente por España, para poseer tan bien y con



tal propiedad nuestro idioma. Desde luego trajimos á la memoria el recuerdo de nuestra pasada aventura y de todos sus adherentes y circunstancias.

—¿Sabe V., le dije, que he bosquejado un articulejo de costumbres, sirviéndome de cañamazo y urdimbre el suceso que así nos sobresaltó y que despues nos divirtió tanto?

—Quiero leerlo, me replicó Arturo, para recordar algunas circunstancias y pintar en mi album la escena final de aquel acto, con su silla de V. sentada sobre la cabeza, y mi caldera sirviéndome de casco de centurion. ¿Y por qué, si despues de leído le agrada el artículo, no lo traduce al inglés, siquiera por memoria mia? —No lo traduzco, amigo mio, porque para dar una idea real, histórica, exacta y cumplida á mis compatriotas de lo que es en este pais dar un *Roque* y armar un *bronquis*, he traducido ya minuciosamente y muy por menor la sesion de las Córtes españolas de 16 del mes de marzo del año de gracia de 1846.

EL SOLITARIO.



# CATUR Y ALICAK

6

## DOS MINISTROS COMO HAY MUCHOS.

XIII.

Podrá el triste ser retirado de su tristeza, pero nunca el malvado de su maldad.

SENTENCIA ARABE.



FERNÁNDEZ. C.

**C** ALEB cabalgaba gentilmente en un magnífico asno egipcio, dirigiéndose por el camino que desde Esbilia derecho guía á la ciudad de Córdoba, morada entonces del Califa. A proporcion que la distancia del camino se abreviaba, el asno mostrábase muy ligero y andarin, como si el olor de una gran pobla-

cion y famosísima corte, le anunciase el próximo encuentro de algunos individuos de su numerosa familia. El asno, digo, picaba

tan sereno, y con un pasitrote tan reposado y suave, que el gine-te entregándose á su fantasía iba diciendo en sus adentros de esta manera.

« En las escuelas de Cuf pocos igualaron y ninguno descolló sobre la reputacion mia: sé con puntos y comas las Suras (1) del Alcoran, las decisiones de la Zuna (2) y los dichos de los Cadis. Mis versos se cantan por las hermosuras del harem, mis apuntes de historia el Visir los lee, nadie puede afrentarme por mis acciones, y para mayor fortuna los buenos me quieren y los malos me odian. ¡Oh buen Alá! ; cuán bien hice de aplicarme al estudio y no imitar al imbécil Catur; y cuánto mejor me fué el seguir los principios del justo, que no la perversidad de Alicak! ¡Oh buen Alá, qué dicha tan completa me espera!

Por mucha recreacion que Caleb tuviese con sus locos pensamientos, al entrar por una alameda que sombreaba la senda por donde caminaba, le sacó de su cavilacion una voz que de este modo iba cantando:

Cada cual busca su igual:  
Tal para cual, tal para cual.  
Fortuna sentada adentro  
Al saber que un necio llega  
Sin duda vendrá á mi encuentro:  
Que el leño al leño se allega  
Y todo busca su centro.  
*Cada cual busca su igual:  
Tal para cual, tal para cual.*

Caleb no tanto se sorprendió por el sentido filósofo de la cantinela, cuanto por el acento del que cantaba, que le sonó como á cosa muy de su conocimiento y familiaridad: así quiso aguijar á su compañero de viaje, pero ello no fué necesario, pues el asno por un superior instinto se resolvió á trotar muy gentil y poderosamente. A poco trecho se reunieron caminante y caminante, y cuál no seria la agradable sorpresa de entrambos cuando se reco-

(1) Son capítulos ó párrafos.

(2) Es el Código civil.

nocieron por dos antiguos compañeros de escuela, Caleb y Catur. Desde los bergantines cuadrúpedos que montaban se alargaron la mano con el mayor estrecho, y de pies cayeron en un diálogo si instructivo, mas edificante todavía y que sentimos no poder trasladar en su totalidad por no poderlo recojer á las márgenes estrechas de este reducido cuadro. Pero al último, nuestro Caleb que se picaba de sentencioso y moderador ageno, enderezando la palabra al compañero, le dijo:

—Catur, ¡cuánto me place verte caminar para Córdoba! Prueba es esta de que al fin te resolviste á dejar tu pereza y flojedad, y que adelantando con el ansia y sed laudable de ahora la desapplicacion pasada, vas á poner la última mano á tus estudios, ganando á un tiempo gloria y provecho; Catur, ¡cuánto me agrada la resolucion tuya!

—Oh Caleb, replicó el otro, yo pensé que el conocimiento que dan los años te desviaría de la mala senda por donde entraste, y senda que no te llevará si no á tu perdicion. ¿Estudios, eh? mas valiera que tomaras soliman corrosivo, pues si te hicieras superior á tan agradable horchata, todo el mundo te miraría como ángel ó diablo; pero con estudios te darán por loco y se burlarán en tus barbas, y si es zéfiro lo que necesita el bajel de tu fortuna, no te asaltarán si no los mas recios vendabales: ¡O Caleb, cuánto me aflige la resolucion tuya!

—Eres un necio, Catur.

—Eso, Caleb, que tú me das por apodo, lo tomo yo de buen talante por alto título y dictado, y al fin veremos quien se engaña. Mira, Caleb, no he procedido de rebato para ser tonto, sino que para ello he caminado con un tino y con un rigor lógico que te pasmaría, pues no hay racionio mas rígido que el mio. O los estudios son fáciles ó son dificultosos: si lo primero poca gloria se gana en aprender, y si lo segundo ¿hemos nacido acaso para andar á cachetes con los libros en el mundo? Esto no tiene vuelta: ademas que aunque toda comparacion es odiosa, y que es género de argumentacion que no te agrada segun recuerdo cuando tú estudiabas, y yo paseaba por la Dialéctica, sin embargo ello es cierto que siempre los necios...

—Calla bárbaro...

En este coloquio iban los dos antiguos estudiantes, cuando hubieron de soltar un tanto la disputa para atender y dar oídos á la aguda y penetrante voz de cierto caminante que picaba por alcanzarlos, y que cantaba de esta manera:

Con espuela y paso á paso  
Llega el asno á la jornada,  
Pero vívora ó culebra  
Dando saltos mas alcanza.  
*Ora se arrastra entre la yerba verde*  
*Luego sube y por dó subió mas muerde.*

En esto llegó á los dos primeros otro interlocutor de prolongadísima persona y mala catadura, color entre cerote y hollin y

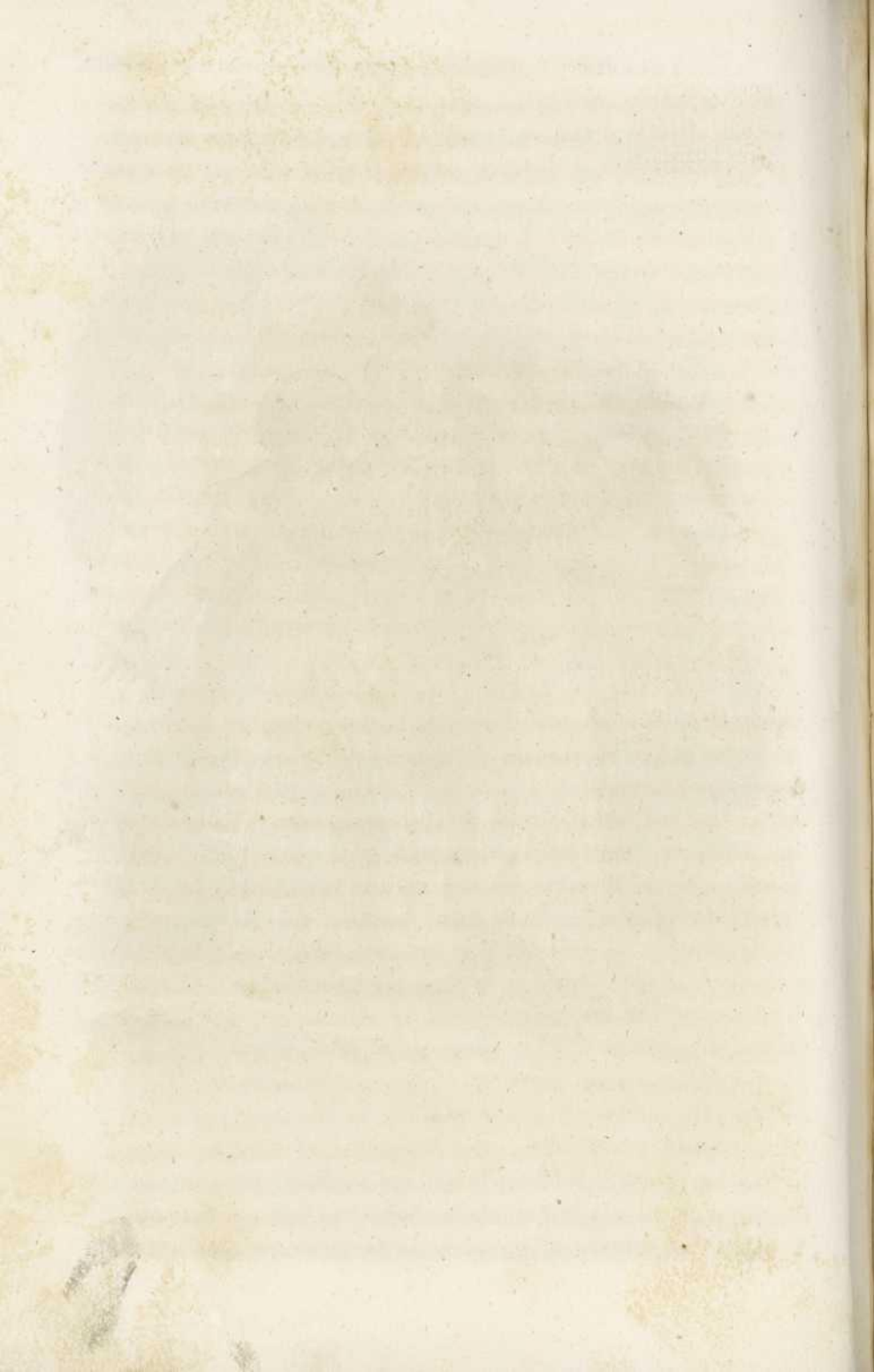


ojos hundidos aunque relucientes con ciertas vinzas de sangre, que venia montado en alta mula burdegana, tan aviesa y resabiada como su amo. Los tres al verse prorrumpieron en un grito de admira-



Lameyer d.

Cibera g.



guos toreadores reservaban jugar este lance cuando roto el rejon seguia el toro al caballo, armándose fieramente para derrotar, pues guardándose la distancia conveniente, el toro que iba como



peinando la cola del caballo quedaba burlado, llevando entre tantos golpes en el rostro con la caña del rejon. Puesta así la suerte quedaba reducida á la de la varilla, que consistia en recibir al toro con cañas ó varas de pino preparadas de manera tal que astillasen y quebrasen prontamente, cosa que era muy de ver plantándolas en la frente del toro, el que embistiendo sobre la carrera dos ó tres veces hacia saltar la caña ó vara con gran contentamiento de los curiosos y espectadores. Hubo caballero que para tales regocijos entró en la plaza cuadrillas de librea de hasta cien lacayos. Las mas comunes eran de veinte y cuatro ó doce, y ningun caballero se presentó jamás en plaza sin seis ó cuatro esclavos ó lacayos y otro lacayuelo vestido costosísimamente. Estos servian para dar los rejonas al caballero, para cobrarle el caballo ó servirle otro nuevo y para desjarretar el toro. En aquel tiempo los primores de los peones, sus recortes, juguetes, arponcillos, burlas y saltos no habian llegado al punto en que hoy se encuentran. Fué el caso que desde los principios del siglo XVIII

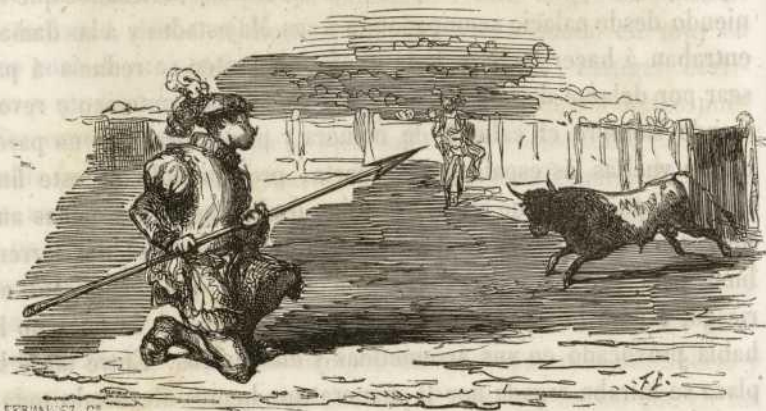
los primores de la gineta y singularmente el torear, fueron quedando en desuso por el desden con que la corte comenzó á mirar aquellos ejercicios, desden que como siempre sucede lo aceptó y remedó inmediatamente toda la nobleza. Desde entonces los actores para semejantes luchas comenzaron á reclutarse solo de la gente mas rahez de las ciudades y mataderos por una parte, y por la otra de los jayanes membrudos y feroces que habian nacido y crecido en las llanuras de Castilla y soledades de Andalucía entre las ganaderías de toros y caballos: de estos se reclutaba la gente de á caballo y con los otros se formaban las cuadrillas de peones ó chulos. La suerte del rejon vino á ser menos frecuente y familiar, reemplazándose por la garrocha ó vara larga de detener. Este lance, desde el monte y los campos en donde era muy en uso entre los vaquerizos y yegüeros para apartar, castigar, derribar y rendir las reses, trasladado á las plazas y circos de los pueblos cautivó desde luego la atencion de los aficionados. Es indudable que hay algo de portentoso y mucho de poder mirar el grupo de una fiera que rabiosamente y con irresistible impulso embiste á un ginete, pudiendo este por su valor y destreza no solamente resistir aquel empuje y castigar á la fiera, si no burlarla tambien y salir del lance con gloria suya, dejando al toro sangriento y dolorido. En los primeros tiempos en que apareció esta suerte y como remedo de lo que pasaba en el campo y en los que en las plazas se miraban mejores caballos que en el dia, el lance se verificaba á caballo levantado. Era principio sentado como verdad del arte, que toda ofensa recibida por el caballo desde la cincha á la reata era azar no imputable al ginete, y que toda herida desde la cincha al pretal era prueba cierta de su poca pujanza y de su ningun arte.

Desde que la corte tomó asiento definitivo en Madrid, las funciones de toros tomaron mas regularidad y acaso mayor boato que en tiempos anteriores. La plaza mayor que se concluyó en mil seiscientos diez y nueve, ofrecia anchuroso y acomodado palenque para tales bazarrias. Con mil quinientos treinta y seis pies de circunferencia, en ella cerca de doscientas casas rasgadas estas, con quinientos balcones y pudiendo acomodarse en circo tan espacio-



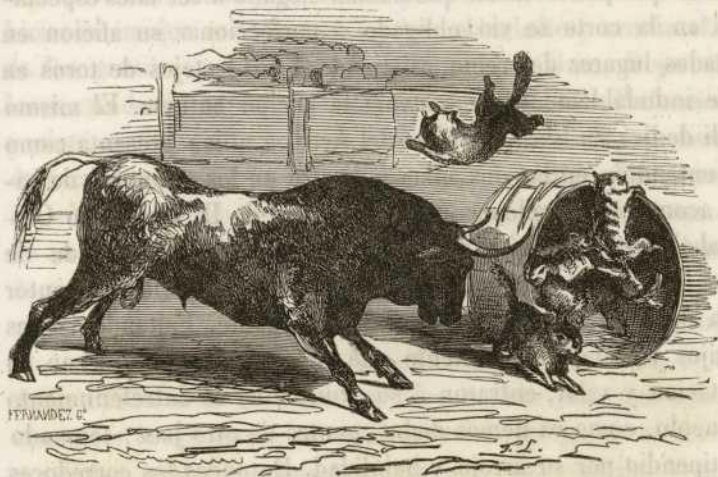
so cerca de sesenta mil personas, no podia imaginarse espectáculo mas grandioso que una de aquellas corridas en que asistia el rey con la corte mas numerosa y lucida que ha podido verse desde el imperio Asirio y Romano hasta el dia, prodigando las riquezas de dos mundos en sus galas y arreos y presidiendo al pueblo mas valiente y generoso de Europa. Al aparecer el rey en los balcones de su palacio de la Panadería y las damas en los demas que le estaban preparados, comenzaban á recogerse, despejando la plaza, la guardia Española y Tudesca compuesta cada una de cien hombres escogidos con sendas casacas coloradas con vueltas de seda pajiza y con bizarros sombreros á la chamberga de terciopelo negro. En aquel punto entraban en la plaza los mancebos cortesianos que viniendo desde palacio acompañando á sus Majestades y á las damas, entraban á hacer terrero. Esta fineza y galanteo se reducía á pasear por delante de la corte y de las damas incesantemente revolviendo siempre el caballo de manera y postura tal que no pareciesen vueltas las espaldas á la corte, prosiguiendo en este fino ejercicio en tanto que el rey, la reina ó algunas de las damas autorizasen los balcones. Solo era permitido apartarse del terrero bien para prestar socorro á algun caballero ó peon puesto en riesgo, ó para buscar alguna suerte en el toro, si la fiera no la habia provocado en sus arremetidas y encuentros. Entre tanto la plaza se miraba regada por la manera que hemos alcanzado todavia en nuestros dias, sino que cada uno de los veinte y cuatro carros que entraban simultáneamente para refrescar la arena venia cubierto de arrayanes, juncias y otras yerbas olorosas. Al propio tiempo entraban los demas caballeros que querian tomar parte en el festejo con sus cuadrillas y lacayos, y hecha la señal se soltaba el primer toro. Los lances se jugaban de la manera diversa que ya hemos apuntado y cuyos minuciosos pormenores se encuentran en los numerosos libros que de la materia se escribieron y todos por caballeros de la primer nobleza, bastando solo el relato hecho hasta aquí para dar ahora una compendiosa idea de aquellos ejercicios. Como el objeto que llevaban los caballeros en dar muestras de su persona en tal teatro, era para alcanzar la benevolencia de sus reyes, el agrado de las damas por su esfuer-

zo y bazarria y el cariño del pueblo por el valor: no habia caballero que allí se presentase que no hubiese ya adquirido razonable esperiencia y habilidad, ya vaqueando en campaña rasa, ya ensayándose en las funciones de aldea y ya probándose una y otra vez en los encierros y vistas. El encierro en aquel tiempo se hacia por la puerta de la *Vega* enchiquerándose los toros sobre poco mas ó menos en el sitio que hemos visto en nuestros dias, atajándose la plaza con andamios y catafalcos por el modo que todos conocemos. Acaso algun peon atrevido se arriesgaba á poner la lanzada de á pié que se ejecutaba poniéndose el atleta rodilla en

FERMANEZ C<sup>o</sup>

tierra enfrente de la puerta del toril por donde disparado el rabioso y deslumbrado jarameño ó bien se embasaba sangrientamente por la cruel cuchilla que le asestaban, ó bien dejaba mal trecho al osado gladiador si este se conturbaba sin dirigir bien la lanza. Acaso tambien se le ofrecia estafermo ó algun dominguillo hecho de lijera lana ó de henchido odre con peldaños de plomo al rabioso toro, que pugnando por derribarlo sin alcanzarlo jamás, aumentaba su saña y su coraje. Tambien le presentaban algun tonel de frágil estructura que desbaratado á las primeras arremetidas daba paso á cien y cien gatos de furiosa condicion, de diapason horrible y desacordado y agudísimas uñas, que acometiendo al toro de desusada manera lo llevaban al extremo de

la desesperacion. Asimismo en la arena se practicaban burladores ó caponeras en donde escotillonados los peones, con mil demostraciones provocaban al toro, quien asombrado de tal vision



ora acometia ó derrotaba al aire y siempre en valde, ora acechaba armado para herir aquellos abortos de la tierra sin alcanzar nunca á los burladores obligándoles solo á estar agazapados, asestando en tanto las astas por la trønera ó trampa en posturas azas provocadoras de la risa y el regocijo. Ya la chusma lo asaltaba con harponcillos que entonces solo se clavaban uno á uno teniendo á veces la capa en la siniestra mano ó bien burlaban al toro con mañas distintas y engaños diferentes, pero no con tanta gracia y arte cuanta vemos campear hoy en los placeadores modernos. Cuando comenzaban tales bufonadas ó tocaban á desjarretar, los caballeros se retiraban desdeñosamente del toro, pues era cosa tenida por cierta que ni á toro rendido, cansado, mal herido ú objeto de tales burlas debia jugar lance ni ofender el noble y altivo caballero. Hemos indicado que estos ejercicios comenzaron á declinar desde principios del siglo XVIII por la ninguna aficion que á ello manifestaba la corte francesa de Felipe V. Sin embargo todavia

en mil setecientos veinte y seis se imprimió en Madrid la *Cartilla de torear á caballo*, escrita por D. Nicolás Rodrigo Noveli, que segun aparece era muy entendido en ambas sillas, y muy singularmente en la gineta. En los preliminares de su libro bien relata el autor que por lo raros que habian llegado á ser tales espectáculos en la corte se vió obligado á perfeccionar su aficion en apartados lugares del reino, asistiendo á los festejos de toros en donde indudablemente se sostenia la aficion antigua. El mismo Noveli dedica su libro al duque del Arco, á quien presenta como muy entendido en las dos sillas y diestro en los primores de torear, acompañando ademas una aprobacion de D. Gerónimo Olazo, caballero del hábito de Santiago, vecino de Peñaranda de Duero, y á cuyo dictámen y fallo dá mucha autoridad el autor por la destreza, valor y gallardía del aprobante. Faltando á tales regocijos y festejos el aliciente que prestaba la nobleza con su ostentacion y valor, entraron á sustituirlos en el entretenimiento del pueblo, como ya hemos dicho, gentes de otro jaez, tomando un estipendio por su arrojo y habilidad. Entonces los corredores y guardas del campo ataviados con su capote de monte, su justillo de ante y con montera ó sombrero vinieron con su vara larga á ocupar el lugar de los de la lanza y el rejon, y la gente menuda de la guifa y del matadero tomaban la figura de los antiguos lacayos, esclavos y sirvientes. Pero estos lograron dar al arte grandes adelantos. Francisco Romero, el de Ronda, inventó la muleta presentándose á matar al toro frente á frente y con el estoque en la mano. Su hijo Juan Romero y los hijos de este, Francisco, Benito y sobre todo Pedro Romero hicieron llegar el arte hasta el punto de donde no es posible pasar. Costillares inventó la suerte de volapié. Juan Conde introdujo, y nadie lo ha igualado, en la del toro corrido. Cándido dejando el calzon y justillo de ante como traje poco galan y de poca bizarría, introdujo el vestido de seda y el boato de los caireles y argentería. El Licenciado de Falces con mil juguetes y suertes que ejecutaba, fué el primero que puso las banderillas de dos en dos, ejecutando la linda suerte de clavarlas al cuarteo. Delgado (alias *Hillo*) con su desgraciada y lastimosa muerte hizo mas dolorosos los recuerdos de

sus gracias y donaires con la capa y el toro. En la gente de á caballo se dejaron ver hombres jigantes por su poderío y fortaleza para rendir á un toro, así como Númeridas ó Centauros para dominar y castigar al caballo. Los Marchantes Gamero, Toro, Varo, Gomez, Juanijon, Nuñez y el caballero D. José Daza se hicieron émulos en cuanto á castigar el caballo y rendir al toro, de las gentilezas de los antiguos Ramirez de Haro, Rojas, Aguilares, Andrades, Vargas Machucas, condes de Puñoenrostro, y cien otros famosos por la agilidad de su lanza, sus bazarrias de á caballo y sus primores con el toro. Laureano Ortega se hizo inolvidable, no tanto por la gallardía de su persona y buen corte de su cara, cuanto por sus bazarrias con el caballo. Por el espacio de tres años y por entre los azares de cien y cien corridas se le vió sacar siempre salvo el caballo que montaba que era una famosa haca mosqueada que la perdió al fin en la plaza de Cadiz. A Corchado se le vió matar un toro con la pica que cebándola con rigor inusitado en el cerviguillo del toro cada vez mas feroz y rabioso, acabó por hundírsela toda en las honduras y matarlo. A los Ortices, á Miguez, á Sevilla y otros mas los hemos alcanzado todos, dejándonos maravillados de su destreza, valor y pujanza. El escuadron de esta gente que se formó cuando la batalla de Bailen dejando escarmentados á los franceses en Menjibar y otras refriegas, dá poderoso argumento para deducir el partido que sacaria la caballeria de guerra, adiestrándola por la misma manera que nuestra antigua gineta y con la espuela y las prácticas que se conservan todavia en nuestros Llaneros de Castilla y Andalucía.

Si bien como ya hemos apuntado, fué olvidando la nobleza poco á poco las galas primitivas de la gineta, no por eso faltaron de todo punto hartos caballeros que tomaran parte y aficion á las trocadas y nuevas bazarrias del torear. Además del caballero extremeño Daza, que ya referimos, hombre gentil y poderoso á caballo por todo extremo, aparecieron en Andalucía el famoso vizconde de Miranda, marqués de Torre Cuellar y otros menos famosos que á pié y en el coso burlaban y mataban un toro como los mejores diestros de la época. El actual duque de San Lorenzo cuando sus verdes años alcanzó en Andalucía gran fama

por los primores de su capa y al duque de Veraguas lo hemos visto en nuestros tiempos burlar y rematar un toro con valor y gallardía. Esto prueba que las costumbres de nuestro pueblo por lo mismo de llevar en todo tal sello de valor, originalidad y bizarría, toman preferencia y alcanzan autoridad sobre los usos de la corte y los decretos y fallos de la moda. De cuantos personajes han tomado parte en esta clase de ejercicios, ninguno como el vizconde de Miranda ya citado. Su gala, su buen corte, su ánimo y su destreza rayaban á tal punto que le hicieron confesar muchas veces al famoso Pedro Romero, que no cuidándose de las glorias de sus demas compañeros de arte, solo podian causarle envidia los triunfos del vizconde de Miranda.

El arte Tauromáquico que comenzó á descender desde la muerte de Delgado (alias *Hillo*) y porque la guerra de la Independencia dió empleo glorioso á cuanta gente de ánimo y brio se encontraba en el pais, volvió á resucitar con las lecciones de Romero en Sevilla, y el ejemplo de Montes (alias *Paquiro*). La afición que estaba adormecida volvió á despertar con mayor fuerza, y en verdad se puede decir que hoy dia se corren y juegan en España triple número de toros que ahora veinte años, habiéndose alzado nuevas plazas por todas partes. No es este lugar á propósito para detenerse á defender el espectáculo Nacional de las acusaciones é injectivas estranjeras. En este punto son ellas tan apasionadas, tan injustas y tan palpitantes de ojeriza y envidia cuanto son odiosas y miserables las acusaciones que de otro género nos hacen. Los toros es un ejercicio arriesgado y en esto está su mérito: tal diversion exige grande agilidad y buena conveniencia y hermosa proporcion en el trabado de los miembros. En esto cabalmente se funda lo airoso y estremado de tales ejercicios: en ellos entra por parte principal y sin escusa el grande ánimo y esfuerzo del corazon: pero por esto es justamente por lo que son únicos para tales juegos los animosos españoles; pero concurriendo en un propio sugeto el valor, la buena proporcion de persona y la habilidad y el arte, se encuentra tan seguro entre las astas del toro, como en los miradores de un balcon. Cuando estas tres cualidades, en verdad peregrinas, no se encuentran en el toreador en la debida y alta pro-

porcion que el caso requiere, no hay la menor duda que pueden verse siniestros y azares; pero siempre son lejanos y no computables por regla general. Pedro Romero bajó al sepulcro despues de haber lucido su gala en toda la España, habiendo hecho morder la tierra á cinco mil toros sin haber sufrido una cogida y sin sacarle una gota de sangre. Su alta estatura le hacia dominar la fiera: el buen corte de su persona le daba presteza de una parte y exactitud maravillosa para todos sus movimientos. La fuerza que mandaba en sus jarretes, le hacia siempre mejorarse sobre el toro, y con el poder de su muñeca remataba instantáneamente al toro mas pujante en cuanto la punta de la espada tomaba cebo en el cerviguillo. Si á esto se añade ánimo y corazon á toda prueba que no le dejaba conturbarse en medio del trance mas peligroso, y arte y habilidad inagotables que le sugerian recursos en los mayores apuros, se tendrá idea de lo que fué aquel dechado y modelo del circo Español.

No hemos hablado y de propósito de la gineta Española, sino en lo tocante y que se refiere á los primores del torear. Para hablar de las otras gentilezas y ejercicios que en lo antiguo abrazaba tal arte y que cobijaba tambien la caza, la cetreria y ballesteria, era necesario no ya el calibre de un reducido artículo, si no las anchas dimensiones de un libro. A pesar del desuso de los tiempos y de la superioridad que sobre la gineta últimamente tomó la brida, todavia las hermandades de Maestranza en las ciudades de Andalucía, conservaron por mucho tiempo los recuerdos de aquellas caballerias españolas. Las parejas, las carreras y aun los juegos de cañas vivian todavia al principio de este siglo; y últimamente cuando la jura por Princesa de Asturias á nuestra Reina aparecieron las Maestranzas en esta corte ejercitando sus nobles y útiles bizarrías. No ha habido partido en la tribuna, ni periódico en la prensa, ni hombre que haya asaltado el poder en estos últimos quince años, que no haya poblado el viento ó manchado largas columnas ó llenado los papeles oficiales de prédicas, lamentaciones, proyectos y medidas para fomentar las castas y mejorar la cria caballar. De tanta solfa como se ha cantado y de tantos registros como se han pulsado, nadie ha indicado siquiera la única



medida que sin lastimar derechos creados, ni proponer cosas que por difíciles son enteramente inaccesibles, pueden dar un resultado inmediato y poco costoso. No es otro el medio, que el estimular el celo y la vanagloria de las Maestranzas para que vuelvan á poner en uso sus antiguos ejercicios avivando así la afición á los primores de las dos sillas, cosa que han de dar por consecuencia inevitable el fomento de la cria caballar y la diligencia y cuidado conveniente para obtener buenos caballos. Las sociedades formadas para mejorar la cria, muy útiles sin duda y procurando grande honor á las personas que las han formado y puesto en buen concierto y organizacion, no producirán jamás el resultado general que se apetece. Los cruzamientos y combinaciones de razas que se verifiquen, abrirán grande campo á la observacion de los curiosos é inteligentes; pero por lo mismo de ser esto tan costoso, los resultados no tendrán aplicacion y jamás se conseguirá lo que debe desearse, que no es otra cosa que el mayor número posible de excelentes ginetes y de buenos caballos. Puesto que en Madrid residen siempre tantos caballeros de todas las Maestranzas y supuesta tambien la gran comunicacion y movimiento que la capital tiene hoy con todas las provincias, fuera cosa así fácil como útil el que estos caballeros se reuniesen para repetir en Madrid los diversos ejercicios que les deben ser familiares como deprendidos y ensayados en sus respectivas Maestranzas. Esto daria mas inmediato provecho y resultado que no los interminables decretos, instrucciones y reglamentos que de tiempo en tiempo vomitan desacordadamente esos Ministerios y Secretarías. Mas consideracion ganarian las Maestranzas cumpliendo así con sus nobles y antiguos institutos, que no solicitando el fuero militar ó este ó aquel nuevo arrumaco en los uniformes, que así alteran su antigua y noble sencillez como los aparta del espíritu de la venerable institucion antigua. Altos y entendidos personajes existen en nuestra grandeza que si á sus manos llegan estas observaciones, podrán prestar al pais mas servicios desenvolviendo y aplicando esta indicacion, que no el Gobierno haciendo nuevas ediciones de errores ya conocidos, ó proponiéndose llevar á cabo propósitos dificultosos é imposibles.



## UN BAILE EN TRIANA.

### XV.

¡Ay señor mío! respondió la Rufina  
María; si son de Nigromancia me pierdo  
por ellas que nací en TRIANA y sé echar  
las habas y andar el cedazo y tengo otros  
primores mejores.

EL DIABLO COJUELO.—TRANCO 8.



**E**n Andalucía no hay baile sin el movimiento de los brazos, sin el donaire y provocaciones picantes de todo el cuerpo, sin la ágil soltura del talle, sin los quiebros de cintura, y sin lo vivo y ardiente del compás, haciendo contraste con los dormidos y remansos de los cernidos, desmayos y suspensiones. El batir de los pies, sus primores, sus campanelas, sus juegos, giros y demas menudencias, es como accesorio al baile andaluz, y no forman, como en la danza, la parte principal. La *Gallarda*, el *Bran de Inglaterra*, la *Pavana*, la *Haya*, y otras danzas antiguas espa-

ñolas fundaban solo su vistosidad y realce en la primera soltura y batir de los pies, y en el aire y galanía del pasear la persona.

Allí no habia pasion, delirio, frenesí, como se pretenden pintar en todos los bailes que desde muy antiguo han sido peculiares á España, singularmente en las provincias meridionales. Aquellas danzas tenian su lugar en la gala ceremoniosa del sarao; los bailes para el desenfado del festin, para la libertad del teatro. Sabido es que las saltatrices y bailarinas españolas, singularmente las cordobesas y gaditanas, eran las mas celebradas de cuantas se presentaban en los teatros de la gentilica Roma; y tal habilidad y lo picante de los bailes, se han ido transmitiendo de siglo en siglo, de generacion en generacion, hasta nuestros dias. Acaso la configuracion de la muger andaluza, de pié breve, de cintura flexible, de brazos airosos, la hagan propia cual ninguna para tales ejercicios, y acaso su imaginacion de fuego y voluptuosa, y su oido delicado y sensibilidad esquisita la conviertan en una Terpsícore peligrosa para revelar con sus movimientos los delirios del placer, en sus mudanzas los diversos grados y triunfos del amor, y en sus actitudes los misterios y bellezas de sus formas y perfiles. De cualquier modo que sea, ello es, que estos bailes andaluces siempre mueven y fijan la curiosidad del extranjero, que una vez los llegó á ver, y jamás sacian la ambicion del que, por haber nacido en Andalucía, siempre los tuvo bajo su vista.

Pero de todo aquel pais, Sevilla es la depositaria de los universos recuerdos de este género, el taller donde se funden, modifican y recomponen en otros nuevos los bailes antiguos, y la universidad donde se aprenden las gracias inimitables, la sal sin cuento, las dulcísimas actitudes, los vistosos volteos y los quiebros delicados del baile andaluz. En vano es que de las dos Indias lleguen á Cádiz nuevos cantares y bailes de distinta, aunque siempre de sabrosa y lasciva prosapia; jamás se aclimatarán, si antes pasando por Sevilla no dejan en vil sedimento lo demasiado torpe y lo muy fastidioso y monótono, á fuerza de ser exagerado. Saliendo un baile de la escuela de Sevilla, como de un crisol, puro y vestido á la andaluza, pronto se deja conocer y es admitido desde Tarifa á Almería y desde Córdoba á Málaga y Ron-

da. Ni por el continuo aluvion de nuevos bailes, ni de la recomposicion de los unos, ni de la fusion de los otros, dejan de existir siempre los recuerdos y las imágenes mas vivas de la antigua *Zarabanda*, *Chacona*, *Anton Colorado*, y otros mil que mencionan los escritores desde el siglo XVI hasta el presente, desde Mariana hasta Pellicer. En el moderno bolero se encuentran recuerdos de aquellos bailes, y una de sus mudanzas mas picantes conserva todavia el nombre de la *Chacona*. El *Ole* y la *Tana* son descendientes legítimos de la *Zarabanda*, baile que provocó excomuniones eclesiásticas, prohibiciones de los consejos, y que sin embargo, resistia á tantos entredichos, y que si al parecer moria, volvía á resucitar, tan provocativo como de primero. No hace muchos años que todavia se oyó cantar y bailar, por una cuadrilla de gitanos y gitanillas, en algunas ferias de Andalucía.

Estos bailes pueden dividirse en tres grandes familias, que segun su condicion y carácter pueden ser, ó de origen morisco, español ó americano. Los de origen español pueden conocerse por su compás de dos por cuatro, vivo y acelerado, que se retrae por su aire antiguo al *Pasa-calle*, y que, cantado en coplas octosílabas de cuatro ó cinco versos, se parecen mucho á la jota de Aragon y de Navarra. Los de alcurnia americana se revelan por su mayor desenvoltura, como provenientes de pueblo en que el pudor tenia pocas ó ningunas leyes; pero entre todos estos bailes y cantares merecen llamar la atencion (del que al través de estos usos y diversiones trate de estudiar el carácter de los pueblos y las vicisitudes que han corrido), los que conservan su filiacion árabe y morisca. Estos se descubren por la melancólica dulzura de su música y canto, y por el desmayo alternado con vivísimos arrebatos en el baile.

Desde luego haremos notar que la *Caña*, que es el tronco primitivo de estos cantares, parece con poca diferencia la palabra *Gannia*, que en árabe significa el canto. Nadie ignora que la *Caña* es un acento prolongado que principia por un suspiro, y que despues recorre toda la escala y todos los tonos, repitiendo por lo mismo un propio verso muchas veces, y concluyendo con otra copla por un aire mas vivo, pero no por eso menos triste y lamen-

table. Los cantadores andaluces que por ley general lo son la gente de á caballo y del camino, dan la primer palma á los que sobresalen en la Caña, porque viéndose obligados á apurar el canto, como ellos dicen, ó es preciso que tengan mucho pecho ó facultades, ó que pronto den al traste y se desluzcan. Por lo regular la Caña no se baila, porque en ella el cantador ó cantadora pretende hacer un papel esclusivo. Hijos de este tronco son los oles, las tiranas, polos y las modernas serranas y tonadas. La copla por lo regular es de pié quebrado. El canto principia tambien por un suspiro, la guitarra ó la tiorba rompe primero con un son suave y melancólico por *mi menor*, pasando alternativamente y sin variacion la mano izquierda de una posicion á otra, y la derecha hiere las cuerdas á lo rasgado, primero por lo dulce y blando, y despues fuerte y airadamente segun la intencion y sentido de la copla. El cantador ó cantadora entra cuándo bien le parece, y la bailadora con sus crótalos de granadillo ó de marfil, rompe tambien sus movimientos con la introduccion que tiene toda danza ó baile, que allí se llama paseo.

Y son muy de notar por cierto los toques y particularidades de este canto que por lo mismo de ser tan melancólico y triste manifiesta honda y elocuentemente que es de música primitiva. En él es verdad que no se encuentra el aliño, el afeite ó la combinacion estudiada é ingeniosa de la nota Italiana; pero en cambio ¡cuánto sentimiento, cuánta dulzura y qué mágico poder para llevar al alma á regiones desconocidas y apartadas de las trivialidades de la actualidad y del materialismo de lo presente! Por eso el cantador arrobado tambien como el rruiseñor ó el mirlo en la selva parece que solo se escucha así mismo, menospreciando la ambicion de otro canto y de otra música vocinglera que apetece los aplusos del salon ó del teatro, contentándose solo con los ecos del apartamiento y la soledad.

Al entrar en la copla el cantador, entra en mudanza la bailadora, ya sola, ya acompañada con su pareja, y los tocadores imprimen en las cuerdas aquellos sonos que mas les sugiere su buen gusto y su sensibilidad. En aquel punto el que baila, el que canta, y el que toca se unen en un propio sentimiento, se arroban, se entusiasman, y este con sus trinos, aquella con sus movimientos, y el

otro con sus suspiros y gorgoros tristísimos, de tal manera arrebatan á los concurrentes, que todos prorrumpen en monosílabos de placer y en gritos de entusiasmo. Acaso algun decano ya por sus años, ó por su voz averiada, derribado de la plaza de cantador, ú otro aficionado que espera su turno para dar vuelo á su copla, con los dedos sobre la mesa, ó con las palmas en alto, llevan el compás y medida de la orquesta, no perjudicando lo rústico de la traza, al buen efecto y final resultado de aquella singularísima ópera.

Cuando los principales cantadores apuran sus fuerzas, se suspenden las tonadas y polos de punta, de dificultad y lucimiento, y entran en liza con la rondeña, ó granadina, otros cantadores y cantadoras, de no tanta ejecucion, pero no inferiores en el buen estilo. Despues de pasar varias veces de estas fáciles á las otras difíciles y peregrinas canturias, se ameniza de vez en cuando la fiesta con el canto de algun romance antiguo, conservado oralmente por aquellos trovadores no menos románticos que los de la edad media, romances que señalan con el nombre de *corridos*, sin duda por contraposicion á los *polos*, *tonadas* y *tiranas*, que van y se cantan por coplas ó estrofas sueltas. Acaso en estos romances se encuentran muchos de los comprendidos en el Romancero general, en el Cancionero de romances y otros, y acaso se conservan tambien algunos, que no se hallan en semejantes colecciones, pero que, á pesar de las mutilaciones y errores que tienen, revelan desde luego pertenecer al mejor tiempo de nuestra poesía peculiar. ¿Por qué se han conservado en Andalucía, mejor que en Castilla ú otras provincias, estos cantares y romances? ¿Cómo es que preciosidades de literatura y costumbres tan interesantes no se han recogido en las antiguas ó modernas colecciones? Una respuesta sola hay para esto... la música oral los ha conservado así como los cánticos de Escocia y la poesía de otros pueblos. El averiguar por qué en Andalucía se conserva mas resto de costumbres antiguas, mas tradiciones caballerescas que no en otras provincias antes restauradas de los moros, fuera asunto para una curiosa disertacion.

En tanto hallándome en Sevilla, y habiéndoseme encarecido sobremanera la destreza de ciertos cantadores, la habilidad de unas bailadoras, y sobre todo, teniendo entendido que podria oir algu-

nos de estos romances desconocidos, dispuse asistir á una de estas fiestas. El *Planeta*, el *Fillo*, Juan de Dios, María de las Nieves, la *Perla*, y otras notabilidades así de canto como de baile, to-



maban parte en la función. Era por la tarde, y en un mes de Mayo fresco y florido. Atravesé con mi comitiva de aficionados el puente famoso de barcas para pasar á Triana, y á poco nos vimos en una casa que por su talle y traza recordaba la época de la conquista de Sevilla por San Fernando. El río bañaba las cercas del espacioso patio, cubiertas de madreselvas, arboleras y mirabeles, con algun naranjero ó limonero en medio de aquel cerco de olorosa verdura. La fiesta tenia su lugar y plaza en uno como zaguan que daba al patio.

En la democracia práctica que hay en aquel país, no causó extrañeza la llegada de gente de tan distinta condicion de la que allí

se encontraba en fiesta. Un ademan mas obsequioso y rendido de parte de aquellos guapos, llevándose la mano al calañés, sirvió de salud, ceremonia, introduccion y prólogo y la fiesta proseguia cada vez mas interesante. Entramos á punto en que el *Planeta*, veterano cantador, y de gran estilo, segun los inteligentes, principiaba un romance ó *corrida* despues de un prelude de la vihuela y dos bandolines, que formaban lo principal de la orquesta, y comenzó aquellos trinos penetrantes de la prima, sostenidos con aquellos melancólicos deijos del bordon, compaseado todo por una manera grave y solemne, y de vez en cuando, como para llevar mejor la medida, dando el inteligente tocador unos blandos golpes en el traste del instrumento, particularidad que aumenta la atencion tristísima del auditorio. Comenzó el cantador por un prolongado suspiro, y despues de una brevisima pausa, dijo el siguiente lindísimo romance, del conde del Sol, que por su sencillez y sabor á lo antiguo, bien demuestra el tiempo á que debe el ser.

### ROMANCE.

Grandes guerras se publican  
Entre España y Portugal;  
Y al Conde del Sol le nombran  
Por capitán general.

La Condesa, como es niña,  
Todo se la va en llorar.  
«Dime Conde, cuantos años  
Tienes de echar por allá.»  
—«Si á los seis años no vuelvo,  
Os podreis, niña, casar.»

Pasan los seis y los ocho,  
Y los diez se pasarán,  
Y llorando la Condesa  
Pasa así su soledad.

Estando en su estancia un día,  
La fué el padre á visitar.  
«¿Qué tienes, hija del alma,  
Qué no cesas de llorar?»

«¡Padre, padre de mi vida,  
 Por la del santo Grial (1),  
 Que me deis vuestra licencia  
 Para el Conde ir á buscar.»  
 —«Mi licencia teneis, hija;  
 Cumplid vuestra voluntad.»

Y la Condesa, á otro dia,  
 Triste fué á peregrinar.  
 Anduvo Francia y la Italia,  
 Tierras, tierras sin cesar.

Ya en todo desesperada  
 Tornábase para acá,  
 Cuando gran vacada un dia  
 Halló en un ancho pinar.

»Vaquerito, vaquerito,  
 Por la Santa Trinidad,  
 Que me niegues la mentira,  
 Y me digas la verdad:  
 ¿De quién es este ganado  
 Con tanto hierro y señal?»

—«Es del Conde el Sol, señora,  
 Que hoy está para casar.»  
 —«Buen vaquero, buen vaquero,  
 ¡Así tu hato veas medrar!  
 Que tomes mis ricas sedas  
 Y me vistas tu sayal.

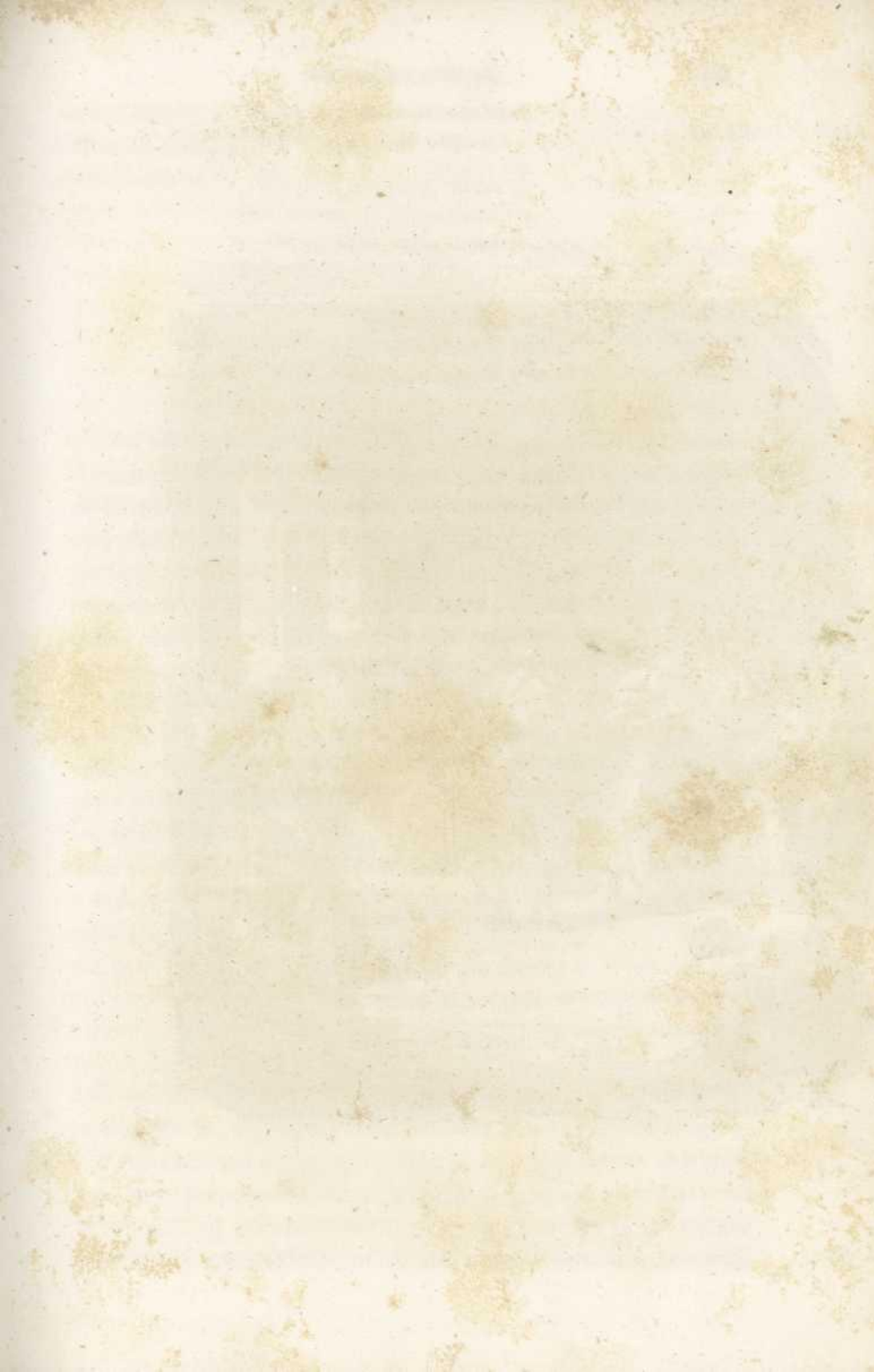
Y tomándome la mano  
 A su puerta me pondrás  
 A pedirle una limosna  
 Por Dios, si la quiere dar.»

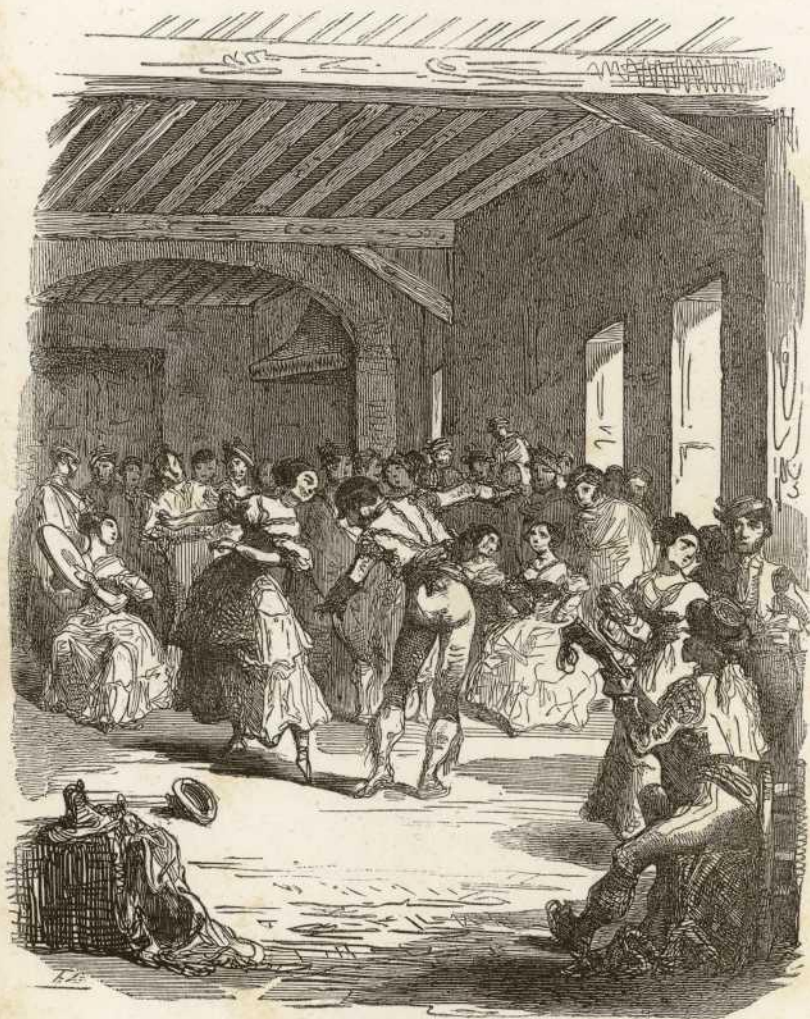
Al llegar á los umbrales,  
 Veis al Conde que allí está,  
 Cercado de caballeros,  
 Que á la boda asistirán.

«Dadme, Conde, una limosna.»  
 El Conde pasmado se há;

(1) *Grial* significa *plato*; el santo grial es sin duda la *patena*, y la del mismo no puede ser otra cosa que la *hostia*.







FERNANDEZ. G.

—«¿De que pais sois, señora?»

—«Soy de España natural.»

—«¿Sois aparicion, romera,

Que venisme á conturbar?»

—«No soy aparicion, Conde,

Que soy tu esposa leal.»

Cabalga, cabalga el Conde,

La Condesa en grupas vá,

Y á su castillo volvieron

Salvos, salvos y en solaz.

La música con que se cantan estos romances, es un recuerdo morisco todavía. Solo en muy pocos pueblos de la serranía de Ronda, ó de tierra de Medina y Xerez, es donde se conserva esta tradicion árabe, que se vá estinguendo poco á poco, y desaparecerá para siempre. Lo apartados de comunicacion en que se encuentran estos pueblos de la serranía, y el haber en ellos familias conocidas por descendientes de moriscos, esplican la conservacion de estos recuerdos.

Despues que concluyó el romance salió la Perla con su amante el Xerezano á bailar. El tan bien plantado en su persona cuanto lleno de majeza y boato en su vestir, y ella así picante en su corte y traza como lindísima en su rostro, y realzada y limpia en las sayas y vestidos. El Xerezano sin sombrero, porque lo arrojó á los pies de la Perla, para provocarla al baile, y ella sin mantilla, y vestida de blanco, comenzaron por el son de la rondeña á dar muestras de su habilidad y gentileza. El pié pulido de ella se perdía de vista, por los giros y vueltas que describía, y por los juegos y primores que ejecutaba; su cabeza airosa, ya volviéndola gentilmente al lado opuesto de por donde serenamente discurría, ya apartándola con desden y desenfado de entre sus brazos, ya orlándola con ellos, como queriéndola ocultar y embozarse, ofrecía para el gusto las proporciones de un busto griego, para la imaginacion las ilusiones de un sueño voluptuoso. Los brazos mórbidos y de linda proporcion, ora se columpiaban, ora los alzaba como en éxtasis, ora los abandonaba como en desmayo, ya los agitaba como en frenesí y delirio, ya los sublimaba ó derribaba alternati-

vamente como quien recoge flores ó rosas que se la caen. Aquí doblaba la cintura, allí retrepaba el talle, por do quier se estremece, por todas partes circulaba, ora blandamente como cisne



que hiende el agua, ora ágil y rápida, como silfide que corta el aire. El bailaror la seguía menos como rival en destreza, que como mortal que sigue á una diosa. Los cantadores y cantadoras lovían coplas para provocar y multiplicar otras mudanzas y nuevas actitudes. Este cantaba aquello de:

Toma, niña, esa naranja,  
Que la cogí de mi huerto:  
No la partas con cuchillo,  
Que vá mi corazón dentro.

Otro lo de:

Hermosa deidad, no llores,  
De mi amor no tomes quejas,  
Que es propio de las abejas  
Picar donde encuentran flores.

El concurso se animaba, se enardecía, tocaba en el delirio. Una recogía la pandereta, y volviéndola y revolviéndola entre los dedos, animaba el compás diestra y donosamente. Aquel con las palmas sostenía la medida, y según costumbre ganábase, para después del baile, con el tocador, un abrazo de la bailadora. Todos aplaudían, todos deliraban. *Orza! orza!* decía el uno, *de este lado, bergantín empavesado!* Otro al ver y gozarse de un movimiento picante, en una actitud de desenfado: *Zas puñalada, rechiquetita pero bien dada.* De una parte esclamaban, pidiendo nuevas mudanzas: *Máteme Vm. la curiana: hágame Vm. el bien parado!* de otra, queriendo llevar el baile á la última raya del desenfado: *Eche Vm. mas ajo al pique! movimientos y mas movimientos!...* ¡Quién podrá explicar ni describir, ni el fuego, ni el placer, ni la locura, así como tampoco reproducir las sales y chistes que en semejantes fiestas y zambras rebosan por todas partes, y se derraman á manos llenas y perdidamente!!! Después de esta escena tan viva, cantó el *Fillo* y cantó María de las Nieves las tonadas sevillanas; se bailaron seguidillas y caleseras, y Juan de Dios entonó el *Polo Tobalo*, acompañándole al final, y como en coro, los demás cantadores y cantadoras, cosa por cierto que no cede en efecto músico á las mejores combinaciones armónicas del maestro mas famoso. Después de esta ópera toda española y andaluza, me retiré pesaroso por no haber podido oír los romances de Roldán y de Gerineldos, pues el tiempo había huido mas rápidamente que lo que yo quisiera.

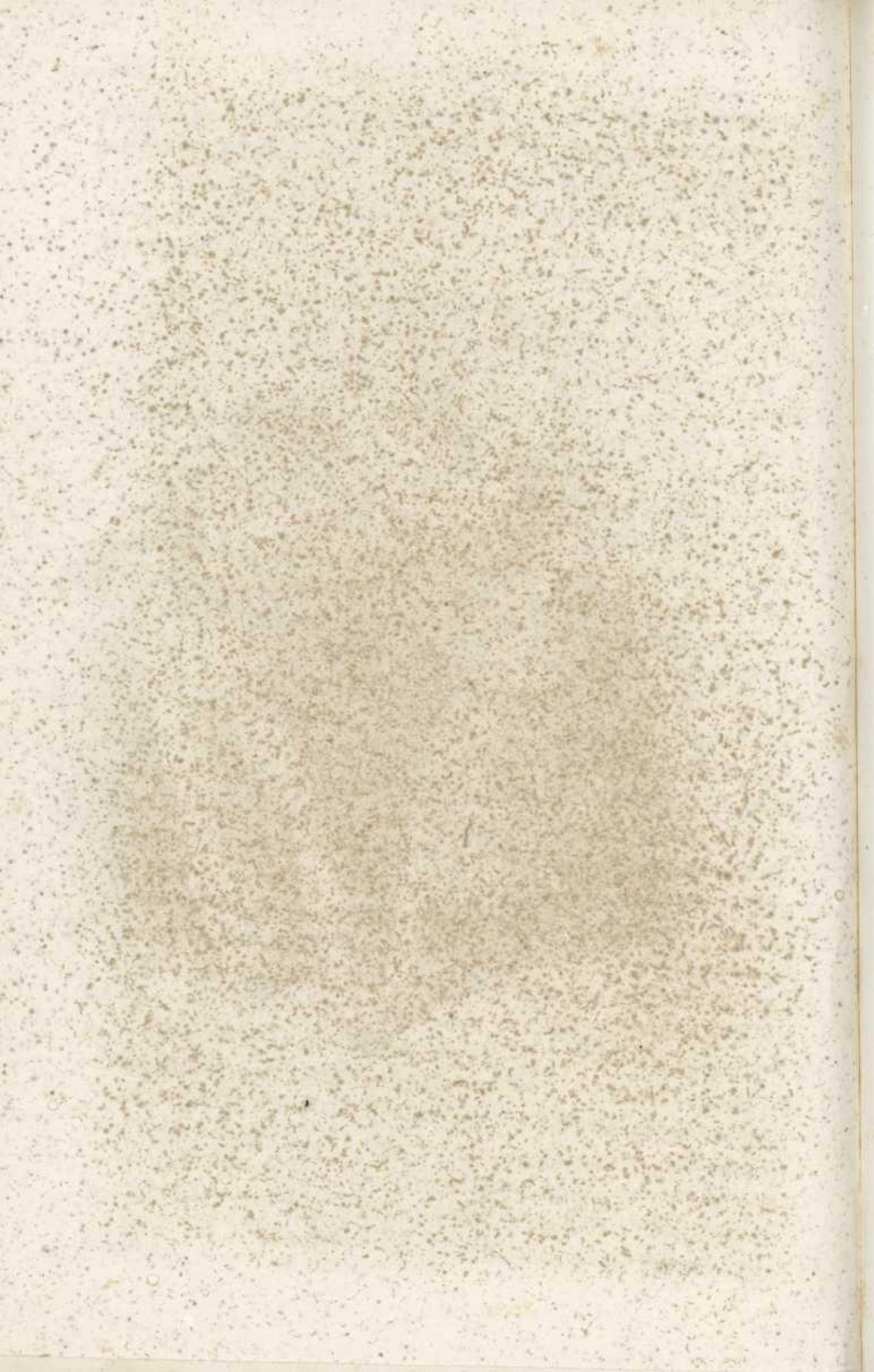
Alguno de los del festejo que por mas cortesía quiso venir en mi compañía y conserva, entendiéndome mi curiosidad que para ellos era una nueva obligación por ver la importancia que yo daba á tales cosas, me dijo con desenfado noble y con parla de la tierra: «padrino, no tome desabrimiento por tal niñería puesto que el

romance de Gerineldos lo sé de coro y ya que no con discante y gorjeos, al menos se lo iré relatando al son y compás del pasitrote que llevamos.» Que me place dije ansiosamente á mi acompañante: « pues oígame, padrinito mio, me respondió con agrado y así comenzó á relatar:

### ROMANCE.

Gerineldos, Gerineldos,  
 Mi camarero pulido,  
 ¡Quién te tuviera esta noche  
 Tres horas á mi servicio!  
 —Como soy vuestro criado  
 Señora, burlais conmigo.  
 —No me burlo, Gerineldos  
 Que de veras te lo digo.  
 —¿A cuál hora, bella Infanta,  
 Cumplireis lo prometido?  
 —Entre la una y las dos  
 Cuando el rey esté dormido.  
 Levantóse Gerineldos,  
 Abre en secreto el rastrillo,  
 Calza sandalias de seda  
 Para andar sin ser sentido.  
 Tres vueltas le dá al palacio  
 Y otras tantas al castillo.  
 —Abraisme, dijo, señora,  
 Abraisme, cuerpo garrido.  
 —¿Quién sois vos el caballero  
 Que llamais así al postigo?  
 —Gerineldos soy, señora,  
 Vuestro tan querido amigo.  
 Tomáralo por la mano  
 A su lecho lo ha subido  
 Y besando y abrazando  
 Gerineldos se ha dormido.  
 Recordado habia el rey  
 Del sueño despavorido,  
 Tres veces lo habia llamado  
 Ninguna le ha respondido.  
 Gerineldos, Gerineldos,  
 Mi camarero pulido,







Si me andas en traicion  
 Tratame como á enemigo,  
 O con la Infanta dormias  
 O el alcázar me has vendido.  
 Tomó la espada en la mano  
 Con gran saña vá encendido  
 Fuérase para la cama  
 Donde á Gerineldos vido.  
 El quisíeralo matar  
 Mas crióle desde niño.  
 Sacara luego la espada  
 Entre entrambos la ha metido  
 Para que al volver del sueño  
 Catasen que el yerro ha visto:  
 Recordado hubo la Infanta  
 Vió la espada y dió un suspiro.  
 Recordad heis, Gerineldos,  
 Que ya erades sentido,  
 Que la espada de mi padre  
 De nuestro yerro es testigo.  
 Gerineldos vá á su estancia  
 Le sale el rey de improviso.  
 —¿Donde vienes, Gerineldos,  
 Tan mustio y descolorido?  
 —Del jardin vengo, señor,  
 De coger flores y lirios  
 Y la rosa mas fragante  
 Mis colores ha comido.  
 —Mientes, mientes, Gerineldos,  
 Que con la Infanta has dormido,  
 Testigo de ello mi espada  
 En su filo está el castigo.

Justamente el último verso lo dijo, el bardo de Triana pasando todos la puerta de este nombre para envainarnos por la calle de la Mar en donde ya fué preciso desmoronar la escuadra escogida de mis acompañantes, entrando yo en mi morada con los recuerdos y agradables ideas que estos cantos sugieren á la imaginacion amante de tales baladas y tradiciones.

En me andas en francés  
 Tratame como a extranjero,  
 O con la lengua de mi país,  
 O el alemán sin las vendidas,  
 Y así la lengua en la mano,  
 Con gran satisfacción  
 Faltase por la lengua  
 Fonde a darlo como  
 El quisiere tratar,  
 Me crió desde niño,  
 Sacar lo que se espere,  
 Entre otras cosas le he escrito,  
 Por que al oír del español  
 Faltase que el otro le  
 Faltase, todo lo que  
 Ve la lengua a dar me  
 Faltase, todo lo que  
 Que se me da a dar  
 Que la lengua de mi país,  
 De nuestro verso en español,  
 Gramática es la lengua  
 La que el rey de España  
 — Faltase como el español,  
 Tan como a darlo  
 — El español como  
 De como, todo y todo,  
 Y la que me faltaba  
 Me faltaba como  
 — Faltase, todo lo que  
 Que con la lengua de España  
 Faltase de cómo se  
 En un día el español

Tratamiento el último verso lo dijo, el resto de la lengua  
 de la lengua de España de cómo se faltaba por la lengua  
 de la lengua en la lengua de España, la lengua de  
 que de me faltaba, faltaba en un día con los  
 faltaba y faltaba como faltaba a la  
 gación amante de tales palabras y tradiciones.

# LA MIGA Y LA ESCUELA.

XVII.

.....que yo trocaba con el los peones si  
eran mejores que los míos, dábale de la  
que almorzaba y no le podía de lo que  
al comía; comprábale estampas, ense-  
ñábale a luchar, jugaba con el al toro  
y entreténtale siempre.

VIDA DEL GRAN TACAÑO, CAP. II.



**M**UCHACHOS del aula  
En horas de asueto,  
Burlando á Nebrija  
Se enredan en juego.  
Peon y rayuela,

De estrena tuvieron;  
San Miguel y el Diablo,  
La villarda luego:  
Mas por arrullarle  
Al dómine el sueño

Recetan el toro,  
Abreviado infierno.  
Olvidan sus bandas  
César y Pompeyo,  
Ni el asno y corona  
Sirven ya de freno.  
Echaron chinita  
Con pausa y sosiego,  
Y en cesta ballesta  
Corrió todo el cerco.  
En Andrés Berruga  
Recayó el sorteo,  
Un rollo de chico  
De quintal y medio,  
De condicion mala,  
En tino certero;  
Pedrada que tire  
Cachivache al suelo.  
Le envidia la turba  
Ser toro tan presto,  
(Aficion temprana  
Que todos tenemos).  
Al zaguan lo nombran  
De toril chiquero,  
Por valla y palenque  
Al tapial mampuesto.  
Ya la ceremonia  
Iba á dar comienzo,  
Cuando de la miga  
Atalaya hicieron.  
Señora maestra  
Quedóse durmiendo,  
Al dar de los gritos  
Las chicas salieron.  
Canuto y Pilatos  
Les van al encuentro,

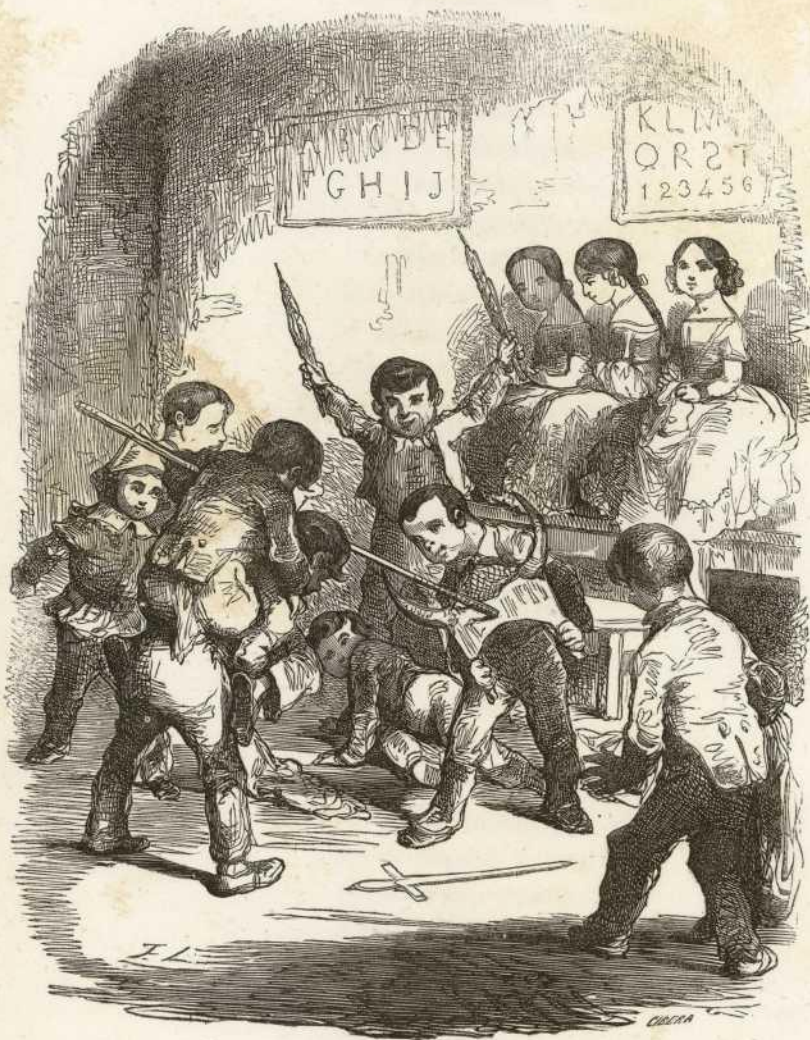
Como embajadores  
 Y ofrecen asiento.  
 Con muchos remilgos,  
 Y mil embelecos  
 Responde la Nena  
 Al acatamiento.



Su devantal trae  
 Pespuntado el medio,  
 Y en un sendo coco  
 Remangado el pelo.  
 Damas le acompañan  
 De alcurnia y respeto,  
 La Toña y Menguilla,  
 La Nieta del Tuerto.  
 Tambien Maricota,  
 Pepona Talego,  
 Y Tusa Villodres  
 Hija del Tendero.  
 Cada cual escoge  
 Su lindo D. Diego,  
 Y llenan la plaza  
 Con su contoneo.  
 Por dar á las damas

Mayor lucimiento,  
Alzan los galanes  
Tablado cubierto.  
De sala de estudio  
Rebañan al vuelo  
El escabel cojo  
De pino mugriento.  
La Nena preside  
Con gesto muy serio,  
Pues fué hecha condesa  
Por el nacimiento.  
Para dar la venia  
Previene el moquero  
(A un gema no alcanza  
De tela de angeo).  
La música rompe  
El noble concierto,  
Mayando seis gatos  
Gañiendo diez perros.  
Suenan por timbales  
Dos huecos morteros,  
Tañen por platillos,  
Rodajas de hierro:  
Y Tolo repica  
A compás dos tejos,  
Pues en contrapunto  
Es grande maestro.  
Dá el Zopo la seña  
Como trompetero,  
Con su pipitaña  
Que chirria los sesos.  
Se dispara el toro,  
Lleva el diablo dentro,  
Dá vuelta en el coso  
Bufando y corriendo.  
Si no con la frente







Con la mano al menos,  
Esgrime dos astas  
Testuz de carnero.  
Picador de vara  
Le sale á los tercios,  
Colás el Bellaco  
Ginete estupendo:  
Sobre Blas cabalga,  
Rucio verdadero,  
Del puente del asno  
Huesped sempiterno.  
A espuela y á brida  
Lo rige el piquero,  
Montando á horcajadas  
Por cima del cuello.  
Se ufana torciendo  
Muy airoso el cuerpo;  
La pica una caña  
Que arrancó del huerto.  
Berruguilla (el toro)  
Fin dió á su escarceo,  
Y ante el espantajo  
Se para frontero.  
Al prójimo darle  
Quisiera de lleno,  
Cual picaña fiera  
Con entendimiento.  
Acomete al postre  
Furibundo y ciego,  
En la cornamenta  
La lanza prendiendo.  
Forceja Berruga,  
Aprieta el lancero,  
En vilo se quedan  
Los dos sin resuello.  
Mas Berruga acuerda

Los veinte tan recios  
 Que le dió el Bellaco  
 De órden del maestro.  
 Arremete y cierra  
 Con rencor fraileSCO,  
 Y á entrambos derriba  
 Rocin, caballero.  
 Mal parados caen



En tierra revueltos,  
 Por salva la parte  
 Les embasa el cuerno.  
 Acuden peones,  
 Y los cuadrilleros,  
 Con sus capotillos  
 De tabí muy viejo.  
 Dan citas al toro,  
 Mas él se hace el zueco:  
 ¡Qué lluvia de coces!  
 ¡Qué gran moqueteo!  
 Al fin se retrae,  
 Los deja por muertos,  
 Se encara á las capas

Y parte tras ellos.  
A cual lo voltea,  
A tal le dá un vuelco,  
O por el trascoro  
Le abre los gregüescos.  
Beato el que puede,  
Por pies mas ligero,  
En la talanquera  
Tomar valla y puesto.  
Ya la escaramuza  
Mas se iba encendiendo  
Cuando Jusepillo  
Saltó en plaza suelto.  
Al mirador pide  
Venia y rendimiento,  
Volviendo los ojos  
Hácia su embeleso.  
Sacó caperuza  
De papel budlesco,  
Que sobró en Cuaresma  
Cuando el partimiento:  
De carton picado  
Espaldar y peto,  
Con su taparrabo  
De bocazi negro.  
Lleva rehiletos  
Con arpon y fluecos,  
Y al toro provoca  
Los brazos abriendo.  
Parten uno al otro  
Con corvos intentos,  
Mas corta Jusepe  
Tierra al Jarameño;  
Y en suerte vistosa,  
Cogiéndole al sesgo,  
Le clava en la tabla

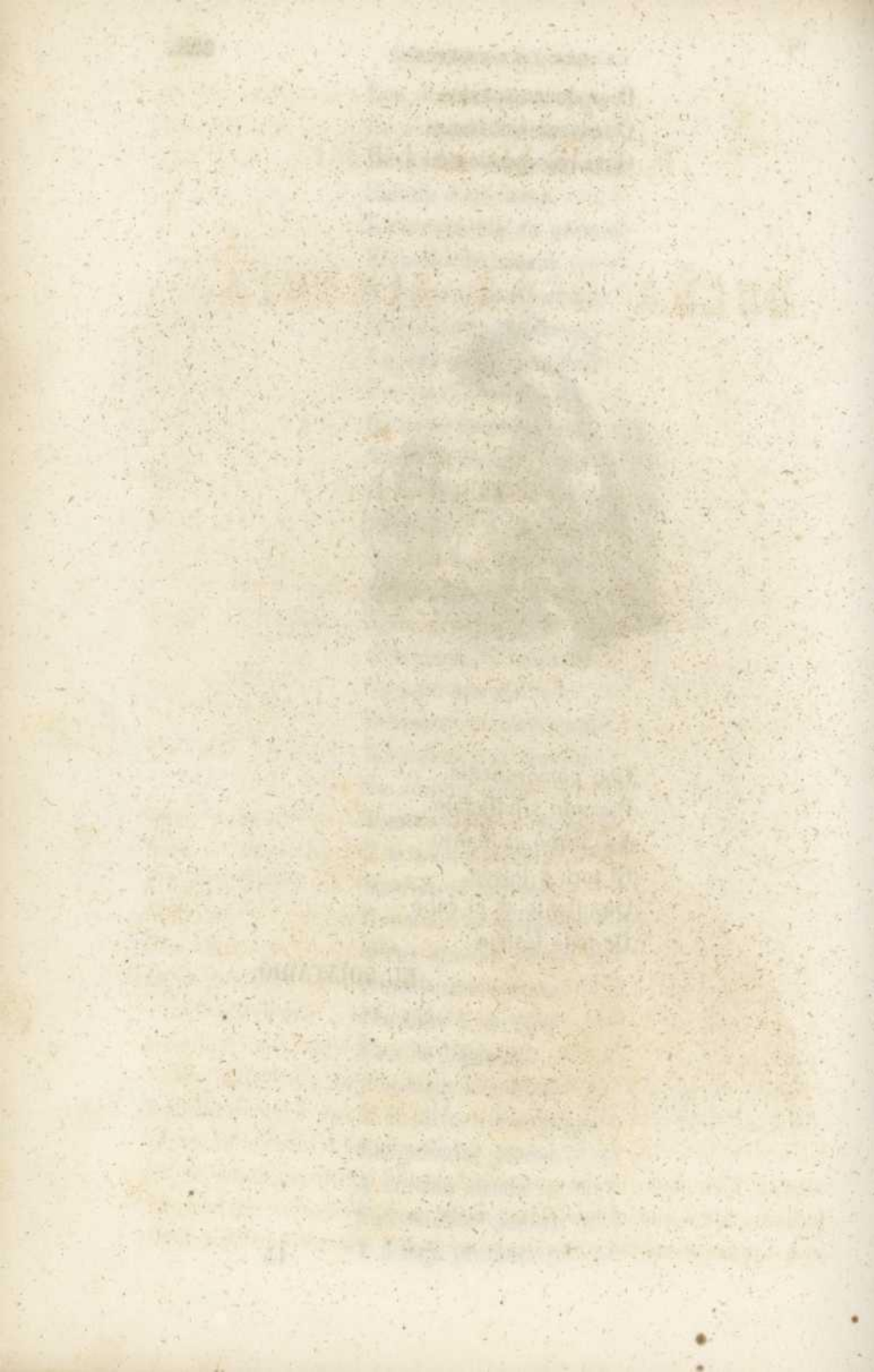
Los dos instrumentos.  
Lo aclama el concurso,  
Responde él modesto,  
Saluda á su dama,  
Le arroja ella en premio  
El bollo de azúcar  
Y hornazo con huevos,  
Que de merendilla  
Le dió padre abuelo.  
Iba ya Calbete  
Estoque blandiendo,  
A matar de un golpe  
Al toro primero;  
Cuando de improviso  
Llegó un aguacero,  
Que diablos son bolos  
Nada dejan quieto.  
A la gresca y bulla,  
Aunque era gallego,  
Despertó el durmiente  
Rascando y gruñendo.  
La dómina salta  
Tambien de su lecho,  
Y á la encamisada  
Dan en el torneo.  
Los unos se escapan,  
Otros quedan yertos,  
Nunca asustó tanto  
Garduño á conejos.  
Con la disciplina  
Principia el solfeo,  
Y el salvo honor paga  
Los pasados yerros.  
A cortina alzada  
Sufren ellas ciento,  
Y á baja pretina

Diez docenas estos.  
Quedaron los lomos  
Cual rojo pimiento



Con comezoncilla,  
Picando y bullendo.  
Así acabó en llanto  
El toro y bureo,  
Que llanto es el cabo  
De todo festejo.

EL SOLITARIO.



# D. EGAS EL ESCUDERO

Y LA

## DUENA DOÑA ALDONZA.

FECHO ES DE BURLAS.

XVII.

Dueñas, déselas Dios á quien las  
desce : mirando estoy donde las eharé.  
QUEVEDO, VISITA DE LOS CRISTES.

Metete á sacomano me atreviera,  
Mas ante Elvira afeitate la cara  
Y tal tu dura enjundia me prepara,  
Que en ti abra cala un espeton siquiera.  
DESPERDICIOS DE UN SONETO.



**H**ORAS de vísperas eran cuando en largo de la cal de Sant Romant de Toledo, paso á paso divagaba un escudero en continente reposado, así como pavon atildándose en la sombra. Sus calzas de cutray atacadas á rico jubon colorado, capa palmilla revuelta al brazo, é gorra aceituni con sendas plumas blancas é

negras, bien demostraba que aquel gentil hombre presumia de caballero, bien que el no calzar borceguies bermejós, tachonados con sendas espuelas, aina decia no haber alcanzado tanta hon-

ra. En cambio requería á menudo la lengua espada que pendía del talabarte, autorizando así la minúscula persona, que no semejava mas que cimbel allegado á senda pértiga. A poco trecho, de casa donde el paseante enclavaba afincadamente los ojos, se abrieron los lienzos de la encumbrada fenestra, é una mano gentil, que no cristiana, arrojó una letra, que el paseante á guisa de can, que con boca abierta atiende coger la mariposa que pasa, pensó atrapar antesacando el pecho, y abriendo los brazos en aspa de Sant Andrés; pero el papel avieso, como fecho de materia liviana, hizo cortes y ruedas, y ruedas y vueltas por el aire, pasando y repasando por entre los dedos del penitente, para luego revolar é posarse en lo mas alto del lintel de la puerta. Don Egas, que tal fué su nombre de este hidalgo, para conquistar aquel joyel, apellidó en su ayuda los ingenios de guerra que estar en uso para asaltar los torreones de las cercas y muros; pero al postre acopiando sendos guijos lisos y escuetos de la corriente trepandó por ellos con su luengo acero, pescó el billete, que desdoblandole de sus tres dobleces, y aplicándolo como ensalmo á los ojos, sobre el calletre y por bajo de la higadilla (salva sea la parte), leyó despues de la cruz negra del comienzo con capirotos encarnados, las siguientes razones.

«A vos el magnífico escudero, salteador de mi alvedrio. Magüer la entereza de mi honestidad afincóse en resistir la delectacion de vuestros requebrados amores, tan de antuvion entrástedes por el rastrillo de trasparamento de mi corazon, que sin mas estar en mí me siento astreñida en rendir el mi homenaje, y me fino en deliquios de imaginaciones vuestras. Otrosí, el vuestro talante que pasea de continuo frontero á mis fenestras, magüer encogido é diminuto, halló medra en mi aspereza, é sepades (é en tal punto se me enrosa bermejo el rostro), que campeará en el mi alvedrio *in sæcula, sæculorum*. E como él mi linage es de enjundia é añejo, inquirí que sedes de los buenos é viejos, sin ser retajado (Dios vos libre), ni conocer la Atora ni el sábado, ni mirales á furto el lardo; é otrosi supe, y vala por todo, que sedes de Solares de Carriedo, todo para gloria de esta mi persona ataviada hoy dia en fecha con saboyana carmesí y verdugado de seda, y la toca





FERNANDEZ G.



con volante blanco pinjado con pinjantes ricos, vision en forma que si 'queredes reverenciar, acudir habedes á media noche por filo por el arcaduz del jardin. Subid por el tapial, y de allí por el abedul tomad tierra: catad de non caer, é si caedes catad de lastimaros razonablemente é nada mas.»

Tres veces se le agolparon lágrimas de gozo á los ojos de aquel menguado lector, compañero tuyo en aquel trance de licion, oh benévolo leyente, é tres veces sospiró é desahogóse el pecho. E aina rebozóse en la capa, é asomando el rostro como cauto ballestero por saetía, repasó la calle, ojeando la fenestra de suso nombrada, é á trasflor de verdes vidrios de Venecia atisvó la figura de la enjaulada, que ni punto mas ni punto menos semejava á D. Satanás enfaldado, é haciendo gentil mesura volvió el canton de la vecina calle enderezando á su casa para atender la escura noche.

Eran las doce muy corridas é la rua estaba negra como malos pecados, cuando dos gentiles—hombres así fablaban en puridad andando su camino.

—Paréceme, amigo Egas, que non andades tan suelto por la calle sonando la queda como á sol tendido.

—O don Malicioso ¿é non sabedes que el jaco de malla, é la cota é el broquel, é el montante, é otros arrequives de tal guisa, algun tanto empescen é perturban los miembros? mas aosadas que el ánimo mas despejado va que nunca, é resuelto á todo. Mas dígame dómine Tomillas, ¿traedes el discante y la letra para cantar?

—Si traigo.

—Mas hemos llegado al lugar: vos faredes la escucha buen Tomillas, mientras yo guindo mi persona por el tapial, así como me hagan la seña. Rasgad empero el instrumento, é apuntadme la letra.

Entonces el enamorado Egas con voz entonada y ronquilla, cantó de tal manera con ayuda de vecino.

Cuando contemplo en tal hora  
El blanco envés de tu espalda,  
Y que recoges tu falda.

Para subir tan sonora;  
 Don Cupido, ó don Demonio  
 Entra á rebato en mi pecho  
 Y grito un sátiro hecho  
 Yo requiero matrimonio.

.....



Así cantaba Egas cuando se oyó caer una falleva, é otrosí se oyó una voz que ceceaba desde rejas no muy altas, é luego dijo: «A del gentil-hombre.»

Allegóse el amador, dándole órdenes antes á su atalaya, é así hablaba á su señora—Tan mal parado me parastedes cuando paréme á parar los parabienes que para...—Alto, alto, é non pareadme mas, don apareador de lindezas, liso y llano é no tan alto de punto, non semejedes á saltador y surtidor de jardin que lanza agua alto, alto y se resuelve en nada. Empero esto á parte, dadme mercedes ya que os evité saltear murallas, é á riesgo

de voltear os tengo aquí ni con tanto trabajo vuestro, ni tanto apartamiento mio. Recogí las llaves de este zaquizami, é vedme aquí sola é sin mancilla, que las fembras de pró no temen trasgos ni fantasmas.

—Ya que, por vuestro mandato he de hablar canto llano, vos diré señora que esta merced que de vos recibo la acojo con mas gratitud de vuestra pudicicia, cuanto hasta ahora no vos merecí que crueldades y sofrenadas.

—Asi es la verdad, caballero, mas parad mientes, que las doncellas treintenas, como yo, han de esquivarse con mas ansia que los arrapiezos de quince á veinte: materia feble é quebradiza é que vos enloquecen á vosotros los amadores.

—No así á este vuestro servidor, que donde no vé persona entera é correosa, no vé ál de provecho, ademas que non nací para endotrinar fija de vecino.

—Mi fé que fablais como el conde Lucanor, é que esa discrecion me captiva. Tambien vos diré, que ora miro en vos perficiones que antes no reparé en ellas. Ejempli gracia: ese vuestro naso corvo y parvo, é arremangado un tantico como quien vá á la frente, me ponía un miedo cervical como á doncella asustadiza: parecíame gema de gigante sayon desplegado por la mitad de vuestra cara, é las carnes me bullian viendo los anchos lunares como de almagre que le paraban. Empero ahora no miro en él que miembro apuesto que vos autoriza cumplidamente: é miro mas, é veo á ese don Cupido de quien cantábais que cabalga en ellas, fablo narices, é que con sus viras batiéndoos á guisa de acicates, os llama la sangre en aquel lugar.

—Non me sonrojeis con los vuestros loores, mi señora....

—¿Dejástedes quien vos ficiese espaldas? pues creí escuchar algun rumor.

—Fieme en el buen Tomillas, tañedor de laud é dulzaina, é él dará rebato en toda aventura.... *mas hele, hele por do viene.*

—Mala landre me mate si no somos acometidos. Tres campanarios armados entran por la calle, de cada paso llevándose media plaza de andadura, y en las manos menean por mazas sendos robles ó palos de navio.

—El miedo vos face abultar las cosas, buen Tomillas.

—Decidme gentil-hombre ¿sedes poeta? que segun faciedes uso de hipérbole, ó yo no me apellido Aldonza, ó podeis bien facer



un poema: andad á vuestro puesto D. Babieca, que eso que vos semejan campanarios habian de ser los mozos gabachos del comendador Nuñez, que facen burlas é escarnios ruando por el barrio, como que hoy es martes de antruejo. Idos, idos, é non conturbeis nuestros coloquios.

—Ansi será, é la peña de Francia no me desmampare en este oficio de atalaya de amores... y fuese el escucha y prosiguió Don Egas.

—¡Oh Doña Aldonza! círculo de mis ruedas, blanco de mi cuidado, é cuento de mis vueltas é revueltas, dejadme, amparadme de vuestra diestra.

—No me retoceis la mano por entre las rejas de la fenestra, travieso mancebo, que tengo ante los ojos aquello de *lo barato dado caro llorado*. Atended al tiempo y no queréd perder el rocín y las manzanas.

—El que tiempo tiene y tiempo atiende, tiempo viene que se arrepiente; perdonad algo á la fuerza del mi amor.

—Todo home face tales añascos y marañas para burlar á nos las doncellas, é despues de burladás, el duelo ageno del pelo cuelga.

—Mal alfaxeme remoje las mis barbas si mi promesa... pero al pobre Tomillas lo rematan... ¡Santo Dios que vapuleo!

Y era así, que los mozos gabachos del comendador, que todo el dia anduvieron guantando con blanco á los vagantes, y sujetando girones y añaceas al manto de las dueñas, encontrando de estantigua al buen Tomillas, por la media noche le arremetieron con algazara, é le atapaban la boca con poleadas de yeso cual á chico mamon, é el cuitado gritaba, «que me rematan á coces y cucharadas.» Dejando la turba alegre á Tomillas mal parado, embistieron con el amante, que en buen paladin en medio de la calle blandia la espada para reñir como bueno, animado por las voces del marimacho enrejado que le acuciaba á reventar de fuerte, ó semejándole en lo bravo á Leonidas é á otros perillanes de la antigüedad. Pero el atónito escudero, ya porque remembrase la paciencia cristiana, ó bien porque la disforme catadura de los desenvueltos mancebos que venian de carantoña y botarga le turbase los sentidos, ello es cierto que tomó una retirada sin mas compás que los espaldarazos y cintarazos de aquellos tarascas ó garduños, é ainda llevando el agua vá de los vecinos. El molido se recojó en su morada, é la dueña dando ventanazo se refugió en su recámara, matando las alimañas é correderas que encontraba al paso en el desvan, no cansándose de maldir por hombre que tan mal defendió el paso, é revolviendo en su mente la traza de vengarse de amante tan amilanado.

D. Egas fincaba en su lecho repasando en la mañana los azares infaustos de su correría nocturna, cuando ante él apareció un muchacho vivo é agraciado que le entregó una epístola con nema



negra, é le preguntó, ¿niño, sois paje?—¡O que no, señor estafermo, digo enfermo! soy el monaguillo del barrio, cual lo vedes por la opa que visto; é llevo, é traigo, é tomo, é pido—Pues toma, dijo el del lecho, esos tomines, é la Magdalena vos guíe. Allí rompió la nema y leyó esto que sigue.

«Al follon, al ruin, al asendereado é mas molido de todos los escuderos.

Vos vide fuir al cantar el gallo, é entendí el son del bataneo que vos hicieron en los lomos; abollados se os mantengan.

Non mantuvisteis el campo como ardido, ni vos salvastes con cautela, mas sin cerrar vez siquiera, tomastedes calzas de Villadiego é corristeis á puto el postre. E ansi, magüer fagais en mi desagravio diez torneos é dos pasos honrosos, é quebre des trescientas lanzas vos fago siempre la mamola: chicos é grandes vos escarnecen é dicen que á hombres de Castilla nunca el mesmo dia-



blo puso miedo, cuanto mas los antifaces é mojigangas: é otros dicen, ¡Santa María, qué horror! dicen que la fuida vos soltó los pies, é vos corrió la vicaria, é que de acullá vino que sonástedes por bajo la dulzaina, é non era dulzaina, é que oliades non á estoraques ni algalias sino peor que zufre. ¡Puf! ¡qué blasfemia!

Id en mal hora; é jardinero os recoja para sus eras, que non limpia é aseada dueña, Doña Aldonza.»

Tres dias de sol á sol, el pesaroso Egas, quedó sin catar pan ni tragar agua, llorando con los ojos y cacheteándose con los puños por su flojera de nervios; al cuarto dia tomó descanso, al quinto anaranjó un gallo, é jugó á las tablas é de allí á otro dia reia á la desesperada, é cuando le tocaban la retaguardia solo respondia, mas vale vergoña en cara que cuchillada, saludable consejo que de marras aquí muchos prosiguen é obedecen. E otros: oteando en su magin el buen D. Egas reparó que si á interrogacion se debe respuesta, con mayor fuerza de derecho toda epístola traida en recaudo pide letra y carta en papel; y por tal resolvió no darse por muerto, antes bien escribir su senda foja, y diciendo y haciendo ansi trazaba letras como signos de nigromancia y dijo:

«A la por ahora mitrada en tocás y rabuda en haldas:»

«Tal espinan y escuecen las razones de vuestra epístola, que no semejan sino escritas con el vello de vuestros belfos y quijadas, que no son mas ásperos los ortigales de la montiña. Si me catástedes repararme y retirar (que fugir non, ¡pese á Mahoma!) fué porque con cuatro no hay garabato, y que á mi hijo lozano no me lo cerquen cuatro; y mas vale salto de mata que ruego de bueno, y antes tuerto que ciego y huido que no manco ni lisiado. Y no pensedes que soy hijo de paloma blanca ó Juan de buen alma que me tomo las barbas con jayan de tres estados y me barajaré con diez jigantes. Y en cuanto á lo del punto por bajo, miente la bellaca, que soy bien trabado de miembros y muy astreñido de natura que nunca por jamás me permitió hacer tal desaguisado, y por tal todas mis coyunturas y entrecijos huelen á estoraques y canela y estoy á prueba y pago la estrena. Non curo que vos podáis sufrir semejante espulgo si no es que Don

Lucifer fuese el husmeador. Vos os habeis dicho en puridad, mas valen coces de monje que halagos de escudero; mas pronto vos veré como la pimienta negra, rugada, tostada y en pos molida. Si os ofendeis de mis razones, sabed que á quien me hace mal con la boca, le muerdo con la cola; y que habló la boca por do pagó la coca. Tened por cierto que los mis amores no me entraron por vuestros ojos bellidos, sino atendiendo á que por falta de chapin metí mis piés en un celemin, ó que por deseos de zuecos metilos en cántaro. No ál sino que si Satanás no os empuña, los grajos vos saboreen, D. Egas; dos minutos despues de mi redencion.

La carta fué y afufóse la tórtola, é ansi quedaron en flor é ciernes, los amores de Egas é de Aldonza, ficando burlados los curiosos de ver que fruto é ingerto hubiera salido de cruzar dos castas tan eminentes por su huero magin. E magüer la perficion de esta mercancía reservó natura por altos fines á tiempos mas cercanos á nosotros, non embargante casándose separadamente Egas é Doña Aldonza difundieron prolificamente su simiente ne-  
cia é sandia hasta nuestros dias, en que sus nietos andan en servicio de estos reinos por mar é por tierra. Es linage eterno.

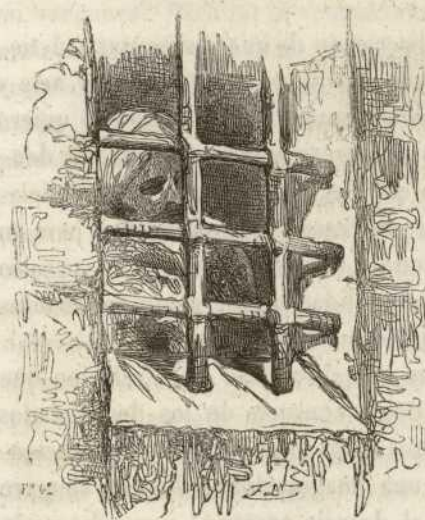
Tuvo cabo esta historia en la Era de César de 1342 é la escribió Maese Cándamo.

EL SOLITARIO.

# HIALA, NADIR Y BARTOLO.

## XVIII.

Feliz el que cubriendo su cabeza  
Con la holandá sutil del blando lecho,  
Fija la mente en mágica belleza,  
Se aduerme al alba en plácido reposo:  
Y mil veces feliz y mas dichoso  
Si bebiendo en la copa de bebedo,  
Visita las mansiones encantadas  
Que con oro y azul fabrica el sueño.  
SOLEDADES.



**O**h Nadir! estás cautivo y el feroz sultan Ismael no soltará jamás los nudos de tus cadenas. Tú tienes fértiles territorios, él posee grandes estados; estan en linde y deben confundirse, y con tu muerte él los hereda como hermano de tu padre; triste iatástrofe... ¡Oh Nadir, me enspirás compasion!

—¡Oh vírgen hermosa! Tú no puedes ser sino Hiala: tus acentos me revelan algo de mas celestial que las vulgares bellezas del serrallo: tus ojos de gacela (1) me manifiestan quien tú eres.

(1) Hiala es lo mismo que Gacela.

Tú sufres como yo : tú como yo eres prisionera : si mi cárcel es el estrecho recinto de una torre, tambien es prision tuya ese jardín en que vagas. Tenga el sultan un deseo y ese ámbito se estrechará hasta....

—¿Hasta qué?

—Hasta el recinto de su camarín, hasta el cerco de su lecho. ¡Oh Hiala, me inspiras compasion!

—Resolucion de muger es palma contra el siroco ; se dobla y finje que cede ; pero al fin cumple siempre el gusto suyo y triunfa de la fuerza. Quien viene á verte en la torre de los siete sellos algun poder tiene, y quien te habla desde un algimez (1), alto cien codos del suelo, algo tiene de las propiedades de las aves ; y el poder y la belleza solo se rinden al placer. ¡Oh Nadir, qué inadvertido eres!

—Las aves tambien se prenden, y la burla que en su loca vanidad hacen de las redes la pagan á caro precio, sacudiendo los hilos de alambre de su jaula y lastimándose contra ellos : al poder y la belleza los vence mas poder y mucha astucia. ¡Oh Hiala, qué inadvertida eres!

—Nadir, á pesar de la indiscrecion de que me acusas, tú tienes cierto oculto presentimiento de que te verás libre por arte y ayuda mia. Un sueño, una vision, cuyas circunstancias no quiero apuntarte, te han participado tal suceso, y las aventuras por donde has de pasar, y las finezas que me has de deber y las delicias que juntos hemos de disfrutar son casos tan verdaderos para tu fantasia, que todo lo crees con la mayor certeza : y es preciso confesar que no puede haber credulidad mayor como dar fé á las sombras del sueño. ¡Oh Nadir, cuán crédulo eres!

—Hiala, no negaré que hay algo de verdad en la relacion que has hecho : los sueños son el único consuelo de los desgraciados y ya halaguen solo los miembros fatigados y lasos, ó ya entretengan con sus juegos la sed de una imaginacion ardiente, siempre es dulce el disfrutarlos. Pero el desvelo acerca al punto la mano fria de la realidad y toda ilusion desaparece ; así mis sueños hu-

(1) Ventana, mirador.

yen, y con ellos la credulidad mia; si tú me juzgas crédulo ¡oh hermosa Hiala, cuán crédula eres!

—Mira, Nadir, nos hemos echado en cara como defectos tres cosas cada una mejor que la otra, y que juntas hacen el encanto de los sentidos y la delicia del espíritu; juntas digo forman el verdadero amor, y amor con juventud y belleza es el almivar de los cielos. La compasion es ternura; ser inadvertidos es ser inocentes y crédulos.... ¡Oh Nadir! la credulidad y la credulidad mas ciega es el único y cierto distintivo del amor. Si yo á mi amante le dijese (y no lo creyera) que volaba la montaña Kaf, y que el mar venia encerrado en la concha de mis zarcillos, lo separaba al punto de mi mente. Así, Nadir, dejemos ese language, que aunque lleno de flores siempre presta alguna amargura, y dispongamos la evasion tuya y la fuga mia para cumplir tu sueño y completar nuestra dicha.

—Mira; Hiala, ya en mí es un deseo, un delirio, un frenesí el mas estremado lo que en tu corazon acaso no será sino un antojo pasajero. Pero ¿perderé mis estados? ¿dejaré de llevar á cabo mi venganza? Para mí la venganza es la miel de la vida, y el ponerte al lado de este ídolo y sagrario de mi corazon es el mayor encarecimiento de la pasion mia. Rompe mis cadenas, dame un hanjar y toma con mi cariño la última lágrima de mi sangre, pero antes de todo: déjame vengar.

—Mira: tus estados son grandes, son fértiles, pero el fruto mas puro y la flor mas linda revelan siempre la fatiga de un esclavo, el sudor de un infeliz. La venganza es manjar muy dulce, y debo saberlo porque soy muger; acaso estamos de acuerdo, y solo nos diferenciamos en el modo; concédeme que nuestra venganza sea menos violenta, y yo daré tal susceptibilidad á nuestro enemigo que le sea dolorosa en mucho mas. El acero casi se embota en la dureza de la mano, y una espina de la rosa hace lastimar y desangrar el corazon. Ya el Sultan se abrasa perdidamente en el fuego mio; cuando al huir nos mire pasar por ante sus ojos y todo su poder no alcance á estorbarlo, su propio cuello se lo morderá de rabia, y para que no calme este leve sinsabor, todas las siestas le recordará su burla y nuestro amor la paloma azul que

vendrá á arrullar sobre su ventana. Por lo demas puedes poner en el menos valer, en el desprecio, todas las riquezas de tu herencia, y todas las arideces de tus floridos verjeles. Mi dote te



hará mas rico que todos los monarcas de la Arabia y de la Persia, y solo consiste en esta llave, este liston y esta mariposa blanca y verde de Cachemira. Con la llave abrirás y entrarás y visitarás invisiblemente desde la cabeza gorda y maciza del visir Barbaruk, hasta el último abismo del mar. Con el liston, sacándolo y ensortijándolo donde quieras, aunque sea en los círculos del aire, por un oculto sortilegio que no quiero explicarte, él mismo y por su propia virtud traza un oásis encantado, mansion afortunada de todos los gustos y placeres, sin que la saciedad ni el fastidio ten-

gan poder para entrar en el mágico cerco de la isla. Gevios aéreos servirán el mas leve de nuestros caprichos, sin emplear jamás las groseras manos del hombre (que no puede haber dicha en la pútrida atmósfera del sudor ageno, ni en el trabajo del esclavo). Carros de luz nos columpiarán en el éter, córolas misteriosas de flores peregrinas nos suministrarán, como en cálices de oro, los manjares mas deliciosos, las bebidas mas delicadas; y esta mariposa en fin nos llevará á nuestro antojo, y con la viveza del pensamiento dó quiera que mandemos, dándote á tí asiento en la verde y á mí en la blanca y siniestra ála. Mira, Nadir, cual despliega el insecto hermoso su plumage de Iris para volar hasta tí, llevándote la llave misteriosa que ha de abrir los siete sellos que cierran las puertas de tu torre: abre, huye y escapemos juntos de la vileza y podredumbre del mundo de Arismane y volvamos á la isla de los encantos: parte, vuela...

Tiendo trémulo de placer la mano, y me encuentro, ¡ira de Dios! ¡cuerpo de Cristo! me encuentro con la mano gafa de mi criado Bartolo, que me movia y sacudia, cual violenta peripecia de tragedia, para despertarme del sueño mas delicioso que mortal alguno pudo disfrutar: me asestaba aquel Longinos la larga lista de sus sisas, que como traidora lanza cuotidianamente me dilacera el flaco y doliente costado, sacándome el revuelto rosicler de la plata y calderilla. No pudiendo mi imaginacion abandonar el hilo de oro de sus ideas, aun todavia yo soñoliento, se me escapaban de mis lábios estas palabras, que Bartolo, tomándolas por otras tantas interrogaciones matinales de las que acostumbro hacerle, procuraba satisfacer del mejor modo, entablándose así el siguiente diálogo:

—¡Oh Ismael!

—¿D. Rafael? D. Rafael entró aquí muy de mañana; dió tres vueltas y cuatro carrerillas: por no despertarle pintó á Vmd. con la tinta avinagrada del escritorio tres ó cuatro bordados en la cara con mucha sutileza, que todavia los conserva Vmd. con el mayor primor (y era verdad), salvo que se han estendido ennegreciéndolo de oreja á oreja. Dióme cuatro capirotaños llamándome bruto y asturianazo; se almorzó el chocolate, quebró el vaso, tronchó

dos sillas y se despidió, prometiéndome siempre volver despues para diablear un poco.

—¡Oh Hiala, oh houri mia!...

—Doña María entró tambien con la doncella de su sobrina; trajo papel del sello pobre para un memorial pedigüeño que debe Vmd. hacerle: dejó nota de la mucha hambre que padece, nombre del marido que pudo tener y murió, y estadística del estado en que puede hallarse la niña: dejaron la ropa blanca, me dió cuatro pellizcos de monja y volverán para lamentarse la vieja, del tacaño tiempo y la sobrina de la poca fé de los hombres...

—¡Oh llave misteriosa, oh paloma azul, oh mariposa de Cachemira!...

—Señor, no fué Cachemira, fué cachetina, y cachetina endiablada la que se dieron. El uno debia y dijo *nonnes*, y el otro quiso su dinero y decia *quiero*: fuerza era que se sacudiesen.

—¡Calla, maldito, calla! le dije al fin: no despliegues tus labios y no me martirices sacándome de los sueños que encantan para conducirme á las realidades que matan. ¡Calla, maldito, calla!

Pero todo fué en vano; el hilo estaba ya roto y ya me fué imposible remontar mi mente hasta los palacios de Armida, de donde bajé en un salto; y así el artículo principiado con las mágicas razones de Hiala y Nadir, fuerza fué acabarlo con la parla rastrera de mi académico Bartolo.

## EL SOLITARIO.



# ASAMBLEA GENERAL

de los Caballeros y Damas de Triana y toma de hábito  
en la órden de cierta rubia bailadora.

## XIX.

Mientras el Conde Duque  
Pierde al Rey la España  
Perla bailadora,  
Solazame y baila.  
Que tu pié tan solo  
Si pulido danza,  
Pintando en los aires,  
Saltando en las tablas,

Podrá y tu hermosura  
Borrarme del alma,  
Pensamientos tristes,  
Amargura y ansias;  
Y tu lindo aseó  
Y donaire y gracia  
El placer y gusto  
Sacarme á la cara.  
COMEDIA VERDADERA.



El día de la convocatoria era Domingo: la hora fué al punto del crepúsculo vespertino y el lugar en cierta casa ubicada en la

capital del mundo, cabeza visible de la España (el barrio de Triana,) con frontispicio á la calle *Non plus ultra* que es la de Castilla y con tapiales al mar de los rios y al rio de la gloria, quinto

del Paraiso, á quien al presente los nacidos llamamos Guadalquivir. Si este palacio por su humilde sobrescrito y modesta apariencia no lo hubiera escogido por suyo ningun Dux de Venecia, en cambio no lo desdeñara para regalada mansion nocturna el Visir mas amigo de frescuras y de perfumes, si le dejáran contemplar el paisaje mágico y la vista deliciosa que desde el jardin de la casa se alcanzaba. Y si una tarde del mes de mayo se sintiera halagado en los sentidos por el aroma de las flores y por el manso ruido de las aguas y de los árboles que allí se goza, desabrochando aquellas sus capullos y columpiándose estos al impulso del viento que consigo trae el murmullo lejano del rio y que se lleva trás sí el sonoro estruendo de los inmediatos raudales desprendidos de la alta alberca; no hay mas decir, sino que dejando los pensiles del oriente vendria á tomar asiento en Sevilla y á avvicindarse en Triana. Aquel verjel y cerco de verdura era en verdad agradable por estremo. La puerta que llevaba al zaguan y á los aposentos bajos de la casa se cobijaba con dos hermosos parrales de una pámpana verde, vívida y luciente, que se confundia con los vástagos de muchos jazmines altos y enredados por las paredes de la cerca. Tales jazmines que si estos eran reales, aquellos eran moriscos; dejaban todos asomar por entre las oscuras y aspadas ramas de sus vástagos los blanquísimos pétalos y los perfumados cálices de sus flores. Con los jazmines, la madre-selva y la pasionaria se entrelazaban confundidas, ostentando estas su morado ribete y aquellas sus perfiles albos y olorosos. En los arriates de en medio crecian varios carambucos y mirabeles, si coronados estos de sus ramos de nacar y oro, aquellos lloviendo sus glóbulos de topacio que resaltaban mas entre los tallos de limoneros, cidros y naranjos vestidos de azahar que se mecian pomposamente al viento. Número sin cuento de tiestos y macetas de flores se levantaban al frente en anfiteatro, colocadas en andenes de tablas invisibles á los ojos por los festones de ramaje y verdura que de todas partes rebosaban y se desprendian. Aquí remedando á la rosa, las mosquetas y diamelas daban alarma á la vista disparando antes su aroma al ambiente: allí la nicaragua, las campánulas, las arreholeras, avergonzaban la pura luz

del sol con sus matices y cambiantes. El galan de dia abrochando ya sus capullos que durante la siesta embalsamaban el contorno, daba lugar á que la dama de noche desabrochara los suyos para embriagar en suavísimas esencias el aire y los sentidos. Tambien el nardo y los jacintos pagaban allí copiosamente su tributo de olores para formar con las demas flores aquella nube de voluptuosidad y de amor que cobijaba toda la estancia. De los ramos y de los vástagos de arbustos y de árboles de aqui y de allá, colgaban alternativamente con cintas de todos colores tallas de fresquísimo barro y faroles pintados, aquellas sin duda para resfriar el agua al halago del ambiente y estos para alumbrar la escena que á poco habia de representarse. Alguno que otro pájaro y colorin revolaba entre las ramas como queriendo saber las aventuras de dos ó tres mirlos y verderoles, que encerrados en sus jaulas de caña y alambre colgadas entre las flores, se deshacian en gorgeos y carrerillas, y sentidas entonaciones, celebrando sin duda los encantos de aquel lugar.

Es indudable que cuantos pormenores van aquí apuntados mas parecieran preparativos para pintar un pasaje de Dafnis y Lise que para bambochar una escena de Rinconete y Cortadillo, si mas al lejos de la estancia que hemos copiado fielmente, no se dejarán ver otros cachibachés y menudencias menos bucólicas en verdad por lo que se apartan del Idilio, pero mucho mas á propósito para la boca, que los apuntes herbolarios y botánicos que van bosquejados. Ello es que entre la sombra de las vides y debajo de los ramos flexibles de varios plátanos y laureles que cerraban al lejos el jardin, se dejaba ver larga mesa corrida, cubierta á trozos (pues no llegaba á mas la tela) con manteles de gusanillo blancos y almidonados como vestimenta de altar. A un lado y otro se miraban cestos de mimbres colmados de pan rubio ó candeal bajo mil formas caprichosas y lucidas, pero todas tentando sabrosamente el paladar. Aqui las teleras rubias de los panaderos de la Macarena, allí las rosas y hostias del bizcocho delicado de Alcalá. Los bollos y panecillos crocantes, las hogazas y cuartales con anís, los roscones de pellizco y empedrado y el pan reblandecido y de miga se miraba en altos y anchos rimeros, dando á entender

golosamente el menester para que servian y la buena ocasion en que debian emplearse con las viandas, segun la calidad de las salsas y aliños en que estas se brindasen al apetito. En una mesa de pino de travesaño apoyada por el un cabecero á la pared del huerto, se dejaban ver cubiertas de pámpanos dos candiotas gualdrapedas, es decir, cada su piquera por opuesto lado, sin duda para que los escanciadores del vino, llegado el caso, mas holgadamente y con mayor prontitud pudiesen desempeñar su cometido de chirriar la piquera, soltar el caldo, llenar la vasija y pasarla en redondo á los sedientos que se ahogáran lastimosamente sin tan soberano auxilio. Como para que fuese este mas eficaz y súpito si tocaban á fuego los gargueros de los convidados, se miraban en derredor profundas hileras y anchas falanges de toda laya de cristalería. Los cortadillos, medios y chiquitas, eran como los cazadores de tales escuadrones. Los vasos de menor talla, entre los cuales se miraban como de uniforme y gala por sus colores y dibujos los ricos y antiguos artefactos de la casa de la China, formaban el cuerpo de batalla, y los vasos de ancha cavida y estu-penda estatura de toda procedencia y de toda diversidad de raza, eran las mangas escogidas de granaderos y zapadores de aquel numeroso y bien dispnuesto ejército. Aunque todo él reflejaba luz y brillantez por la limpieza y casi bruñido del cristal, bien se dejaba ver por la manquedad de unos vasos, la melladura de otros, las lañas curiosas de lacre de estos y las cicatrices y falta de continuidad en aquellos, que tales legiones de cristales y vasería habian rodado y peregrinado por muchas partes y sobre todo, que habian militado y tomado parte en muchas escaramuzas, encuentros y refriegas del jaez y calibre propio de la que por entonces se preparaba. Este aparato guardaba consonancia con los vidrios de diversos colores que se ostentaban en dos grandes y corridos vasares que á mediana altura se miraban en la pared frontera. En ellos habia frasquillos, redomas, botellas y limetines de todos tamaños y de todas edades, encerrando y brindando al mismo tiempo los mas vistosos licores. Aquí habia *refinado*, allí *rosoli*, este frasco decia *mistela*, aquel *champurrado*, con otros apelativos y denominaciones curiosas y de gran facundia y nove-

dad. Al mismo tiempo, en la mesa que ya hemos descrito, iban situando de trecho en trecho muchos barrilillos y cuñetes de las aceitunas mas ricas de la tierra, con diversos aliños y encurtidos en verdad; pero todas puras, mondas y sin toque ni mácula alguna. Entre estos incentivos y aditamentos del paladar se veian en larga fila anchos barreños de la loza sevillana con sus flores azules y su barniz luciente y blanco, conteniendo y celando al propio tiempo algo de apetitoso y mucho de condimento, cuya fisonomía y carácter no se podia distinguir por estar enmonterado con otra vasija cada plato y barreño. Solo en medio de la mesa, como en anchísimo palenque, se dejaba ver descubierto y por estilo de plaza mayor un eterno lebrillo alfombrado y entapizado una, dos y cien veces con capas geológicamente dispuestas de anchoas malagueñas, ahogadas copiosamente en salsamenta de alioli y otros adherentes, y adornado con mil juguetes y figuras pintadas diestramente por mano maestra con la ayuda de la clara y yema de muchos huevos y el verdor salpimentado del perejil, cebolleta y mejorana que en doble y triple cenefa orlaban la dilatada redondez de tan ancha cuanto profunda alberca. Lo frondoso del sitio contrastaba agradablemente con aquellos abundantes y sustanciosos pertrechos y sabrosísimas provisiones, pero el concurso que debia de llenar aquel y emplearse en esto, no parecia y el ámbito se miraba desierto como huérfana la pitanza. A mas andar declinaba la tardecilla y se dejaba sentir el zefirillo que á tal hora rasando las aguas sube travesando rio arriba del Guadalquivir, trayendo consigo el consuelo y la frescura. Un color plácido de Aurora sonrosaba el ambiente dando un tinte delicioso é inespliable á los edificios y montes que se parecian al lejos y el humo ya esparcido que los hornos de porcelana y azulejos vomitaban en columnas rectas ó en parábolas y espirales obedeciendo fácil y elegantemente al halago del viento dieran el último remate al cuadro, si no se hubieran detenido (para darlo, ellas, en las revueltas de Gelves, apareciendo entonces) dos ó tres embarcaciones que á vela tendida emparejaban entonces la Torre del Oro con proras pintadas y airosas banderolas y gallardetes. En este punto entraba por la puerta del jardín cierta persona que por su traza singular

y por venir como de guía de gran séquito y acompañamiento exige con razon punto redondo y párrafo aparte.

El entrante era ya en verdad de edad propecta y aun madura: la cara no era nada desagradable: ovalada con ojos negros, vivos é inteligentes, con la nariz regular, con boca ancha pero dejando ver regulares y blancos dientes, con la frente levantada y bien calzada de pelo y con cierto gesto de autoridad afectada pero por nadie contradicha, daban al todo de la persona las afueras y exterior de algun Patriarca de aviesa y enrevesada laya. Un pañolillo de yerbas doblado cuidadosamente como para el cuello, rodeaba la cabeza con cierto primor y lisura para dar entrada ajustada al sombrero de ala estrecha y copa encaramada que con faja de terciopelo negro y respuntes y rapacejos azules daban cima y corona á esta nuestra figura del primer término. Un marsellés rico con mangas primorosamente bordadas y golpes de sedería en lugar correspondiente, cobijaba sus brazos y espaldas dejando ver por los remates de todo el ruedo, caidas, solapas y cuello, la ancha franja de pasamanería en donde resaltaban en esmerada labor y prolijo dibujo de sedas de varios y vivos matices, todos los encuentros, grupos, lances y suertes de una corrida real de toros, desde el enchiqueramiento de las fieras hasta el trance del cachetin y el arrastradero de las mulillas y caleserillos. El marsellés era en verdad lo que nosotros los hombres llamamos una prenda de Rey. El jubetin era morado y muy abierto dejando ver la camisa blancamente almidonada con cuellecillo arrollado ciñéndolo en rededor un cabrestillo encarnado de seda catalana. El calzon era de pana azul tomados los jarretes con cinogiles copiosos de lana fina de colores, dibujándose en todo lo largo del pernil la botonadura de alcachofillas de plata que venian corriendo entre dos cordoncillos bordados de burato celeste. La faja era tambien encarnada y un primoroso botin baquero, aunque algo usado, cubria la pantorrilla cobijando el zapato que era voltizo aunque airoso y bien cortado, con tapas bien bordadas y sujetándolos con plantillas de correas, apuntadas con cada tres cabezas por banda, de broches de metal relucientes como el oro. Este personaje tan autorizado por este vestido lleno de májeza, cuanto

por cierta deferencia que todos le tributaban traia debajo del brazo con aire gentil y desembarazado una rica vihuela que no era preciso que cantase para conocer al punto que era natural de Má-



laga é hija legitima de las primorosas é inteligentes manos del famoso y antiguo artifice Martinez. Tal guitarra era ancha en el fundamento, delineada á maravilla en el corte, el mástil llaman-

dose atrás con graciosidad gentil, el pontezuelo de ébano así como los trastes; las clavijas con ojete eran de granadillo y el clavijero de marfil, de donde colgaba en cintas blancas y rojas el moño ó fiador. El instrumento era pues de toda orquesta, es decir, de á seis órdenes y el encordaje de lo mas fino, con bordones sonoros ó de argenteria. Se conoia desde luego que era el órgano maestro de aquella catedral, el arpa druidica de aquel cónclave y el contrapunto y 'maestro de capilla que habia de guiar y dar la entonacion á todo el instrumental que allí se convocase. Al descender el mamperlan de la puerta del jardin, el de la vihuela (sacándola de debajo del brazo y trayéndola con la mano al costado derecho) dijo al que de mas cerca le seguia con voz catedrática y preceptiva, estas palabras.—Te digo *El Fillo*, que esa voz del Broncano es crua y no de recibo, y en cuanto al estilo ni es fino ni de la tierra. Asi te pido por favor (en esto daba mayor autoridad á su voz marcando mejor la entonacion de imperio) que no camines por sus aguas y te atengas á la pauta antigua y no salgas un sacramento del camino trillado.

—Ya estaba yo en eso, *Sr. Planeta*, respondió *El Fillo*. Aunque me separe así y por allá, alguna pizca de los documentos de la gente buena, en cuanto me hace seña la capitana entro en el rumbo y me recojo al convoy.

Este *El Fillo* formaba contraste por la sencillez de sus arreos con el atildamiento del amigo *Planeta*, á quien ya conocen nuestros lectores. Una antigua gorrilla miliciana de las de manga azul y copa encarnada con escudete, se le ajustaba á la cabeza; pantalones altos de pretina y cortos de vuelo confinando por allí hasta el pecho y llegando por aquí apenas al comienzo del tobillo cubrian su persona, embutiendo un pié perfectamente descarnado y sin calcetas en unos zapatillos muy averiados y pasando los brazos y las espaldas por una chupilla tan encogida y angosta que dejaba ver así los botones adonde se aseguraban los orillos amarillos que sujetaban los pantalones, como el movimiento de los omoplatos cada vez que se ponía en movimiento la persona de aquel buen amigo.

Ambos protagonistas tomaron asiento en el lugar mas apa-



rente de aquel anfiteatro, llegando en pos de ellos y tomando tambien lugar adecuado, larga comitiva de personajes, héroes, próceres y magnates que por su aire señorial y contoneo, bien manifestaban el valor de sus personas y el crédito que alcanzaban entre contemporáneos, naturales y extranjeros. Fuera prolijo por extremo hacer alarde y reseña de aquel escuadron escogido de notabilidades que ni aun hoy dia, siendo la época que es, pudieran hallarse mejor en Madrid. Nos bastará decir á los curiosos que andando el tiempo pensamos escribir unas vidas paralelas de aquellos y de estotros héroes, cuyos nombres reservamos aquí en el magin, cuya obra estamos seguros ha de alcanzar tanta nombradía como la famosa de Plutarco.

Entre tanto diremos que allí á la banda derecha se miraba á Juilon, al Felpudo, al Nene, al Pintado, á Fortuna y al Isleño con sus respectivas escuadras y clientes: al siniestro lado se pare-



cian Listones, Longanizo, Malos-pelos, Chivatin, Garfaña, Tulin, Holofernes y Siete cabezas con los suyos y allegados, y mas cerca y como en lugar de privilegio se ufanaban altivamente sin duda por sus circunstancias y habilidades artisticas el Canario, Querubin, el Cañero, Callagloria, Parlerin, el Tano, Clarines,

Esquilones, Campaniles, el Pardillo, Suavidades y Ruiseñores, con gran séquito de otros tocadores y cantadores que tomaban su apelativo y cognomento de esta ó la otra singularidad de la voz, de la persona, ó de algun dote particular de la figura ó condicion.

Fuera mas fácil pintar los matices encontrados y caprichosos del Prado mas variado y florido por el mes de mayo y sujetar á cálculo las innumerables cambiantes y caprichos de los cuadros, colores, adornos, festones, cenefas y guirnaldas, que se ven en la cámara moviente del Calodeiscopio, que dibujar uno por uno los trajes, disfraces, vestimentas, arcos, capas, tocados y cataduras de todo linaje y laya que allí se parecian. Es cierto que si se aparta este ó aquel vestido de majeza y boato como el que hemos bosquejado, todo lo demas mas requeria el pincel picaresco de Velazquez, Goya y Alenza, que nó las tintas y toques delicados de Murillo, Morales y Madrazo, si es que se habian de representar con toda su desmalazada y truanesca propiedad. Allí se veia la sotana y el manteo sacristanesco y estudiantil transformados en chupa, manta y en capotillo alicortado: acá el dorman y ferreruero de húsar convertido en pelliza de algun pillo del madero: á este lado el vestido corto de campo en contraste con uniformes de todo género, de todas armas y de todo regimiento, si bien de diverso corte y de encontrados colores, conformes sin embargo en ofrecer á la vista un aspecto venerable de veteranos é inválidos con esta y la otra amputacion honrosa del faldon, de las mangas y del collarin. Allí se miraban descubiertas las cabezas ó ceñidas solo con el lazo y nudo de pañuelos y tocas de todos colores; por acá se veian los castoreños y calañeses del picador ó del hombre del camino; por acullá la montera alta y manchega ó la de caireles y arramales; á esta mano el sombrerin alto y de copa; por la otra el estache feo y sin adornos; por aquí y por allí el sombrero faldudo, ya tendido y á la chamberga, ya apuntados y de tricornio de todo corte y de toda buena y mala estampa: Al ver tal diversidad y taracea de figuras y colores, sin estar mas en la mano, se venia á la memoria aquella copla preliminar que sirve de introito é introduccion á todo cantar y baile gitano, que dice:

La capa del estudiante  
Parece un jardín de flores  
Toda llena de remiendos  
De diferentes colores.

En el cuartel y andanada femenil la variedad era menos des-  
cónforme, ajustándose en gran parte á la pauta general y recibida  
de la belleza, y si acaso algo pudiera encontrarse en él de extraño  
y peregrino, aumentaba á lo picante y curioso del cuadro. Cuatro  
Matronas vistosamente vestidas y en años treintenenas cuando mas  
eran como las capitanas de aquel escuadron mugeril. Maria de  
las Nieves, Tránsito, la Accidentes y Entrecejos se miraban de  
primera dirigiendo con la vista (á par de ojos por barba, negros  
como la endrina), las hileras de gitanillas y muchachas bailantes  
y cantadoras que se agolpaban en su derredor con los palillos entre  
los dedos, con muchas flores en la cabeza, el canto y la sonrisa  
en los lábios, el primor de la danza en los pies, y los movimien-  
tos y los pecados mortales todos en el talle y la cintura. Allí se



miraba Perlerina, Suspiros, la Tirana, Remates, Encantaglorias,  
Paraisos, Terciopelos, Trini, Pespuntos y veinte mas famosas por  
su canto y sus gorgeos, mientras acá se revibraban en los asientos

ó se columpiaban saltando en el terrizo, la Triscante, Saltitos, Tresgolpes, Saleros, Corpiños, Zaranda, Serení, Vendabales y Culebrita, la Rigorosa y muchas otras mentadas y nombradas en la ancha Andalucía por su gracia y donaire en los bailes de la tierra. Fuera imposible dar cuenta cumplida y hacer retrato perfecto de cuantas y tantas cosas buenas y apetitosas como en aquellas mugeres se miraba.

Bastará decir en cuanto á los vestidos que todos los cambiantes del Iris se empleaban en su testura y matiz; en cuanto á las figuras que el negro mas de ébano campeaba en las trenzas, en las cejas y en las pestañas de aquellas morenas y serranas: que la grandeza se admiraba solo en los ojos y lo breve y recogido en tres cosas diversas, á saber: la boca, el talle y el pié, sin meternos nosotros en mas honduras y curiosidades. Muchos ramilletes en la cabeza y en el regazo, mucho aseo en la persona y calzado y mucho derrame de gracia, donaire y sal por todas partes completaban el conjunto personal y colectivo de toda aquella grey y comitiva, capaz por sí sola de poner en la anarquía mas completa á los penitentes de la Tebaida y de provocar las peticiones mas estrañas en el Sinodo y Concilio mas ascético y venerable.

Todo aquel concurso en plena audiencia y cónclave solemne como estaba, bien daba á entender por su gesto y frases sueltas que aquí y allí se oían, que alguna ocasion alta y de empeño era causa del consistorio, y que algo de grande y de estruendoso habia de sobrevenir. Poco se tardó para abrirse de par en par las ansiadas puertas de aquel misterio. Fué el caso que dando para señal con airoso blandir del brazo un estallido con la traya que asordó las orejas, el zagal Pingano famoso entre toda la gente de galeras y calesines, y que hacia funciones de ayudante, callaron todos, y levantándose el Planeta requiriendo antes el sombrero, llamándose á los ojos y pasando y repasando la mano derecha á rodo y contrapelo por los morros como para abrir camino á sus palabras y elocuencia, dirigió al auditorio estas ó muy parecidas palabras:

«Gente buena y no digo mas: ello es que digo, como iba diciendo, que lo que aquí nos trae es eso mismo que todos decimos:

que lo rico y bueno todo ello es uno propio, ya venga del Puente, ya de la banda de Levante, y no hay mas que decir que si lo legítimo y de buena cepa se separó y dispersó y anda por el mundo, *Undebel* los junta y amanoja cada, como y conforme quiere. Y por eso mismito está de cuerpo presente en la ciudad de Madrid (que es mas allá de Ronda) una bailadora *Nin-plus-ultra* que es de los nuestros y nuestra propia calidad y prosapia en todo su *drupillo* y en toda su ánima sin dudar en ello, y á declararlo así y á tenerlo por firme y valedero nos vemos *achantados* y juntos aquí para *libanarlo* y escriturarlo en forma: ¡Tropa de acá! ¡tropa de allá! ¡gatería de todas partes! (dijo volviéndose á uno y otro lado) ¿os sabe y os acondiciona bien tal manifiatura?»

*Chachipé* gritaron los unos ¡*que si-que!* dijeron otros, ¡bien nos sabe! exclamaron aquellos, y por do quiera resonaron y se notaron las muestras mas inequívocas del comun asentimiento. «Pues entonces, prosiguió el Planeta, que D. Poyato haga de su mano y que menee el oficio.» Al oír esto todos volvieron los ojos á cierto paraje del patio en donde el concurso mas en piña y de monton parecia, y vieron enarbolarse, izarse y enhastarse en alto una efigie magra, flaca, de muy cerca de seis pies de talla, que presentaba al público una cara inesplicable de malignidad y burlesquería, confundiéndose en ella lo sarcástico y lo truhan con los rasgos mas finos de la inteligencia y con cierto gesto de bondad, dulzaina y socarrona. El tal personaje era como hasta de sesenta años: lo enflautado y lo encanutado de su figura y el amojamamiento de sus carnes daban mayor apariencia á lo mayúsculo y encaramado de su estatura; y como los brazos eran tan descarnados y las piernas tan prolijas y largas, cuantos movimientos marcaba y señalaba hacian recordar al punto el continente y el talante de los gervos del Retiro, siempre que marchan, se mueven y revuelven. D. Poyato se miraba casi calvo, y á remediar la desnudez del colodrillo subian como en red artísticamente entretregida los tufos descompuestos y prolongados y canos que entapizaban todavia la parte inferior de la cabeza, sujetándose los cabos de esta red por un mordente ó peinecillo de hueso negro en lo alto, para cobijar y alfombrar el colodro, los temporales y la

frente. El traje que llevaba este varon insigne era una casaca que habia sido negra, pero que el tiempo, único tinte que tiene imperio sobre tal color, la habia trasformado en mezclilla de mala



especie. El corte era redondo y en su pristino estado debió ser prenda de algun fiel de fechos, médico ó alguacil mayor. Las mangas Jeshermanaban del cuerpo y lo accesorio no era de la naturaleza de lo principal. Por ello. el manguil derecho era azul y muy holgado y ancho, al paso que el siniestro que hubo de ser muy angosto y de cervatana desde su primer engendro y naci-

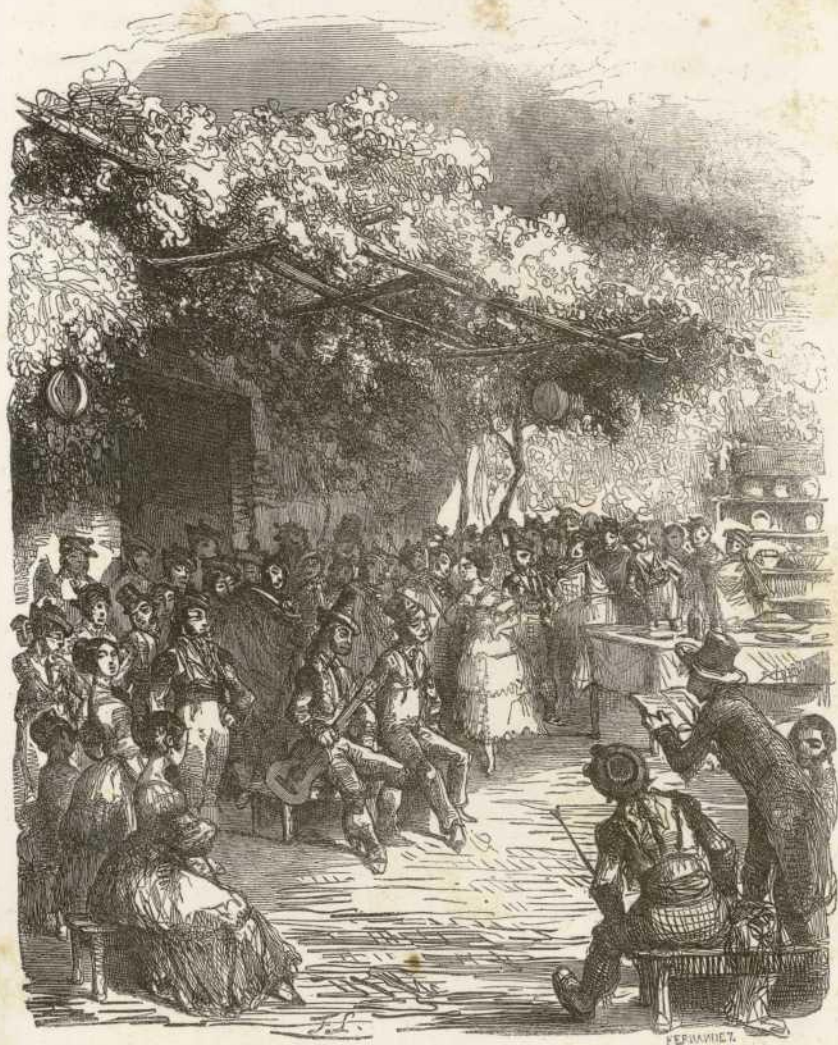
miento, para que pudiera prestar servicio, estaba abierto por las costuras dando así entrada al brazo. La manga quedaba así en bandola, corneando de una parte á otra á modo de manipulo, y como los aforros eran encarnados, siempre que se movia el brazo guadañil de D. Poyato semejava un banderol de vigia que daba señales y consignas. Los calzones habian sido tambien negros y ahora incalificables; sujetos por su hebilla ferruginosa á las rodillas y encabestrándose allí con dos medias de estambre negro, con sus correspondientes marras, puntos y carreras que dejaban entrever una piel curtida y denegrida que valiera veinte pesos para cubiertas y tapas de algun libro Becerro de ayuntamiento. Los zapatos estaban en toda regla, siendo de notar solo cierta agradable variedad, pues este era chato y romo con hevilla clerical, y aquel de larga punta á la inglesa con moños ajados de ribete. El sombrero era una alhaja: *al principio* se engendrò para un juez de Audiencia de grado de Sevilla, despues lo heredó un capigorrón de la iglesia de S. Llorente; luego pasó á ser prenda de un alguacil de juzgado, de aquí á formar parte de la guardarropía del teatro, en donde diariamente tomaba parte en la representacion ya del *Vinatero* de Madrid, ya del *Leñador escocés*, ora en los entremeses del teatro antiguo, ora en los sainetes de Castillo y de D. Ramon de la Cruz. De la guardarropía fué de donde D. Poyato hubo y adquirió aquel venerable sombrero, que le heroseaba poniendo cima y remate á su figura peregrina. Siempre que en algun concurso se levantaba D. Poyato de su asiento, temeroso él mismo de desplegarse al pronto y de antubion encaramando su prolongada estatura, con susto y sobresalto de los espectadores, lo ensayaba poco á poco y gradualmente, manteniendo inclinada la parte superior del cuerpo y recogidas en dos dobleces las dos prolongas de sus descarnadas piernas. Por lo mismo al levantarse y tomar la palabra en este trance solemne, dibujaba con su persona y con bastante correccion la figura Z. Se quitó, pues, el sombrero con las cinco tenazas de la siniestra mano, descomponiendo al saludo los mal avenidos y compaginados cabellos del colodrillo, cayendo sobre la oreja derecha unos aladares canos que comenzaron á guardar

compasillo con los movimientos y accidentes de la cabeza y á caminar de acuerdo con la hopalanda volante del manguil siniestro. D. Poyato con el sombrero en la mano paseó un saludo asaz, cortés y comedido por todos los cuatro vientos cardinales del auditorio, y su boca que era ni pizca mas ni pizca menos que la que el señor Haya nos presenta en las láminas del pais de las monas ó los viajes de Wanton, demostraba con sonrisa perenne é inefable la dentadura almenada con que de verde, gualda y negro se guarnecía. Con efecto, aquel buen amigo pretendia con su gesto benévolo y su ademan humilde captarse el asentimiento y buena voluntad de la asamblea. Segun el agrado con que todos le miraban y contemplaban, fácil fué conocer el buen logro de sus deseos y el interés que inspiraba, por lo que el presunto orador ó prolocutor, mas animado ya y enderezando un tanto la curvatura de sus espaldas, y modulando la boca de esta y la otra manera, como herramienta que se requiere y ensaya para usar de ella en el trance inmediato y próximo, comenzó así á hablar con voz cascadilla, pero penetrante y muy inteligible.

« Infierno de hombres y gloria de mugeres, quereis, deseais, y se os parece y antoja bien que se relate y lea el dicumento en cuistion, por vuestro Coronista en forma y Faraute en ejercicio, dignidades ambas que en indivisible diptongo se juntan y confunden, enlazan y matrimonian en esta humilde persona? » Que se deletree y decore, que se relate, lea y relea, con todos sus til-des, puntos y comas, gritó á un tiempo toda aquella gatería.

Pues si así es, dijo D. Poyato; allá vá eso: y poniéndose el sombrero pando con aire algun tanto soldadesco, echó mano al propio tiempo al bolsillo hondon de la casaca, y sacó una cartera de á fólio, algo mugrienta y aforrada en badana negra, leyéndose en el tejolete del tomo en letra asaz curiosa y clara estas palabras: *Historia del Marqués de Mantua y de los Doce Pares*: Don Poyato abrió el cartapacio por lugar y registro determinado, y sobre papel de á todo fólio, algo moreno y muy semejante al de saetia, escrito en caracteres bastardos, y con mucho de rasgueo, lazos y ringorranos, comenzó á leer de esta manera, paseando de tiempo en tiempo la cabeza, derramando la vista sobre el au-





FERRANDEZ.



ditorio, y llevando el compás con la mano izquierda puesta en acto de doctor sustentante que argumenta ó distingue, mano acompañada inseparablemente del susodicho brazo, á quien seguia tan de cerca aquel manguil abierto y hopalandero.

*Carta de vecindad y albalá de naturalizacion Trianescas que en son de Real Ejecutoria firme y valedera y en favor y gracia de cierta bailadora, que se pinta sola por alto y por bajo en la ciudad del Olen-del-Oclaye (Madrid) ha librado y despachado el cónclave una, dos y tres veces respetable, de la gente legitima, buena y rigular, grandes y chicos, granados y menudos, ellas y ellos, cantadores y cantadoras convocados para el caso en lugar aparente y mediando las ceremonias, chasca, utensilios y boato que en tanta y tal solemnidad es requerible y precisa: atencion y sonsoniche.*

«Estando en los estrados de costumbre, juntos en uno en consejo abierto, convocado á son de campana y jarro tañido, en dia diputado y señalado para el caso segun es antiguo fuero y usanza en el pueblo y república de los hombres de verdad y mugeres de carne y hueso, tacto y contacto: puesto por cabecera y presidencia, en lugar de privilegio el Señor Planeta, Conde y Principe de la Cofradía, Rey de los dos polos, é imperante en los *calis de Sesé*, acompañado y rodeado de todos sus chambelanes, senescales, maestresalas, Mayordomos, escuderos, gentiles-hombres y demas tropa y gabilla, y puesto todo á punto, é instruidos y bien cerciorados de lo que se trata y con asesoramiento de personas de ciencia y conciencia, larga vida, mucho visto, mas oido y aprendido, de muchas entradas y salidas, y de infinitud de noticias, historias, casos y sucedidos, todos con su propia boca dijeron: que se les ha hecho buena y circunstanciada relacion, leal, legitima y de á ojos vistas y de innegable certinidad, sin mas dudar en ello, por viandantes, peregrinos, pasajeros, gente que vá y viene, que oye, escucha y entiende, peritos en la materia y rematados en el arte, de haber aparecido en los *Madriles del Rey*, cierta bailadora hija del aire, nietezuela del fuego, mapa del mundo, crema del licor, flor de la canela y remate de lo bueno, que por alto y por bajo, por liso y raso, por menudo y repicado por lo cabriolin y trezadillo y por los quiebres y requiebres, provocaciones y ten-

taciones de su cuerpecillo y cintura, es maravilla de la naturaleza, asombro de los nacidos, estimulante de la vida, y sabroso mortificante de la carne, que vuela sin plumas, que quema sin candela, que aparece y desaparece ligera como el pensamiento, triscadora, impalpable, aérea, divina, celestial, etc.»

Y dichos señores no dejándose llevar de voces vanas, ni de pronto y súbito, antes bien dando tiempo al tiempo, consultando, interrogando é inquiriendo segun la importancia del caso requiere, siempre salía y remanece lo mismo, pintiparado, á saber, que la dicha bailadora era cosa rica y grande, y no contentos con ello nombraron personas diputadas y señaladas de su seno y grey, para que se llevasen ellas á sí mismas, y en brazos ó en piernas se trasportasen y portearan al sitio y lugar en donde se parecia y mostraba tanta maravilla, para que dieran informe por escrito y de palabra de lo que viesan y entendiesen, resultando de todo mayor canonizacion, gloria y edificacion; por todo lo cual, mirando, considerando y contemplando esto, aquello, lo otro y lo de mas allá, dichos señores dijeron: « Que por cuanto dicha bailadora tiene la estampa y el corte legitimo de la tierra, retrepada y echada atrás con sus debidos dares y tomares, y sus altibajos correspondientes en el cuerpecillo, cinturilla de anillo, pié de relicario, pantorrilla de gran catedral, y de allí á los cielos, y á que los brazos son si los despliega las álas en la paloma, y si los enarca las armas del Dios Cupido, el pecho búcaro de claveles y el cuello y la cabeza como los de la garza, si mira al sol y luego á la tierra; atendiendo á que mide el suelo y hiende el aire con la majestad de corregidora, la gracia y la sabiduría de la Gitanilla de Menfis; á que suena y tañe, pica y repica los palillos con rigor y brio, salero y compás como bailadora deputada de rifas y festejos; á que lleva y trae el mundillo con vendabal y riguridades con sus correspondientes temblores, molinete, estremecimientos y serenidades; á que dá el paseo y hace la procesion con el boato y la misma gala que la Jura del Rey y la festividad del Corpus Christi, á que sube y baja su zaranda como Dios manda, pidiendo á voz en grito harina y mohina, para su zarandillo y cedazo, á que se coje y encoje, dilata y desliza



*Mad. Gui Stephan.*  
*en el Salto.*



como anguila en el agua; teniendo en cuenta su manera de navegar y tomar y soltar rizos, que se empavesa y arrisca echando juanetes y escandalosa con flámulas y gallardetes, llegándose has-



ta los cielos, amainando y arriando de súbito, quedando en facha desafiando con bandera de guerra potentados de la tierra y de los mares; considerando que aquel braceo es de todo recibo, como de jardinera que coje rosas y flores, ó gitanilla que lucha y baila con su propia sombra; mirando muy en ello aquellos disparos y estalles de piés, que no los alcanzan los ojos, ni puede divisarlos el pensamiento del alma; á que con los susodichos piés escribe en el aire y pinta en la misma luz, tirándolos como cosilla perdida hácia los cuatro ángulos de la tierra, trayéndolos empero á su voluntad como rayos que tiene *Un-debel* en la mano á su ver-

dadero centro y asiento debido; á que los juega y esgrime como maestro de espada prieta, que los escarcea y engaratusa, los baraja, vibra y ondea como el escardillo y sus resplandores en la pared; á que los teje y trenza como los bolillos en manos de la encajera: á que fija el uno en la tierra tan firme cuanto el polo antártico, levanta el otro y se hace chapitel de torre que el viento revuelve ó lo recoje y se convierte en el pájaro que hace la letra Y, ó lo estiende y se hace relox que señala desde las seis á las siete, y en fin á que los bate y despliega como sus álas las aves y las mariposas, y su abanico las mozuelas y las viudas; contemplando que en todos los trances, pasos y accidentes del baile, pone cuanto condimento y especias son convenientes sin omitir el comino y la alcarabea; á que toma tierra con gracia y aseo; á que es pernera, chazadora, galopante y lomo levantado: á que lleva los jaeces con rumbo y á que todos los arrees los sacude con gala y aire, dejando ver mucho y adivinar mas: dichos altos señores y atemorizadores de hombres fallaron en toda regla que debian declarar y declararon á la referida bailadora, muger legitima de la tierra, serrana líquida y trianaera apurada por todos cuatro costados, y que por tal la señalan y fallan una, dos y tres veces y las demas necesarias en derecho, sin que nadie pueda venir en contrario y que por lo mismo se la inscriba en el número de las primeras y decuriones de la Hermandad, señalándosele aposento en el barrio de Triana como feligresa y colegiala, y haciéndosele ya repartimiento de sal por su derecho de vecindaje, entendiéndose que este repartimiento de sal no es el que pagan los *Romanés de Sesé* por firman del capataz *Mon*, sino que es el donativo de sandunga y salero, que dan diariamente al mundo las mugeres de nuestro bando para que se rocíe por todas partes y no mueran de desaborimiento los hombres y que á esta se la cargue la mano que tiene mina de Sales y si dá mucha mas le queda; se declara así mesmo que su personilla es la estampa de lo bueno y cortada de molde para la historia de nuestros bailes y que ni pizca mas ni pizca menos fuera tan de recibo cuanto al presente lo es en propia esencia y potencia: que las vueltas, revueltas y mudanzas que finge, las carrerillas que hace, los en-



cuentros y golpes que dá y las suertes que saca es que lo pinta soberanamente. Y se declara que de cintura á la zaga es la reina de todos los movimientos. Se declara tambien que cual ninguna pinta la Chacona y la Gambada, las campanelas y la Gallarda, y que el Vigía de Cádiz no tiene mas señales ni las levanta mas en alto que ella los perniles y *pinreles*; que si mata la araña con todo conocimiento y tilin, con gran primor y aseo y valiéndose de la punta, luego con el calcaño desmenuza el mundo y trocará en cibera los perdigones; que hace el *bien parado* y que juega á guardas y metedores como nadie, que finje el capeo con el trapo de sus sayas, que gallea, cita al torillo, entra y sale en jurisdicción, pone arponcillos siempre rematando y sin enfrontarse ni quedando en embroque, sino cuando lo quiere y es su gusto, que llama los pollitos como la clueca moñona, que llamaba uno y salian veinte.»

«Y yo *cacareando*» añadió entre renglones el Señor Poyato, dando á su gesto siempre en sonrisa cierto gracejo de endiablada galantería, paseando de nuevo la vista por todo el concurso como pidiendo vénia y asentimiento, «y yo *cacareando*,» repitió relamiéndose, pero considerando que tal exclamacion no concordaba bien con la autoridad y severidad del acto, apagó el resplandor de regocijo lascivo que asomaba en su rostro y prosiguió al momento alzando la voz para hacer olvidar su desman.

«Y se declara asimismo que dá las pavitas de Roma como paje de cardenal; que su paso es callado, corto, cuco y cortés, pulido, prusiano, perdido y puntero, segun y conforme es útil y se necesita al caso; que su cuerpecillo es tunante, picarillo, muy pitero y con mucho gancho en la retrechera; que en el cuneo parece que vá al calacuerda y que es sonsacador, provocativo cudicioso y con mucha juerza de chupe; que hace la tijera con soberano poder como en *flábica* de *cravos* y capaz de cortar á cercen la cabeza de una criatura, y esto aunque tenga turbante, que tiene el mareo muy suave, y que no hay mas que tenderle la manta, y por final y postre se afirma, falla sentencia y ratifica que en la *sota de bastos* es para matarla y que en el *remanque* parece la Rial de España que iza bandera; que en la cu-

lebrita y sierpe enreda y ciñe al prójimo por la cinturilla arriba con los huesecillos y coyunturas, y que si se regocija y rebulle y toca á aleyuya parece sábado de gloria que hará repicar todos los campanarios del mundito y disparar todas las baterías del sentiííido.



Se le previene á la dicha bailadora que de hoy mas se tenga por tal serrana líquida y trianera recocida haciéndose guardar las franquezas y privilegios de tal, sin sufrir cosa en contrario, mirándose obligada á vestir siempre saya corta, justillo ceñido y mantellina blanca ó negra, cogida por la oreja con aire recio y de desenfado: se le advierte que ha de confirmarse el nombre tomando el de *Malena*, *Lola*, *Currilla*, *Trini*, *Carmela* ú otro por el estilo, de nuestra propia cosecha y trapío, calendario y almi-

naque y martilogio, pues el de *Virginia* es de mal agüero y siempre acaba en mal, amonestándola que si toma D. Cuyo no se llame *Pablo*, que suena á bobon y para poco, sino que se nombre *Paco*, *Goro*; *el Chano*, *Jusepon*, *Tóbalo* ú otro así, que con los de esta laya podrá accidentarse pero nunca ahogarse: se la hará entender que por su buen derecho, propia autoridad y saludable efecto de esta declaracion, puede andar y campar sola por toda la jurisdiccion de Sevilla, entrando como ama y saliendo como Reina en *Torreblanca*, venta de *Eritaña*, *Macarena*, *Tomares* y demas sitios famosos de este cerco de tierra, recibiendo agasajos, tomando yantares y desperdiciando bebia y licores sin estar obligada á pago alguno de ostelage, peazge y pontazgo, haciendo sobrada satisfaccion con echar dos *riales* de sus movimientos, si es que se los piden y ella viene en ello por voluntad de su gastito, que tal ha sido, es y será siempre el privilegio y juro que en esta banda tienen los cuerpecillos buenos y recocidos. Cuando vaya á Mairena, Rocio y feria de Santiponce será la primera en romper el baile y será llevada y traída en las carretas endoseladas al lado de la médica y de la Mayordoma de la Hermandad; se pregonará y hará entender á todo hombre de camino, ya vaya franco ó ya de carguío, que la dé grupas siempre que las pida, llevándola como en urna y bajo dosel adonde ella quiera y señale; pagándola el gasto y siempre con mucho miramiento y muchísimo aquel, sin atropellarse en nada y siempre por la buena, y si ella observa mano oculta y mar de fondo, que largue un bofeton de categoria y arremeta á la cara trayéndose leña entre las manos y siga el camino, que si el terremoto arrecia y ella dice *¡favor á Carmela!* las aristas del campo se trocarán en jaurias de hombres como erizos que la harán mas segura que en el Consistorio. Y se la amonesta que componga la boca en esto del habla, que por las malas compañías en que ha andado de gringos y de gabachos suele tropezar y salen á medio bautizar las palabrillas, y para que en esto entre en ringla y pauta, se dá comision en forma al *Solitario* para que la arregle y concuerde la lengua como en tales casos acontece, encargándole al delagado que la ejercite y adiestre en la acentuacion de la jota

y en la pronunciacion de aquellas palabras mayúsculas que son la llave maestra del idioma: que en desempeñar su comision con buen fruto y lucimiento, adelantará en merecimientos mucho el delegado y se le tendrá en cuenta, y esto aparte de los emolumentos, gajes y adehalas personales que ella quiera satisfacer hecho el ajuste cuerpo á cuerpo sin mediar chalan ni corredor. Y últimamente se manda que de esta ejecutoria y albalá de fallo definitivo, se saquen copias y testimonios derramándolas por el universo mundo para edificacion de los nacidos y cudicia de aquellos y aquellas que tengan buena sangre y quieran venirse á nuestra banda. Y se enviarán copias en pergamino á nuestros hermanillos de Xerez, los Puertos, Utrera y Cádiz, Córdoba, Málaga y Ronda para que al propio tiempo de hacerse en la materia y de curtirse, la archiven en lugar correspondiente, poniéndolas siempre á salvo de las garfias de los señores de la Amortizacion por si viene chubasco de supresiones, desarmes y esas cosas que andan. En fuerza de lo cual así lo dijeron y firmó el que supo en la ciudad de Sevilla, orillita del rio, vispera de la Señora Santa Ana, de todo lo cual (y se destocó de nuevo el señor Poyato con aire de sumision) yo el Secretario de esta Gobernacion y de esta cámara doy fé.»

«Caterva de hombres y colmenilla de mugeres (dijo levantándose el Planeta mirando á todas partes) ¿os parece bien la relacion y letra menuda del Faraute Poyato, y si así es, admitis y teneis por vuestra para defenderla y matarse por ella como lobos rabiosos, á esa *Pan de Cielo*, antes Virginia y ahora llamada por nuestra confirmacion y potestad buena y rebuena, la rubilla Carmela?»

«Aprobado y admitida y bautizada, gritaron á una voz en diversas entonaciones las muchas y diversas gentes de aquella admirable grey. Todo aprobado y mas firme, añadieron, que las murallas de Cádiz y el Peñon de Gibraltar.»

Entonces el Señor Planeta dijo: pues si así es, allá vá mi firma, y metiendo mano á la faltriquera del calzon sacó una tabletilla con mango de hueso, en la que de estampilla y de manera inversa habia esculpido el nombre del Presidente el hábil pun-

zon y escoplo del carretero *Penantes*, muy ducho y perito en escribir y sobre todo muy variado. En las nueve letras de la palabra *el Planeta* se encontraban seis caracteres diversos, y los que eran de la propia laya tenían la amena variedad de ser los unos minúsculos y los otros versales. El Presidente sacó en efecto su sello y con ademan de importancia y autorizado, lo cubrió de tinta estampándolo en seguida en el papel que reprodujo la firma el *Planeta*, cuya estampilla contempló con indecible placer

por un instante aquel diestro pendolista. Después añadió:

«Tropa, llegad, jurad al uso del día y firmad que así *ganares la vida*: y así fué que todos iban llegando y estampaban con mano ministerial, por lo vacilante, tales figuras y visiones, que á poco parecia el papel traslado fiel del Arca de Noé ó trasunto de un cuadro de las tentaciones de San Antonio.»

En tanto, cierto agradable bullicio y cierto sonoro estruendo se parecia y oía por todas partes, y era que la orquesta se preparaba y el banquete no estaba lejos. En efecto, al lado de la vihuela maestra se iban colocando otras guitarras de menos alcance, una tiorba con teclado corrido, dos bandurrias y un disicante de pluma, todo punteado y rajado por manos diestras é incansables por extremo. Dos muchachos manejaban los platillos enjendrados con sendas planchas de beloneros y un chicuchin que fué un tiempo de la banda del regimiento de Ecija, y dando el tñ-tan con la ayuda de cierto antiguo tamborilero de los batallones de Marina, ponían la corona al instrumental. Por el otro lado se estremecían platos y se trasegaban líquidos, se encendían las

candilejas y faroles y se quemaban candeladas y hogueras de San Juan. En algunas de estas sobre trévedes de hierro y en anafes muy pintados se levantaba el goloso aparato de los pestiños, hór-



rachuelos y buñuelos, viéndose aquí hervir el aceite como si fuese oro líquido, saltar y estallar allí la masa somorgujándose y bañándose despues por los estanques de miel viva y rubia y que todo despues en salvilla rústica pero limpia Sevillana, iba á llenar los ámbitos de la mesa. En esta se descubijaban y desmonteraban los hondos platos y dilatadas fuentes que ofrecian de pronto, ora altos rimeros de pescados fritos, rubios como las candelas, los albures, las bogas, las lisas, las pescadillas y el abadejo, ora anchos mares de salsas apetitosas en donde misteriosamente se embozaban los menudillos, la uña de vaca y de carnero, los tasajos de carne, los trozos de sollo y de pescada, y los restos de muchos habitantes de los gallineros y vivares. El to-

mate y el pimiento ocupaban lugar de privilegio, mostrándose, no en coalicion mentida, sino en confederacion y maridaje firme, perenne y sabroso con las entrañuelas de las aves, embutidos de sangre, y en frescas ensaladas y gaspachos que eran como el rocío y lluvia bonancible de aquella Zona tórrida de bebidas y de manjares. Los mariscos eran innumerables, pues ademas de varios guisos de hostiones, burgados, cañadillas y coquinas del morcillon, almejas y de la lapa, hechos y preparados segun el recetario de Pedro de la Cambra, habian llegado por el vapor y se mostraban allí con su capa de grana grandes escuadrones de cangrejos, bocas de la Isla, langostines y camarones, gran cantidad de conchas, caracolillos, búzanos, centollas y otra porcion de llamativos y poderosos conjuros para alejar el agua y acercar el vino. En cuanto á postres, frutas, golosinas y chucherías el abastecimiento no era menor.

A este costado se levantaba, como el balerio de las baterías de Matagorda, la pirámide de melones de Copero y sandías de Quijano, estas derramando púrpura y almibar destilando aquellos. Al otro resplandecian en anchas canastas de caña y sauce altos montes de naranjas de los Remedios y Ranillas, ó perfumaban el aire las limas simbogas, cidras y limones, mientras que en azafates de juncos diestramente pintados y aunados los colores, se dejaban ver la guinda y garrafales de la Serrania, los damascos y albarillos de Aracena, las cermeñas y perillas de olor y la damascena, la claudia, la zaragoci, la imperial y los cascabelillos de los jardines y verjeles del paraiso de Andalucia. Los confites, alegrías, roseos y polvorones de Moron se mostraban en un casillero muy pintado y adornado con papel de colores, brindando con cien géneros de frutas bañadas y garapiñadas formando pareja con mucha especie de turrón de diversas castas y traza distinta y con melcoche, mostachon, almendrados, melindres y merengues. La alcorza, el alajú y alfajó entre pañizuelos blancos y en canastillos muy lindos, provocaban mucho el gusto por su golosa apariencia que cautivaba los ojos al dejarse ver entre hostias blanquísimas de masa, tomando varia traza y figura como sierpes, ruedas, roscas, espirales y otros caprichos, objetos

y baratijas. Blanca mesa, limpia como un ara, que se parecia cual mostrador delante de aquel armadijo, brindaba para irritar la sed en diversos calibres, copiosa municion de anises y gragea de opuestos colores y matices. En este género era de contemplar tambien y muy de ver, grueso pertrecho de azúcar rosada que se ofrecia por todas partes bajo la varia forma y nomenclatura de yelos, panales, bolados y azucarillos que hacian mejor todavia y recomendaban más el agua cristalina pura y delgadísima de Tomares que se refrescaba al oreo del aire en los búcaros y alcarrazas, ó que se ofrecia en el lujoso aparato de dos ó tres agueduchos que ya iluminados y resplandecientes adornaban todo aquel ámbito y cerco. La fiesta, el baile, los cantares y el bateo, todo tuvo principio al mismo punto, y el que ahora cantaba es que ya hubo de bailar y se preparaba para dar en la despensa y bastimento como en real de enemigos y vice-versa, y todos así. El alboroto y algazara cundió por todas partes como pronunciamiento bien motivado, y los vivas y las salvas y el repique de los panderos y sonajas y el trino de la prima y el discante y el eco y dejo de los bordones y los motes, los estrivillos y las coplas no dejaban vacio en el aire ni descanso á los oidos. De tiempo en tiempo se escuchaban estas palabras: *bien venida sea la flor de la gracia. Viva la rubia Carmela, ya es nuestra como la carnicilla de nuestros huesos, hagámosla la Emperadora del aire y Condesa de toda esta tierra.* La zambra en tal punto se dejó entrar por las puertas del zaguan cierto pajecillo de pocos años, sí de muchos harapos, y que si no mostraba gran riqueza en ellas, llamaba la atencion por lo natural y fresco de sus libreas, que casi eran todas de cuero y carne, á pique siempre en sus movimientos de brotar y rebosar la ejecutoria de su sexo. El tal perillan dando una vuelta sobre un pié como para jugar á la cozcojita y teniendo presente sin duda lo del romance en quintillas de *Moratin*:

*Hincó la rodilla y dijo:*

«Si de aquí y de allá se ha congregado la gente de prosapia para coronar á la perla bailadora, ¿se le antoja tambien á este cónclave que arriben, vengan y lleguen de Cádiz y allende el mar, no la estrella de guia, ni los tres Reyes Magos, sino la es-



trella de las gitanas y los *Magos* y Reyes de los movimientos y circunstancias, para traer su feudo y tributo de adoraciones y contentamientos al caso que aquí se constituye?»

La caterva iba sin dudar en ello á dar su asentimiento por los diversos diapasones que ya conocemos, cuando Don Poyato emprolongándose desde su asiento y poniendo en feria de nuevo su figura, dijo: «¡Pues no han de entrar! y pílo y suplico que se nombre comitiva y acompañamiento de buena acogida y recibir: que ella es sin poder ser otra la *Dolores* y su comparsa de *Espeletilla*, *Enriquillo*, el *Granadino*, la *Mosca* y demas zarandajas.» Pues que entren dijeron todos y entrando que entraron se dejó ver de capitana y adalid la muchacha anunciada por Don Poyato: y en verdad que era ella un tipo acabado de su raza y su pais. Bella y gentil eu la persona, era su color soberanamente bronceado y negros los ojos y rasgados con muchísima intencion y fuego; el pelo no hay que mentarlo, negro tambien como el cuervo y como zingaro seguido y flácido; la boca albeando con una dentadura de piñones blanquísimos; el talle suelto y ajil á maravilla y los piés de la mejor traza, así como el arranque de las piernas que, en lo que dejaron ver luego sus estalles y campanelas, pregonábanse de gran morvidez y perfecto perfil. En las mudanzas y vueltas de la rondeña y zapateado estuvo de lo mas apurado que puede verse, pero en tocando que llegaron á los éxtasis y últimos golpes de la *yerba buena*, las seguidillas y la *Tana*, fué cosa para vista y admirada que no para puesta aquí en relato. Ello es que el *Planeta*, el *Fillo* y toda la asamblea clamaron en unisono y conjunto: « que habia mucho de novedad y no poco de escelencia en tal bailadora, todo de manera que la ponía y encimaba sobre cualquier encarecimiento, salvo empero si era en contraste con la *rubilla Carmela*, á tal punto aclamada y admitida por reina del donaire y de la gentileza y quede esto, añadieron, así sabido y asentado.» Por nuestra parte vamos al capítulo de los cantares, que en esto sí que podremos adjudicarle el primer punto y merecimiento. Entre las cosas que cantó dos de ellas sobre todo fueron alabadas. Erase una la *Malagueña* por el estilo de la *Jabera*, y la otra ciertas coplillas á quienes los

aficionados llaman *Perteneras*. Cuantos habian oido á la *Jabera* todos á una la dieron en esto el triunfo y decian y aseguraban que lo que cantó la gitanilla no fué la *Malagueña* de aquella célebre cantadora, sino otra cosa nueva con diversa entonacion, con distinta caida y de mayor dificultad, y que por el nombre de quien con tal gracia la entonaba, pudiera llamársela *Dolora*. La copla tenia principio en un arranque á lo malagueño muy corrido y con mucho estilo, retrayéndose luego y viniendo á dar salida á las desinencias del *Polo Tóbal*, con mucha hondura y fuerza de pecho, concluyendo con otra subida al primer entono: fué cosa que arrebató siempre que la oyó el concurso. Tocante á las *Perteneras* son como seguidillas que van por aire mas vivo, pero la voz penetrante de la cantora dábanles una melancolía inesplicable.

El tiempo andaba entretanto y el festejo se encendia cada vez mas, y era que como velada de Señora Santa Ana todo el barrio de Triana iluminado como una hoguera, cantaba, bailaba y se daba perdidamente al placer y al regocijo. La numerosa y escogida cofradía con quien tambien nos hemos contentado y regocijado nosotros, para aumentar tanto rebato y estrepitosa alegría y dilatar mas la hora de vivísima algazara que aquella noche trae consigo siempre en Sevilla, no tuvo mas que trocar el sitio de su sesion sacándolo de la casa consabida y traspasándolo al ancho ámbito del Arenal y cercanos huertos y melonares. Allí volvió á enredarse la fiesta, el baile y los cantares, dando tambien cada uno de por sí aventajada muestra por su persona Ezpeletilla y los demas continuos y familiares de la Dolores; solo se notó que el poder central de la vihuela maestra, se habia debilitado mucho, puesto que aqui y allí al son de otros instrumentos emancipados del centro comun y en derredor de ellos, se formaban y aparecian otras ruedas y bailes, de donde se separaban en seguida otros grupos y corros menos numerosos que al fin se apartaban y dividian todos en parejas silenciosas y furtivas que iban á esperar el alba por debajo de los limoneros y olivares. Dejémoslas pues en tan beatífico estado y digamos con el señor Poyato:

ALLA VA ESO.

EL SOLITARIO.

# BAILE AL USO Y DANZA ANTIGUA.

## XX.

El principe, el señor, el bien nacido,  
El galán y entendido,  
El resuelto y valiente  
Cojerá en el danzar gloria luciente,  
Que tan alta corona  
Grave autoriza, airosa perfecciona.  
.....  
Danzan las aves en el aire vago  
Y en el salado lago  
El bullicioso pezo,  
Y el javali mas trisca y se enloquece:  
Que en gozos celestiales  
Danzan las aves, peces y animales.  
POESIA ANTIGUA.



BIEN así como tocábamos todos á los umbrales regalados de Navidad, así tambien llegaban al zaguan mio las señales de benevolencia de mis amigos. Mas cuenta que como en nada puedo valer, ni tengo pizca que dar, se guardaron muy bien de encomendárseme en la memoria con pañuelos de Barcelona, ni con regalillos de Andalucía, ni chucherías de Valencia, y mucho menos con esas golosinas apetitosas mejicanas y peruleras, que tienen por divisa el

castillo y el leon. Todo se redujo á tres billetes de diversas for-

mas, aunque unísonos en la gallardía de la letra y finura del papel, que por contrarios registros me convidaban en una de las noches de Pascua para cierta diversion y sarao honesto y entretenido. El primer billete era de un honrado hortera, á quien conocí en la mercadería única de Jumilla, reino de Murcia, que aquí cayendo, allá levantando, há formado muy gentil patrimonio entre los ingleses de Gibraltar y los españoles de las costas y fronteras. El tenor era el andante: *Mister Juanillo Paco Martinez y Fernandez convida al honorable Don N. para un té, puding y negus en la noche tal: se entonará The live the king, y se jugará un Wisth, etc., etc.*—El segundo billete, que casi estaba en castellano, se relatava de este modo: *Le Chevalier Pedro Perez Porras invita á Mr. N. al soiree que ofrece al círculo de sus conocimientos. La calzadura de balparé y el pantalon corriente ó coulant.*—El tercer cartel escrito en papel rico de Capellades y con letra de la mas hermosa forma del maestro Torio, me decia: *Don Jorge Robertson, del condado de Essex en Inglaterra, suplica rendidamente á Don N. que le acompañe tal noche en tertulia: el agasajo comienza á las once, y espera de la cortesía de su amigo no ser desdeñado.*

Por cierto que estrañan mucho estos billetes viendo que el mas castizo y español lo es el escrito por el inglés *D. Jorge*, pero mas se repararán y admirarán los oyentes y leyentes sabiendo que por curiosidad maligna ó por mi natural disonante y exótico, admití el convíte del billete mas revesado y estravagante; esto es, el del caballero *Pedro Perez Porras*, á quien no quiero defraudar en nada omitiendo la menor letra de sus nombres, prenombrados y connombres. Llegado el dia y hora me envainé el vestido de terciopelo frisado que estrené en las juras de Carlos IV, y con mis piernas encanutadas me conduje faustamente á la posada del convidante, que como otras de su clase se conocen por grandes y espléndidas con el distintivo de *Hoteles*. ¡Qué idas, qué venidas, qué trasiegos del coche al suelo y qué revueltas del suelo al coche! La entrada se defendia con mas contraseñas que la plaza de Figueras, y cada persona era avizorada, olfateada y examinada con mas escrúpulo que fardo en almojarifazgo, ó que joya de

alquimia en mano de fiel contraste. En fin, vencidos tantos fosos y rebellines me instalé gloriosamente en el recinto privilegiado del baile, donde ya vagaban alegremente damas y mancebos al son de ministriles y chirimías. Nadie pondrá en duda que si el caballero Porras convida malditamente en español y si pone tarifa y pragmáticas de trajes para la entrada en su sarao, con todo eso es magnífico y suntuoso, no contradiciéndose lo rico á lo elegante y de buen gusto. Amen de esto, en siglo en que cada cual toma de lo ageno lo que puede para sus goces y placeres, edifica sobremanera el ver á un buen hombre que gasta largo solo en gracia y por fin de divertir á los otros. Esto lo encuentro sobremanera meritorio por cima de cuantos modernos escritores digan y mantengan que todo cuanto el hombre hace, es y lo ejecuta por interés propio ó por egoismo, lo que es igual mirándolo por ese lado. La calle de la Montera, las tiendas del Cármen, los soportales de la Mayor y todas cuantas bujerías, embelecocos y tiritañas se venden ó toman al fiar en el ámbito de Madrid se encontraban ambulantes y como con vida bajo mil formas, quier bellas, quier caprichosas, por el recinto iluminado de aquellos estrados y salones. Por mas que digan filósofos tristes y saturninos que tanta beldad, que tanto amor, que tanto festejo y alegría no pueden despertar en la idea sino pensamientos severos y de afliccion, y por mas que me canten la coplilla del Maestro de Santiago que dice:

Los infantes de Aragon,  
Que se hicieron...

á mí no me la cuelan, que yo me dejo llevar del placer bonitamente, y á pesar de todo digo que no he de recordar ni la destruccion ni la muerte, por los ojos de la cara que me pidiesen. Esta buena y alegre condicion mia no es solo cuando me hablo y me solazo con dama que no pasa de los 22, sino que es igual aun cuando en la bulla y danza tercié con galanes y señoras cuya edad se signifique por tres cifras. En este baile hallé fisonomías que si levantara la cabeza, le fueran ciertamente muy familiares al Señor Felipe V; pero ¿qué importa? El arte, el rus, los epilatorios, los cosméticos y mil específicos que casi tienen la vir-

tud de la piedra filosofal, han inmortalizado aquellas pieles abandonadas, mas que zurrador el gamito de Flandes.

Por entre aquellas turbas divagaba yo oyendo aqui un requiebro, allá una cita, acullá un pese á tal, ó por allí una maldicion cordial á sendo marido importuno, cuando al volver por un grupo de garzones y muchachas que se emplazaban para el rigodon, tropezaron mis ojos con aquel vejete despierto y parlerrin, aquel erudito de la danza que si el pio lector recuerda me dió la filiacion del bolero con mucha salsa de noticias y curiosidades antiguas. Cogióme la mano afectuosamente y dijome:—¡Oh amigo mio! V. ha sido de los beatos y escogidos, de los predeterminados por Júpiter, y señalados con bola blanca por la fortuna, puesto que lo veo en gloria y majestad disfrutando de tanta delectacion y encanto. Yo por mí, proseguia, le afirmo que si mis años copiosos me roban el gusto soberano de medir los pasos á compás, y moverme con medida y gracia me desquito en lo que puedo, acompañando á mi dulce tórtola (pues *laus Deo* estoy casado), y haciéndola bailar en cuantas danzas, saraos, bailes y tertulias tienen lugar entre conocidos y amigos. Mirela allí (y me señalaba con el index una linda muger de 20 años) cual se columpia donosa y vistosamente entre los brazos de aquel capitán de guardias. Ello es que nada puede hallarse que llegue donde rayan las escelencias del danzado, siendo indubitable segun el sentir de doctores graves y emborlados, que la danza no es sino una imitacion de la numerosa armonía que las esferas celestes, luceros y estrellas fijas y errantes traen en concertado movimiento entre sí.»

Nadie negará, le respondí, que no venga ese arte de lo mas alto y encumbrado que encontrarse puede, si como V. dice viene de las estrellas, y ya poco me falta para que crea que fué el sol el primer maestro de danzas que tuvieron los hombres. — Caro amigo (me replicó mi viejo, y tomando el mismo airecillo suficiente de marras), cuál fuese el primer maestro ó inventor de arte tan primoroso es punto que admite opiniones, dividiéndose el campo autoridades de mayor y superlativo empeño. Celio Rodiginio dice que Teseo, llevado de Creta á la isla de Delos, dió

principio á la danza adiestrando algunos niños en tal arte. Otros afirman que fué Pirro; pero esto, á mi flaco entender, debe entenderse únicamente de aquel baile que por su nombre se llama



*pirrichio*. Algunos sienten que la danza tuvo comienzo en Zaragoza; pero no señalan autor á quien se le pueda pagar patente de invento, y así es esta opinion muy desopinada, bien que á la que yo mas me atengo es á lo que dice Aldrete, que este nombre de danza se ha tomado de *Dan*, capitán que fué, cual todo el mundo sabe, de una de las doce tribus. A este tal, echándole su bendición Jacob le llamó *Cerastes*, y se llamó *Dan Cerastes* desde entonces, como primero que dió reglas á la danza, y esto es muy de hacer y creer, como á las décimas se les llamó espinelas de su autor Espinel, y otros mil ejemplos que se pueden traer, llevar, citar, aducir y anotar.... (1)

--No me lleve por Dios, le dije, á esas abstrucidades de eru-

(1) Discursos sobre el arte del danzado por Juan Esquivel Navarro.

dición que de puro remotas pueden parecer gratuitas é infundadas, y véngase á terreno mas llano y á rejion mas conocida.

—Voy de un vuelo, me replicó mi catedrático sonriéndose algun tanto como dando algo de valor á mi ajustada observacion y siguió relatando así:

Fuera prolijo por cierto si hubiese yo de referir las danzas peculiares de cada pueblo y acaso tocaria en enojoso si quisiera comparar los compases, medidas y carácter de ellas con la condicion y hábitos de las diversas naciones. En nuestra España puede decirse que como en crisol en donde han venido á fundirse tantos pueblos y tantas razas y familias se encuentran rastros, recuerdos y reliquias de las diversísimas espresiones que los hombres han adoptado para manifestar por el movimiento sus pasiones y afectos ora temibles y sangrientos, ora afables y voluptuosos. En la jota aragonesa y en otras danzas de Cataluña y el Pirineo se encuentra el compás, los accidentes y las mudanzas de los bailes griegos. En las provincias vascongadas, y en esto camino de acuerdo con mi amigo Istuerta (1), vemos todavia y oímos en sus zorcicos y otras músicas marciales los destellos, ecos y reminiscencias de la música y de las danzas célticas é ibéricas. El crótalo que por todas partes de nuestras provincias se revela siempre bullicioso acompañando de diversa manera aunque siempre airosamente, las actitudes de la persona, nos recuerda en gran parte los festejos con que el pueblo del Lacio celebraba al Dios de los jardines en los valles frondosos y apartados. Si damos un salto á nuestra morisca Andalucía nos encontraremos allí con la desenvoltura oriental, restos de las antiguas zambras casadas acaso con otros bailes venidos de las remotas partes de entrambas Indias. Es verdad, amigo mio, que el diluvio francés que casi ahogó nuestra nacionalidad en principios del pasado siglo, puso en olvido al menos en las clases elevadas estas tradiciones de las costumbres y usos de nuestras diversas provincias. El insulso minuet, el cansado pasopié, el amable la Breña y otros pasos franceses desterraron de nuestros salones los bailes y danzas de antigua

(1) Guipuzcoaco Dantza etc.—Descripcion de los antiguos bailes de Guipúzcoa, por D. J. I. de Iztuerta.—San Sebastian 1824.



alcurnia española, de que ya hablé á Vmd. en buena ocasion; pero el genio del pais que como elástica ballena se sacude y salta cuando menos se piensa, sirviéndole de poderoso resorte el mas leve motivo tomó muy pronto ruidosa venganza en cuanto al baile de la invasion francesa. Fué el caso que un D. Pedro de la Rosa maestro de danzas y que viajó mucho tiempo por Italia regresendo á España con mayores conocimientos en su arte, se propuso reducir á reglas fijas de baile nuestras seguidillas y coplas octosilábicas. Se dió tan buena traza en verdad, que las seguidillas y el fandango alcanzaron lugar y plaza en todas las funciones públicas, cerrándose siempre con ellos los grandes bailes como ahora con la Grecca y el Cotillon. Puedo asegurar á Vmd., prosiguió el viejo, que si queremos calificar debidamente el Fandango, no tanto debemos escuchar los propios encomios cuanto las ajenas calificaciones, porque han de ser mas imparciales. Lea, pues, en las aventuras de *Casanova* el juicio que formó de este baile al verlo ejecutar en Madrid en cierto sarao público, y sacará por el hilo de sus exclamaciones y entusiasmo las vivas y profundas sensaciones que hubo de probar gustando con los ojos y con el alma aquellos éxtasis, desmayos, arranques y furores de la pasion y del placer que forman con el compás y la medida y con las actitudes mas apasionadas, la esencia y vida del Fandango y demas bailes españoles.

A fé, á fé le aseguro, que si todavia tiene alma y vida nuestra nacionalidad hemos de ver puestas á trasmano estas danzas extranjeras que vé Vmd. figurar ante sus ojos en este salon, resucitando si es que ya existió ó creándose si es que aun no ha vivido alguna danza española viva, sentida, gallarda y apasionada que dé al traste y ponga sello de olvido á tales bailes que mas parecen concurso de estátuas silenciosas que proceden, que no á damas y galanes que se solazan con muestras de gentileza y gallardía.

Aquí llegaba mi orador, cuando terciando á la derecha y mudando conversacion, los ojos fijos en aquella que me llamó su tórtola, díjome:— Mas vagará por este punto tan del gusto mio, pero mi amada consorte ha quedado viuda, es decir, que la de-

jó su compañero pareja, y voy á entretenerla mientras halla otra distraccion mas amena que la de vuestro servidor marido suyo. » Se disparó de mí, fuese, pero detúvose al medio del trecho, revolvióse para mí y añadió:—Vuesa merced se pierde de saber cosas mil, curiosas, así como de oír el romancete que principié de Brianda; pero si mi muger logra un coloquio del caballero *P. Perez Porras*, soy al punto con Vmd., pues le agrada á la muchacha por extremo su conversacion y sus novelas. Las exageraciones y las novelas divierten mucho á las mugeres, ya que no por otra cosa, al menos por la parte que tienen de embuste y embeleco.

## EL SOLITARIO.



# GRACIAS Y DONAIRES DE LA CAPA.

XXXI.

Después de cuanto he dicho por mi *cappe*, aun la estrañas, y me preguntas qué como puede por ella trocar la toga? Que mucho, si por ella tal vez se trocó el ceptro y la corona?

...Puesta la *cappa* en los hombros, como no es cerrada puede derribarse del uno ó tenerse en ambos. Aunque se prende al cuello, no le aprieta ni carga. No causa cuidado alguno de conservar fieles los pliegues. Facilmente se toma, facilmente se trae y facilmente se deja; con la misma facilidad se manda y maneja y con esa facilidad propia se adereza.

LA CAPPA DE TERTULIANO, CAP. 5.

Dévese considerar que se podría el cavallero hallar con una de tres capas, ó capa corta, ó capa de luto larga, ó ferreruelo: si se hallase con capa corta, sea capa terciada, que es mejor; y soy de parecer que no le ponga fiador al cuello, porque parece muy mal en la *carreza*.

EXERCICIOS DE LA GINETA POR EL CAPITAN VARGAS MACHUCA.



E: G

UY de sobretarde entrá-  
bamos en Sevilla de vuel-  
ta de cierta partida de  
caza en Bollullos del  
Condado, seis compañe-  
ros alegres y regocijados,  
así por los buenos aza-  
res que hubimos en el  
monte, como por las plá-  
ticas agradables y un tan-  
to chistosas con que lo-  
gramos engañar las ho-  
ras del camino. Al atravesar Triana, D. Juan, estrecho amigo

mío y que tenia su posada al otro lado de San Roman, volviéndose á los de la camarada les habló así:

Para hacer recuento y partija de nuestros despojos venatorios y refrescarnos algun tanto de la fatiga y cansancio despues de despolvoreados, me ha encargado nuestro compañero (y me señalaba á mí como su faraute para esta ocasion) que ruegue á todos vosotros que entren en su casa, que la hallaremos al paso, en donde el solaz logrará aumento con algunas aguas heladas y conservas que nos servirán los insignes *Capita* y *Puntillas*, los dos fieles servidores del amigo *Solitario*, famosos por sus raras habilidades. Los camaradas fueron contentos en ello, y á los pocos minutos entrábamos todos por la cancela de la casa mia, que se cerró sonoramente detrás de nosotros en cuanto entró por su garguero el cabo que cerraba la marcha, que lo fué D. Juan. pues yo me puse desde luego en la primera hilera para servir de guia y descubridor. Mis salas bajas se miraban regadas y preparadas al caso de aliviar el calor, el patio entoldado, los tiestos de azulejos con pinos, nicaraguas y albahacas, adornaban el fresco círculo de dos fuentes, cuyos surtidores moriscos casi bañaban el artesonado con sus cristales, y ancha mesa enmantelada limpiamente y cubierta de agua de limon, naranja, nieve y dulces, y un aparador refulgente con la cristaleria necesaria y dos grandes globos de porcelana, en donde retozaban y zambullian lindos peces de oro y nacar traídos de los estanques del Alcázar, manifestaban bien que mis dos escuderos habian cumplido atildadamente, cuando no escedido, la letra y espíritu de mis instrucciones. Mis amigos fueron dejando sus ricas escopetas por los rincones que mas á propósito y á mano se les parecian, y en otra mesa que se dejaba ver larga pieza mas allá de la que se ostentaba de tal manera á la vista, fueron dejando descuidadamente las bandolas, los frascos, los polvorines, las astas con cebo y las bolsas de municiones. Despues se fueron sentando ó acaso reclinando por los sillones canonicos que de trecho en trecho se veian, ó por las banquetas de zaraza y erin que decoraban todo el recinto. Despojados de los pañolillos del cuello, rociada la cara y bien oreadas por el fresco ambiente que se respiraba en la estancia, nos pusimos al recreo del agasajo. En tanto era muy de ver la buena diligencia, gracia y destreza con que mis dos con-

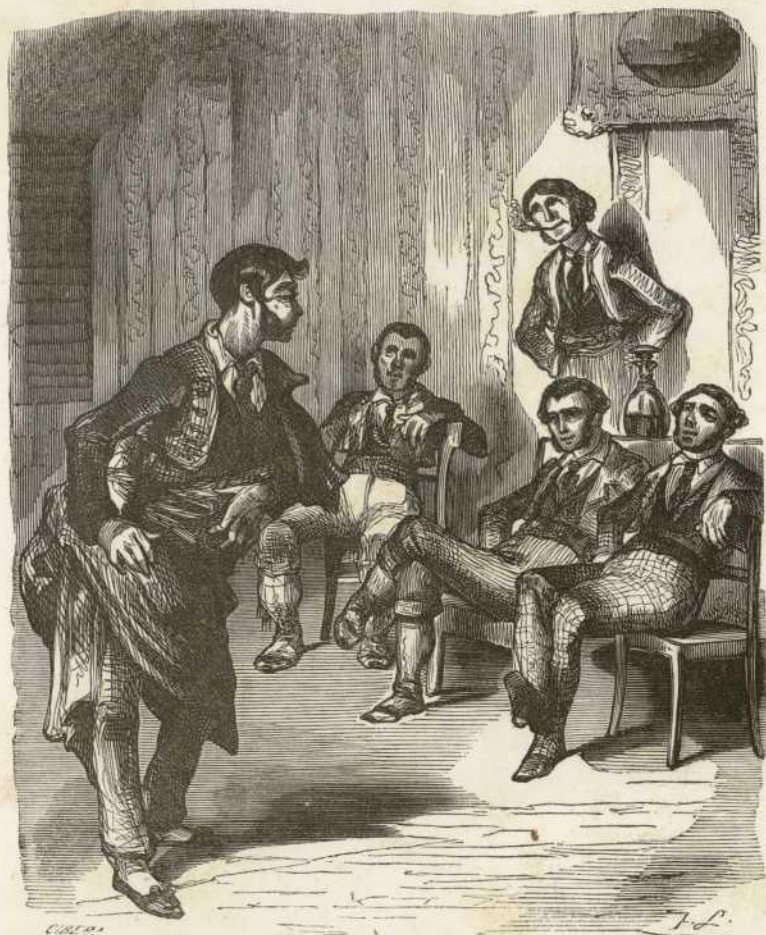
tínuos *Capita* y *Puntillas* desempeñaban su cometido, estando en todo, escanciando el vino y las bebidas, pasando las macerinas, sirviendo los bollos y bizcochos, y todo este tráfago y laboreo por la traza mas singular de la tierra, pues *Capita* tenia terciada la capa, que en verdad sea dicho, para nada le empescia ni jamás lo tropezaba, y *Puntillas*, moviéndose como una lanzadera vivaz y bien disparada, ostentaba en su boca allá hácia la region izquierda y casi al cerrar los lábios sus perfiles, un cabo de cigarro, que segun lo bien y seguro que seguia todos los movimientos, no parecia sino que era parte integrante de la boca, y que no podia desprenderse, caerse ni enagenarse de su lugar, sin prévia discusion y consentimiento de toda aquella máquina humana. Aunque nadie se daba por admirado ni fijaba su atencion sobre vision semejante ni traza tan estraña, consideré yo por conveniente darme por entendido de tal singularidad poco respetuosa, y así desde mi sitial de rey de la compañía alcé la voz y dije:

«En verdad, señores, que por grandes que sean los fueros que la democrácia práctica de nuestra Andalucía pueda dar y conceder á los criados buenos y antiguos de las casas, no creo que alcancen jamás á permitir la llaneza casi irrespetuosa con que este par de buenas maulas nos sirven y nos tratan. Por cierto que tal no esperaba yo del buen instinto de *Capita*, ni de la discrecion de *Puntillas*. Apenas hube dicho estas palabras, el primero de los interpelados tiró con deseufado y gentileza la capa en el rincon mas próximo (el otro escupió el cigarrillo) y aquel en tono asaz suave y de afecto me dijo: Señor, nosotros (pues aquí tomo la voz y nombre de mi compañero) hubiéramos aquí desempeñado nuestro menester doméstico, sin nuestros adherentes respectivos: es decir, yo sin la capa y mi camaradilla sin el cigarro, si en la mesa hubiéramos visto algun extranjero, ó este y aquel español llamado y aficionado á las cosas de fuera, ó si tuviéramos ante los ojos á algun forastero ó personaje estraño pero en mesa y cónclave en donde toman asiento y en ton y son de regocijo y algazara, Don Juan Ariurta, D. Felix Marmolejo, D. Alfonso Fáfán, D. Cárlos Sayavedra y D. Fernando Laso, reyes de Sevilla y gala y flor de la gente legi-

tima de la tierra creimos y tuvimos por cierto, estar obligados á no abandonar ni la capa, ni el cigarro, así por feudo nuestro como por gentileza de todo nuestro bando, ya que se vá maleando, ahilando y corrompiendo de años acá.... Tiene razon el señor *Capita*, amigo *Solitario*, dijo D. Juan, y puesto que la ocasion se presenta por el capote y ninguna otra recreacion se presenta por esta noche sino el ir por último á descansar en diez horas de cama los ocho dias en que hemos fatigado esos montes y serranias; perdamos útilmente las dos que quedan de aquí á las diez oyendo como buenos discípulos y escolares de boca de estos dos catedráticos, lo que se les alcanza y saben de virtudes y escelencias de sus dos respectivos é inapreciables muebles y joyas, á saber: la capa y el cigarro, que mas fácil será para nosotros depren-



der estos documentos (añadió sonriéndose y mirándonos á los demás) que no los *Vinios* en Maese Rodrigo ó la Universidad. ¡Qué nos place, exclamaron todos á una voz! Así sea, dije yo acomo-







dándome en mi sitio y echando una ojeada de comando á mis dos sirvientes. *Así sea*, dijeron sumisamente los dos, trayendo sillas para sentarse y, *Capita* que era el mas Licurgo, despues de bajar la cabeza como para ordenar su taravilla, levantó el rostro y con una volubilidad maravillosa, comenzó á decir:

A mí me llaman *Capita* por ser hijo de *Capota*, nieto de *Capisayo*, y bisnieto de *Capazas*. Mis tios los apellidaron por sus inclinaciones y habilidades *Capicuelgas* y *Rapicapas* con otros primos y entenados á quienes llamaban los *Capotes*, *Capotillos*, *Socapas*, *Capuces*, *Capotines* y *Recapotados*. Toda mi familia pues ha sido de los de *Capirote*, si es que esceptuamos á mi ante tío *Mendotiras* que engendró á *Mendotirillas* á quien luego rompieron en *Mentirillas*. Este fué padre de mi primo *Mentiron*, padre de *Mentirazas* que todos han compuesto formalizan y acolan genealógicamente en diversas ramas y descendencias, el árbol copiosísimo de los *Mentirolas*, *Mentirines* y *Mentiroletes* que hace luengos tiempos alcanzaron y aun hoy alcanzan gran poder y valimiento en el redondel de España, singularmente desde que corre eso que anda desde 1843 acá, y de ellos muchos han sido ya diputados y casi todos ministros. Mi madre era tambien de la propapia de los *Capirotes*, pues la llamaban *Capelina* y no *Clavellina* como malas lenguas dicen y era hija de la *Capisaya*, prima de *Capillera*, sobrina de la *Zureicapa* y mas prima todavía de las *Capiurdumbres* y *Caperas* y *Capoteras* y *Capiagarras*.

Hijo *Capita*, le dije yo: no nos capees ni capotees mas; déjate de esos primores ociosos y trabalenguas y no andes por cabaletes de tejado, antes bien vente por lo llano y liso y cumple lo que ofreciste en cuanto á garbo, gracias y habilidades de tu capa, y Dios sea con nosotros.

Pues adecuadamente voy camino de ello sin tocar en rama, respondió *Capita*, sino que he querido y tenido por conveniente, préviamente y con antelacion, por mi ascendencia, progíene y casta de donde vengo, probar, demostrar y no dejar duda de que soy la mapa y el maestro deputado, sin necesidad de exámen ni juramento, para hacer hablar siete varas de paño y valerme de olla en toda laya de apuros y aflicciones, y que la capa me es á

un propio tiempo lengua que habla, gala que adorna, arma que defiende y el instrumento mas pintiparado de que valerme puedo en cualquier fregado en que mi persona tome parte ya sea por lo alto y encopetado, ya por lo entreverado y medianil, y ya por lo humilde, raez y rastrero. La capa es la concha del hombre, el arrimo del pobre, la medicina del menesteroso, el sánalo-todo del enfermo, la guiropa del hambriento, el palacio del sabio, la estufa en el invierno, la garapiñera en agosto, y en una palabra, la carne y pulpa del hueso que se llama hombre, y el tuétano del hombre, que aquí hablando en poridad es un purísimo, durísimo y malditísimo hueso.

Capita, Capita, le dije interrumpiéndole, no te me vayas por esos trigos de Dios; amaina, amaina de tu taravilla y ciñete á lo que es justo y razonable. No queremos filosofías ni sutilezas y sí solo depender de tí las posturas, aposturas y composturas que tiene la capa.

—Pues ahí voy derecho como saeta, repuso nuestro catedrático; pero tratándose de una materia tan alta y árdua, tan peregrina y estraña, puesto que no sé haberse escrito de ella tratado ni manual alguno, no ha sido fuera de propósito antes de entrar-me en harina, encabezar mi relacion con algo de intróito y de ante zaguan; pero puesto que tales preliminares no petan ni parecen bien, allá los echo y entro en materia.

La capa despues de la hoja de la higuera es la primera de la vestimenta humana, y por lo mismo siempre que los pintores y escultores representan al Eterno asomado por cima de la bola batahola que llamamos mundo, nos le pintan con una capa pasada por los hombros. Despues cuando Noé se embriagó, la capa de su hijo....

Capita, hijo, le volví á decir, deja esas erudiciones que á tí no sientan bien, y redúctete é representarnos aquí las lindezas, golpes, embozos y donaires de tu capa por el mejor modo que tú sepas y nada mas.

—Pues á eso voy, respondió, y dejando aparte estas honduras diré, prosiguió mi paralisdero, que la española es la legítima heredera por línea recta y de varon en varon de la capa venera-

ble de los profetas y de los filósofos antiguos traída sin embargo al uso comun de la vida, segun los tiempos y las circunstancias sin afectacion ni mujigatoria. Al llegar aquí me opongo y protesto contra todo el que prevenga, sostenga y mantenga que la capa puede confundirse y tener pariedad con el ferreruelo, el gaban, el capimonte, el albornoz y el manteo. Nada de eso, no señores, cada una de tales prendas y vestiduras podrán tener sus escelencias y virtudes y otros escritores, pues escritores hay para todo, pueden ocuparse en esas elucubraciones y que el diablo sea sordo, que en cuanto á mí solo me propongo explicar, enseñar, pintar y definir las galas, perfecciones, maravillas y portentos de la capa española, conservada en toda su pureza y esplendor en la ancha, rica, fértil, valiente, creadora, sustanciosa, arrogante y poderosa Andalucía, madre, maestra y señora nuestra (y al decir esto Capita bajó la cabeza con cierta veneracion y recogimiento). Despues añadió: y la capa para ser capa no debe llegar á los tobillos, ni quedarse por sombrero de los muslos, que el alargarse allá es achaque de hábito, y el quedarse por aquí es cosa de tacañería y prenda rabricortona; ni debe esceder de siete varas, ni recortarse hasta las cinco de paño, que aquello es embarazoso y de estorbo, y esto es perder la prosapia de capa y trasladarse á la estructura de mal capote. La capa, pues, para que obedezca hasta en sus mínimas y semínimas los pensamientos de quien traerla sabe, cual suele suceder al ginete con los caballos bien arrendados y embocados, debe estar muy hecha y ser algo manida, quiere decir, que su amo la ha de conocer por tacto, uso y costumbre de tiempo atrás, ha de ser cosa llevada y traída lo menos por seis meses y que haya dejado el husmo y lustre de la tienda, que es como si dijéramos perder el pelo de la dehesa, y en una palabra, debe haber pasado á ser mesmamente el tegumento y el pellejillo de la persona. En tal aliño y con tal son ya la capa está acorde y á punto de cualquier mandar y voluto del hombre. Por ejemplo aquí se vé la mia que no me dejará mentir, y dando gentil salto Capita hácia el rincon del aposento nos mostró con cierto aire de vanidad su capa, teniéndola primorosamente tomada por el cuello y levantando el brazo

y aupándose despues para que no besase el suelo. La capa en efecto, sin ser inválida, bien pudiera tenerse y jactarse de muy veterana. De pardomonte de Grazalema mostraba paño entre fino y treinteño y de á tres por pua; y muy suelta de haz y de enves pregonaba á voces que era ductil y muy fácil para ceñirse el cuerpo, adecuada para el emboce, y pintiparada para los pliegues y despliegues. Despues del alarde y muestra que de su alhaja hizo



Capita, dió una media vuelta y la capa como por encanto vino á posarse suavemente sobre sus hombros, no de otro modo que el cimbel que anda revolando viene á reposarse en la pértiga, su habitual morada, cuando á ella siente llamarse por la mano amiga. Capita sintiéndose bañado ya por su talar vestidura prosiguió

delirando así: Héme aquí, señores, con el manto real de armiños de todo hombre honrado. La capa apenas me muerde los hombros y sin embargo se cuenta allí tan segura como si se sujetase con dos escarpías, y vean qué gentil escarceo armo con los pies (y era verdad que lo armaba), y observen qué desenfado en los movimientos (y no engañaba en lo que relataba), y atiendan qué devanar de brazo (y era muy cierto que los movía como molinos de viento); y miren siempre como á pesar de mi danzar de cuerpo, esgrimir de pies y bullicio de brazos me sigue siempre la capa, como la sombra al cuerpo, como el cuestor al contribuyente y como la cola al pájaro que vuela sin desampararlo nunca, Si á la distancia de cincuenta pasos, si desde el tercer piso de cualquiera casa me disparan un trabucazo de siete varas de paño, es decir, me escupen á la cara, con la capa mia no tengo mas que perfilar este movimiento (y hacia un quiebro y desguince inesplicable) y *zas* sin mirar mas en ello viene la capa á abrazarse amorosamente conmigo, como si fuese mi segunda mitad. Así pues (y sirva de voz de atencion) esta es la posicion natural de la capa (y diciendo esto requería el cuello con ambos los pulgares de las dos manos, y daba al cuerpo cierto aire galan y desembarazado).

Teniendo esta leccion bien presente como que tal postura es la base y piedra angular del noble arte que profeso, entraremos ahora en la esplicacion didascálica de la capa.

—Didáctica querrás decir, Capita, hijo le interrumpí, oyéndole su disparate.

Para mí, me repuso el maestro, tan disparate será lo uno como lo otro; pues yo lo que quiero decir, es esplicacion ó enseñanza y es mas castellano. Siguiendo en mi discurso, interrumpido, y cuidado que no gusto de interpelaciones, sentaré por principio, que el arte de la capa se contiene en tres grandes secciones, mereciendo el estudio de cada cual de ellas la vida entera de un varon, sin escluir las hembras. Estas tres secciones en que se divide la ciencia, son la capa de rua, la capa de toros y la capa de á caballo, abrazando todas tres el número de treinta y tres mil novecientas cuarenta y cuatro suertes y media y tres octavos, aunque en mi

propósito no entra por ahora, sino el hablar de la primera seccion que es la que enseña el arte de llevar y traer la capa, en los usos comunes de la vida.

—Paso por esa triforme division y hago la vista gorda sobre ese número excesivo de suertes, posturas y lances, dijo algo socarronamente D. Juan Ariurta dirigiéndose á Capita; pero protesto contra esas fracciones de suertes, esos medios y esos octavos que para mí son cosas de dislate, cuando no supositicias y arbitrarias. Y no me apeará de tal convencimiento sino se principia la espliacion por los quebrados, ya que en cuanto á los enteros, ¿quién ha de tener paciencia ni posibilidad de escuchar una por una esa enumeracion asombrosa de las treinta y tres mil novecientas cuarenta y tres suertes, y para cuyo conjunto ni aun se ha pedido la salvedad del error de pluma ó suma?

Capita miró atentamente á D. Juan como maestro que vé con compasion el sentido voto del escolarillo que no cree á pié juntillas los aforismos y preceptos, y dijo con severidad y magisterio. Hay sus fracciones en los lances de la capa como tienen sus quebrados los movimientos del cuerpo. Va un amigo á tomar la rosa que está en el pechero de una muger y al tender la mano (y vá de ejemplo) vé al marido ú otra bestia por el estilo que le sorprende la intencion, y el hombre se queda así (y Capita daba á las manos, al rostro y á la persona toda, cierta actitud entre trágica y cómica), pues esto es quebrado de movimiento, porque no se perfeccionó la intencion, se quiso y no se llegó á la gloria.... Señores, dijo volviéndose con cierta impaciencia á los circunstantes, ¿no es esta la razon? Pues para acabar de ponerla de mi parte voy á dar fundamento de mi dicho y quiero antes de entrar en el menudeo de los treinta y tres mil novecientos cuarenta y tres lances hacerme cargo del medio y de los tres octavos de la suerte de la capa.

El medio justo y cabal en las suertes de la capa es cuando un hombre vá á pasar el rio y se lo encuentra al *endino* con agua bastante para los taberneros de Madrid y de Sevilla; es decir, capaz de endiluviar otra vez al mundo. ¿Qué hace el hombre? Toma su capa, la dobla boniticamente, se la echa al hom-

bro como las argueñas de lego demandante (hay quien opina que si hay agua en demasía debe auparla á la cabeza) y pasa los raudales alzando los morros para no oler el fato del agua que para un aficionado siempre es perjudicial y mal sano. Esta es media suerte y nada mas, porque si bien la capa vá pegada al hombre, todavia no la ciñe, ni cobija, ni entra el arte por ella en nada.

—¿Y los tres octavos, alma de Cain, replicó D. Juan?

—Tenga cuajo, señor D. Juan, que segun sus preguntas y retrónicas, repuso Capita, debe ser D. Juan Climaco. Tenga cuajo y deme lugar para que me descarte de mis palabras, que no soy talego ni costal que vomita de una vez. Los tres octavos de suerte con la capa son los siguientes:

—Se encuentra V.-m. por casualidad y nada mas en casa de malas mugeres, en la tienda de un montañés despues de las diez en invierno y de las once en verano, ó en fin, se mira V.-m. entretenido en mirar los pies de la sota ó los corvejones del caballo en alguna casa de diversion á quien los mal hablados llaman garitos, y zas llaman á la puerta.... ¡la justicia! ¿Qué hace un hombre entonces? Si vá á la puerta está tomada por el piquete; si vá al postigo allí está el señor Lagrava, ó el señor Galvez, ó el señor Campa; si se agachapa aquí, le husmean los alguaciles; si se escabulle por allí ó por do quiera me lo descubren ó me lo aciguan, ¿qué hacer entonces un hombre listo y corrido, y que tiene en su capa no solo su arrimo, su remedio, su redencion, sino tambien sus álas? ¿qué...? Abre la ventana de la tras-tienda ó espaldas de la casa, si quier tal ventana estuviese á treinta estadios del suelo: abre la ventana digo: salta en la ceja y borde de allá, arroja la capa muy rebujada y formando tornos y espirales con ella, é incontinenti y súpito sanguino, se deja ir trás ella. La capa sirve de peana y sosten, y es como la nube de las glorias en los cuadros del señor Bartolomé, que no dejan desnucarse á los angelitos que van por el aire: la capa, digo, sirve de escotillon suave, de para-caida esquisito, de columpio apacible y aparato maravilloso y máquina de descenso admirable que como el hombre siga bien la perpendicular sobre ella, y no se me ladee á derecha ó á izquierda, es cosa sabida, primero que siempre llega

abajo y como no se rompa las piernas del todo al todo, suele escabullirse dejando á la justicia y á los señores de la policia con narices de tres palmos. Aqui hay tres octavos sin llegar á medio



de suerte, porque si bien la capa juega siempre en el lance, vá siempre fuera de la persona del justeante, confinando con ella siempre y no llegando nunca, hasta que tiene efecto el agradable caso de reunirse y consolidarse en uno el suelo, el diestro volador y las siete varas de paño. Queda desde luego sentado que en pizca alguna de lo por mí propuesto como doctrinal se encuentra nada que huelva á supositicio ó arbitrario; pero dejando esta vereda de atraviesa de los quebrados para volver al camino real y entero de mi comenzado discurso diré: Que la primera seccion en la materia de las capas se divide naturalmente en noventa y seis capitulos principales, que en cada cual de ellos se habla del



manejo del susodicho mueble para alguna ocasion solemne y principal. El primer capítulo habla del paseo con capa al natural; el segundo de las gentilezas de ella; el tercero de los embozos, rebujamientos y retapados; el cuarto del manejo de la capa por el espanto; el quinto habla del manejo de la capa en ataque y defensa: el sexto trata de capa en faena y tarea; el sétimo discurre sobre la capa puesta en huida; el octavo habla de los engaños y arterías que es permitido usar con la capa; el noveno de la capa de camino; el deceno de la capa de amoríos y quererres, el onceño....

—Capita, hijo, le dije al ver semejante borbollon de doctrina, todos admiramos tu saber, el aparato científico de tus variados conocimientos, y mas que todo esa feliz propiedad con que todo lo esplicas; pero convencidos como ya lo estamos de tu erudicion capil, nos contentaremos ahora con que nos esplices algunos de los lances que se contienen en cada una de las admirables divisiones que tan elocuentemente nos has hecho, y bueno está lo bueno.

Capita que entre sus muy muchas perfecciones contaba tambien con la virtud de una docilidad infantil siempre que el mandato concordaba con su voluntad y gusto, se avino al punto á mi indicacion, y dando señal de asentimiento con la cabeza, empalmó el hilo de su historia con las siguientes palabras:

Veo que las honduras no gustan, que las cosas de migajon y sustancia no alcanzan autoridad, y así hablando volanderamente diré que en el capítulo del paseo hay varias, múltiples y muy curiosas posturas, ya por lo formal, solemne y de oficio, y ya por lo usual y corriente; y en cada cual de estas clases hay sus diferencias y especiales actitudes, porque el paseo de este alcalde ó de aquella autoridad en nada debe frisarse ni confundirse con las vulgaridades del menestral, ni con las gallardías de los hombres bizarros y de empuje.

Hablemos con ejemplo que es lo mas instructivo y estomacal: dijo Capita poniéndose en pié (y tomando dogmáticamente la capa se la pasó magistralmente sobre los hombros), despues añadió: Figurémonos que vamos á esta procesion ó que celebramos

en aquella demostracion de júbilo la inauguracion de tal ó cual ministro amigo. En el primer caso vá la persona autorizada, ó el ricote, ó el sugeto de circunstancias con gran pompeo de esta manera (y se engallaba Capita como cabo de gastadores que marcha en el dia del Corpus á compás regular), y dejando caer la capa naturalmente desde los hombros y sacando el antebrazo con el baston de porra de plata en la mano debe ir de tal guisa con aire señoril (y se blandia Capita de persona) mirando de esta parte á la otra, y si tiene gafas es mayor la solemnidad hiriendo el suelo con el baston pausadamente. Si es el festejante un regular, esto es un parte de por medio, debe ir con gran recogimiento sujetando con el izquierdo (suple codo) el un embozo, y con la propia mano siniestra recogiendo pulidamente la punta del otro embozo, dejando como por ventana rasgada al descubierto el diestro lado, y con la mano derecha sacando la vela por la tal claraboya, perfilando un tanto la persona y volviendo la cabeza afectuosamente y con gesto melifluo hácia el santo de la procesion, ni mas ni menos que los diputados de la mayoría se mirlan y engestan cuando de los bancos negros sale algun bombazo estupendo ó una graciosidad asturiana. En una palabra, así de esta manera.... (y diciendo y haciendo Capita tomaba la actitud mas regocijada y aviesa que puede encontrarse en las caprichosas imaginaciones del Boscho.)

La capa (prosegua enhebrando Capita sus disparates) abriga en el invierno y refrigera en el verano. La habilidad del hombre es poner el punto en su punto: Señor, que canta la chicharra y se atufan los pájaros de calor, y como dice el boticario que el *telómetro* sube á 35 grados; pues en primer lugar, saco si me dá la gana la capa de rua, de tafetanes ó de seda y luego volviendo los brazos atrás me llevo con las manos los embozos, sujetándolos con cierto remangue gracioso; así de esta manera, como médico que dice no quiero y pone las manos (y fingia los movimientos) y vá un cristiano mas fresco que la lechuga. Pues se le antoja al hombre ir con veinte y cinco grados y nada mas de carbones; toma, ¿y qué hace? se ciñe la capa pasando al siniestro, el embozo del lado derecho, muy recogido el vuelo y dejando al aire galanamen-

te el brazo de la terribleza (derecho quiero decir) y vá así gallardeándose como iba por la plaza en lo antiguo el señor Pedro Romero, y ahora mismamente el señor Paquilo y el Chiclano.



Pues vamos á que quiere ir al temple del mes de abril circuncirca: se emboza así con cierta holgura de modo y de manera que pueda alzar el pico al viento ó entornarlo segun y conforme quiera, y no hay que decirle qué tiempo hace, pues vá disfrutando la propia primavera. Pues vienen las sesiones de Córtes, es decir, que principian á llover sobre nosotros las contribuciones y las nieves como si fueran mal granizo y se mira uno hecho ja-

mon de conserva de Trevez de purísimo frío, ¿qué se hace entonces? Entonces se aguza el cuello de la capa, que es como las orejas del caballo, y se encoje el cuello humano correlativamente (la encogidura aquí es permitida), se largan los rizos del vuelo derecho de la capa con gran brío, se dá el boleo con muchísimo del rigor, y saca el hombre el hombro izquierdo á verificar el embozo, y así que este llega á jurisdiccion, aquel movimiento que venia de la izquierda se trueca de revés y gira de la derecha al contrario y la capa con el aire y violencia que trae se liga, religa y ciñe al cuerpo tan ajustadamente, que queda el hombre como peon ó trompo envoltinado por la cuerda de diestro muchacho. Recogido así el aliento y la capa con tal forma, si anda un aficionado tanto como desde San Pablo al horno de las Brujas á mil cien pasos por minuto, llegará jadeando como mastin en el mes de agosto, aunque se haya venido á Sevilla toda la nieve de la sierra de Granada. Me sucedió á mí, y vá de cuento, cierto caso aquel año de los frios del año 30 que se helaba la candela en la chimenea, que prueba los calores que presta una capa jugada y ceñida por el estilo. Fué pues que me sentia todo morir de purísimo invierno y mes de enero, cierto día que de mi casa salí por dos pares de huevos de gallina inglesa (porque yo soy muy gallero) para echárselos á mi clueca. Tomé la mercancía, me embocé en mi capa, segun la suerte ciento tres que acabo de explicar, y fué tal el hornito que me hice, que cuando llegué á mi casa ya habian cuajado los huevos, se empollaron y habian nacido los cuatro pollos y comenzaban á reñir. Bien es verdad que me detuve tres dias en la Carretería con otros amigos, bebiendo mosto, sorbiendo vino, soplando ron y chupando resoli de tal modo que segun inteligentes nadie nos hubiera asegurado de incendios ni al 90 por 100, tan cerca estábamos de una ignicion espontánea.

Pero la gala de la capa está en el reñir, y en lo del comer por el espanto. Para reñir se pone la capa sobre la sangría del brazo izquierdo; se soslaya el cuerpo, se sacuden los pies y se mantiene en la mano derecha llamada atrás, el mondadiente de Albacete ó de Guadix que no debe pasar de cuarta y media.

Los pies en posicion, la vista fija en la del contrario, llevando el escudo ó rodela pañil de este lado al otro, saltando como una pulga para reparar el golpe que venga, y dar el quite conveniente pasando y repasando como una lanzadera de aquí para allá, de allá para estotro lado, apuntando á arriba y dando el saetazo abajo, amagando á la cara y metiendo hierro en el bandullo y siempre la capa flotando como bandera en el aire, recogiénose y dilatándose como serpiente negriparda, porque la capa en tales fregados debe tener tanta sapientia y astucia, cuanta tuvo la serpiente en el paraiso (y Capita brincaba y se reparaba, y acometia y tocaba á retreta siempre con la capa revuelta al brazo, acudiendo donde mayor era la necesidad, que se perdia de vista en sus movimientos para los ojos del pensamiento, cuanto y mas para los de la cara.)

Ya con este picadero y enseñanza prosiguió Capita, se puede comer por el espanto, trayendo á verdadero conocimiento y razon al picarillo que sea sardesco y vaya fuera de camino. Yo doy cinco de ventaja en palo y pinta al mas pintado en esta materia ¡Si yo fuera ministro allá en las córtes de Madrid!!! ¡Cómo me guardarían el respeto los capataces de los gabachos y de los gringos! (Aquí se enfurecia Capita como un verdadero diablo) Que el uno se queria meter en lo temporal y eterno, tratando malos casorios y haciendo que se recargue el vino y que se pague mas plata, me pondria en esta positura (y se abria de patas) delante de él metiéndole la capa por los ojos, levantada en alto como debe estar el pabellon de España, y asestaria á los costillares con este alfiler que siempre me acompaña (y en esto blandia en efecto un ancho y luciente flamenco de puro acero, objeto artistico salido de las manos del tio Matute de Tolox). Pues que el otro quiere que nos vistamos á su gusto, y que el azúcar se compre caro y (yo decia Capita, me escusaria de tomar cartas en este fregado si la azúcar no sirviese como sirve en efecto para el resoli y la mistela); ¿y quiere el gringo darnos papilla por estas circunstancias? me iria á él muy calladito y muy retrepado, ocultando mucho el hierro le hablaria por la buena para que dejara habérmelas con el gabacho, y si no se venia á querer y me alzaba el gallo, za-

farrancho de combate y le endilgaria cuatro puñaladillas ocultas que yo me sé y que no tienen quite, y no volvia el gringo á ver no ya al Manzanares, pero ni tampoco al Tajo. Y todo esto se ha-



ce de esta manera, y Capita tomaba tales aires y daba tal ira al gesto, y movia los miembros con tanta agilidad, presteza y arte, que en verdad era cosa para imponer respeto al mas atrevido, aunque estoviesse municionado con un cañon de á 24.

Pero como al lado de las valentías deben estar los amores, voy á apuntar aquí, dijo Capita, algo de los quereres, y del arrullar con la capa á las mugères antes de irme en la materia por esos mares adentro. Un hombre menos que treinteno en los años, de buen corte en la perpendicular de su persona, quebradito de cintura y ojito negro, y con garbo y saber en los movimientos, debe ser y será siempre cazador famoso y de grande acierto para esto de atrapar vivas, muy vivas las inocentes palomas de quince á veinte abrilles que entre celosías y verjas se muestran en las rejas y balcones, siempre que á su capa el caballero, ademas de gentileza, le dé todo el tilin y significacion debida. Cuatro rondas y paseos por la calle, y cuatro despliegues y embozos al enfrentar

la reja para dejar ver la configuracion del bulto, es el revuelo del cimbel que ya advierte á la individua del cual capítulo se trata, y es probado que ella nunca se equivoca por lerda que sea. La danza armada por este son entretenido, pide al momento el reclamo de la capa, que no debe ser menos eficaz que el canto de la perdiz desmachihembrada. Un embozo llevado á efecto desmayadamente, dice que hay mucho del querer; tres pliegues y rebozos hechos con aire é impaciencia señalan que la dificultad apura: el terciar la capa y luego abatirla es solicitar parlamento; el dessembozarse y requerir el sombrero á renglon seguido con primor y dos dedos, es pedir celos; y si al requerimiento se deja el susodicho sombrero á medio mogate, ya es decir que habrá hollin y largo. Si la paloma á pesar de estas y otras amonestaciones y reclamos no hace mas que arrullar sin tender el ála, entónces se apela al remedio heróico de *oxte* y *me mudo* que produce maravillosos efectos. Para esto no hay mas que hacer el paseo de calle y al emparejar que empareja con la reja ó balcon, se acelera el paso, y desplegando un hombre la capa, lleva el embozo izquierdo sobre la derecha que es lo que se llama trocar los frenos, y esta significacion de cambio hay pocas tórtolas ó calandrias que los sepan ó puedan resistir que verdaderamente se atortolan y encandilan de modo tal, que vienen á dar en el señuelo y á entrase ellas mismas de por sí mansamente por las redes. Entónces, dijo Capita, entónces.... Pero al llegar aquí, prosiguió, no debo pasar adelante sin hacer mencion de que en este capítulo de los quereres, perdió la capa su mas galan, gentil y entendido intérprete no há muchos años en la persona de un bizarro caballero andaluz y criado entre Córdoba, Ecija, Cádiz y Sevilla, llamado tal de Saavedra. No ese que dejó de hacer buenas coplas para fraguar malas notas matrimoniales, sino aquel su hermano garrocheador de toros y rendidor de caballos, sí galan por la persona, la mapa y dechado de todo lo apurado y legitimo de esta tierra de Andalucía. Ninguno como él, señores, en esto de la capa para el arrullamiento, el reclamo, la notificacion y el remate de los quereres. En fin, la presente compañía lo ha alcanzado como yo y esto me escusa de encarecimiento; pero sí relataré lo

que le aconteció con cierta paloma blanca como la nieve, que moraba noblemente y sin cuidarse de amores en cierto sitio retirado y ameno de esta invicta ciudad. Ella era zahareña, esquiva y recelosa por extremo, y en vano empleaba el gentil caballero todos los buenos medios que la doctrina enseña para tales casos, sacando ora plumas de soldado; ostentando allá armiños de duque, derramando por aquí regalos y preseas y afectando á veces elegancias estrañas de París, Flandes y Milan; todo era en vano y la paloma manteníase encastillada y sola en su vivar escondida. Ni la capa en la silla gineta, ni la capa de toros (que tambien en ambas era estremado Saavedra) pudieron alcanzar de avecilla tan desdeñosa, otra cosa que un tanto de atencion, pero sin nada de reblandecimiento, hasta que á la fin y postre puso en obra aquel noble caballero los preceptos y doctrinas que acabo de esponer y comentar. Desde el primer punto principió á tomar cartas en el juego la hermosa avecilla desplegando su plumaje al viento ufana cuanto esplendente, volando y revolando por fuentes, prados y espesuras, y cuando quiso separarse, y retraerse y decir nones y volvamos á empezar, de repente aplicó el astuto cazador la suerte del cambio del embozo, y con ella, *ella se fascinó* y la tomó el mareo y la fatiga del querer, y él comenzó á tener flux de sus amores y treinta y una de mano siempre que queria y tendia la manta. Aunque bueno es advertir que aunque ella era paloma blanca, jamás dejaba su palomar, teniendo por lo mismo el buen cazador que ir siempre prevenido de una escala de seda, de modo que él subia ya que no volaba y subia en verdad como buen grumete.

Y como si al lado de la valentia han de encontrarse los amores, á la vera de los quereres deben crecer las tretas y los engaños, viene pues adrede y muy al justo el que toquemos aquí algo de los graciosos disfraces, embustes y embelecocos en que con utilidad del hombre puede intervenir la capa.

Y no mencionaré aquí por muy sabido el lance del cautivo, que yendo á desbeber de sus aguas y lo estan aguardando todavia, porque supo con su capa sostenida con un bordon y coronada con el sombrero, formar armadijo y traspantojo que lo represen-



base en efigie y biombo, por detrás del cual pudo deslizarse por la tangente. Ni tampoco referiré uno solo de tantos sucedidos así de donaire como de enseñanza que al caso pudiera traer, que



diablos son bolos y pudiera ser que allí donde yo quisiera ofrecerme como el ameno y divertido, diera en la flor de hacerme el impertinente y causar el hastío. Mas á pesar de tan buen propósito, búlleme el papo por decir algo, y allá vá una historia peregrina cuanto cierta y verdadera, que demuestra de claro en claro y deja ver por la tansparencia del cristal que la capa ofrece un retetario poco menos rico que el que archiva la ciencia de gobernar ogaño, para esto de los embelecós y engaños, aunque acaso no tan chistosos ni de tanta rara invencion. Sucedió, pues, no há mucho tiempo que unos corsarios berberiscos quisieron dar rebato una noche oscura y tempestuosa á cierto rico lugar de la costa de Granada. Al saltar en la playa, ademas de aforrarse bien con sus gumias, alfanges y espingardas, cada cual de ellos, morrazos membrudos y descomunales, tuvo buen cuidado de preve-

nirse con su capa española, negra ó de color de tabaco para recatarse y desmentir su prosápia y vestimenta, si el caso lo requiriese. El caso llegó en efecto, pues los atalayas y corredores de la costa que divagaban por la lengua del agua, no tardaron en encontrar á los de la grey berberisca que al punto vinieron en conocer el pícaro trance en que su mala suerte los habia puesto, si de él no los redimia alguna buena traza. La feliz estrella que siempre acompaña á los malos, se las facilitó en el momento, y fué de esta manera, que un renegado de los del año 43 que iba en la gavilla, les aconsejó que ciñesen bien las capas y que con los cuellos cubriesen en forma de capilla las tocas y capellares, endoctrinándolos para la ocasion. En efecto, los soldados ginetes en cuanto llegaron á razonable distancia y dieron la voz tan conocida del *¿quién vive?*, preguntaron á renglon seguido *¿qué gente?* Y entonces todos aquellos buenos encapados respondieron en coro: *semos jrailes japuchinos que vamos á japitulo*, y avivando el paso y asentando decentemente su pintoresca capilla, logró aquella santa comunidad salir del peligro, y aun empleando otros engaños, y artimañas y disfraces, lograron quedar en estos reinos muchos de estos que entonces fueron turcomanos, kurdos, moros y jalofes, y han alcanzado á beneficio de la capa quedar entre nosotros, y gracias á Dios los poseemos en cuerpo y alma, y mandan y disponen quién por aquí, quién por allá, ora en Granada y Sevilla, ora en Galicia y Cataluña.

Pues vean vuesa mercedes, y entrando mas en materia (proseguia Capita) de la manera que yo con mi capa asusto y *empavento* como decia la *Calderi* á los ministros de los ministerios de cualquier gremio y hermandad que sean. *¿Son progresistas?* pues yo y otros muchachos nos ponemos á distancia por los cantones y esquinas y blandimos las capas como en la suerte del abrigo y empollamiento de los huevos, las embozamos con el mismísimo aire, de aire vendabal, solo que levantamos el brazo derecho sobre la cabeza, y allí se arropan y enroscan en líneas espirales las capas, quedando los hombres cubiertas las caras, y presentando con tales corozas y capirotos de paño la propia efigie de los penitentes negros de Semana Santa en la procesion de Jesus de la

Palma. Con tal disfraz piensan los ministros que ya está encima el tribunal de la Santa, ó fingen que lo temen y piensan y arman el escarceo del Rosario de Cuevas bajas. En cuanto al ministerio de la otra banda, les entra el reconcomio mas fácilmente y por otra traza. Salen los muchachos de noche muy reembozados y muy recatados con las capas por los ojos y los brazos por debajo arqueados como cuando el barba Ramirez hacia los valentones en los sainetes, y se les vé venir, venir andando con pasos callados y volviendo la cabeza de una parte y otra con muchísimo del *cuñiao*, sin chistar ni rechistar, reportando el paso y luego comenzando á la propia tarea, pues héteme aquí que el fuelle de esquina dá parte al sayon del barrio, quien la dá al cómitre del cuartel, quien la traslada al mayoral de los alacranes, quien al secretario, quien al gefe, quien al ministro, quien á los otros ministros, quienes á la turba multa y non sancta y todos dan la voz, y todos corren la alarma, y todos chillan á grito en grito; ¡ya estan ahí, ya están ahí los pronunciados y entonces!!!... entonces comienza otro capítulo de la capa, capítulo que es el de las fugas, escapadas, huidas, evasivas y chapescas.

Y me opongo (aquí tomó aliento Capita), me opongo á que al llegar á este trance dejen los aficionados, abandonen, tiren y arrojen sus capas para huir con mas desembarazo. Esto es contra toda regla y precepto. La capa no estorba para correr, que el patriarca José á buen seguro que él la dejára cuando iba á huir á no habérsela empuñado aquella buena amiga de Putifar. Si la capa hemos probado que sirve á veces para volar, ¿cómo y con cuanta mayor razon no ha de ser parte para emprender y llevar á cabo una fuga provechosa, y aun de suma honra para el fugitivo? De provecho porque la capa bien llevada ¿de cuánta rusticidad y gravedad no despoja y priva al palo ó latigazo que dispara á las espaldas algun brazo boheador y desalmado, y de honra porque si los generales supieran á veces llevar bien el embozo de la capa ¿con cuánta decencia no podrian dejar el campo de batalla, así que la cosa caliente, solo con embozarse y taparse la cara con siete varas de paño? Ahora no negaré yo que para esta evolucion de la gran táctica se necesita ser maestro en toda re-

gla, pues no hay nada de mas fatal en las escapadas como el mal perjeño en las bizarrías de la capa. Por esto como dijo el otro, debe tenerse siempre ante los ojos aquel verdadero axioma, *la letra mata el espíritu vivífico*, es decir, si la capa está mal llevada y sin la pulidez conveniente, se enreda en la fuga como culebra entre los pies, y despues de mil bamboleos y estropezones, al fin se dá el formidable talegazo y el hombre es víctima; pero si el mueble cumple con las verdaderas condiciones de capa andaluza y el hombre es castizo, siempre que corre se pira y escapa, pues todo el método es el siguiente: afirmar las piernas y sobre todo principiar con tiempo.

En las huidas hay tres entonaciones, las carreras, las escapadas y las *chapescas*. Las carreras son el pan cotidiano del lance y como los primeros compases de todo baile público en las calles, singularmente en España. Muy poco curioso debe ser y sobrado enemigo de los juegos gimnásticos, quien no disfrute de este ejercicio saludable siquiera tres veces á la semana. Si está en Sevilla, con irse á la retreta, á la Campana ó calle de la Sierpe, si en la corte con pasarse por la Puerta del Sol ó calle de Carretas, y si en cualquier otro pueblo con discurrir y vagar por la plaza ó recinto á ellas inmediato poco despues de anochecido, disfrutará indudablemente, si es que ya no lo ha disfrutado mil veces, ó volverá á disfrutar de este agradable escaqueo, y segun las cosas pintan ha de ser el tal espectáculo muy repetido en esta temporada. No se necesita de gran escuela para la capa en esta suerte que verdaderamente no tiene malicia ni trascendencia. Así pues, no hay mas que requerir bien el embozo; enfaldarse algun tanto los caidos, tanto con los codos quanto con las manos y apretar del cuarto trasero, y ahilar ahilar sin descomponerse ni alborotarse mucho para correr, porque estos son chubascos veniales que pasan pronto ó que al menos dan mucho respiro, mas esto se deja al buen arbitrio del interesado, porque si desde luego quiere correr á todo trapo tiene carta blanca para ello.

En las escapadas ya es otra cosa, porque debe haber siempre é intervenir causa que caiga en pecho de varón constante. Las escapadas las pueden proporcionar ó las autoridades (método el

mas comun), ó los muchachos de palo y gorrilla (esto aunque está dormido ahora, volverá pronto) ó cualquier particular que tenga algo de aficion á tal espectáculo y que sea algun tanto avieso. La autoridad que es amable, puede proporcionar en verdad este espectáculo muy á menudo y sin gran desvelo ni desembolso: con hacer que los centinelas y guardias sacudan algunos mandobles á los estantes y trashumantes; con mandar disparar siempre por la rasante para mayor inocencia, algunos tiros ó balazos ó soltar por las calles aunque no sea mas que medio escuadron de caballería que vaya jugando á cañas y alcancías con la lanza en ristre ó bagatela por el estilo, la cosa es muy para ver. Ahora se ha puesto al uso otra lindeza y gala que es la de las partidas de capa, pero es método que pertenece esclusivamente á la invencion, y por lo mismo es de la propiedad sola del ministerio de la Gobernacion que tantos bienes ha producido ya y promete. Este es método menos solemne, pero mas sencillo y manuable que los demas todos. En cualquier feria, reunion ó concurso van estos dependientes del ramo de fomento y de las mejoras materiales, así muy serios, seriecitos en regla. Por antojo ó improvisacion comienzan á dar fomento en las espaldas del prójimo, á mejorarle las costillas al que ellos fallan por gibado ó mal hecho y se arma la danza mas entretenida del mundo. Yo á fé de Capita siempre estoy en postura para la *escapada* desde la aparicion de tal langosta. Y la flor es que como tal gurullada no trae insignia y distintivo, cuando acuerda el paciente ya está la granizada descargando. Decia cierto pobre francés, á quien por curiosidad lo entrecogieron en una de tales encamisadas y le solfearon soberanamente el dorso de su medalla, que los oficiales de justicia deben llevar la insignia de su ministerio, pues de otro modo no eran otra cosa que salteadores ó bandoleros. Yo creo que esto es muy sin razon y al fin murmuracion de estranjeros, y que tales amigos deben considerarse solo como amables burladores que á veces tienen chanzas y ocurrencias pesadas. Algunos muchachos han tomado la consideracion del francés por donde quema, la han comentado, y de todo han deducido que quien carece de distintivo, no tiene derecho á ser mirado como ministro de justicia ni por con-

siguiente á ser respetado, y que quien sin tales requisitos se propasa á vias de hecho, puede y debe ser repelido con la ayuda de cualquier argumento que acabe en punta.

En cuanto á las diversiones de los muchachos, aguardemos á verlas para calificarlas y vengamos á las escapadas que puede proporcionar ó improvisar cualquier aficionado por poca inventiva y chirúmen que contenga en su magin. Hay, y pongo un ejemplo un gran aluvion de concurrentes en esta ó aquella calle, en aquel ó estotro barrio y se quiere muñir y algazarar la gente embebecida por la iluminacion ó por la música, pues no hay mas que tomar este buscapié, aquel morterete ó petardo, ó alguna bomba de pólvora y papel, sujeta y religada con hilo embreado y muy fuertemente, *zas* se pone en algun zaguan para que retumbe bien, si es que no se quiere situar, y es lo mas provechoso, entre los pies de los divagantes y ociosos aunque sean hembras y *fuf* se le pone algun tanto de fuego, cosa corta, así una pizca, asunto de nonada y chirinola, que como la pajolilla prenda bien, y el artefacto haga un traque barraque de á folio, veran VV. estallar en carreras las gentes y gozarán de una escapada legítima. Pero es receta de mayor efecto y mas cordial la siguiente: Hay gran bullir de hombres y mayor rebullimiento de mugeres en alguna plaza, con mucho de yentes y vinientes, no pocos de salientes y entrantes y transeuntes y algunos acorrillados y parladores de manera tal que parezca la calle suelo plagado de hormigas, todos atraidos y convocados por la curiosidad de alguna procesion, ó el buen ver de alguna entrada triunfal de las muchas que hay y ha de haber, pues bien, vá y toma el aficionado un cabritillo hijo de vaca y toro, y que sea mancebillo como de cuatro ó cinco años no mas, y me lo suelta por donde mas se angoste la calle y mas se apiñe la gente, que como el animalito sea algo revoltoso y regocijado y comience á echar bendiciones con la cabeza, puede prestar rato de mucho gusto á los ojos y dar que contar y referir mas á una lengua parladora y bien montada. Entonces es cuando se requiere de veras el arte de la capa, y en esto volvió á levantarse Capita y embrazó su mueblaje de paño, entonces prosiguió, es para cuando se necesita de la

retentiva y del sentido, y del mucho arte; viene el bullicio y los repujes y las arremetidas de esta parte pos, y vá de ejemplo, y hay lugar para escapar: entonces se dá un gentil arranque á los pies, embozándose antes por lo largo de manera que caiga mucho el rebozo derecho, y con la mano izquierda se levanta el diestro como si fuesen cola de nazareno y recogíendola cuanto mas pueda sale escapado de esta guisa. Y Capita poniendo en obra lo que enseñaba, se embozó de tal manera y comenzó á correr por la sala á lo largo y lo ancho y en todos sentidos, que no parecia sino legion de demonios, enfaldada la capa por tan buen estilo, que parecia servirle de máquina de vapor, que no de estorbo ó impedimento. Parando de pronto exclamó Capita ya entusiasmado, enardecido y hecho un energúmeno; pues en esta placeta y claro me encuentro al cabritillo hijo de vaca y de toro y mancebillo de cuatro á cinco años que ya ha volteado á cuatro pacientes y que con cada derrote llega á las ventanas del segundo piso, se mosquea y hufa y viene sobre mí y yo entonces..... entonces así como lo siento y soslayando algo la cabeza como en la suerte del abanico del señor Montes, comienzo á gallearle. Se viene sobre el lado izquierdo husmeando la tierra y rascándome los falbalaes con la cornamenta, *zas* me cambio al costado derecho, se me viene sobre este, *zas* trastéolo al siniestro y *zas-zas, zas* le doy cinco pasos y al sexto *tras* me pongo la capa y.... ¡Pésia á mi alma!!! Yo que me habia hallado asaz tranquilo mientras duró la parte didáctica del cuento no pude menos de alterarme algun tanto en cuanto Capita comenzó á pintar al vivo y natural las suertes y laneces del galleo y que lo veia pasando y repasando y sacudiendo de pies y estallando de persona, todo cerca del aparador cargado de la pecera de cristal y de las cuatro jarras de flores de porcelana y demas ornamentos y curiosidades de la salvilla. Desde luego á el primer *zas* que correspondió ajustadamente al primer pase de capa, me pasó á mí por la mente el trabajo que iba á acontecer y se me quedó pasado el corazon de cierto presentimiento quebradizo. Al segundo *zas* me boté sin sentirlo de la silla, al tercero quise hablar y no pude, temiendo que mi voz apresurara el fracaso en lugar de evitarlo, al cuarto y quinto que cruzaron como re-

lámpagos por mi mente, ya no ví nada pues cerré los ojos para no ver el horrible cataclismo que amenazaba, y al que hizo seis ¡ah! al que hizo seis, oí el verdadero y original sonido de donde se ha copiado en el Barbero de Sevilla el fragor y estrépito de toda la cacharrería que Fígaro destruye adredemente. Abrió al fin los ojos y



contemplé al pobre Capita enredado entre los travesaños del aparrador y que en medio del Mediterráneo de agua que formaba el líquido vertido y de los peces saltando en derredor, no parecía mismamente la Ballena de Jonás, sino es que al verlo abrazado afectuosamente con su capa pugnando por recuperarse y levantarse, no se le tomara mejor por algún profeta que sobre su manto quería hender algún río ó brazo de mar.

Todos reían desesperadamente, y fué preciso seguir el ejemplo y aun yo tuve que mejorar el juego con estrepitosas carcajadas. Capita ya restaurado en su posición vertical, aunque algo doliente de este costillar y de la pierna izquierda sin dejarse distraer por el encalle que había sufrido y mas enardecido y mas en escena que nunca proseguía.



—En cuanto á las *chapescas* que es la escapada elevada á la tercer potencia.... calla, calla por Dios Capita, le dije yo, y no me disparates mas, que ya estos señores, como yo, han formado juicio cabal y completo del arte que con tal habilidad y aficion profesas. Empárchate si puedes esa pierna, embízmate esas costillas y asordínate por ahora ese pico de papagayo ó cotorra, que si la diversion ha de seguir todavia, *Puntillas* tu compañero será el que nos hará el gasto.

## EL SOLITARIO.





## FISIOLOGIA

# Y CHISTES DEL CIGARRO.

que forman brocado de una y otra haz, águila imperial de dos cabezas y huevo de dos yemas con los donaires de la capa.

### XXII.

.....Hallaron estos dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaban á sus pueblos mugores y hombres: siempre los hombres con un tizon en las manos y ciertas yerbas para tomar sus sahumeros, que son unas yerbas secas metidas en una cierta hoja seca tambien á manera de mosquito hecho de papel de los que hacen los muchachos la pasca del Spiritu Sancto: y encendido por la una parte del, por la otra chupan ó sorben ó reciben con el resuello para adentro aquel humo, con el cual se adornecen las carnes, y quasi emborracha y así dix que no sienten el cansancio. Estos mosquetes ó como los llamaremos llaman ellos tabacos.

LAS CASAS. HISTORIA GENERAL DE INDIAS.



En cuanto á mi persona en cuerpo y alma, me llaman Puntillas, hijo de Puntales, nieto de Punzones y bisnieto y tataranieta de los Puntas y Collares todos, que han militado en el barrio de San Bernardo en nuestra universidad de Sevilla. A mi madre la llamaron la Puntera, hija de la Punta-alegre y nieta de Tres puntos coligada por la sangre con las Poncelas averiadas de Osuna y con las Punterolas, Repuntadas, Estrechipuntas y Puntillames que vivieron en Cadiz morigeradamente en lo que cabe, en ciertas casas bajas de techo pero de alta nombradía que se parecian en frente del castillo de Puntales, orillitas del mar y cerca del Ventorrillo del Tuerto. Dejando á cada cual de mis abolen-gos que prueben y motiven la lejitima y originaria derivacion de sus apellidos, en cuanto á mí yo solo sabré decir que sí en re-

tintín mi nombre puede hacer son con los que muestra mi esclarecida alcurnia, todavía me supe ganar yo por mis propios merecimientos el renombre de Puntillas, por la singular afición que desde tamañito saqué de buscar, allegar y hacer caudal de todos los cabos, restos, trozos, pedazos y puntas de cigarro que por do quiera hallaba. Mientras otros mis compañeros de inferior edad y mas bajos pensamientos se enamoraban con fé ciega, pero no con menor afición de los pañuelos, carteras, petacas, cartapacios y otras menudencias que se embozaban honestamente en este bolsillo ó aquella faltriquera, sacándolos de su morada sin vénia y beneplácito del Gobernador ó Vicario, yo dando por insegura aunque muy sabrosa por lucrativa aquella nueva especie de corso, daba en tanto modesto entretenimiento á mi filosofía peripatética, paseando, discurriendo y divagando por entre los trebejos de los cafés y tertulias, y por entre los andenes y lunetas de los coliseos y teatros, dando agradable cebo así á esta nueva clase de caza y montería. Mis despojos y trofeos de tal mariscar, así contaban con muestras de los vegueros, paneteles,



regalías y ciento en boca de la Habana como con retales de toda laya de Virginia, rehuz y desperdicio del Brasil, y *Prayapreta*, retirándome casi siempre al reducido zaquizami de mi chiscon con pañuelos colmados de estos tesoros. Todos ellos puestos al

pique ya de sendas tijeras ó tajantes cuchillas, triturados debidamente, acribados con limpieza y pasando por la hábil manipulación de mi buen ingenio y arte, ofrecian agradable materia para los inteligentes que se embebecian de placer saboreándola en los puleros, lindos y encanutados pitillos en que yo me la sabia embutir y acomodar. El buen crédito de mi mercancía aumentaba el de mi persona y ambos valimientos me alzaron á mayores y comencé á verme de mano á mano de una parte con los saboreadores del humo, *alias* fumadores, y de otra con los tratantes y traficadores así marítimos como terrestres del precioso fruto de la Habana. Yo que en todo quiero tener suficiencia razonable en lo que trato y contrato para alcanzar autoridad no solo para con los otros si no tambien para mi dignidad propia, me propuse adquirir idoneidad esquisita en tan curioso y enrevesado ramo. Puedo decir en verdad que si daba feria á la mitad de mi mercancía, de la otra mitad era yo mismo el mas goloso consumidor, pasándome las horas que no empleaba en mis escursiones y manipulación en quemar agradablemente mis propios pitillos entre los lábios, dormidos casi los ojos en soñoliento placer y viendo desvanecerse en el espacio bien de la Puerta de tierra viendo jugar al sacanete y parar ó en los garitos y casas de gente buena, las espirales caprichosas y azuladas del humo que se columpiaba y perdia mansamente. Aseguro en mi conciencia que si en los tiempos del manco de Lepanto hubiera estado, cuanto lo está en el dia, puesto en práctica y corriente el uso del tabaco, las trazas del señor Monipodio hubieran sido mas fértiles y adecuadas y mas listos y avisados habríanse dejado ver aquellas dos figuras de los señores Rinconete y Cortadillo que tanto nos edifican sin embargo á los que en siglos posteriores y menos afortunados seguimos su santo ejemplo con mas devoción que fortuna por esta Tebaida de Sevilla, Cádiz y otras partes sin escluir á Ceuta. Cuando un hombre de sangre regocijada en las venas y con algo de chirúmen en la cabeza vá bebiéndose sabrosamente el espíritu de un cigarro no haya miedo que le asistan sino pensamientos de grande alteza y utilidad, siendo mucho de notar que estos pesamientos crecen de importancia conforme el holocausto

se vá consumiendo, de manera que al llegar el cigarro á la cola presta al fumador la mayor inteligencia posible y se la monta, hablando con perdon, á la quincuagésima potencia. Para mí esto es tan cierto que cuando Colon resolvió la posibilidad de un nuevo mundo y Hernan Cortés decidió la conquista de Méjico, si es que entonces no estaban ya en uso los cigarros, algo sin duda se chupaban entonces y no era el dedo, que es justamente lo que nosotros nos chupamos en la cuestion agradable que estamos viendo entre ese mismo Méjico y los Estados Unidos (severos moralistas como todos conocemos.)

Esto os hará conocer, señores míos, que este chupe del chupamiento del cigarro vá por encontrado camino en cuanto á resultas y efectos de la chupandina de las sabrosas salsas y succulentos bocados que en otro tiempo era prebenda de cierta gente que ya pasó y que hoy disfrutan *mutatis mutandis* y todo es igual, los que han entrado en el goce y disfrute de las medias provincias que poseian los Cartujos, Benitos, Bernardos, Geróni-



mos y demas amigos. Esta chupandina segun el decir de las gentes daba crasitud á la humoracion, prestaba obesidad al cervigullo, pereza al entendimiento, tardanza á la imaginativa y mu-

cho trastrueque en las funciones del entendimiento, al paso que el regalado chupe de un cigarro despavila los sentidos, aviva el ánimo, regocija el alma y la sugiere los pensamientos mas sutiles y los medios, no por ingeniosos menos adecuados, para llevarlos á provechoso cumplimiento. Esto es tan cierto que cuando yo recostado en el respaldo de alguna silla veia, entre cuatro amigos, que echaban un resto á primera, al golfo ó á la flor ó cualquier otro juego de envite y azar jamás dejó de ocurrírseme el servir de atalaya y vigia de aviso para mi camarada de enfrente. Mi puntilla ó cola entre los lábios trasteándola acertadamente y con clave convenida desde el diestro al siniestro entrecijo de la boca, marcaba con mas seguridad que la hora del reló de San Pablo, los puntos de mi facistol, desde 24 al 30, ó lo que á bien venia ó el caso requiriese, sin omitir su santo y contraseña para esto del flux ú otros naufragios semejantes.

Aquí llegaba el doctor Puntillas que con las buenas gracias y feliz aplicacion del chiste de sus cigarrillos nos habia hecho asomar algo de sonrisa en los labios, cuando yo, queriendo zaherir en algo al antiguo interlocutor, apellidándolo en forma le dije: «en verdad Capita, que para otra ocasion debes tomar ejemplo de tu amigo Puntillas si has de repetir el encomio de los donaires de tu capa. Hé ahí una relacion lisa y llana, no falta de novedad y sin esas escabrosidades de erudicion, citas y apostillas que hubieran hecho insoportable tu discurso si mi autoridad y buena razon no te lo hubieran hecho chapodar y talar con mano airada y aun todavia fuera inadmisibile entre gentes de menos indulgencia que nosotros.»

—Alto allá, dijo Puntillas que esa razon, si puede tomarse por reprimenda á mi compañero, puede considerarse tambien como inectiva á este mi romanizado tan por liso y raso y tan poco empavesado de las flámulas y gallardetes de mi mucha letra y sabiduria.

—No he querido yo buen Puntillas, repliqué, poner en duda la certeza de tus peregrinos conocimientos en la materia.....

—Pues al buen pagador no le duelen prendas, y nadie á mí me pisó la cola, ni rayó mas alto que yo, ni me ensalibó la oreja,

y por mucho menos en esto de los decires y de la conversacion por lo pintado y lindo porque á mí me llamaron pico de oro, devano palabras por madejas y sé mas casos y sucedidos que D. Pedro de Portugal que corrió las siete partidas del mundo y tengo mas respuestas y acertijos que la doncella Teodor. Aca-so vuestas mercedes me miren como fumadorcillo de agua chir-le, romancista y sin matrícula ni título, y supongan que no cursé ni por tiempo conveniente ni con maestro autorizado y de nom-bradía la materia que trato y contrato y en la cual soy doctor de á claustro pleno y no de los de *tibi quoque*.

—No te sobresaltes, iba á decirle yo querido Puntillas, cuan-do reforzándose de palabras y atragantándose de razones, prosi-guió con rabiosa grandilocuencia desta manera. Porque seño-res, soy doctor de cuatro borlas celeste, rosacea, morada, verde, y maestro en artes ademas en este arte liberal del tabaco y ci-garrillo y nadie que en algo estime su honra será osado á entrar en oposiciones conmigo. En cuanto á medicina me sé de coró las condiciones, virtudes y calidades de esta planta, sus espe-cies, sus nombres, si es buena ó nociva, si aprieta, si laxa, si chupa, si escupe, y demas menudencias. En cuanto á teología y derecho canónico, ¿quién como yo podrá decidir las interesan-tes cuestiones de si el cucarachero por las narices ó el habano



por los labios y fauces quebrantan el ayuno natural ó formal?  
¿Quién establecer la diferencia del por qué el polvo puede absor-



verse en el templo y el fumar ni por las nubes? En cuanto á lo



de Leyes vuélvome el *Salcedo* de contrabando pues hombre que como yo ha asistido á 25 alijos por semana, siempre con permiso competente de la autoridad del ramo, que ha sufrido cuarenta causas y treinta y dos condenaciones que ninguna he cumplido, que dá un oscuro al lucero del alba y que de antubion y por la tremenda sabe entrar dos corchas del brasileño por ante las barbas de tres partidas y veinte cuadrilleros, bien se le puede tener y fallar por perito rematado. Pues en cuanto á su historia, genealogia y prosapia ¿quién es el atrevido que alzarme el gallo en esto del tabaco? En la Isla Española lo encontraron en uso los españoles que como gente de gusto lo adoptaron como cosa propia y de casa, y para mí tengo que ha sido el único útil que hemos sacado y adquirido por la conquista de las Indias, porque en un pais en donde ni los unos ni los otros, ni estos ni aquellos, ni ahora ni entonces, ni blancos ni colorados, ni chatos ni narigones dejan de estar quedo el menor tarin ó ardite en el bolsillo del pobre ¿qué otro mejor alivio sino el tabaco para este hombre libre que mata el hambre, que alivia la sed, sin pan, sin viandas y bebidas, y que viste de gala al mas haraposo aunque solo posea un manco taparrabo? Por ser para tanto esta ínclita yerba ó por mejor decir sirviendo para todo, fué sin duda por la que la nombraron y denominaron por tantos nombres y apellidos. En la Española la llamaron *cohuva*, en Nueva España *pisciel*, en

el Perú *sayre*, y en Brasil *peto*: en Europa unos la llamaron *nicosiana* de cierto quidam llamado Nicot que en la embajada que de Francia trajo á Portugal en tiempo del Rey D. Sebastian tuvo conocimiento de esta yerba y tomándola consigo la connaturalizó en Francia: otros la llamaron *yerba regina ó de la cruz*, aquellos *vulneraria*, estotros *piperina*, pero los españoles hablamos y la llamamos *tabaco*, y *ese tá*, con tal nombre quedó bautizada para *in eternum* porque los nombres que han de vivir los ha de dar la gente de mas autoridad.

—Viendo yo que Puntillas se me desquebrajaba en erudiciones y noticias peregrinas, quise meterle el capote, hablando técnicamente y llevármelo á otro terreno de mas amenidad, pero él desentendiéndose de mis llamadas prosiguió así su trasiego de palabras.

—En cuanto á los autores y encomiastas que han tratado de esta yerba portentosa no quiero hablar en demasía por no aridecerme las fauces y tener que remojar la palabra (y por aquí no hay vino) y así dejando á Marradon y Eduardo Vestonio solo citaré la famosa *tabacologia* de Juan Neandro (1) en donde ademas de darnos en estampa tres especies, enumera diez y ocho clases de tabaco de otras tantas provincias, que lo producen ofreciendo mil pormenores curiosos y revelándonos mil secretos mas curiosos todavia sobre planta á quien solo el trigo le puede ser émulo y rival. Y esto en cuanto á escritores extranjeros pues si hablamos de los españoles es cuento de nunca acabar, amen de haber sido los primeros que dieron á conocer el tesoro escondido del tabaco. Las Casas, Oviedo, Juan Fragoso, Nicolás Monardes, Acosta, Cárdenas y otros ciento ¿qué no dijeron de tan salutífera planta, habiendo alguno que llegó hasta entonarle himnos y cantares? (2) Leon Pinelo examinó sus calidades nutritivas, hombreándolo, amanojándolo y emparejándolo con el sabroso chocolate. Leyva Aguilar, amostazado con tantas alabanzas escribió su *Desengaño contra el uso del tabaco*, pues como buen médico opinaba que para chupar y tomar habia sendas cosas mas preferibles que el ta-

(1) Lugd. Batabor. 1622.

(2) Torius.

baco. Monardes y Córdoba en sus *Cualidades del tabaco* (1)....

Yo al ver que mi Puntillas se me ladeaba de nuevo al mal camino y que volvía á su remolino de palabras, de erudicion y de citas quise darle sofrenada y por el punto de la vanidad si es que habia de desviarlo de tan mala querencia y así le dije; todo el auditorio amigo Puntillas está pasmado de tu saber y doctrina, pero haciéndote gracia por ahora de noticias tan peregrinas, quisieran entender algunos de estos señores, que ya sabes cursan escuelas, y arrastran bayetas, que enigma es aquel que nos propusistes, de doctores de *tibi quoque*, porque ó yo me equivoqué mucho ó este debe ser cosa de curiosa recordacion.

—Este es punto, replicó Puntillas, que ha de ser muy del conocimiento de cualquier escolar. Ello es que allá en lo antiguo calzaba tambien universidad la ciudad de Gandia en el reino de Valencia, que como de regadio abundaba tambien de esta clase de fruta: como todo en ella se hacia á costo y costa acudian graduandos que era un portento para sacar por poco dinero sendos títulos y borlas y como siempre ha sido principio de justicia que el poco dinero vale poco trabajo de diez ó doce candidatos se elegia quien al menos tuviese el uso de la palabra y entraba y tomaba asiento en el acto, que no era poca fatiga. Los compañeros de trahilla esperaban en las afueras del general la conclusion de los ejercicios, y despues en pos del doctorado salia el señor Bedel y señalándolo decia *ecce doctor*, y despues dirigiéndose á cada cual de los estantes añadia *et tibi quoque, tibi quoque, tibi quoque*, y sacaba de tal manera una hornada de quince ó veinte sabios doctores. Pues miren vuestas mercedes que si en las universidades ha caido en desuso tal método no deja de tener aplicacion y yo creo que con utilidad, en otros institutos: por ejemplo cuando en las Cortes se aprueban ciertas actas y se reprueban otras segun el color de estos ó aquellos diputados me parece que estoy oyendo al señor Bedel que dice respectivamente á estotros y aquellos, *tibi quoque, tibi quoque, tibi quoque*.

Pero dejando en baceta estas cartas que no ligan, añadió Puntillas y volviendo al hilo de mi cuento diré con dolor que ya no

(1) Impreso en Córdoba en 1628.

es el cigarro en autoridad y nobleza lo que alcanzaba ser en otro tiempo. Sin tabaco negro no hay verdadero fumador, señores, y el blanco con su entrada en uso ha trocado en vulgar y trivial por extremo aquella ocasion de boato y gala señorial de preparar, hacer y fumar un cigarro. ¡Qué diferencia de estos pitillos que como en haz de antiguos *lictiores* se llevan en la faltriquera, á los aprestos que en otro tiempo eran necesarios para la noble operacion! ¡qué contraste entre la manufatura que llaman fósforos ahora, con aque-



llas menudencias y cachibaches que *in illo tempore* llamábamos avios! Entonces iba un hombre vestido de corto con su coletto y chupa ya fuese de estezado ya de tripe y el calzon de lo mismo con cinojiles copiosos y de colores y al querer fantasear algun tanto en plática sabrosa con un amigo se asentaban en par, ora en un poyo si la escena pasaba en calle ó plaza, ora en este canto ó aquel repecho si tenia lugar en algun otero ó prado y comenzaba la entretenida operacion del cigarro. Recojiendo la rodilla siniestra y hácia dicho costado ladeando sútilmente la persona, se alargaba la pierna derecha reposadamente y con la mano se exhumaba la bolsa de lobo marino que abultadamente se dibujaba en el

tiro del calzon asomando el un cabo algun tanto por la faltriguera. Nacida al mundo se desdoblaba sosegadamente la ancha colonia de veinte varas que la envolvía y religaba y abriéndose de entrañas la bolsa, ofrecia primero el gеме de tabaco brasileño, su navaja roma y de cabo de hueso, su macillo de papel valenciano, el correspondiente pedernal con su adecuado eslabon y su golpe de yesca ya de geta ó ya de yerbas, amarilla como el azafran. ¡Qué actitud aquella para picar el tabaco! ¡qué tomarlo entre el index y el anular de la izquierda, mientras que la derecha blandía el fierro y trocaba en rebanadas de diámetro justo y cabal todas, el cabo del tabaco! ¡qué aroma de higo bujarasol se percibia al restregar y moler entre las palmas aquel perfume oriental!!! En fin, en esto no cabe encarecimiento porque ello es la pura verdad; baste decir que era el prólogo, la preparacion y el introito (mundanidades aparte) del mejor rato posible que le es dado gustar á la gente buena. No hablo ni apunto aquello de envolver y dar ser al cigarro, de atravesarlo en los lábios ó injerirlo á horcajadas en la oreja mientras se aprestaban los avios, ni tampoco el herir del eslabon en la piedra, ni el soplo para dar alimento á la chispa cebada en la yesca, ni aquel volteo del brazo encendiéndola al impulso de cien garatusas en el aire, ni otras cosas mas, que mas son para sentidas que no para relatadas, realzada la operacion con las pláticas sabrosas que todo esto salpimentaban. Yo diria que sin estos agradables coloquios habidos en trances semejantes se hubiera perdido enteramente la memoria de los *empalletados* de Gibraltar y de la guerra del Rosellon. Cuando un hombre regular, señores, se sabia procurar y proporcionaba tres rasques como este, *mutis*, el dia era pasado y ya contaba su salario ó jornal por devengado como los quinientos sueldos de cualquiera hijodalgo de solar conocido....

—Amigo Puntillas (le dijo al orador un amigo de los allí presentes) oyendo esas descripciones tan sentidas y esos aforismos tan autorizados, me afirmo, confirmo y ratifico en que en todas partes en que hayas tomado la embocadura al cigarro, habrás sido el oráculo, el modelo, el dechado y la envidia de los fumadores, rindiéndote párias y vasallaje, proclamándote por su rey y señor natural.

—Así me lo tenía yo concebido y pensado, replicó Puntillas, pero la mortificación se encuentra siempre al lado de la vanagloria, el mejor jugador topa con su maestro, y quien más caballero se cuenta hémese aquí que se encuentra rellanado en tierra. Rey de los fumadores me apellidaba el mundo, quiero decir Sevilla, y por emperador del tabaco me tenía yo en todos sus confines y aledaños cuando cierto día me dió un tapaboca el más pícaro desengaño llegando á confirmarme en aquello de vivir para ver y ver para aprender. Señores, fué el caso que yo me estaba cierto día sobre tarde en la pescadería, atónito de tanto bullicio y tráfigo y ensordecido con los gritos y vociferaciones de los malagies que pregonaban, de los regatones que aturdían, del charran que cantaba, del comprador que estremaba su porfía, del almotacen que mandaba á voces y de todo vicho viviente que á gritos se daba á entender, cuando reparé en cierto mozo peciguero que espendía de su mercancía por el arte y maña más sutil que imaginarse puede. Ello es que con su balanza en la mano repartía libras á sus parroquianos con tal limpieza, con cercen y recorte tal que allá iría un cuarteron cuando el marchante por su dinero tenía fundado derecho para recibir el cuarto de una arroba. Cuando algún desabrido ó mal contento le echaba en cara la desconformidad del peso con la dimension menguada del pez que llevaba, le replicaba con aire suficiente y tono decisivo aquel fiel contraste del género de la escama. «No hay que reparar en eso, señores míos, estos róbalos, salmonetes y pajeles, y estas lisas, doradas y merluzas (señalando así el género que vendía) están muy embebidas y en contracción, pero en cuanto sientan un poco el amor de la lumbré se desenvainarán por cuartas y se alargarán por gemes, la calidad encubre el bulto y el oro si abulta poco mucho vale; andar y andemos y hacer hueco y lugar para que otros disfruten de tanta conveniencia y provecho.» Me gustó por extremo aquel despejo y traza tan despavilada, pues era mozo como treinteno embutido todo en unos como pantalones de terliz que casi le llegaban al hombro, con camisolín listado arremangado de ambos los brazos con un pañuelo pasado galanamente por la cabeza y saboreando un cigarro linterna en la boca, ni con más ni con menos limpieza

que la que yo muestro ahora mismo en mis labios. Por su puesto que desde que le eché los ojos dije para mí, este es un hombre; pero no queriendo acelerarme y para proceder con detenimiento me acerqué al circunstante que me pareció mas del caso y le pregunté, ¿quién es este mozo bueno? aquel hombre se me quedó mirando y exclamó: ¿Cristiano, qué, no conoce al señor Lipende campana gorda de los valientes, extremo y cabo del mundo del saber y aguja sutil de todas las mañas y zancadillas del mundo? Yo sin aguardar mas palabra dejé á este y me fui á estotro tendiéndole la mano como de casa y de la propia familia y le dije! ¿Serrano de la mar, puesto que yo soy marisqueador de la tierra, se pueden saber los antecedentes y premisas de ese noble apellido que lleva? aquel mozo regular, conociendo sin duda ser yo el *otro* me tomó la mano y me dijo; yo soy el mentado Lipende, pero esta derivacion viene ya desfigurada y corruta porque el verdadero nombre es *Libripendens* que por antigüedad preside y antecede á los famosos apellidos de los Mendozas, Ponces y Osorios, puesto que desde los añejos tiempos de Roma asistian mis antepasados con el Pretor para todo acto decente y de circunstancias en esto de justicia, conteniendo esto gran misterio y significacion manifestando que en todos los actos judiciales debe intervenir verdadera compra y venta. Los tiempos han venido á menos y si imperios se han trastocado nada de estraño parecerá que el *Libripendens* de entonces sea el Lipende de ahora: todo al fin es cosa de pesas y balanza, de comprar y vender y el cielo lo cobija todo. Entretanto, prosiguió, (así que observó lo mucho que me maravillaba la limpieza y arte de su peso) ¿quiere vmd. comprarme una mosca que pesa dos libras? yo señores, al oír tal desacierto le repliqué diciéndole; señor Lipende eso será alguna mosca morcon, imperial ó de siete cabezas, porque ni en mis viajes ni en las idas y venidas de los propios y los estraños he visto ni oído cosa tal: pues ahí está el caso volvió á replicarme Lipende, que todo ello no es mas que el buche de la mosquilla mas rahez y de petimini que puede verse: él aquí (ya la habia cogido al vuelo) echó una pesa de á dos libras en el un platiller y en el otro arrojó con brío y desenfado el insecto párvulo y con admiracion y espanto

mio vi ahocicar y atropellarse la balanza de estotro lado hasta tocar



al suelo alzando la cola y las pesas ni mas ni menos que al Zenit. Yo quedé estático y anonadado de aquel portento y á no ser por mi contrariedad á toda idolatria hubiera caido de hinojos adorando aquel sábio vulnerador é infractor de las leyes de la estática y de la mecánica. Desde luego conocí que aquel no era hombre de los que llamamos grandes en el dia y de los que necesitan de periódicos, romances y relaciones, que todo es uno, para ganar nombra-dia. Era un aficionado émulo de Arquímedes, un Newton que andaba incógnito por las playas y mataderos, pero no queriendo yo ceder tan pronto la palma de mis merecimientos le dije al señor Lipende: yo abato mi bandera ante esas gracias y mañosidades si sutiles y curiosas mas útiles todavia, pero siempre me defendiendo y mejoro en esto del encender y chupar de las colas, tusas, puntillas y cigarros, y diciendo y haciendo comencé á ejecutar y poner por obra todo el manual y cartilla de mi práctica y escuela cigar-ril. Con aire bondadoso y casi satisfecho me miraba el maestro Lipende, y viendo que ante nosotros se parecia cierto anafe castañeasadero de donde se desprendian ráfagas de centellas ardiend-



tes y fugitivas, que á fuer de lentejuelas vaporosas se extinguían por el aire, se volvió á mí y habló de esta manera: señor Puntillas, la gala de fumador y el gracejo, los buenos toques, el acierto en las señales, el buen manejo, el continente y señorío en provocar el humo, el primor y todos los puntos y tildes del melindre de fumador tienen su asiento efectivamente en esa persona ¿pero, alcanza V. m. igual fuerza en la fuerza del chupe? ¿sabe cogerla al vuelo, hacerla suya y arder el mundo entero sin escluir las aguas y los mares una chispa, un átomo, una minutísima parte del elemento caliente? atienda V. m. bien señor Puntillas y ensáyeme, imíteme y remédeme si puede, y diciendo esto el maestro Lipende (que este es el nombre que desde entonces le doy) tomando en ristre con los lábios el cigarrillo salió escapado detrás de la cen-



telleja de fuego mas apartada que disparó el anafe y con mas acierto que el vencejo sorbe al mosquito, y con mas tino que la

paviota encanuta al pececillo que trasflora el agua atrapó el átomo ardiente y encanutándolo y embutiéndole en el ánima del cigarro y moviéndolo allí con el bullir pruriginoso de los dedos y cebándolo y alimentándolo, acreciéndolo con el chupe de mayor compás, amansándolo ahora, acrecentándolo despues, remitiéndolo luego para ensoberbecerlo mas ahina y volviendo la cara al cielo para tomar aire ó volviéndolo de soslayo para tantear el viento, ello es que á poco ví trocado el cigarro (ya era anohecido) en una hacha de ocho pávilos ó en antorcha que recordaba el incendio de los Pirineos en tiempos del Rey Gerion. Desde allí (añadió suspirando Puntillas) hace el tanto de dos años que ando bebiendo los vientos, escopeteándome con mi cigarro en pos y tras la querencia de las chispas y centellas que estalla cualquier lumbrada, farol ó braserillo encendido y aun todavia me hallo en ayunas en lo de aquel primor que Maestre Lipende dibujaba cada y cuando se le antojaba y á mano le caia.

—Mucho diera, dijo aquel de los Farfanés, por tratar y platicar con ese doctor de los maestros, puntero entre los mas principales y endoctrinador de los sabios mayúsculos de Sevilla, segun confesion del amigo Puntillas...

—Pues esa es la lástima, replicó este, con voz doliente y afligida, esa es la lástima que Maestre Lipende no puede parecer aquí en este mismo momento pues se lo llevaron al inocente engañado á Ceuta y allá me lo tiene pérfidamente embebecido y como ligado cierta cartajenera, que malos sean mis pecados si pesa menos de 25 libras y por mas que el pobre hace por romper tales hechizos, por mas que pide favor á Lima y ayuda á todas las sierras de la geografia y de la historia, sin escluir la del bendito San José, todavia gime y llora en su jaula contentándose con pasear los ojos por las altas olas de dos mares y afincando la vista en las sagradas playas de España esperando la libertad. Pero no hay plazo que no se cumpla, señores, y él vendrá aquí y sirviéndole yo de lengua y faraute les explicará al auditorio, que por hallarse un hombre paseando sobre una mula, aunque sea de otro ó por dar gravedad especifica á la especie y materia que se vende, no hay motivo para enlabiarlo por la bue-

na, empapelarlo por la mala y enviarlo allende el mar. ¿Y qué haría de su persona en aquel ámbito aislado y triste el eminente Lipende, sino buscara el arrimo, el regalo, el consuelo y la entretenida recreacion del tabaco y del cigarrillo? Aguardemos, señores, con resignacion á que regrese de peregrinacion tan peregrina que ya nos ofrecerá como fruto de sus meditaciones y vigiliass, descubrimientos y aplicaciones de no menor donaire y utilidad que los de la centella volante y el del cigarro ensortijador. Allí mi buen amigo pondrá ahora á prueba y en provecho de su estómago trasijado no con dos, sino con veinte y cinco vacios, la facultad nutritiva del tabaco; ¡ esa facultad que presta al fumador las propiedades de cuerpo glorioso!!! vengan, pues de todo calibre y dimension, cigarros bastantes para formar un órgano de catedral, y con tal bizcocho y vitualla me ofrezco á tomar el asiento y manutencion de un tercio de españoles si estos son de buen solar y prosapia. Y en la guerra de la Independencia si no me miente la curiosa relacion de un mi hermano algo mas crecido en años que yo, se vió el caso (pues militó en ella) de que anduvieron él y otros quince por las fragosidades de Sierra Morena huyéndole el bulto á los franceses en tiempo del *Boqui* ó la *Galpanta* sin mas despensa ni repuesto que seis colas y veinte y cinco cigarros y ya al postrer día viendo que no quedaba por resto mas que la última y mas corta de las primeras, la encendió el que llevaba el tono y son de caporal y bebiendo cada bocanada de humo á compás se la inspiraba como saludador al mas cercano y este al otro y el otro á aquel y todos á su vez y tiempo hasta hacer rueda final y vuelta á otro turno y es fama y por consiguiente verdad, que todos se salvaron trayendo dos dedos mas de unto sobre la enjundia y siete carniceras mas de carne en el ruedo de su persona: Es verdad que algunos dicen que pasaron por ciertas manchas de ovejas ó piaras de gozquecillos de San Anton y que se traspapelaron algunos individuos de una ú otra especie, lo cual no puede creerse atendida á la rigidez reconocida de aquellos perseguidos cenobitas.

—Por lo demas, vive Dios del cielo, que el cigarro es el mas peculiar distintivo de la noble llaneza española ¿qué señor de tí-

tulo irá en pompa y majestad llenando la calle con su persona y perfumando el aire con el habano, que no tenga que retraerse y detener su andar al simple reclamo de un fumador de chupetin y sombrerete que le demanda el cuarto elemento para encender su menester quier pitillo, quier cigarro ó tusa? Y que se mosquee el señorón y quiera con una negativa subirse en los zancos de su prosopopeya ó autoridad que ya le mando su mucho de mortificación y su poco de contundencia en la curiosa escena que puede provocar. Este fuero y franquicia del pueblo español no es tan fácil de traspapelarlo y caer en su desuso como los que contienen y encierran los aforismos de ciertos añalejos que se imprimen de algun tiempo acá. Diz que cierto caballero muy curtido en usos y costumbres extranjeras quiso reformar la moda española, en cierta ocasion que, segun el saludo ordinario, le pidió plática de cigarro un manolo chispero de nuestros barrios. El español modernizado queriendo cumplir con la práctica al propio tiempo que manifestar su enfado sacó su cuerda perfumada, la encendió en su cigrro y la ofreció al postulante. Este conociendo la estocada y reservando el quite, tomó la mecha con aire socarrón y encendiendo reposadamente su cigarro, al concluir sacó una tarja de á dos cuartos del bolsillo entregándosela con la mecha al individuo atónito que así se vió igualado con un habitante de la luna de los que zahuman el Prado en el estío con la cañaeja encendida.

Pero señores, si tales conocimientos se necesitan en las ciencias naturales y exactas para fumar magistralmente un cigarro, ¿qué ápices, qué perfiles y que toques no son indispensables en las bellas artes, en el dibujo, en la pintura y en la estatuaria? Para pedir candela, encender el cigarro, ofrecer el propio y otros primores por el estilo ¿qué estudio no se necesita dar al escorzo de la persona, qué aire al talle, qué primor al cuerpo, qué movimiento á la mano y qué floreo y juguetes á los dedos que toman, pulsan, encuentran, confrontan, pican, halagan y ensortijan los cigarros hasta que ha hecho comunión el fuego del uno con las tinieblas del otro? Ni un maestro de esgrima, ni un diestro en el danzar, deben ofrecer mas hermosura y gallardía que el fumador

en tales y semejantes trances; y no digo nada del primor con que deben despedirse interpelante é interpelado, el atildamiento con que se debe requerir el sombrero, ni el movimiento gentil de la cabeza, ni otros adherentes del caso porque esto es mas bien para pintado que no para dicho y verbi gracia y como para ejemplo todo se verifica de esta manera. (Y Puntillas haciendo y contrahaciendo cuanto dejaba dicho, hacia gala y muestra de la persona y movimientos por tal arte y manera que apuntando la risa en los labios, no por eso se dejaba de conocer que habia mucho de doñaire y no poco de gallardia en todos aquellos quiebros y accidentes.) Pero señores todas estas ventajas, privilegios y utilidades del tabaco vienen á desvanecerse y á quedar en nada, si el cigarro no vá encendido (y al llegar aquí Puntillas hizo gala de su persona incorporándose y prestó tal aliento al cigarro que relucia como un aseua.) Andar con cigarro á matacandelas es andar, señores, en tinieblas. Se sube á hurto por cierta escalera Noruega á deshoras de la noche temiendo hacer truco por alto con la cabeza y sin dar con el zaquizami de la cita, pues chupe al cigarro, iluminativa al punto y salva aquel inconveniente y dá con el sitio del tesoro. Pues que á la una, y no del dia, pasea un galan la calle en noches del revuelto noviembre y aguardando alguna cédula y no de confesion, oye el chirriar de la ventana, rechupe al cigarro; relámpago súbito y ya sabe Doña Melisendra hácia donde ha de enviar su papel y sus bisbises (y en esto Puntillas remedaba de una parte á otra con sus acciones la escena que ponía en tabla con la voz;) pues que el rival que á un hombre pisa el hopo y á quien se quiere sobresaltar, no dá fuego porque es blanco como las hostias, fuego al cigarro que se trueque en botafuego y se le deja caer al descuido con cuidado sobre la muñeca y mano del paciente, advirtiéndole antes el sacudir la ceniza, que como no resuelle con esta amabilidad, no hacerle caso y vendimiar su uva (y Puntillas hizo tan pintiparado y al vivo el caso que sino retira Ariurta la mano que era la mas confin y cercana, la pone un verdadero boton de fuego.) Que paseando con un marido, prosiguió Puntillas, nos encontramos con su enemigo íntimo (*muger in facie ecclesie*) y que vá en preguntas y respuestas con un tercero pudiendo sobre-

venir mucho hollin, sorbo al cigarro y disparo de siete torbellinos de humo como de cuatro hornos de ladrillo que oscurezcan no solo los ojos del paciente sino el mismo sol evitándose así algazara y cumpliendo con la obligacion que todos tenemos de poner anteojeras á los maridos. Pero señores, acelerando mas su tarabilla dijo el orador cigarril ¿de cuanto no ha valido en paz y en guerra la entendida prevision de tener siempre encendido el cigarro? si en hechos de paz he relatado dos, cuatro y mas ejemplos de las utilidades del cigarro encendido, ¿qué no diré de los lances de diablos son bolos, bulla y zaragata y de á rio revuelto? aquel mi hermano el mayorazgo de quien ya relaté alguna hazaña, vean lo que puso en obra en uno de los rebellines de Torrero en el sitio de Zaragoza y viva Aragon; (y aquí Puntillas centelleando de ojos y afirmándose de boca y por fuerza chispeando el cigarro, se acercó á la mesa en donde aquí y allí se parecian los trastes venatorios.) Aquí estaba la bateria, señores, la gente cansada ya de matar gabachos y sin recelo de ser salteada, apagadas mechas y botafuegos se entregaba al descanso si no al sueño por aquí y por acullá y entre las gualderas ó abantrenes de los cañones y veos que mi susodicho hermano, único que velaba, entretenido sin duda en contar los ápices ardientes de su cigarro ó en sacar augurio de las ruedas azuladas del humo, observa otro enjambre de franceses que como garduños en vivar se acercaban bayoneta calada y espada en mano á darnos la alborada. (Aquí Puntillas dió tal chupe al cigarro que lo transformó en verdadero botafuego) y mi hermano, sus: dando la voz de alarma con cierta interjeccion muy andaluza, avivando el cigarro como yo ahora, zas, aplicó el ascua de su cigarro al cebo del cañon, *pi-rin-pin-pan-pun-paf...* y era verdad que en la propia estancia se repetia, en miniatura la escena de la bateria, pues el buen Puntillas con su tea encendida, que no cigarro, la aplicó contrahaciendo el artillero, con tal acierto en los granos de pólvora sacudidos de los polvorines y frascos que allí se parecian que cebándose el fuego y propagando la esplosion por todos aquellos cachibaches se dejó oír un verdadero *pi-rin-pin-pan-pun-paf* de un verdadero y nutrido fuego graneado. El ver los saltos, resaltos, brincos desguinces y

cabriolas de todos los asistentes sin escluir el heróico Capita hubiera sido cosa muy de reir si no se sobresaltase la imaginacion con el riesgo mas que probable de alguna pierna rota, testa cascada ó cuando menos con el de alguna chamusquina de menor cuantía. Y no se piense que el imperturbable Puntillas se sobrecogiera



ó amilanara con el impensado fracaso, pues despreciando los estampidos y las fogatas proseguia gritando; así fué señores como se salvó la bateria: del cañon que disparó mi hermano, fumador de

privilegio, cayeron siete hileras de franceses; los zaragozanos que acudieron á servir y jugar las otras piezas aniquilaron el escuadron de asalto y al cigarro señores, al cigarro se debe aquella heroica y singular hazaña....

—No se sabe hasta que punto hubiera llegado con su entusiasmo el buen Puntillas si primero, al verse solo en la estancia y segundo, por los raudales de agua que le alcanzaban de los muchos que con cacharros, trebejos y hasta con un clister de á 36 que manejaba Capita con grande acierto no hubiera vuelto de aquel parasismo de verdadera rabia. El auditorio que desde luego se puso en salvo tomando con buenos pies el ojo del patio al lado de los surtidores, me lo encontré algo mohino, no fuera que en uno y otro caso hubiera por mi parte algo de mohatreria como para darle susto y sobresalto, pero el mas incrédulo incluyendo al glorioso Santo Tomé no podria abrigar tal pensamiento si derramaba en deredor la vista, pues todo era destruccion, escombros, pavesas y cenizas. Yo solo tuve valor para decir á mis amigos, señores, *el próximo cónclave que celebremos, si á él han de asistir Capita y Puntillas, se tendrá en los llanos de Tablares porque allí hay bastante tierra para sacar la suerte á un toro y bastante agua para apagar los incendios que puede provocar un cigarro.*

## EL SOLITARIO.

FIN.



---

## INDICE.

---

|  | <u>Pág.</u> |
|--|-------------|
| I. Pulpete y Balbeja. . . . .  | 1           |
| II. La rifa andaluza. . . . .  | 9           |
| III. El Bolero. . . . .  | 21          |
| IV. Los filósofos en el figon. . . . .                                   | 33          |
| V. La niña en Feria. . . . .   | 39          |
| VI. El asombro de los andaluces ó Manolito Gazquez el Sevillano. . . . . | 51          |
| VII. La feria de Mairena. . . . .  | 65          |
| VIII. Escelencias de Madrid. . . . .                                     | 75          |
| IX. D. Opando ó unas elecciones. . . . .                                 | 85          |
| X. La Celestina. . . . .   | 131         |
| XI. El Fariz. . . . .  | 151         |
| XII. El Roque y el Bronquis. . . . .                                     | 157         |
| XIII. Catur y Alicak, ó dos Ministros como hay muchos. . . . .           | 175         |
| XIV. Toros y ejercicios de la Gineta. . . . .                            | 183         |
| XV. Un baile en Triana. . . . .  | 203         |
| XVI. La Miga y la Escuela. . . . .                                       | 217         |
| XVII. D. Egas el escudero y la Dueña Doña Aldonza. . . . .               | 227         |
| XVIII. Hiala, Nadir, y Bartolo. . . . .                                  | 237         |
| XIX. Asamblea general de los caballeros y damas de Triana. . . . .       | 243         |
| XX. Baile al uso y danza antigua. . . . .                                | 275         |
| XXI. Gracias y donaires de la Capa. . . . .                              | 281         |
| XXII. Fisiología y chistes del cigarro. . . . .                          | 311         |

INDICE

|     |   |
|-----|---|
| 111 | XVII. Fisiología y química del sistema nervioso.      |
| 112 | XVI. Fisiología y química del sistema circulatorio.   |
| 113 | XV. Fisiología y química del sistema respiratorio.    |
| 114 | XIV. Fisiología y química del sistema digestivo.      |
| 115 | XIII. Fisiología y química del sistema excretor.      |
| 116 | XII. Fisiología y química del sistema reproductivo.   |
| 117 | XI. Fisiología y química del sistema endocrino.       |
| 118 | X. Fisiología y química del sistema inmunológico.     |
| 119 | IX. Fisiología y química del sistema sensorial.       |
| 120 | VIII. Fisiología y química del sistema motor.         |
| 121 | VII. Fisiología y química del sistema locomotor.      |
| 122 | VI. Fisiología y química del sistema de defensa.      |
| 123 | V. Fisiología y química del sistema de adaptación.    |
| 124 | IV. Fisiología y química del sistema de regulación.   |
| 125 | III. Fisiología y química del sistema de integración. |
| 126 | II. Fisiología y química del sistema de coordinación. |
| 127 | I. Fisiología y química del sistema de control.       |

## Pauta para la colocacion de las láminas sueltas.



|   |     |
|---|-----|
| Portada, mirando á la introduccion.                     |     |
| Pulpete y Balbeja id. á la Pág. . . . .                 | 2   |
| La rifa andaluza. . . . .                               | 14  |
| El Bolero. . . . .                                      | 28  |
| Los filósofos en el figon. . . . .                      | 35  |
| La niña en feria. . . . .                               | 42  |
| La feria de Mairena. . . . .                            | 70  |
| D. Opando ó unas elecciones. . . . .                    | 105 |
| La Celestina. . . . .                                   | 135 |
| El Roque y el Bronquis. . . . .                         | 170 |
| Catur y Alicak ó dos ministros como hay muchos. . . . . | 181 |
| Toros y ejercicios de la Gineta. . . . .                | 191 |
| Un baile en Triana. . . . .                             | 211 |
| La miga y la escuela. . . . .                           | 221 |
| D. Egas el Escudero. . . . .                            | 228 |
| Asamblea general. . . . .                               | 258 |
| Retrato de Madama Guy Stephan. . . . .                  | 260 |
| Gracias y donaires de la capa. . . . .                  | 284 |
| Tipo de Capita. . . . .                                 | 302 |
| Fisiologia del cigarro. . . . .                         | 321 |

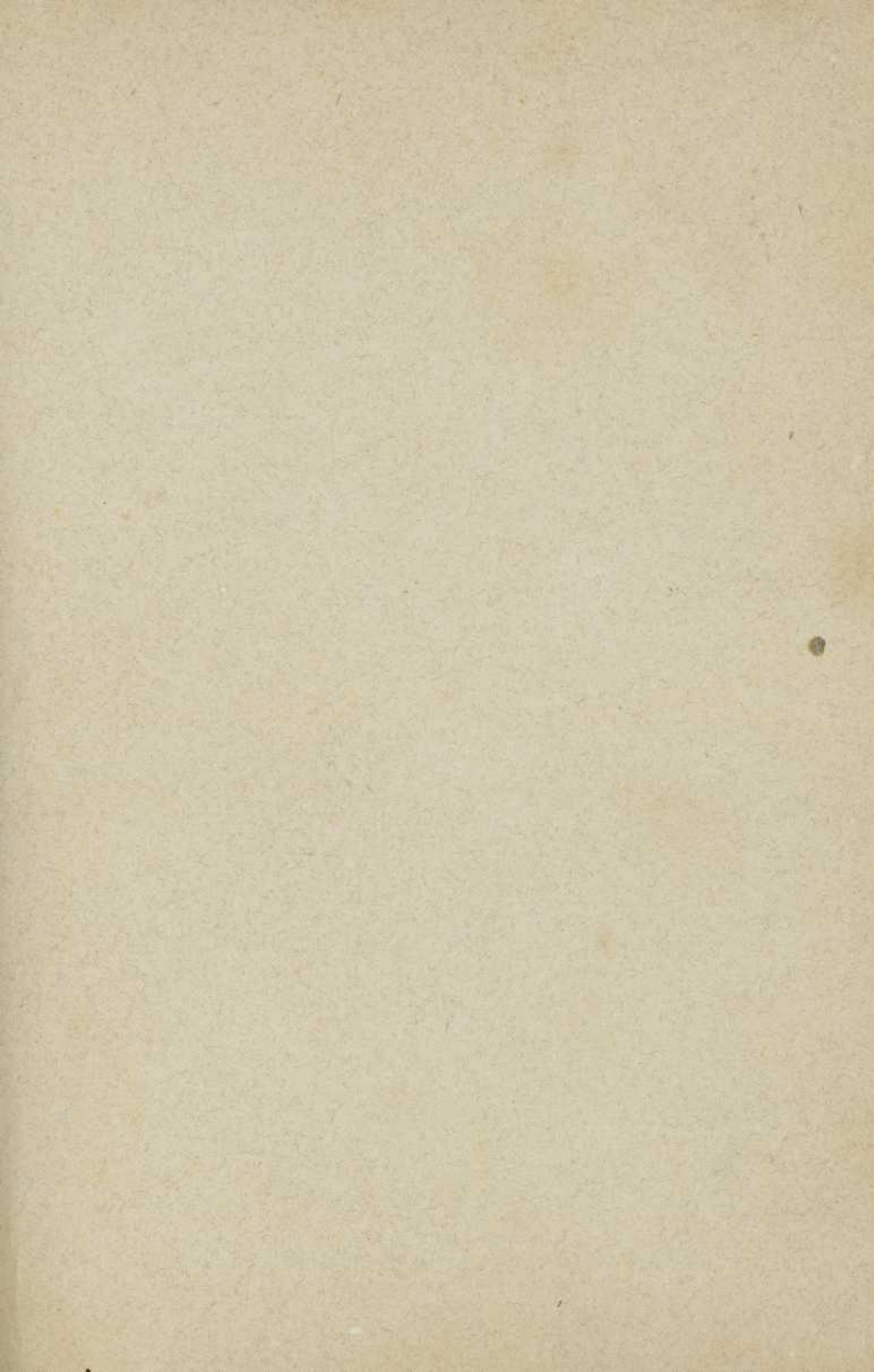


|      |   |
|------|---|
| 2    | Historia, geología e hidrografía                  |
| 14   | Vegetación y fauna                                |
| 38   | Las tribus indígenas                              |
| 35   | El idioma   |
| 43   | Las artes y oficios                               |
| 70   | La vida en la zona                                |
| 105  | La vida de la zona                                |
| 125  | El comercio                                       |
| 170  | El idioma y el dialecto                           |
| 181  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 191  | Forma y estructura de la zona                     |
| 211  | El clima en la zona                               |
| 221  | Vegetación y fauna                                |
| 230  | Las tribus indígenas                              |
| 235  | El idioma   |
| 240  | Las artes y oficios                               |
| 241  | La vida en la zona                                |
| 245  | La vida de la zona                                |
| 250  | El comercio                                       |
| 255  | El idioma y el dialecto                           |
| 260  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 265  | Forma y estructura de la zona                     |
| 270  | El clima en la zona                               |
| 275  | Vegetación y fauna                                |
| 280  | Las tribus indígenas                              |
| 285  | El idioma   |
| 290  | Las artes y oficios                               |
| 295  | La vida en la zona                                |
| 300  | La vida de la zona                                |
| 305  | El comercio                                       |
| 310  | El idioma y el dialecto                           |
| 315  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 320  | Forma y estructura de la zona                     |
| 325  | El clima en la zona                               |
| 330  | Vegetación y fauna                                |
| 335  | Las tribus indígenas                              |
| 340  | El idioma   |
| 345  | Las artes y oficios                               |
| 350  | La vida en la zona                                |
| 355  | La vida de la zona                                |
| 360  | El comercio                                       |
| 365  | El idioma y el dialecto                           |
| 370  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 375  | Forma y estructura de la zona                     |
| 380  | El clima en la zona                               |
| 385  | Vegetación y fauna                                |
| 390  | Las tribus indígenas                              |
| 395  | El idioma   |
| 400  | Las artes y oficios                               |
| 405  | La vida en la zona                                |
| 410  | La vida de la zona                                |
| 415  | El comercio                                       |
| 420  | El idioma y el dialecto                           |
| 425  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 430  | Forma y estructura de la zona                     |
| 435  | El clima en la zona                               |
| 440  | Vegetación y fauna                                |
| 445  | Las tribus indígenas                              |
| 450  | El idioma   |
| 455  | Las artes y oficios                               |
| 460  | La vida en la zona                                |
| 465  | La vida de la zona                                |
| 470  | El comercio                                       |
| 475  | El idioma y el dialecto                           |
| 480  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 485  | Forma y estructura de la zona                     |
| 490  | El clima en la zona                               |
| 495  | Vegetación y fauna                                |
| 500  | Las tribus indígenas                              |
| 505  | El idioma   |
| 510  | Las artes y oficios                               |
| 515  | La vida en la zona                                |
| 520  | La vida de la zona                                |
| 525  | El comercio                                       |
| 530  | El idioma y el dialecto                           |
| 535  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 540  | Forma y estructura de la zona                     |
| 545  | El clima en la zona                               |
| 550  | Vegetación y fauna                                |
| 555  | Las tribus indígenas                              |
| 560  | El idioma   |
| 565  | Las artes y oficios                               |
| 570  | La vida en la zona                                |
| 575  | La vida de la zona                                |
| 580  | El comercio                                       |
| 585  | El idioma y el dialecto                           |
| 590  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 595  | Forma y estructura de la zona                     |
| 600  | El clima en la zona                               |
| 605  | Vegetación y fauna                                |
| 610  | Las tribus indígenas                              |
| 615  | El idioma   |
| 620  | Las artes y oficios                               |
| 625  | La vida en la zona                                |
| 630  | La vida de la zona                                |
| 635  | El comercio                                       |
| 640  | El idioma y el dialecto                           |
| 645  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 650  | Forma y estructura de la zona                     |
| 655  | El clima en la zona                               |
| 660  | Vegetación y fauna                                |
| 665  | Las tribus indígenas                              |
| 670  | El idioma   |
| 675  | Las artes y oficios                               |
| 680  | La vida en la zona                                |
| 685  | La vida de la zona                                |
| 690  | El comercio                                       |
| 695  | El idioma y el dialecto                           |
| 700  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 705  | Forma y estructura de la zona                     |
| 710  | El clima en la zona                               |
| 715  | Vegetación y fauna                                |
| 720  | Las tribus indígenas                              |
| 725  | El idioma   |
| 730  | Las artes y oficios                               |
| 735  | La vida en la zona                                |
| 740  | La vida de la zona                                |
| 745  | El comercio                                       |
| 750  | El idioma y el dialecto                           |
| 755  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 760  | Forma y estructura de la zona                     |
| 765  | El clima en la zona                               |
| 770  | Vegetación y fauna                                |
| 775  | Las tribus indígenas                              |
| 780  | El idioma   |
| 785  | Las artes y oficios                               |
| 790  | La vida en la zona                                |
| 795  | La vida de la zona                                |
| 800  | El comercio                                       |
| 805  | El idioma y el dialecto                           |
| 810  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 815  | Forma y estructura de la zona                     |
| 820  | El clima en la zona                               |
| 825  | Vegetación y fauna                                |
| 830  | Las tribus indígenas                              |
| 835  | El idioma   |
| 840  | Las artes y oficios                               |
| 845  | La vida en la zona                                |
| 850  | La vida de la zona                                |
| 855  | El comercio                                       |
| 860  | El idioma y el dialecto                           |
| 865  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 870  | Forma y estructura de la zona                     |
| 875  | El clima en la zona                               |
| 880  | Vegetación y fauna                                |
| 885  | Las tribus indígenas                              |
| 890  | El idioma   |
| 895  | Las artes y oficios                               |
| 900  | La vida en la zona                                |
| 905  | La vida de la zona                                |
| 910  | El comercio                                       |
| 915  | El idioma y el dialecto                           |
| 920  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 925  | Forma y estructura de la zona                     |
| 930  | El clima en la zona                               |
| 935  | Vegetación y fauna                                |
| 940  | Las tribus indígenas                              |
| 945  | El idioma   |
| 950  | Las artes y oficios                               |
| 955  | La vida en la zona                                |
| 960  | La vida de la zona                                |
| 965  | El comercio                                       |
| 970  | El idioma y el dialecto                           |
| 975  | Costumbres y hábitos de los habitantes de la zona |
| 980  | Forma y estructura de la zona                     |
| 985  | El clima en la zona                               |
| 990  | Vegetación y fauna                                |
| 995  | Las tribus indígenas                              |
| 1000 | El idioma   |



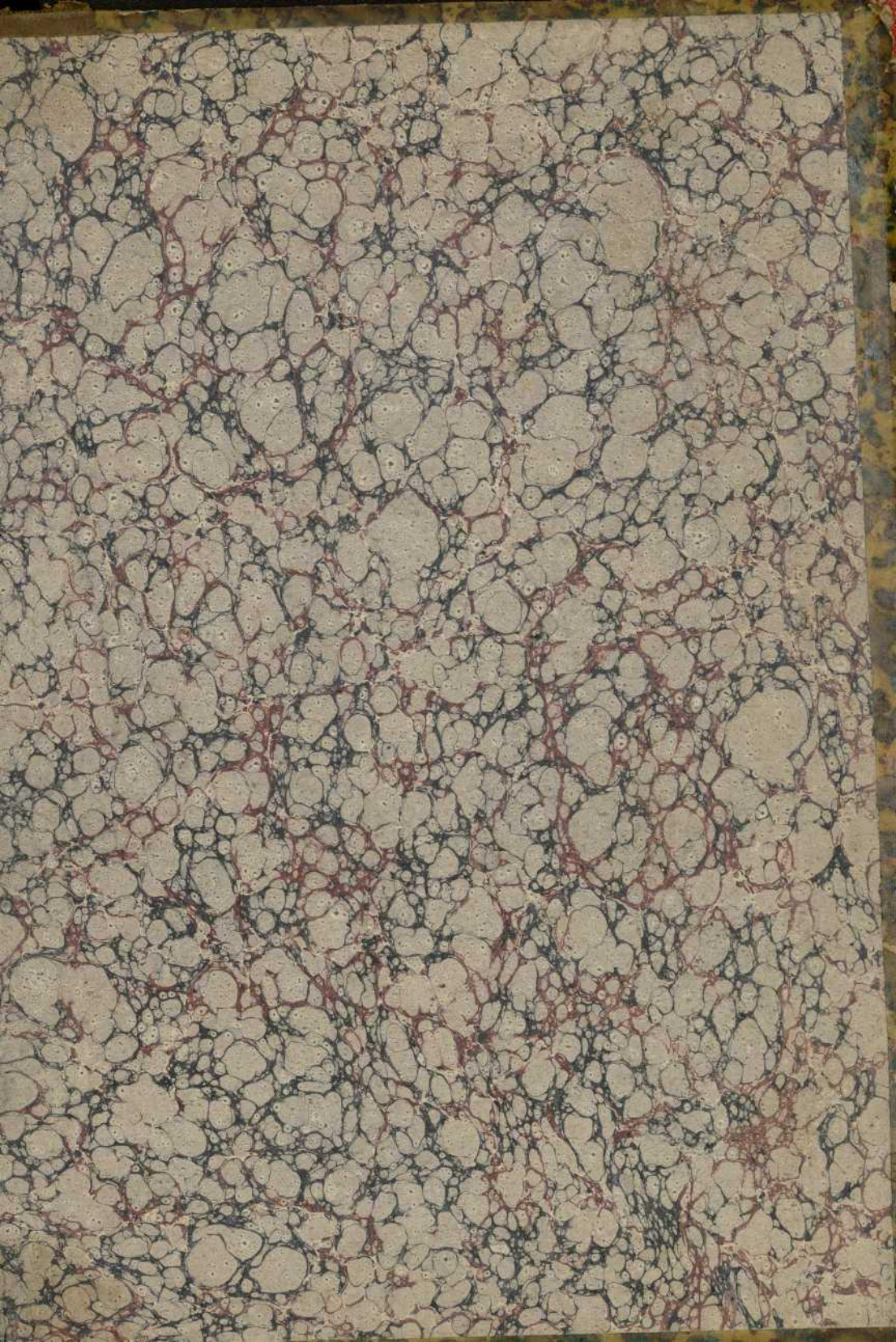














112



ESCENAS  
ANDALUZAS



1937  
FAN  
XIX  
152  
11